

UST

UNIVERSIDAD SAN TOMÁS

ESCUELA DE PSICOLOGÍA

SYLLABUS

**CURSO
PSICOLOGÍA SOCIAL**

**MATERIAL PREPARADO POR
VICENTE SISTO CAMPOS**

El curso Psicología Social tiene como propósito principal otorgar a los alumnos herramientas teóricas y prácticas que le permitan comprender desde una perspectiva psicológica la interrelación social. Así se abordarán los enfoques actuales más relevantes en el área, otorgando un panorama de las principales perspectivas con las que actualmente la psicología social está comprendiendo e interviniendo sobre el ser humano en relación. Se pondrá un especial énfasis en las concepciones emergentes que acentúan su mirada sobre la relación social.

OBJETIVOS

Generales:

- Que el estudiante conozca e identifique la problemática propia de la Psicología Social, los procesos implicados en el comportamiento social en diferentes niveles de análisis y su anclaje en las relaciones sociales y vida cotidiana.
- Facilitar la comprensión de los fundamentos teóricos, metodológicos y principales conceptos de los enfoques contemporáneos más significativos desarrollados en el ámbito de la psicología social

Específicos:

Al finalizar el curso los alumnos podrán

- Comprender la emergencia de la problemática psicosocial en el ámbito de las ciencias sociales.
- Describir los fundamentos y efectos de los principales planteamientos teóricos en la psicología social.
- Analizar e identificar fenómenos y problemas psicosociales relevantes, aplicando los modelos explicativos propios de la Psicología Social.
- Discutir acerca de los distintos campos de aplicación del conocimiento derivado de la Psicología Social
- Conocer los aspectos básicos y posibilidades de intervención en problemas de la realidad nacional.

Este material sintetiza los principales contenidos y es de propiedad de sus autores.

SESIÓN 1

I. OBJETIVOS

Intercambiar expectativas y fijar un contrato psicológico en el cual se establezcan expectativas comunes para el desarrollo del curso.

Presentar el curso, contenidos, metodología y calendarización.

Introducir a la Psicología Social como disciplina

II. TEMAS

0. CONTRATO PSICOLÓGICO

El contrato psicológico emerge del intercambio de expectativas mutuas en torno a lo que será el curso (contenidos, metodología y relación con el profesor), y pretende fijar de un modo explícito los fundamentos de lo que será el cómo se desarrollará el curso.

Las preguntas a contestar son:

¿Qué esperan de la asignatura?

¿Qué esperan del profesor?

¿Qué esperan de los compañeros?

UNIDAD I: INTRODUCCIÓN.

a. **Presentación del Curso**

Se entregará el programa y se explicarán contenidos, metodología y calendarización.

b. **Qué es la Psicología Social y su objeto/sujeto**

La definición de lo que se entenderá por Psicología Social es una discusión que hoy está en un punto crítico, entre el funcionalismo y las perspectivas más emancipatorias que hoy tienden a tomar cada vez mayor importancia. Estas tensiones significativas son las que describe el siguiente texto de Ignacio Martín-Baró, psicólogo social latinoamericano, cuyas propuestas hoy se presentan como guía para la psicología social mundial (Blanco, 2004).

Ignacio Martín-Baró (1996). "Entre el individuo y la sociedad". *Acción e ideología. Psicología social desde centroamérica*. San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.

¿Qué estudia la psicología social?

A juzgar por el número de ediciones masivas lanzadas al mercado en estos últimos años, las obras de psicología han gozado de gran popularidad y aceptación. Cabe dudar, sin embargo, que este proceso de difusión haya producido un mayor conocimiento de las personas sobre sí mismas y los demás; lo que ciertamente sí ha producido ha sido el enriquecimiento de un vocabulario aparentemente esclarecedor para uso cotidiano y una consagración de las tendencias más individualistas de las personas como ideales de la vida humana. Así el individuo calificado ayer de idealista será tildado hoy de "paranoide", el acto de exigir responsabilidades será calificado como "una proyección" y las aspiraciones insolidariamente egoístas de quien no quiere renunciar a sus

privilegios se ampararán bajo el multicolor paraguas de "necesidades de auto-realización".

Con la excepción de la llamada "dinámica de grupos", los estudios de psicología social han tenido menor difusión que los análisis sobre la personalidad individual, la sexualidad o los problemas patológicos. Sin embargo, últimamente hemos visto multiplicarse la edición de obras que global o sectorialmente se ocupan de la psicología social. Es obvio que esta multiplicación responde a las necesidades competitivas de las empresas editoriales más que a las necesidades objetivas de los lectores, ya que los mismos planteamientos se repiten con una monotonía digna de mejor causa, y la innovación en el diseño editorial pretende suplir la ausencia de originalidad en el pensamiento.

Este defecto se vuelve más notorio cuando los libros son examinados desde la perspectiva latinoamericana. El contraste entre la propia realidad vivida y la realidad presentada en estos estudios resulta cuanto menos chocante. En lo fundamental, el mundo descrito por los psicólogos sociales parece ser otro mundo, otra sociedad. De hecho así es: el mundo presentado por la mayoría de psicólogos sociales es el mundo de los Estados Unidos, sobre todo el mundo del estudiante norteamericano, con sus problemas de identidad sexual y su capacidad para entrar en el juego de grupos pequeños realizando tareas sin sentido alguno.

El lector latinoamericano no puede menos de sentir que los aspectos más cruciales de su propia existencia, de su propia historia, no son ni siquiera tangencialmente considerados y mucho menos estudiados en profundidad. Siente, así mismo, que cuando algunos de los propios problemas son examinados sufren un desencarnamiento similar a la desexualización con que ciertos artistas caracterizan a los personajes religiosos. Son problemas llevados a la abstracción, donde se han recortado las aristas hirientes y se han eliminado los contextos de significación comprometedora.

Lo grave de este contraste entre la realidad histórica vivida en nuestros países y la realidad tal como se presentan en los textos de psicología social, es que parece existir más coherencia en el mundo fantasmal de los libros que en el mundo desgarrado de la cotidianidad. Se trata de una lógica implícita, pero arrastrante. Una lógica enajenadora, en la medida que produce la impresión de completar un universo de sentido. Tras la lectura, el lector puede incluso experimentar una confianza ingenua en el conocimiento adquirido. Sin embargo, los esquemas propuestos le llevan las más de las veces a aplicar prismas asépticos, que imponen camisas de fuerza y barbarismos presuntuosos a los hechos, personas y procesos de la realidad social. El mundo de estos textos de psicología social es un mundo percibido, es decir, donde la realidad cotidiana parece depender más de los propios esquemas perceptivos que de los procesos objetivos de producción y reproducción social; las personas se guían por pequeños indicadores estimulantes que observan en el ambiente o en las demás personas, y no por las necesidades fundamentales de lograr un trabajo, una tortilla y un techo en una sociedad opresiva e inhóspita; los grupos parecen elaborar sus normas de convivencia a fin de que cada cual encuentre su función social en un universo armonioso, en lugar de soportar los embates de una estructura social discriminadora que impone presiones y aplica represiones desde las exigencias insaciables de quien controla el poder.

¿Es esto la psicología social? Ciertamente, es una psicología social apta para el consumo masivo de estudiantes universitarios o "dinámicos" empresarios capitalistas. Por desgracia, para muchos ésta es la psicología social. En nuestra opinión, ni es la única ni es la mejor-al menos, para nosotros-ni en modo alguno el quehacer del psicólogo social tiene que asumir sus lineamientos.

El problema central de la psicología social en uso no está tanto en algunos de sus hallazgos o en algunas de sus proposiciones específicas, cuanto en el enfoque global que adopta sobre el objeto de su estudio. Dicho de otra manera, el problema se cifra más en sus presupuestos, las más de las veces implícitos, que en sus logros finales, cuya valoración objetiva sólo puede realizarse desde una perspectiva histórica y no aplicando los mismos esquemas que los generan. Examinemos esta afirmación de una forma concreta.

La mayoría de los autores de textos de psicología social apenas dedican uno o dos párrafos a definir la psicología social y prefiere precisar su objeto enumerando los temas que de hecho se han estudiado y va a examinar en su obra (ver, por ejemplo, la interesante discusión de Nrown, 1972, págs. 1-5). Esta postura recuerda la respuesta de Binet a la pregunta de qué era la inteligencia. Aunque el creador del primer test contemporáneo había dado definiciones más eruditas (ver Binet, 1903), se cuenta que prefería definir la inteligencia como "aquello que mide mi test". El problema de estas definiciones es que delimitan la realidad por lo conocido y confunden ideológicamente lo factual con lo posible. Es bien sabido que el conocimiento es parcial, relativo y limitado, que la propia perspectiva determina aquello que se puede captar. A ningún astrónomo sensato se le ocurre afirmar que el universo espacial termina allá donde terminan los astros y planetas detectados por sus telescopios; ni tampoco pretenden que astros y planetas no sean más que la imagen que de ellos obtiene a través de sus instrumentos de observación. Precisamente la identificación de inteligencia con lo medido por los tests de inteligencia ha llevado a la crisis actual del concepto de "cociente intelectual" y al cuestionamiento sobre la validez de todo este tipo de medidas (ver Martín-Baró, 1977; Liungman, 1972; Salvat, 1972).

Reducir la psicología social a lo que de hecho han estudiado y cómo lo han estudiado los psicólogos sociales significa aceptar que una ciencia es definida por aquellos que han dispuesto del poder económico y social para determinar los problemas que debían ser estudiados y las formas como debían resolverse. En el presente caso, es bien sabido que los problemas actuales tratados por los textos de psicología social son fundamentalmente los problemas que los centros de poder de la sociedad norteamericana han planteado a sus académicos, y las respuestas que los psicólogos sociales norteamericanos han proporcionado a estos problemas para afirmarse al interior del mundo científico de los Estados Unidos (ver Danziger, 1979). Estas respuestas, claro está, son lógicas en el contexto de este sistema social y de esta estructura productora de conocimiento. Si embargo, el alcance y sentido de las preguntas están determinados por los intereses de la clase que tiene el poder para plantearlas. El problema no hay que buscarlo tanto en la lógica interna de la respuesta, cuanto en el sentido de la pregunta; no hay que mirar tanto si la solución es válida al interior del esquema, cuanto si el esquema es históricamente aceptable.

El caso de la llamada "dinámica de grupo", al que volveremos en varios lugares de esta obra, es paradigmático (ver Deleule, 1972, sobre todo pags.104-123). El mismo nombre traduce el engaño. Cuando se habla de grupo se está entendiendo aquí, fundamentalmente, al grupo pequeño (microgrupo), no a los grupos más amplios y mucho menos a las clases sociales. Más aún, en su gran mayoría el conocimiento existente sobre estos grupos proviene no de los grupos pequeños más importantes y estables, como la familia, sino de agrupaciones circunstanciales, reuniones de estudiantes y hombres de negocios tratando de realizar tareas intrascendentes o de aliviar sus tensiones internas. Por otro lado, la dinámica se entiende fundamentalmente como las fuerzas y procesos que se producen al interior del grupo, en la interacción de sus miembros, como si el grupo pequeño fuera una entidad cerrada e independiente del mundo.

No es que muchos de los procesos descritos y analizados por los investigadores de la "dinámica de grupos" carezcan de validez, al menos parcial, o que los métodos propuestos para el trabajo en grupos pequeños no produzcan los efectos buscados. Como decíamos, los logros tiene o pueden tener sentido una vez que se penetra en la lógica de sus presupuestos implícitos. El problema se cifra en el enfoque que pretende reducir la esencia del grupo humano a la realidad factual de estos grupos, analizando desde la perspectiva de quien persigue llevar al grupo a que acepte unas metas convenientes a quienes tienen el poder social (ver Moreno, 1962). Recuerdo que, en una ocasión asistía yo a una reunión en la que se iba a ventilar importantes conflictos de una institución académica. Al saber que los dos primeros días de la reunión se iban a dedicar en su integridad a ejercicios de "dinámica de grupos", uno de los participantes comentó públicamente su recelo: "La experiencia me dice -señalaba- que estos ejercicios le amansan a uno y luego, cuando hay que discutir los problemas, se está más atento a no herir u ofender a los miembros del grupo que a resolver los problemas reales de la institución".

Es difícil afirmar que en esta obra lograremos superar los límites y condicionamientos que adolece la psicología social por las pautas y logros impuestos desde los centros de poder académico y científico. Pero ciertamente nuestro punto de partida será la realidad cotidiana tal como es vivida por la mayoría de la población centroamericana y, más particularmente la salvadoreña. No pretendemos tampoco ser imparciales en la elección y enfoque de los temas, con esa pretendida asepsia de quien selecciona por inercia, sin examinar los criterios que consciente o inconscientemente, están determinando la elección. Elegimos precisamente aquellas situaciones, procesos y fenómenos que nos parecen reflejar mejor los conflictos claves que confronta hoy el pueblo centroamericano.

Ahora bien, muchas son las ciencias que afirman estudiar la realidad social, ¿Cuál es la óptica particular de la psicología social? ¿Existe algún aspecto de esa realidad social que sea objeto peculiar de estudio para la psicología social? ¿O la

psicología social estudia los mismos fenómenos que otras ciencias, pero desde una perspectiva propia? Examinemos esta cuestión a partir de tres situaciones concretas.

Es bien sabido que la tortura a los enemigos capturados es una triste realidad, casi tan antigua como la humanidad. Sin embargo, la tortura sistemática a enemigos políticos ha alcanzado recientemente en nuestro país cuotas de crueldad repugnantes a la conciencia contemporánea así como un carácter institucional que abiertamente contradice la llamada "vocación democrática" de la que los gobernantes de turno gustan proclamarse fieles seguidores. Existen pruebas fehacientes de que la tortura es práctica normal para los cuerpos de seguridad en el Salvador. La declaración jurada del reo político Reynaldo Cruz Menjivar (1978), que logro escapar de la cárcel, es un desgarrador testimonio de los niveles de salvajismo e inhumanidad a que puede llegar la relación entre seres humanos (ver Recuadro 1 ver, también, Carpio, 1979).

Ciertamente, la tortura no ha sido uno de los temas de interés de las ciencias sociales, que apenas le han dedicado en el mejor de los casos una atención marginal. Esta falta de atención resulta tanto más sospechosa cuanto que la psicología ha empleado como uno de sus métodos de investigación favoritos el castigo mediante pequeñas descargas eléctricas o aislamiento sensorial que, aunque menores, son claras formas de tortura.

La sociología estudia la tortura desde la perspectiva del control social como característica necesaria a cualquier sistema político. ¿Qué sistemas políticos y en qué circunstancias necesitan recurrir a la tortura? La sociología también puede estudiar la tortura y, en general, las formas de represión social como aspectos del conflicto de clases en una sociedad concreta, o como expresiones de las contradicciones internas a que puede abocar una determinada organización social. La psicología, por otra parte, estudiará la personalidad de quienes ejecutan los actos de tortura, las formas psicológicas de tortura, o las reacciones psicosomáticas del torturado. Finalmente, la psicología social estudiará la tortura como una relación humana (por irónico que pueda aparecer este calificativo en este caso) y, por tanto, como un proceso que no puede explicarse simplemente a partir de la realidad de los individuos que en él participan. ¿Cómo puede mentalmente una persona llegar a convertirse en torturador? ¿Cuál es el significado social del proceso de tortura? ¿Cómo reaccionan las personas a la tortura? ¿Qué efectos transitorios y permanentes produce en los grupos sociales el peligro real de la tortura?

La tortura es, desgraciadamente, un acontecimiento cotidiano, pero que afecta a pequeños sectores de la población. La vivienda, sin embargo, es una de las circunstancias claves en la vida de cualquier población. Según los cálculos confiables, el 50% de la población salvadoreña carece de vivienda adecuada, es decir, que reúna unos mínimos esenciales de espacio, seguridad, servicios e higiene. Una de las formas más típicas de vivienda popular en El Salvador es el llamado mesón

(del que volveremos a hablar más adelante). El mesón o casa de vecindario genera una especie de sistema social especialmente determinado que constriñe la vida de los inquilinos e induce particulares formas de comportamiento. La vida en el mesón representa uno de los capítulos más importantes o, por lo menos, más comunes de la vida salvadoreña (ver Recuadro 2).

La sociología estudiaría la vida en el mesón con respecto al problema de la vivienda, su demanda y oferta, así como los movimientos migratorios, económicos y laborales vinculados con ella. También estudiaría las formas de organización familiar y comunitaria que se producen en estas circunstancias, las clases sociales involucradas, la emergencia de economías marginales, y los procesos de delincuencia y anomia que aparecen vinculados a esta forma de vida.

Tortura

"Cuando ingresamos en el citado cuerpo de seguridad de inmediato me arrancaron a tirones la ropa hasta quedar desnudo y siempre vendado y esposado fui sometido a un interrogatorio... Tales interrogatorios duraban desde dos horas y media hasta cinco o seis horas seguidas, sintiendo el calor de presumiblemente potentes reflectores y temblores a raíz de los choques eléctricos recibidos... Cuando me veían desfallecido, casi sin aliento y desmayado, ensangrentado y entumecido por los golpes y malos tratos, me iban a tirar como si fuera un fardo a la celda que me habían asignado, en la cual las cucarachas, los mosquitos, zancudos, moscas, ratas y gran cantidad de otros insectos pululaban entre los excrementos y orines, ya que la celda carecía de algún orificio en el suelo para que la suciedad pudiera salir... Cuando llegaban a buscarme para otro interrogatorio y no podía moverme de debilidad por el hambre y la sed, así como por las lesiones que presentaba, me halaban de los pies y a puñetazos me hacían volver un poco en mí; al octavo día me llevaron en un bote sucio con restos de pintura, un poco de agua en la que habían unas cucarachas, pero era tan grande la sed que me devoraba, que como pude, tomé entre mis manos tumefactas ese bote y bebí ávidamente su contenido, inclusive la cucaracha, cuya existencia dentro del agua comprobé hasta que la tuve en la boca; ese hecho me produjo un vómito inmediato, expulsando de nuevo el agua sucia que acababa de ingerir, y quedando peor que antes. Así era la rutina durante los primeros veintiséis días".

(Testimonio del reo político Reynaldo Cruz Menjivar. ECA, 1978, 360, 850-858).

La psicología social, por su lado, se interesaría también por muchos de los aspectos estudiados por la sociología, pero examinaría más particularmente la vida en el mesón como un sistema de interacción humana, con unos mecanismos y

procesos peculiares de comunicación, donde los requerimientos de las necesidades de unos y de otros van generando normas explícitas o implícitas de convivencia, y donde las fuerzas de los miembros dan sentido a los conflictos y a la estructuración de las relaciones y comportamientos

En los momentos de agudización de los conflictos sociales, los procesos de grupo adquieren una especial importancia. Las manifestaciones callejeras (ver Recuadro 3), las huelgas laborales y políticas, las ocupaciones de edificios y otras acciones semejantes alteran la evolución normal de la cotidianidad establecida. Los grupos (y las personas) tienen que adoptar decisiones para las que no tiene normas claras y a veces ni siquiera criterios orientadores. En uno de los múltiples conflictos laborales que se plantearon en San Salvador en 1979, los trabajadores de una fábrica nacional ocuparon las instalaciones y retuvieron a un buen número de rehenes, sobre todo de mandos intermedios. Reunidos los propietarios y administradores de la fábrica, consideraron las peticiones de los huelguistas, peticiones en su conjunto muy razonables y a las que la fábrica podía atender sin mayor dificultad. Mientras el gerente de la fábrica era partidario de acceder a las demandas de los huelguistas y ocupantes, el principal accionista adoptó la postura dura de no negociar en tanto los rehenes no hubieran sido liberados. Los días empezaron a pasar, sin que el grupo propietario flexibilizara su postura. Tras un mes de ocupación, y unos minutos antes de que las fuerzas de seguridad recuperaran violentamente la fábrica, los obreros la abandonaron y - no se sabe si intencionalmente o casualmente- la fábrica fue incendiada, quedando totalmente destruida.

Las huelgas y su resolución son acontecimientos de gran significado para las ciencias sociales, aunque, lamentablemente, la corriente dominante de científicos sociales han rehuido el estudio profundo de las formas concretas de conflicto social. La sociología se interesa por una huelga en la medida en que expresa las áreas problemáticas en el funcionamiento de una estructura social, y en cuanto revela los dinámicos que puede alterar un ordenamiento social concreto. La psicología social se interesa, sobre todo, por la interacción de personas y grupos que se produce en el desarrollo del proceso conflictivo. Ante situaciones para las que no existen claras prescripciones, ¿cómo se llega a adoptar una decisión? ¿Cómo y por qué llegaron los trabajadores a la decisión no solo de declararse en huelga, sino de extremar su postura mediante la ocupación de la fábrica? ¿Cómo y por qué la dirigencia de la fábrica decidió adoptar una postura totalmente intransigente, y, a pesar de los obvios peligros, la mantuvo hasta el final? ¿Cómo intervinieron las distintas personalidades y factores en juego en el proceso de adoptar esas decisiones que condujeron a consecuencias tan desastrosas? ¿Hubo algún tipo de liderazgo en las decisiones de trabajadores y propietarios? ¿Qué determinó ese liderazgo y cómo fue ejercido?

Un examen de los tres casos presentados - tortura a un prisionero, la vida cotidiana en un mesón urbano, y el

desarrollo y resolución de una huelga- y el tipo de preguntas que la psicología social se formula, nos permite llegar a una delimitación provisional del objeto de la psicología social.

La vida en el mesón

Angela se encarga de atender las necesidades familiares. A las seis de la mañana se levanta y va a la tienda a comprar las cosas para el desayuno. Cuando se va Carlos (su esposo), lava en el patio y atiende al desayuno del niño. Después, desayuna ella, arregla la pieza y se queda allí, leyendo el periódico o entreteniéndose el tiempo. Hacia las once vuelve a salir de la tienda, a comprar las cosas para el almuerzo. Después, descansa en la pieza, leyendo el periódico o dormitando. Hacia las tres, sale con el niño a caminar por el patio. A veces le compra una paleta donde la Niña Lupita, y algunas tardes se quedan en la pieza de ella, viendo televisión. "Antes salía al parque con el niño; pero desde que oí cómo la Ana María decía que la señora de José Luís había salido toda una mañana para irse a un hospedaje con otro hombre, ya no me gusta salir. Únicamente salgo los domingos con Carlos".

Angela es bien considerada por sus vecinos, aunque ella trata de eludir el conversar frecuentemente con otras mujeres para evitar la acusación de "chambrosa" (murmuradora).

(Herrera Morán, A. y Martín-Baró, I. Ley y orden en la vida del mesón. ECA, 1978, 360, 803-828).

Ante todo, es claro que la psicología social no es lo mismo que la psicología de los grupos (pequeños o grandes). La psicología social ciertamente analiza procesos grupales como la toma de decisiones en una huelga. Pero la psicología social también estudia la acción de personas individuales, como el torturar o la jornada normal de una mujer en el interior del mesón. Social no es lo mismo que grupal, aunque todo grupo humano es obviamente de naturaleza social. Lo social es una categoría más amplia que con perfecto derecho se aplica también a los individuos humanos (personas sociales). La constante de la psicología social en los ejemplos examinados, es decir, lo específico social es el atender a la acción de individuos o grupos en cuanto referida o influida por otros individuos o grupos. En la medida que una acción no es algo que se puede explicar adecuadamente a partir del sujeto mismo, sino que, explícita o implícitamente, en su forma o en su contenido, en su raíz o en su intención, esté referida a otro y a otros, en esa misma medida la acción es social y cae bajo, la consideración de la psicología social.

Las personas no son seres arrojados al vacío, sino que formamos parte de una historia, nos movemos en una situación y circunstancia, actuamos sobre las redes de múltiples vinculaciones sociales. La psicología social trata de

desentrañar la elaboración de la actividad humana en cuanto es precisamente forjada en una historia, ligada a una situación y referida al ser y actuar de unos y de otros. La pregunta central sería entonces hallar en qué medida una determinada acción ha sido configurada por el influjo de otros sujetos, de qué manera su sentido total le viene precisamente de su referencia esencial al ser y hacer de los demás. Tenemos así una primera aproximación al objeto de estudio de la psicología social: la acción humana, individual o grupal, en cuanto referida a otros.

La mayoría de autores utiliza variantes de este tipo de definición. Como dice Gordon W. Allport (1968, pág. 3) en su síntesis histórica sobre la psicología social, "con contadas excepciones, los psicólogos sociales consideran que su disciplina es un intento por comprender y explicar la manera en que los pensamientos, sentimientos y comportamientos de los individuos son influidos por la presencia actual, imaginaria o implícita de los demás". En nuestro medio, Jesús Arroyo (1971, pág. 16) definió como la psicología social como "aquella parte de la psicología que se ocupa del estudio de la conducta humana en el aspecto en que está referida a los demás, estimulada o reaccionada, que implica (la conducta) una conciencia social conforme a situaciones múltiples metaindividuales, en cuanto dicho comportamiento requiere de asociaciones motivadas por las necesidades individuales y del grupo".

Esta primera aproximación al objeto de la psicología social nos orienta hacia el comportamiento en cuanto relación, es decir, al influjo interpersonal. Es importante, entonces, preguntarnos cuál es la esencia última del influjo interpersonal, no en un sentido metafísico, sino en un sentido empírico. En otras palabras, ¿en qué consiste el influjo interpersonal reducido a sus mínimos elementos?

Esta pregunta ha sido una de las primeras en formularse experimentalmente. Ya en 1897 N. Triplett trataba de averiguar qué influjo tenía en ciertas competencias ciclistas y en ejercicios de ritmo la presencia de observadores. De alguna manera, todos hemos tenido la experiencia de sentirnos espoleados a correr más o a desempeñarnos mejor cuando sabemos que alguien nos está observando. Sin embargo, probablemente también habremos experimentado cierto embarazo e incluso agarrotamiento cuando nos ha tocado hablar ante un numeroso público o realizar alguna tarea difícil en presencia de "mirones" (peor aún si la presencia es de algún capataz o supervisor). ¿Cómo influyen los demás en nuestro comportamiento? ¿Es la presencia de espectadores o compañeros un estímulo positivo o un obstáculo para el desempeño de la actividad humana? ¿En otras palabras, ¿hay alguna diferencia entre realizar una acción en solitario y realizarla ante otros? ¿La ejecución de esa acción mejora, empeora o es igual?

Una manifestación popular

Contra la voluntad de la extrema derecha y del sector prooligárquico de la Fuerza Armada, a pesar de la supresión del transporte público, a pesar de los retenes en las ciudades del interior del país, a pesar de las amenazas, los rumores, a pesar de la agresión abierta a comunidades rurales para impedir su asistencia, se oyen las voces de los organizadores, la cabeza de manifestantes da los primeros pasos... ¡el desfile se ha iniciado! Hacia el oriente, sobre la calle Rubén Darío, miles de simpatizantes y observadores se agolpan para ver pasar y saludar a las organizaciones. El espectáculo es epopéyico. Una verdadera verbena popular, con colores, proclamas y canciones. ¡Pueblo que lucha, triunfa! ¡Pueblo que lucha, triunfa! ¡El pueblo unido jamás será vencido! ¡El pueblo unido jamás será vencido!

El primero en avanzar es el partido UDN que, movilizand o a más de 25.000 personas, pasa entre banderas rojas y amarillas, llevan mantas con inscripciones alusivas a la Unidad, con exigencias sobre el cese de la represión y la libertad para los reos políticos. Enormes carteles, sobre armazones de madera y rodos, avanzan luciendo proclamas de solidaridad. Entre los grupos que desfilan bajo las banderas del UDN van el Partido Comunista Salvadoreño; la Juventud Comunista, la Asociación de Estudiantes Salvadoreños, el Frente de Acción Universitaria y una delegación de la Confederación Unitaria de Trabajadores Salvadoreños.

¡Pueblo: únete! ¡Pueblo: únete! ¡Pueblo: únete!

(Francisco Andrés Escobar. En la línea de la muerte (La manifestación del 22 de enero de 1980). ECA, 1980, 375-6, 21-35).

Muchos autores han investigado estas cuestiones experimentalmente. En 1920, Floyd Allport publico los resultados de una serie de experimentos en los que comparaba los resultados entre realizar una serie de tareas en solitario o en compañía de otros. Las tareas examinadas eran relativamente sencillas, como asociar palabras, realizar ciertas operaciones aritméticas, o tratar de distinguir entre pesos y olores. Allport halló que, en general, la presencia de otras personas influía positivamente en las tareas, con la excepción de la solución de problemas y ciertos juicios. Por ello, Allport señaló que la presencia de los otros constituía un estímulo "facilitador" de la conducta, y calificó este influjo como una "facilitación social". Ciertamente, estos resultados parecían conformarse al modelo conductista propuesto por Watson para la psicología según el cual podía explicarse todo comportamiento como un encadenamiento de estímulos y respuestas, sin tener que profundizar en el interior inaccesible de las personas. Según Allport, la presencia de otros era un estímulo facilitador en la ejecución de sus propias respuestas.

El calificativo de "social" se debía a que el "estímulo facilitador" lo constituían otras personas. Todavía en la actualidad psicólogos sociales de orientación conductista consideran que la psicología social debe estudiar "las reacciones de un individuo a los estímulos socialmente relevantes" (Berkowitz, 1975, pág.8). En este sentido, el influjo interpersonal sería un simple influjo externo, de orden casi mecánico.

En 1928, L. E. Travis repitió algunos de los experimentos de Allport, pero con sujetos tartamudos, los resultados obtenidos fueron contrarios a los de Allport, es decir, las personas lograban un rendimiento mejor trabajando en solitario. En general, una de las características más interesantes en los experimentos sobre "facilitación social" es la aparente inconsistencia de los resultados. De hecho, la ejecución de ciertas respuestas motoras o de ciertas asociaciones suele mejorar con la presencia de otras personas, mientras que el aprendizaje de sílabas sin sentido, o ciertas tareas de memorización empeoran cuando se realizan en público.

Tratando de encontrar un principio que pudiera dar cuenta de unos y otros resultados, Robert B. Zajonc (1971, pág.80) propuso en 1965 que "la presencia de espectadores facilita el emitir respuestas bien aprendidas, mientras que obstaculiza el aprender nuevas respuestas"; en otras palabras, "la presencia de espectadores facilita la ejecución y obstaculiza el aprendizaje". Según Zajonc, este efecto se explicaría porque la presencia de otras personas es un estimulante, que excita o activa al sujeto, el cual incrementara la emisión e la respuesta dominante a la situación en que se encuentra. Por tanto, si la respuesta dominante del sujeto es la respuesta correcta (como sucede en las tareas bien aprendidas), obviamente mejorara la ejecución; pero si la respuesta dominante es una errónea (como sucede cuando aún no se ha aprendido a ejecutar un ejercicio o a desempeñar una tarea), la mayor excitación incrementara la emisión d respuestas erróneas.

La solución de Zajonc al problema de facilitación social se basa en el modelo sobre el aprendizaje de Hull (1943), según el cual el potencial de reacción en un momento determinado depende de la interacción entre la fuerza del hábito y la pulsión.

Según Zajonc, la presencia de otras personas constituye una fuente de incremento pulsional para el individuo, pero como tal, se trata de una energetización o activación genérica, que no determina de por sí una dirección específica de la conducta. En cada caso será la respuesta dominante la activada por el aumento pulsional, es decir, la "facilitada" socialmente.

A pesar de la aparente elegancia de esta conclusión, el problema sobre el efecto de la presencia de otros en el comportamiento de un individuo esta lejos de haber sido zanjado definitivamente. Apenas tres años más tarde de que Zajonc propusiera su solución al problema, Nickolas B. Cottrell (1968, 1972) señalaba que la mera presencia física no parecía suficiente para explicar el fenómeno de la facilitación. Según Cottrell, el incremento pulsional es mediado por la conciencia del sujeto que se siente ansioso ante la eventualidad de que

los presentes evalúen su comportamiento. El individuo experimenta esta "aprensión evaluativa" como la llama Cottrell, ya que la presencia de otros le lleva a anticipar las eventuales consecuencias negativas que su conducta le puede acarrear. En este sentido, la presencia de otros se convierte en una señal desencadenante de la anticipación temerosa.

En la misma línea de pensamiento, Henchy y Glass (1968) opinaron que el incremento pulsional es mediado por el temor de los individuos a ser juzgados. De ahí que si la audiencia no constituye una presencia evaluativa, la respuesta dominante no resulte significativamente "facilitada". Ahora bien, Weiss y Miller (1971) ampliaron este punto de vista al afirmar que la aprensión evaluativa sólo es efectiva cuando el sujeto espera o anticipa que la presencia de otros le va a acarrear resultados negativos.

Estos autores confirman en lo fundamental la solución de Zajonc y mantiene los supuestos del modelo de Hull. Sin embargo plantean el problema a un nivel más complejo y, ciertamente, más realista o, si se quiere, más humano. Lo que pone en cuestión es que la presencia de otras personas tenga un efecto de orden mecánico o automático sobre el comportamiento de un individuo. De hecho, dos aspectos parecen mediar el efecto de la presencia de otros: la conciencia de esa presencia su particular significación. Por un lado, parece evidente que la presencia de otros solo puede afectar al sujeto cuando éste es consciente de esa presencia, a no ser que se quiera suponer la existencia de efluvios misteriosos o parasicológicos. El mismo Zajonc (1972, pág.8) indicó posteriormente que por lo general el individuo sólo se siente afectado por la presencia de otros cuando sale de un ambiente relativamente sereno y tiene que prestar atención al hecho de que hay espectadores o personas presentes.

Dicho de otra manera, el influjo de la presencia de los otros pasa por el filtro del propio individuo, que cae en la cuenta de esa presencia. Por otro lado, la conciencia siempre es una conciencia de algo; los otros presentes tienen una significación para el sujeto, quien valora positiva o negativamente esa presencia y anticipa las consecuencias buenas o malas que le pueden acarrear. Así, la presencia de otras personas pondrá nervioso individuo o le dejará tranquilo, le estimulará o le será indiferente, le agradará o le molestará.

Más recientemente, Zajonc ha retomado el tema y ha precisado su posición. Evidentemente, Zajonc (1980, págs.41-2) reconoce que hablar de una "mera presencia" de otras personas constituye una abstracción que no existe en la realidad. En la vida, toda presencia tiene algún sentido, por mínimo que sea, y ese sentido es fuente principal de estimulación social. Sin embargo, Zajonc mantiene que hay efectos producidos por la presencia de los otros que no son atribuibles al sentido de esa presencia, sino al dato (abstracto, en sentido de una variable experimental independiente) de la "mera" presencia, y que esos efectos consisten en un incremento pulsional no directo en el individuo. Recientes

revisiones del tema (Geen, 1980; Geen y Gange, 1977) han tenido a sustentar esa visión de Zajonc.

Con todo, la postura de Zajonc sigue siendo insatisfactoria, no porque se niegue el influjo activador sobre el sujeto de la presencia de otros, sino porque ese influjo se produce necesariamente en un contexto más amplio. El esquema de Zajonc despoja al proceso de relación o influjo social de su carácter específicamente social. Incluso en el caso de una mera presencia, es decir, en el caso de una presencia pasiva en la que no hay ningún otro tipo de acción interpersonal, el influjo que se produce es precisamente social porque ocurre a través del significado que unos sujetos tienen para otro.

Más aún, si se acepta que la mera presencia es una abstracción que nunca tienen lugar en la realidad, es porque se reconoce también que la activación mutua de las personas se produce a través de la conciencia que las unas tengan con las otras, es decir, de las significaciones que las vinculan siempre sobre el supuesto de que no se da más que una presencia pasiva de los unos ante el otro. En este sentido, Richard Borden (1980) ha propuesto una modificación al esquema de la facilitación social, según el cual el sujeto interpreta activamente la situación de los otros presentes y trata de lograr la mejor evaluación posible de su propio comportamiento. Ahora bien, Borden insiste en que este esfuerzo por lograr una evaluación óptima será tanto mayor cuanto más importante o significativa socialmente considere el sujeto que es su acción.

Fuera del laboratorio, en la vida real, las cosas son todavía menos "puras", pero quizás más claras. El influjo interpersonal no es algo mecánico. La excitación de una persona por la presencia de otros no proviene únicamente del hecho de que se domine o no una acción o tarea; quizás el dominio no sea ni siquiera la principal variable en el juego. A un nivel más básico, influye en la excitación el tipo de tarea que se está realizando y la significación que para las personas presentes (el actor y los observadores) tiene esa tarea. La presencia de otros me influye de manera muy distinta si estoy realizando mis labores de aseo cotidianas, si voy a torturar a otra persona, si estoy representando una obra teatral o si estoy tratando de resolver un complicado problema de matemáticas. Obviamente, todas estas tareas suponen un aprendizaje por mi parte, pero, de una manera mucho más importante, estas tareas tienen un contenido de valor, una significación social, aparte de qué su producto tiene efectos muy distintos en mí mismo y en la sociedad en la que vivo. Toda tarea, aprendida o no, sea o no una "respuesta dominante", tiene una significación social que es resaltada, positivamente o negativamente, por el hecho de que la sociedad se hace reduplicativamente presente a través de los otros. Un guardia puede verse estimulado por la presencia de otros guardias para torturar a un prisionero (ver Carpio, 1979), pero se sentiría totalmente cohibido para realizar la misma operación delante de sus padres o de sus propios hijos. El otro, no es simplemente "una persona presente"; es un espectador, un crítico, un amigo, mi jefe, mi profesor o mi esposa.

El influjo interpersonal, es decir, aquello que constituye una acción como social y que estudia la psicología social, no es un proceso de simple conexión externa entre un estímulo y una respuesta ya constituidos. Se trata más bien de un elemento interno a la misma acción, que adquiere una significación transindividual en esa referencia a los otros, y mediante esa significación recibe un impulso estimulante o un impulso inhibitorio. El problema fundamental sobre la "facilitación social" consiste en preguntarse qué es lo que se facilita y qué es lo que se dificulta en una determinada sociedad o grupo social en un momento histórico y para una determinada persona. Sólo en segundo lugar interesa preguntarse cómo, a través de qué procesos y mecanismos concretos, este influjo tiene lugar.

Cuatro elementos son esenciales para que se dé un influjo interpersonal: un sujeto, los otros, una acción concreta y un sistema o red de significaciones propio de una sociedad o de grupo social. Toda acción se realiza en la tela de este sistema de significaciones, que constituyen la interioridad del acto mismo más allá de su forma externa. Así, el influjo interpersonal, la relación del quehacer de una persona a otra, no es algo genérico o abstracto en la conducta, ni mucho menos algo sobreañadido a la acción ya constituida. Se trata, por el contrario, de algo bien concreto y algo constituyente. Concreto, ya que es esta o aquella relación con tal o cual persona o grupo e tal o cual situación. Por otro lado, se trata de algo intrínco al acto -su significación-, que es como la imagen que el sujeto trata de actuar. Una acción humana no es una simple concatenación de movimientos, sino la puesta en ejecución de un sentido: torturar a un enemigo, o castigar a un subversivo, o darle una lección a este inmundo comunista, o mostrar que soy muy macho y puedo hacer sentir mi superioridad a esta alimaña socialista.

La psicología social estudia pues al comportamiento humano en la medida en que es significado y valorado, y en esta significación y valoración vincula a la persona con una sociedad concreta. Se trata de encontrar las referencias concretas en cada acción y cada sociedad. En definitiva, la psicología social es una ciencia bisagra, cuyo objetivo es mostrar la conexión entre dos estructuras: la estructura personal (la personalidad humana y su consiguiente quehacer concreto) y la estructura social (cada sociedad o grupo social específico). En otros términos, la psicología social pretende examinar la doble realidad de la persona en cuanto actuación y concreción de una sociedad, y de la sociedad en cuanto totalidad de las personas y sus relaciones. La psicología social examina ese momento en que lo social se convierte en personal y lo personal en social, ya sea que ese momento tenga carácter individual o grupal, es decir, que la acción corresponda a un individuo o a todo un grupo.

A la luz de este análisis, podemos proponer una definición más significativa de la psicología social como el estudio científico de la acción en cuanto ideológica. Al decir ideológica, estamos expresando la misma idea de influjo o relación interpersonal, de juego de lo personal y social; pero estamos afirmando

también que la acción es una síntesis de objetividad y subjetividad, de conocimiento y de valoración, no necesariamente consciente, es decir, que la acción esta asignada por unos contenidos valorados y referidos históricamente a una estructura social.

Puede sorprender esta definición, ya que el término ideología es usado de muy diferentes maneras para expresar realidades a veces muy distintas. En términos muy generales, hay dos concepciones fundamentales sobre la ideología: una de tipo funcionalista y otra de tipo marxista. La concepción funcionalista entiende la ideología como un conjunto coherente de ideas y valores que orienta y dirige la acción de una determinada sociedad y, por tanto, que cumple una función normativa respecto a la acción de los miembros de esa sociedad. La concepción marxista (que tiene sus raíces en Maquiavelo y Hegel) entiende la ideología como una falsa conciencia en la que se presenta una imagen que no corresponde a la realidad, a la que encubre y justifica a partir de los intereses de la clase social dominante.

Estas dos concepciones parten de presupuestos diferentes acerca de la sociedad y del ser humano. La visión funcionalista supone que la sociedad es un sistema coherente y unitario, regido por un esquema único de valores y normas, en el que el sujeto actúa principalmente como individuo. La visión marxista encuentra que la sociedad se configura por el conflicto entre grupos con intereses contrapuestos y que el individuo es fundamentalmente un representante de su clase social. La corriente del estructuralismo marxista, principalmente avanzada por Louis Althusser (1968) concibe la ideología como un sistema o estructura que se impone y actúa a través de los individuos, pero sin que los individuos configuren a su vez esa ideología. Se trata de una totalidad actuante pero sin sujeto propiamente dicho ya que, en la ideología así entendida, el sujeto actúa en la medida en que es actuado. "Los hombres viven sus acciones, referidas comúnmente por la tradición clásica a la libertad y a la "conciencia", en la ideología, a través y por la ideología; en una palabra, que la relación "vivida" de los hombres con el mundo, comprendida en ella la Historia (en la acción o inacción política), pasa por la ideología, más aun, es la ideología misma" (Althusser 1968,pág. 193).

Lo interesante de este enfoque es que, así concebida, la ideología no es algo externo o añadido a la acción (individual o grupal). La ideología es un elemento esencial de la acción humana ya que la acción se constituye por referencia a una realidad significada i ese significado está dado por unos intereses sociales determinados. La ideología puede ser así vista desde la totalidad de los intereses sociales que la generan, pero también en cuanto dota de sentido a la acción personal y, por consiguiente, en cuanto esquemas cognoscitivos y valorativos de las personas mismas. Estos esquemas son personales y es el individuo el que los actúa, pero su explicación adecuada no se encuentra en el individuo, sino en la sociedad de la que es miembro y en los grupos en los que el individuo echa raíces.

Ahora bien, el enfoque estructuralista de Althusser elimina en la práctica el papel del sujeto. Esto parece absurdo y más desde una perspectiva psicológica. El individuo actúa en el medio de la ideología, pero no se acaba en ella; dicho de otra manera, la persona no se reduce a la ideología a la que incluso puede trascender mediante una toma de conciencia. Así concebida, la ideología viene a ser como los presupuestos o "por supuestos" de la vida cotidiana en cada grupo social, supuestos triviales o esenciales para los intereses del grupo dominante. En la medida en que una acción es ideológica, dice referencia a una clase social y a unos intereses, es decir, está influida por unos intereses grupales respecto a los cuales adquiere sentido y significación social. No toda acción es, por supuesto, igualmente ideológica. Respirar, dormir o pasear no tiene el mismo carácter social que tomar la decisión de irse a la huelga, transmitir el rumor de un golpe de estado o torturar a una persona.

Se ha afirmado que la ideología cumple una serie de funciones: ofrecer una interpretación de la realidad, suministrar esquemas prácticos de acción, justificar el orden social existente, legitimar ese orden como válido para todos, es decir, dar categoría natural a lo que es simplemente histórico, ejercer en la práctica la relación de dominio existente y reproducir el sistema social establecido. Ahora bien, cabe preguntarse qué es lo que hay de psicológico en todas estas funciones. Dicho de otra manera: si la psicología social estudia la acción en cuanto ideología y éstas son las funciones de la ideología ¿qué es lo psicológico en estas funciones? La respuesta es clara aunque su desarrollo lleva al desarrollo de toda la psicología social: en la ideología las fuerzas sociales se convierten en formas concretas de vivir, pensar y sentir de las personas, es decir, la objetividad social se convierte en subjetividad individual y, al actuarla, la persona se realiza como sujeto social. Bien analizado, un temario conservador de cualquiera de los textos de psicología social actualmente en boga coincide parcialmente con las funciones de la ideología.

- a) Ante todo, el tema de la percepción trata de explicar las causas y mecanismos mediante los cuales se capta e interpreta la realidad, especialmente las relaciones interpersonales y los procesos de carácter social. Rara vez la psicología social profundiza este análisis en el sentido de examinar los procesos de justificación y legitimación cognoscitiva de esa realidad. Sin embargo, el complemento necesario del análisis de los mecanismos perceptivos es el análisis de las causas de esos mecanismos, y esas causas hay que buscarlas a nivel social, no simplemente individual. Si percibir es configurar de alguna manera la realidad, la psicología social que estudia la percepción tiene que estudiar la ideología, es decir, las fuerzas sociales que llevan al individuo a captar de una o otra manera la realidad.
- b) Sea mediante el estudio de las actitudes o mediante el estudio de los roles, la psicología social intenta comprender, explicar y predecir los esquemas de acción de los individuos y grupos sociales, los mecanismos por lo

que se forman estos patrones de comportamiento, así como los fines y motivos que están a su base. No otra cosa pretende el análisis ideológico, que trata de descubrir los esquemas de acción brotados de los intereses de grupo a fin de ejercer normativamente el dominio social existente y reproducir el sistema establecido. Resulta interesante observar qué pocas veces los psicólogos sociales pasan de observar la consistencia o inconsistencia de los esquemas actitudinales con respecto a la acción a analizar el porqué de esa consistencia o inconsistencia, es decir, qué pocas veces pasan del examen positivista de los procesos al examen de su sentido histórico.

- c) La psicología social contemporánea dedica mucha atención a los procesos de sumisión, obediencia y conformismo, de manera análoga a como la ideología se interesa por las formas de actuar el dominio social y reproducir el sistema establecido. Es significativo que la psicología social haya adoptado prioritariamente la perspectiva del dominador, mientras que apenas excepcionalmente ha contemplado el proceso desde la perspectiva del dominado- es decir, la desobediencia, el inconformismo y el cambio social (ver Moscovici, 1972).

Por tanto, incluso el temario de la psicología social más tradicional responde parcialmente al enfoque que centra su objeto en examinar la ideología y sus funciones, es decir, la acción humana en cuanto ideológica. En gran parte, la dispersión que hoy se da en la psicología social es debida a la carencia de un marco conceptual adecuado que permita unificar críticamente las diversas investigaciones y datos disponibles. Al proponer que la psicología social estudie la acción en cuanto ideología se ofrece un marco teórico unificador que además, exige a la psicología social una profundización histórica y conceptual mucho mayor que la usualmente ofrecida.

Esta definición de la psicología social nos permite también descubrir el mayor fallo en los enfoques más corrientes: el olvido de los contenidos de la acción humana, su significación, en cuanto referidos a las fuentes de su producción y, por tanto, el determinismo configurador de esas fuentes sociales (ver Braunstein, 1975). Lamentablemente, muchos estudios de la psicología social se contentan con verificar correlaciones y dependencias entre formas de conducta, sin analizar suficientemente la diferenciación radical aportada por sus contenidos y sus productos. Esta es la razón de aquí obtengamos por hablar de "acción" y no de conducta. Una acción supone, ciertamente, una conducta, es decir, una respuesta externamente verificable (en el sentido conductista), pero supone también una interioridad, es decir, un sentido y, sobre todo, un producto; toda acción consiste en un hacer, un producir o generar algo, y este producto afecta a la totalidad social (ver Sève, 1973).

Al examinar los casos de tortura, la toma de decisiones en un conflicto laboral o el quehacer cotidiano en un mesón

entendemos la importancia de ir más allá de un esquema de estímulos y respuestas al estilo de la facilitación social. Los influjos sociales no son estimulaciones asépticas, sino impactos valorativos de acuerdo a la actividad e intereses en juego. Si la presencia real o imaginaria de otros excita o inhibe la acción del sujeto es porque de los demás proviene y se espera una valoración e incluso una reacción. Por lo tanto, no va haber un influjo facilitador o inhibidor meramente formal y externo, sino un influjo concreto, que facilita o dificulta determinadas conductas, que potencia u obstaculiza determinadas actividades, de acuerdo con las exigencias del grupo social concreto en que se está. Un análisis como el de la facilitación social no es adecuado ni completo mientras no se discrimine la función ideológica, es decir, el determinismo selectivo que se ejerce sobre las acciones de las personas y grupos reales a partir de los intereses y valores sociales dominantes. Por otro lado, al tomar conciencia de la función ideológica, se siente por lo mismo la necesidad de ubicar cada proceso psicológico en la totalidad de los procesos sociales, desbordando la mera comprensión de los mecanismos parciales de la que esta plagada la actual psicología social. Así, un problema como el de la facilitación social, sobre todo aplicada a procesos concretos como la tortura, la huelga o los rumores al interior de un mesón, adquiere significaciones muy diferentes cuando se ubica en el contexto de problemas más amplios: el problema del desempleo, el problema de la disidencia política, el problema de la reproducción social de la fuerza laboral, el problema de la organización social, el problema de los conflictos y luchas de clase.

Perspectivas y modelos.

1. Orientaciones en psicología social.

Precisamente porque la psicología social es una ciencia bisagra, a caballo entre lo que compete a la sociedad como tal y lo que es propio del individuo en cuanto persona, corre siempre el peligro de abandonara la tensión interdisciplinar y dejarse absorber por la dinámica de uno de los dos polos. En este sentido, ha habido y sigue habiendo una psicología social como ha habido y hay una sociología psicológica. Cuál sea el sustantivo y cuál el adjetivo en el nombre usado no es una arbitraria decisión lingüística, sino la expresión de una opción teórica.

La sociología psicológica es primero y fundamentalmente sociología y, por consiguiente, su unidad principal de análisis es de carácter colectivo; bien sea el sistema social o la acción en cuanto social (ver, por ejemplo, Parsons, 1968). Ciertamente, muchos temas que hoy constituyen capítulos obligados de la sociología son claros estudios de psicología social, aunque no siempre son tratados desde la perspectiva de la sociología psicológica. Un ejemplo típico lo constituye e tema de la socialización.

La psicología social, por un lado, suele tender a ser psicología en sentido restringido y, por consiguiente, a tomar al individuo como la unidad central de análisis. Esto crea problemas

principalmente cuando se estudian procesos grupales o fenómenos colectivos. Por otro lado, es raro encontrar en textos de psicología temas de sociología psicológica a no ser en aspectos relacionados con variaciones culturales o raciales. El que aquí usemos como título genérico el de psicología social no presupone de nuestra parte una opción por la perspectiva más psicológica. Lo usamos sencillamente porque se ha impuesto de hecho como nombre común en ciencias sociales sea cuál sea la perspectiva adoptada (ver Rosenberg y Turner, 1981).

La vida cotidiana en un mesón (ver Herrera y Martín-Baró, 1978) puede ser examinada desde ambas perspectivas. La sociología psicológica partiría probablemente del presupuesto del que el mesón es un sistema social, y examinaría el comportamiento de sus habitantes como roles regulados por una normatividad explícita o implícita. La perspectiva de psicología social examinaría el comportamiento de los individuos a partir de sus necesidades, su percepción y su conciencia de la situación y, por tanto, trataría de examinar los aspectos más importantes de la situación del mesón, así como los hábitos personales reforzados o castigados en el acontecer cotidiano.

En principio, las dos perspectivas son aceptables como punto de partida. Resulta perfectamente lícito y hasta enriquecedor el poder examinar un mismo fenómeno desde atalayas diversas, aun cuando las posibilidades de comprensión no sean las mismas en cada caso. El problema surge cuando la perspectiva pierde su carácter de relatividad y se absolutiza. Es el peligro del reduccionismo, psicológico o sociológico. De hecho, los psicólogos sociales suelen incurrir más frecuentemente en el reduccionismo psicológico o psicologismo que en el sociologismo.

Podríamos brevemente definir el psicologismo como aquella comprensión de los fenómenos y procesos sociales que los reduce y explica como la simple adición de procesos puramente psicológicos. Al igual que otros "ismos" el psicologismo se expresa por el empleo de la formula "no es más que" con la que se transforma una categoría (en este caso la social) en otra (aquí, de orden psicológico). Un ejemplo típico de reduccionismo psicologista se encuentra en Peter Homans (1967) quien afirma que cualquier procesos histórico y social pueden ser explicado con las categorías y principios enunciados en el conductismo operante de Skinner.

El psicologismo es una de las tendencias culturales más acentuadas actualmente en los países capitalistas y sus zonas de influencia (ver Lasche 1978). Ricardo Zuñiga(1976) señala tres graves errores psicologistas en los que suelen incurrir los psicólogos sociales al utilizar un análisis "centrado en las personas":

1. La transformación del objeto de estudio. Al redefinir un problema o proceso social con variantes psicológicas se produce una alteración esencial en el objeto de análisis. No es lo mismo hablar de cambio social que de cambio de

actitudes, de ideología que de motivación, de alienación que de imágenes del yo.

2. La abstracción de los problemas sociales analizados respecto a los procesos históricos concretos que los produce. "Un análisis centrado en la persona produce un sutil, pero significativo efecto de descontextualización y atemporalización, que encubre el juego de las fuerzas sociales en un momento histórico específico"(Zúñiga, 1976,pág.36).
3. En tercer lugar, el análisis centrado en la persona tiende a atribuir la casualidad de los hechos a los individuos y sus características, lo que en el fondo es consecuencia de la ideología política liberal-burguesa. Los problemas sociales se convierten así en problemas de personas, y los problemas políticos en problemas de caracteres o personalidades. Se incurre en el personalismo a todos los niveles, tanto para el éxito como, sobre todo, para el fracaso. El problema es la "vagancia" de los campesinos, las tendencias paranoicas de los políticos o el carácter sociópata de los terroristas, y no los conflictos estructurales de fondo. De este modo las soluciones sociales y políticas recomendadas para este tipo de análisis tienden siempre a asumir como intocable el sistema social establecido y a estimular a los individuos a plegarse a sus exigencias.

El peligro del sociologismo es precisamente el opuesto, es decir, reducir todos los problemas a variables sociales, hasta el punto de que la persona "no es más que" una simple expresión de fuerzas estructurales o sistémicas. Este peligro se cierne claramente sobre aquellos autores influidos por Louis Althusser; por ejemplo, algunos análisis de Eliseo Verón sobre procesos comunicativos (Verón, 1972). Ya Wilhem Reich (1974) reprochaba al movimiento socialista el no haber analizado suficientemente los factores personales y subjetivos en la conciencia de clase en el período del desarrollo fascista en Europa.

De acuerdo con la definición propuesta de psicología social, pretendemos acá adoptar una perspectiva dialéctica. El término dialéctica se ha vuelto en ocasiones un expediente para salir nominalmente del paso teórico, sin que en la práctica concreta de quienes se dicen dialécticos haya ninguna diferencia con quienes practican el psicologismo o, sobre todo, el sociologismo. Otros identifican dialéctica con interacción, lo que es una comprensión bien superficial. El método dialéctico tal como lo entendemos aquí, asume que el objeto se constituye precisamente por una mutua negación de los polos, y que esto ocurre en un proceso histórico. En el caso concreto de la psicología social, aplicar el método dialéctico quiere decir que al estudiar los problemas se parte del presupuesto de que persona y sociedad no simplemente interactúan como algo constituido, sino que se constituyen mutuamente y, por consiguiente, que negándose uno y otro, se afirman como tales. El individuo es persona porque existe una sociedad (no individual) que le hace persona; pero la sociedad es sociedad

porque existen individuos (negación de la sociedad) que la plasman y dan realidad. En la práctica, el método dialéctico va a significar que no podemos entender los procesos ideológicos de la persona sin atender como parte esencial a su estructuración social. En este sentido la acción humana es por naturaleza ideológica ya que está intrínsecamente configurada por las fuerza sociales operantes en una determinada historia. La acción, cada acción concreta, simultáneamente plasma y configura ambas realidades, sociedad y persona, en un hacer que es al mismo tiempo hacerse y ser hecho (ver,tambien, Castilla del Pino,1966)1968).

La psicología social no puede abstraer su objeto de la historia, pues es la historia social concreta la que da sentido a la actividad humana en cuanto ideológica. Esto no es lo mismo que afirmar que la psicología social es o deba ser simplemente historia (Gergen, 1973). Claro que de alguna manera lo que aquí se plantea es la concepción que se tenga sobre lo que debe ser una ciencia y la posibilidad de la psicología de ser científica en sentido restringido una vez que se acepta su necesaria referencia histórica. En todo caso, si la psicología social examina la acción en cuanto ideología, no puede evitar(precisamente para ser científica) esta necesaria referencia a un contexto y situación concretas. En buena parte, la psicología social en uso consiste precisamente en la organización de "referencias" históricas de los distintos comportamientos sociales; sin embargo las más de las veces estas referencias son desfiguradas convirtiéndolas en simples "condiciones" asépticas para que se produzca o no un proceso o para que una forma de comportamiento social aboque a uno u otro resultado(ver Holland, 1978).

Examinemos estas tres perspectivas con un ejemplo concreto. ¿Cómo analizarían el fenómeno de la tortura una psicología social sociologista, una psicologista y una dialéctica? Con el peligro de distorsionar los aportes de cientos autores, intentemos aplicar a este caso algunos estudios conocidos.

Desde una perspectiva de corte sociologista, podría aplicarse al caso de la tortura una visión puramente sistémica: es la estructura de una determinada organización penal y la adopción de unos roles ya prefigurados lo que hace posible que una persona pueda atormentar físicamente a otra. El estudio de Philip Zimbardo (1973) sobre la fuerza condicionante del papel de carcelero podría ser extrapolado a la condición de torturador. Ciertamente, la forma en que un sujeto desempeñe su papel de carcelero o, para el caso, de torturador puede depender en gran medida de las ideas que en un determinado grupo hay sobre lo que es ser carcelero o torturador (Banuazizi Movahedi, 1975). Pero que el papel desempeñado al interior de una institución legitimada tiene una gran fuerza constriñente, incluso para forzar a acciones contrarias a los principios del sujeto, se puede deducir de los conocidos estudios de Stanley Milgram (1974). De los estudios tanto de Zimbardo como de Milgram podría sacarse la consecuencia de que la estructura institucional (a través de los mecanismo de normatividad de un rol y de obediencia legitimada) bastan para explicar el comportamiento de un

torturador, sin que su personalidad, sus convicciones o su experiencia anterior alteren fundamentalmente este proceso. Por el contrario, algunas de las condiciones de los experimentos de Milgram (pérdida de la legitimidad institucional, fuertes principios éticos personales, etc.), así como la conciencia de las repercusiones a largo plazo en cosas fundamentales, y no simplemente una situación de laboratorio referida a aspectos relativamente transitorios o de poca importancia personal y social, llevarían a dudar de una fácil explicación de la tortura a nivel puramente sistémico.

Una explicación de orden psicologista trataría de encontrar en las características personales del torturador las razones de su comportamiento como tal. En otras palabras, no sería el rol el que crearía al sujeto y su comportamiento, sino que sería el sujeto el que de una u otra manera terminaría ocupando aquel rol que se adaptara a sus necesidades profundas y a las características de su personalidad. Esta a sido la visión de algunos psicoanalistas, que han explicado la acción del torturador como un comportamiento de sujetos profundamente sádicos, y de sistemas sociales que generan "estructuras" como respuestas a estas necesidades destructivas de los individuos (ver, Guiton, Bettelheim, y otros 1973)

Otro tipo de análisis, también de corte psicologista, se limita a analizar el cómo formal de la tortura (u otras formas de violencia abusiva), sin ver el contenido mismo de la acción está esencialmente vinculado a determinadas fuerzas sociales. Este es, al menos parcialmente, el caso de los estudios sobre la "víctima inocente", que muestran la necesidad del torturador de devaluar a su víctima y así acallar los posibles reclamos de su conciencia (ver por ejemplo, Lerner y Simmons, 1966).

Un enfoque dialéctico tendría que examinar el problema de la tortura como un proceso interpersonal al interior de una determinada estructura sociopolítica. El análisis de S. Milgram (1980) sería parcialmente aplicable, en la medida en que se enfatizara más el papel de la persona concreta, su conciencia ética y política, así como las características específicas de la situación que desencadena la tortura- no las características de la situación como dato inmediato (es decir, la habitación de la tortura, la cercanía de torturador y torturado, etc.), sino las características del grupo en el poder y sus necesidades de llegar a la tortura como instrumento de control social. Algunos de los análisis sobre los procedimientos utilizados en los hospitales psiquiátricos podrían ofrecer un inmediato paralelo de cómo analizar el fenómeno de la tortura (ver Basaglia, 1972; Berlinger, 1972).

2 Una visión histórica de la psicología social.

Entendida en su forma más amplia como el estudio de las relaciones entre el individuo y la sociedad, la psicología social ha sido un tema de larga tradición filosófica. El hecho de que los análisis fueran elaborados especulativa y no empíricamente, no quita valor ni a las conclusiones a que los filósofos fueron llegando ni a las observaciones en que buscaban apoyo para su especular ni menos a las preguntas

que originaban su reflexión. No deja de sorprender penosamente el que, tras haber despreciado una larga y rica tradición de filosofía psicológica, algunos sociólogos (sociales y generales) lleguen con dificultad a conclusiones mucho mejor formuladas en tiempos pasados por la filosofía (ver Chateau y otros, 1979). Cuando esta confluencia añade el enriquecimiento empírico a la conclusión especulativa, la ignorancia real o funcional queda de algún modo justificada. Por desgracia éste no es el caso las más de las veces y tras rechazar la "metafísica" teórica, se nos ofrece pobres recetas de filosofía casera bajo la apariencia de sofisticados productos de laboratorio.

Aunque no es éste el lugar para recuperar explícitamente la tradición filosófica de psicología social (ver Lana, 1969), es necesario mencionar la menos algunos autores cuyos planteamientos siguen vivos de una forma u otra en la reflexión contemporánea sobre la acción social de los seres humanos. Una de las tradiciones de pensamiento más rico sobre la relación entre hombres y sociedad comienza con los clásicos griegos. Sócrates, por ejemplo, insistía en la importancia de analizar la acción de las personas referida a su circunstancia concreta. Un individuo separado de su medio es una abstracción, algo irreal. Más aún, "lo que una persona es sólo explica parcialmente lo que esa persona hace. Nadie puede resistir las fuerzas de su medio ambiente. O el hombre conquista al mundo o el mundo lo conquista a él" (Collingwood, 1956, pág., 40).

Platón desarrolla esta visión socrática cuando, al esbozar la estructura de su república (que no es concebida como la forma de un estado ideal, sino como la mejor forma de estado en un período de crisis social), asigna diferentes tipos de personas a diversas funciones en el sistema social. El hombre necesita de la estructura social; pero qué clase de sociedad se llegue a formar depende del tipo y del carácter de los hombres que la rigen. De ahí que el problema nuclear de una sociedad sea el de la educación. El ser humano es perfectamente maleable, y es función del educador forjar al ciudadano (socializarle, se diría hoy) proporcionándole ese deber moral conocido como sentido común. El fracaso de esa tarea produce hombres asociales o antisociales, es decir "idiotas". El idiota (que en griego significa hombre privado o particular, profano) es el individuo aislado "puesto que carece de la atadura interna, interpretada como un "saber", al sistema de normas de la sociedad en cuyo seno vive" (Hofstadter, 1966, pág. 36).

Frente al relativo optimismo de Platón respecto a la maleabilidad del ser humano, Nicolás Maquiavelo piensa que la naturaleza humana es mucho más fija y que los hombres se guían por los mismos motivos y las mismas pasiones, principalmente el ansia de poder y el ansia de seguridad. Como todos tratan de satisfacer sus deseos, las leyes no bastan para regular la convivencia social y los jefes políticos tienen que acudir a la fuerza y a la violencia. Aunque separados por muchos siglos, es interesante subrayar que tanto Platón como Maquiavelo enfrentan momentos de grave crisis política en sus respectivas sociedades. Si embargo, proponen soluciones muy

diversas a la pregunta de cómo integrar al individuo en la sociedad. Mientras Platón piensa que el individuo puede llegar a interiorizar la ley que lo vincula a los demás y así actuar moralmente por convicción moral, Maquiavelo piensa que, en última instancia, el hombre solo se pliega a la ley común por el medio o la coacción física impuesta por la autoridad.

Tomás Hobbes llega un siglo más tarde a una conclusión parecida. Para Hobbes el hombre es antisocial por naturaleza y, como todos los hombres tienen las mismas apetencias, cada semejante es un rival, un lobo para los demás (*homo homini lupus*), contra el que hay que luchar en una guerra de todos contra todos (*bellum omnium contra omnes*). Por ello, la única forma de convivir sin destruir unos a otros es mediante un pacto o contrato social que regule la satisfacción básica de las necesidades de todos. Este contrato social sólo puede ser preservado por una autoridad fuerte, sea el estado o un soberano absoluto: Leviatán. Leviatán es así el poder común de la sociedad, surgido de la renuncia de cada individuo a sus tendencias de aniquilar a los demás miembros de sociedad.

Es interesante que, un siglo después, Juan Jacobo Rousseau postula también la necesidad de un contrato social, pero a partir de unas premisas diferentes. Para Rousseau, el hombre es fundamentalmente bueno (el mito de "buen salvaje"), pero la sociedad corrompe sus sentimientos bondadosos al mismo tiempo que induce la emergencia de la razón y de la conciencia. A fin de hacer posible el que los hombres desarrollen en común sus mejores potenciales, hace falta establecer un contrato social, por el que los individuos renuncian a actuar de una forma egoísta y aceptan respetar los derechos de los demás. Mediante este contrato social los hombres se vinculan a una sociedad concreta, en la que el control ejercido por las leyes de la voluntad general hace precisamente la libertad de cada persona.

Para Karl Marx (Marx y Engels, 1848/1969) la idea de un contrato social es una ficción engañosa que oculta la verdadera relación de las fuerzas existentes en una sociedad concreta. Lo que hay son grupos con intereses contrapuestos, una sociedad escindida por el conflicto no entre las apetencias de los individuos como tales, sino de los individuos en cuanto miembros de diversas clases sociales. No hay una ley surgida por el consenso mayoritario, sino una ley impuesta por la clase dominante que canaliza sus intereses, ejecuta su control y reproduce su situación de dominio social. Los hombres llevan interiorizada esa norma social que responde a los intereses de la clase dominante, se imponen como una estructura no consciente y guía el proceso de alienación y deshumanización de las personas.

Mientras para unos autores el individuo y sus necesidades determinan en última instancia lo que ha de ser la sociedad, para otros es la sociedad la que determina lo que el hombre concreto va a ser. Por tanto, mientras para unos qué sea la sociedad hay que entenderlo desde la óptica de lo que es el individuo, para otros qué sea el individuo sólo se puede entender desde la óptica de lo que es cada sociedad histórica.

En definitiva, la misma dualidad de perspectivas que encontramos en la psicología social contemporánea ha dividido a los filósofos en su reflexión sobre las relaciones entre individuo y sociedad. Sin embargo, entre la filosofía tradicional y la moderna psicología social hay también diferencias importantes. Cuatro hechos históricos son necesarios para comprender estas diferencias y el nacimiento de la psicología social así como de las ciencias sociales en su aceptación moderna: una mayor conciencia sobre las diferencias entre los grupos humanos, una concepción secularizada del ser humano, la revolución industrial y el desarrollo de una nueva metodología.

Sería ingenuo pensar que solo el hombre moderno ha tomado conciencia de las diferencias existentes entre los diversos grupos humanos. Desde antiguo los pueblos han viajado y emigrado de un lugar a otro y han observado la diversidad de lenguas, razas, costumbres y estilos de vida. El bello mito de la torre de Babel expresa literaria y teológicamente la conciencia de esta diversidad de pueblos y los problemas que de ahí se pueden seguir. A pesar de todo, sólo modernamente este hecho se ha convertido en un cuestionamiento sobre la naturaleza humana. Al conquistador ibérico le costaba aceptar que el indígena tuviera alma, es decir, fuera humano como él. Y cuando al fin aceptó su humanidad, no se le ocurrió extender esta generosa concesión mental a los esclavos negros. Por supuesto se trataba de una visión etnocéntrica, muy enraizada en los intereses materiales de la conquista. Pero el hecho es que esa era la concepción generalizada entre los cultos pueblos europeos.

En el período romántico, la diferencia recibe carta de ciudadanía humana. Cuando Rousseau proyecta su imagen del "buen salvaje", del hombre no corrompido por la sociedad egoísta, de alguna manera está señalando la potencialidad humana de formas distintas. La búsqueda romántica del misterio, la pureza y lo natural, entendido todo ello en un sentido de incontaminación social, logra que las diferencias entre los pueblos adquieran el grado de pregunta antropológica. A ello contribuyen también los numerosos viajes y las exóticas narraciones de tierras extrañas que florecen en Europa durante ese período. Finalmente, los continuos conflictos entre los pueblos europeos así como el surgimiento de nuevas unidades políticas acrecienta la conciencia inmediata sobre las diferencias culturales y raciales de los diversos grupos que, por primera vez, se sienten "nacionales", es decir miembros de una "nación".

Por el mismo tiempo mediados del siglo XIX- la idea sobre la evolución de las especies empieza a ser aceptada en los medios intelectuales. Si las teorías evolucionistas eran correctas, querían decir que el hombre no era un ser absoluto e inmodificable, sino que era un animal entre otros (aunque fuera sobre ellos) y, como tal, sujeto a los influjos y presiones del medio ambiente. Para la psicología social tiene una especial importancia el pensamiento de Herbert Spencer, no solo como expositor brillante de las ideas evolucionistas, sino porque aplicó estas ideas al ser social, al que comparó con un

organismo viviente (Spencer, 1972). De hecho, la mayoría de los principios del moderno funcionalismo en las ciencias sociales se encuentran ya formulados en los escritos de Spencer.

Si el conocimiento sobre las diferencias humanas en tiempos anteriores no se habían convertido en cuestión filosófica se debía en parte a una antropología teocéntrica, cristiana o no. Ciertamente, había diferencias entre los seres humanos, pero eran diferencias producidas directamente por Dios. Así, el hecho de la diversidad humana no plantea una cuestión histórica y social, sino que se remitía al misterio insondable de Dios y su infinita providencia.

Pero la sociedad moderna poco a poco abandonó el teocentrismo. Las preguntas humanas tenían que ser respondidas en términos humanos, es decir, con respuestas comprensibles a la inteligencia de los hombres. En parte la visión secularizada del ser humano encontró un camino en el enfoque positivista que, junto con la creencia en la posibilidad de un progreso sin fin, forjó la ilusión de que las ciencias podrían responder a cualquier pregunta y resolver cualquier problema. Ya no se podía remitir el hecho de las diferencias entre los pueblos al misterio divino; había que explicarla en términos humanos. Más aún, probablemente la filosofía no era el instrumento adecuado para resolver esta cuestión; la ciencia, en sentido positivista, tendría que asumir la tarea.

Un tercer factor crucial para el nacimiento de las ciencias sociales fue la revolución del capitalismo. El proceso de industrialización conmovió hasta sus raíces todo el orden social occidental, juntando verdaderos rebaños de seres humanos en condiciones de gran miseria, movilizándolo poblaciones enteras minando todo tipo de estructura comunal o familiar, y alterando profundamente costumbres, tradiciones y hábitos de comportamiento (Castells, 1976). De hecho la revolución industrial produjo una nueva forma de organización social, en la que los individuos eran simples números al servicio de un sistema productivo insaciable y en la que la explotación humana y los contrastes sociales (que, por supuesto, siempre habían sido grandes) adquirieron nuevas dimensiones exasperantes.

La conmoción radical producida por la revolución industrial planteaba con más urgencia que nunca la cuestión de si era posible mantener unida la sociedad humana. Las relaciones entre individuos y grupos- tanto al nivel macrogrupal de la ciudad como al nivel microgrupal de la familia – ya no podían desarrollarse por cauces tradicionales y el sistema de producción capitalista imperante no posibilitaba de hecho la formación de nuevos cauces adecuados. De hecho, se ha afirmado (Asplund, Dreier, y Morsch, 1975) que la psicología social surgió y se desarrolló como una disciplina especial cuando la separación de los individuos con respecto a la sociedad se volvió problemática en un momento de la evolución del sistema capitalista, especialmente al transformarse en capitalismo monopolístico (ver también Israel, 1979)

La revolución industrial fue posible, al menos en parte, debido al progreso tecnológico. La máquina de vapor representa como la partera técnica de la revolución industrial.

La tecnología capacitó a las sociedades occidentales para enfrentar nuevos problemas de una manera práctica y para resolverlos también empíricamente. De ese modo, la tecnología daba cauce a la aplicación de las ciencias a los problemas cotidianos e incluso permitía una comprensión nueva de problemas viejos. Frente a la tradicional visión aristotélica, el conocimiento técnico empezó a considerarse como superior al mismo razonamiento.

La tecnología no consistía en simple canal pragmático de la ciencia, sino que representaba un nuevo enfoque metodológico en la sempiterna tarea de resolver los problemas humanos. Fue precisamente esta nueva tecnología la que hizo posible que los estudios sociales adquirieran aquella consistencia formal que los hacía candidatos al grado de científicos, al menos en la aceptación positivista en boga. Ciertamente, las ciencias sociales adquirieron unas herramientas de trabajo que les permitió enfrentar con alguna confianza (quizás un tanto ingenua) cuestiones sociales tanto antiguas como nuevas. Las que hasta entonces habían sido ramas peculiares del gran árbol de la filosofía, empezaron a actuar con una creciente independencia y a reclamar una autonomía que prometía frutos maravillosos. Fuera lo que fuera de estas pretensiones y su resultado final, lo cierto es que una nueva metodología, requerida y promovida por los avances tecnológicos, permitió a los científicos sociales formular importantes preguntas antropológicas a niveles diferentes del meramente filosófico.

Posiblemente se podrían señalar otros antecedentes históricos de las ciencias sociales además de los cuatro aquí indicados. Sin embargo, estos cuatro hechos- la nueva conciencia sobre la diversidad humana, la concepción secularizada del hombre, la revolución industrial capitalista y un nuevo enfoque metodológico- constituyen los factores cruciales para la aparición de la moderna ciencia social y, por supuesto, de la psicología social. No es que estos cuatro hechos constituyan cuatro causas distintas por sí mismas; se trata de su conjunción en un momento histórico dado (la segunda mitad del siglo XIX) la que, junto con otros factores, hace posible el surgimiento de las ciencias sociales en su acepción actual.

No es arriesgado situar los orígenes de la moderna psicología social a finales del siglo XIX. De hecho, los primeros libros con el título de Psicología social aparecen en 1908. Sus autores, William McDougall y Edmund A. Ross, son académicos norteamericanos que muestran ya en embrión la posibilidad de poner el énfasis en lo psicológico (McDougall) o en lo social (Ross). En buena medida, el texto de McDougall sería considerado hoy como un texto de psicología general más que de psicología social. McDougall mantiene que todos los hombres nacen con las mismas tendencias innatas o instintos y que es tarea de la psicología social analizar cómo la sociedad va "moralizando" al individuo, es decir, cómo va configurando las tendencias egoístas de la persona en tendencias

socializadas. Por su parte, Ross afirma que la psicología social debe estudiar la interacción entre los seres humanos, principalmente los procesos a través de los cuales unos seres influyen en los demás, para diferenciar entre las influencias racionales y constructivas y los influjos irracionales y socialmente desintegradores. De ahí que Ross, con un prejuicio muy común a los sociólogos de su tiempo, se muestre enemigo –al menos teórico- de la vida urbana, en la que los individuos se verían afectados por todo, tipo de influjos masificadores y e irracionales.

A fin de abarcar significativamente la evolución de la psicología social contemporánea, podemos sintetizar su historia en tres periodos correspondientes a tres preguntas o perspectivas fundamentales: (1) ¿qué nos mantiene unidos en el orden social establecido? ; (2) ¿qué nos integra al orden establecido? ; y (3) ¿qué nos libera del orden establecido? Por supuesto, no se trata de tres periodos sucesivos, sino de tres enfoques fundamentalmente que toman cuerpo en un momento y en unas circunstancias históricas determinadas, pero que permanecen junto a los otros como alternativa académica.

1. Primer período.

El primer período corresponde a la pregunta primigenia en las ciencias sociales acerca de qué es lo que nos mantiene unidos en una sociedad y, más específicamente, en un determinado orden social. Como pregunta para la moderna psicología social, surge en Europa ante la profunda crisis desencadenada por el proceso de industrialización capitalista. Es una pregunta de tipo funcional que se plantea desde una perspectiva filosófica y que exige ser respondida como parte de una visión antropológica global.

En general, la respuesta va a consistir en alguna variante sobre el tema central de la "mente de grupo": de una o otra forma, todos los miembros de una misma sociedad participan de algo común, algo que no es material sino espiritual, y que los mantiene unidos más allá de las diferencias e intereses individuales.

Este tipo de respuesta se encuentra ya en Wilhelm Wundt, a quien la psicología experimental reconoce como fundador y a quien sus muchas inquietudes intelectuales le llevaron a escribir una voluminosa "psicología de los pueblos".

Para Wundt (1904/1926), la psicología popular consiste en aquellos productos mentales creados por una comunidad humana que no se puede reducir a la conciencia individual, sino que presupone la acción recíproca de muchos individuos. Esta acción recíproca es histórica y, por consiguiente, la psicología de los pueblos tiene una génesis que en cada caso dependerá de condiciones particulares. Serían estos productos de la interacción colectiva los que van dando carácter a un pueblo y mantienen a sus miembros vinculados entre sí.

La respuesta que da Emile Durkheim (1985/1964) es bastante similar: una sociedad mantiene su unidad debido a la

existencia de una conciencia colectiva. La conciencia colectiva consiste en un saber normativo, común a los miembros de una sociedad e irreductible a la conciencia de los individuos, ya que constituye un hecho social. Como tal, no solo es un fenómeno colectivo, sino que trasciende a los individuos a los que se impone desde la fuera como una fuerza coactiva.

En tanto Durkheim se esfuerza por dejar en claro el carácter social de la conciencia colectiva, Max Weber (1904/1969, 1925/1964) subraya su naturaleza psicológica. Para Weber, los intereses objetivos de un grupo social actúan en los individuos mediante la ideología que traduce esos intereses en valores y objetivos existenciales. El caso clásico y bien conocido es el de la ética protestante, que sirve para operativizar la dinámica del incipiente capitalismo europeo haciendo de los intereses burgueses principios religiosos de salvación individual.

En la misma línea de pensamiento cabe situar la visión psicoanalítica. Según Freud (1921/1972), lo que mantiene unidos a los miembros de una misma sociedad o grupo son los lazos afectivos que los vincula a un mismo dirigente o líder en un proceso de identificación colectiva. En la medida en que el objeto de la identificación de todos los individuos es uno mismo, hay entre ellos una comunidad de lazos afectivos que los mantiene unidos. De ahí la importancia que el psicoanálisis concede a la cabeza política como punto esencial en el que reposa la solidez de las estructuras sociales.

En conjunto, esa línea de pensamiento psicosocial presupone el dato de la sociedad como un todo común y unitario, al que la evolución de los procesos históricos parece poner en peligro. El problema fundamental consiste entonces en compaginar las necesidades del individuo con las necesidades del todo social, y para ello examinar los vínculos entre la estructura social y la estructura de la personalidad. Este tipo de enfoque perdurará hasta nuestros días en la mayoría de los estudios sobre la cultura y la personalidad que postulan una "personalidad de base" (Kardiner, 1939/1955; Dufrenne, 1959), un "carácter social" (Fromm, 1966) u otra estructura común a los miembros de una sociedad, como la "motivación del logro" (McClelland, 1968).

2. Segundo período.

El segundo período en la historia contemporánea de la psicología social surge con la americanización de la psicología y, en general, de las ciencias sociales, cuyos centros rectores pasan de Europa a Estados Unidos. Este segundo periodo puede encuadrarse bajo la pregunta sobre qué integran a las personas en el orden social establecido y representa una sutil transformación de la pregunta del primer periodo llevada al terreno de las conveniencias pragmáticas de los grupos sociales en el poder.

Si el primer periodo de la psicología social suponía como real la unidad de la sociedad como un todo homogéneo, este segundo periodo da un paso más y asume la incuestionabilidad

del orden social bajo el que el todo social se encuentra. La pregunta funcional primera de qué es lo que mantiene unidos a los miembros de una sociedad se transforma en una pregunta sobre lo que hay que hacer para que cualquier individuo o grupo se integre armoniosamente en el orden social dado. No se trata, por tanto, de examinar qué función pueda cumplir determinado individuo o determinado grupo al interior de una sociedad dada; se trata de ver cuáles son las necesidades del orden social establecido, cuáles los requisitos para su supervivencia, a fin de ayudar a los individuos y grupos a satisfacer esas necesidades y requisitos adaptándose a las formas existentes de vida.

Sin duda alguna, esta reorientación de la psicología social corresponde muy estrechamente a su americanización. El que los dos primeros textos con el título de "psicología social" fueran elaborados por académicos norteamericanos (aunque McDougall era de origen inglés) es ya un índice de que ya desde comienzos del presente siglo los Estados Unidos empiezan a tomar su dirección, hasta el punto de que lo que hoy se suele conocer como psicología social constituye en su totalidad un producto típicamente norteamericano.

A comienzos del siglo, los Estados Unidos enfrentaban dos grandes problemas sociales; por un lado, la integración de muchos y muy diversos grupos de inmigrantes; por otro lado, las crecientes exigencias del capitalismo industrial y las presiones que esas exigencias imponían a la vida social y comunitaria.

La avalancha de grupos con sus lenguas, creencias, tradiciones y formas de vida muy diferentes planteaba problemas inmensos a la convivencia norteamericana, en el sentido de lograr un esquema común lo suficientemente flexible como para poder asimilar valores y modalidades humanas muy diferentes, pero lo suficientemente unitario como para que la división no impidiera el progreso social. A los norteamericanos les gusta pensar que su sociedad fue y sigue siendo una "mezcladora" (melting pot), aunque hoy ya no estén tan seguros de que ése fuera el ideal y de que en el proceso no hayan perdido una gran riqueza de tradiciones y diversidades culturales. El hecho es que, en el momento de la avalancha migratoria, la exigencia inmediata era la de integrar a los recién llegados al orden y sistemas establecidos, la de adaptarlos a la cultura y estilos de vida dominantes, es decir, el aculturamiento primero, la socialización después. Así, la psicología social constituía un eventual instrumento de gran valor en esa tarea integradora del individuo al orden imperante.

Junto al problema de la integración de grupos nuevos a la sociedad norteamericana, los Estados Unidos se encontraban también con el problema de las exigencias que el proceso de acelerada industrialización imponía a la vida social. Si los orígenes de la industrialización contribuyeron a la aparición de las ciencias sociales, en Estados Unidos el aceleramiento y volumen de este proceso planteó problemas muy críticos tanto a los individuos como a las comunidades de vida que obligó a las ciencias sociales a afirmarse dando respuesta prontas y

prácticas. La búsqueda del máximo beneficio llevaba también a perseguir un máximo de eficiencia, y a ello podía contribuir eficazmente la psicología social, tanto determinando los individuos más adecuados para las tareas requeridas (procesos de selección) como ayudando a los individuos a adaptarse a las exigencias y condiciones de esas tareas (procesos de formación, mediación de conflictos, "relaciones humanas").

Estas necesidades sociales de los Estados Unidos determinan muy esencialmente el particular enfoque y desarrollo de la psicología social durante el segundo periodo. Desaparece, incluso por opción consciente, cualquier residuo de justificación o preocupación filosófica, tan típica de la psicología europea, y se busca preponderantemente el suministrar respuestas prácticas a los problemas concretos planteados por la estructura social dominante. La teoría es una buena parte relegada al ámbito de la metafísica, que pasa a ser un término despectivo en el gremio de los psicólogos. El producto prototípico de esta concepción pragmática en psicología (aunque todavía no específicamente en psicología social) lo constituye la obra de John B. Watson (1925/1972). Watson dictamina que para que la psicología llegue a nivel científico, debe despojarse de todo lastre filosófico y metafísico y adoptar con rigor los métodos de las ciencias físico-químicas. Ahora bien, esta reducción metodológica trae como consecuencia una drástica reducción del objeto de la psicología, de ese modo limitada a estudiar la "conducta", entendida única y exclusivamente como las respuestas o movimientos externamente observables de un organismo. Watson no niega la existencia de la subjetividad y de la interioridad de las personas, las intenciones buscadas o el sentido puesto a los actos; pero opta por ignorar todos estos aspectos como algo individual que son y, por tanto, inútil para la ciencia como tal.

Floyd Allport (1924) se encarga de trasladar a la psicología social el enfoque conductista propugnado por Watson. Allport, al que muchos consideran padre de la moderna psicología social experimental, plantea con toda claridad que su trabajo se basa en el enfoque conductista y el método experimental, lo que le lleva a reducir la psicología social a una psicología individual: "No hay psicología de los grupos que no sea esencial y completamente una psicología de los individuos" (1924, pág. 4) y, por consiguiente, "la conciencia y la conducta colectivas son simplemente la suma de los estados y reacciones de los individuos" (pág. 6). Según Allport, la única diferencia entre la psicología social y una psicología estrictamente individual consiste en que aquella estudia la conducta de los individuos en cuanto estimulada por otros individuos. La diferencia, por tanto, no está en la naturaleza de la conducta o respuesta misma, sino en el tipo de estímulo.

Con Allport aparece con toda claridad el carácter de la psicología social norteamericana: la pretensión científica conduce a un reduccionismo radical, en el que lo eliminado es precisamente lo social en cuanto a tal, mientras que la búsqueda de respuestas pragmáticas a los problemas de la

sociedad yanqui lleva a concentrarse en fenómenos microsociales o situaciones individuales, prescindiendo del contexto social más amplio. El resultado es una psicología social positivista, inconsciente cuando no ignorante de sus propios presupuestos, ciega al carácter histórico de los procesos humanos y, por consiguiente, con tendencia de elevar al rango de universal elementos o procesos circunstanciales o rasgos propios de ciertos medios específicamente norteamericanos. En buena medida, la proyección de psicología social que Skinner plasma en su "Walden dos"(1976), donde describe lo que, según los presupuestos conductistas, sería una sociedad utópica, refleja caricaturescamente el mecanismo y la ideologización que impregna la mayor parte del trabajo psicosocial de este período.

La Segunda Guerra Mundial ofrece la oportunidad para que esta psicología social de corte norteamericano despliegue todas sus potencialidades, tanto para bien como para mal. Como muestra de este desarrollo vinculado a las exigencias de la guerra mundial, tres áreas aparecen particularmente significativas: el estudio de los fenómenos grupales, sobre todo en lo concerniente a las relaciones del individuo con los grupos pequeños y a las relaciones interindividuales al interior de los pequeños grupos; el análisis de los procesos de formación y cambio de actitudes; y el estudio de la personalidad en cuanto reflejo y motor, al mismo tiempo, del carácter de una sociedad.

El estudio de los grupos era particularmente atractivo para los norteamericanos precisamente por su interés en la integración de diversos grupos étnicos en una sola y misma sociedad. La guerra planteaba problemas muy particulares sobre la integración de los individuos en las unidades militares y las consecuencias que las relaciones al interior de esos grupos militares tenían en su actuación y eficiencia. Esta misma pregunta sobre integración grupal y eficiencia se la habían formulado repetidas veces en el área industrial, de modo que había una convergencia de intereses que potenció el estudio de los primeros grupos.

Desde una perspectiva psicoanalítica, J. L. Moreno (1962) ya ponía en 1934 los fundamentos teóricos de la "sociometría", con la que trataba de sacar a la luz la complejidad de estructuras informales de orden afectivo escondidas bajo la aparente unidad de grupo social; por su lado, Muzafer Sherif (1936) mostraba experimentalmente el origen de aquellas mismas normas sociales que, como Durkheim había indicado, el individuo experimenta posteriormente como externas y obligatorias.

Con todo, fue el particular genio y liderazgo de un alemán emigrado a Estados Unidos, Kurt Lewin, el que dio nombre e identidad definitiva al estudio de los grupos, orientando la atención de los investigadores a las fuerzas que configuran la estructura y carácter de un grupo en manera similar a como los físicos habían dirigido la atención hacia las que configuran la estructura y carácter de la materia (ver Lippit, 1969; Deutsch y Krauss, 1970). Desde 1945, Lewin dirigió un programa de

investigación sobre la dinámica de los grupos pequeños que tubo una gran importancia teórica y empírica. Lewin no sólo desarrollo un rico arsenal de conceptos, principios y datos empíricos, sino que supo generar un notable entusiasmo entre sus discípulos quienes han continuado su trabajo y prolongado su visión hasta el presente.

En forma paralela y desde una perspectiva más sociológica, un equipo encabezado por S. Stouffer (Stouffer y otros, 1949) estudiaba los problemas del individuo al interior del ejército, su adaptación y eficiencia, sus motivaciones y frustraciones. De estas investigaciones seminales, Merton y Rossi(1968)elaborarían una teoría sobre los grupos de referencia, como marco de normas y valores que el individuo utiliza para orientar su comportamiento y la evolución de sus actitudes sociales.

Los modelos y datos acerca de los grupos empezaron a abundar (ver, Cartwright y Zander, 1971; Shaw, 1980) sin embargo, todo el área de la dinámica de grupos ponía de manifiesto dos gravísimas limitaciones que condicionaron negativamente su desarrollo. Por un lado, el paralelo con las ciencias físico- químicas, tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista metodológico, llevo a la reducción factual del estudio de los grupos al estudio de los grupos pequeños, las más de las veces con el supuesto implícito de que, con pequeñas variantes, los grupos grandes eran una ampliación de los grupos pequeños y las macroestructuras sociales reproducían a gran escala las microestructuras grupales. Por otro lado, el haber adoptado desde el principio(aunque no necesariamente de una forma consciente) la perspectiva del poder establecido, social, industrial o militar, llevó a concebir la dinámica de grupos como las fuerzas y procesos que producían la integración de los individuos en grupos, y no como las fuerzas y procesos que podían llevar a los individuos a cambiar los grupos o a unos grupos a modificar a otros. Se trataba de un perspectiva de adaptación individual y el supuesto era que, en caso de conflicto, la modificación correspondía al individuo no al grupo.

Estas dos serias limitaciones hicieron crisis precisamente en los momentos en que la llamada "dinámica de grupos" logró su máximo de influjo social, es decir, durante los años sesenta. Por todas partes brotaron en los Estados Unidos y otros países europeos multitud de grupos que trataban de aplicar los métodos y recomendaciones de la dinámica de grupos, buscando la comprensión interpersonal mediante la creación de un ambiente supuestamente permisivo y la riqueza en la comunicación. Sin embargo, ni este tipo de grupos resultaba aceptable para la gran mayoría de las organizaciones sociales norteamericanas, sobre todo las más importantes(industriales, estatales, militares o educativas), ni los problemas de fondo mejoraban a pesar de los esfuerzos individuales por mostrar comprensión y aceptación incondicional de los demás. Así mientras la psicología social centraba sus esfuerzos en desarrollar las potencialidades del individuo y la comunicación interpersonal, socialmente seguían aumentando las diferencias

intergrupales, la falta de comunicación y los controles totalitarios sobre las diversas comunidades.

Una segunda área de estudio impulsada por las necesidades y los problemas planteados por la Segunda Guerra Mundial fue la de cambio de actitudes. Ya en 1918, dos autores norteamericanos, W.I. Thomas y F.Znaniecki (1918-1920), habían indicado que la psicología social debía consistir en el estudio de las actitudes. Las actitudes, entendidas como predisposiciones adquiridas para actuar de determinada manera ante determinado objeto, constituían una unidad de análisis que parecía satisfacer la tendencia norteamericana a enfatizar los factores ambientales y del aprendizaje en el comportamiento de las personas, sin ignorar los factores genéticos. El fracaso de la propaganda norteamericana en lograr que los alemanes cambiaran en lo más mínimo sus actitudes, puso en crisis el conocimiento que se tenía al respecto y se planteó la cuestión de si las actitudes no estarían más profundamente enraizadas en las personas y grupos de lo que se había creído hasta entonces.

Un grupo de psicólogos sociales, bajo la dirección de Carl Horland (ver Hovland y otros, 1953, 1960) inició un amplio proyecto de investigaciones sobre el cambio de actitudes, desde una perspectiva que pretendía integrar los principios de la teoría de la forma (Gestalt) con los principios del aprendizaje, sobre todo como habían sido propuestos por Hull (1943). Desde entonces y hasta mediados de los años sesenta, el área de las actitudes ha florecido como uno de los pilares básicos de la psicología social, multiplicándose los modelos y acumulándose los datos empíricos. Sin embargo, no sólo ha faltado quien lograra una visión sintética, sino que el estudio de las actitudes ha ido mostrando también serias deficiencias. El problema más insistente señalado por los psicólogos al modelo de las actitudes es su limitación respecto a la predicción del comportamiento específico. Pero probablemente un problema más grave ha sido su tendencia a ignorar la vinculación entre las estructuras personales (conceptualizadas como actitudes o de otro modo) y los determinismos macrosociales, sobre todo a través del poder social. Así, el estudio de las actitudes ha supuesto en buena medida el análisis ideologizado de la ideología de algún grupo particular.

Una tercera área impulsada por los problemas de la guerra fue el del condicionamiento social de la persona humana así como el influjo de las personas en el sistema social. La preocupación surgía del hecho de que uno de los pueblos más cultos, como el pueblo alemán, hubiera podido llegar a cometer o participar en las atrocidades a que le había conducido el régimen nazi. ¿Cómo era posible que el nazismo hubiera florecido de tal manera en la patria de Goethe y de Beethoven? La subsiguiente pregunta se centraba en la inquietud de si un proceso similar no estaría incoándose en otros países, aparentemente cultos y democráticos, como los Estados Unidos.

La pregunta, desde la perspectiva particular de la Escuela de Frankfurt e impulsada por científicos sociales de origen judío

emigrados a Estados Unidos, condujo a numerosas visiones psicosociales. Sin duda alguna, la más conocida e influyente es la expuesta por T.W. Adorno y sus colaboradores en lo que, con bastante poca fortuna, se dio en llamar el modelo de la "personalidad autoritaria" (Adorno y otros, 1965). Esta visión representaba una modalidad interesante de feudo-marxismo y, por consiguiente, replanteaba las relaciones entre estructura social y personalidad. Con todo, el enfoque enfatizaba excesivamente los procesos psicológicos del problema, llevando casi a la conclusión de que la transición entre regímenes políticos podía ser entendida con categorías psicológicas.

El segundo período en la historia de la moderna psicología social ha sido el de más vigor y entusiasmo. Sin embargo, a la hora del saldo final, se puede apreciar que los errores originales de enfoque, implícito en la pregunta con que hemos calificado este período, han pesado tanto o más que los indudables logros obtenidos. En este sentido, el segundo período presenta tres constantes, precisamente vinculadas a la norteamericanización de la psicología social: el individualismo, el psicologismo y la perspectiva desde el poder establecido. En el segundo período, la psicología social no sólo se inclinó definitivamente hacia la socio-psicología, sino que optó por una visión individualista, según la cual la realidad debe ser estudiada tomando al individuo como unidad de análisis y como principio epistemológico. En otros términos, lo social debe ser visto y entendido desde lo individual. Así buena parte de la psicología social a bordeado continuamente el psicologismo, en el que más de un autor y un modelo cayeron plenamente. Este psicologismo ha abocado en los últimos años a un subjetivismo a ultranza, cuya semilla ya estaba echada tanto en la dirección adoptada por la dinámica de grupos como en la conceptualización de las actitudes. Todo esto resalta más la tercera constante de este período, es decir, la visión desde el poder: el presupuesto implícito es que la sociedad constituye un dato previo, un punto de partida y, como tal, no se cuestiona. Es el individuo el que debe adaptarse a la estructura social, militar o industrial, no la estructura la que debe cambiar. Lamentablemente, esta perspectiva ha permeado la mayor parte del trabajo de los psicólogos sociales, haciendo de ellos instrumentos al servicio de las necesidades del poder establecido, ayudando a cambiar al individuo, a contener su rebeldía y protesta, fortaleciendo así la estructura del sistema social capitalista, basado en la desigualdad y la explotación. No toda la psicología social de este período ni todos los psicólogos sociales puede ser acusados de haber sido instrumentalizados por el poder; pero el predominio de esta perspectiva ha marcado sin duda la línea central de su quehacer teórico y empírico.

3. Tercer período.

En los últimos años, un creciente desencanto a empezado a invadir a numerosos psicólogos sociales sobre los logros obtenidos por esta rama de la ciencia social, desencanto que incluso a llevado a nos pocos a un claro escepticismo sobre sus posibilidades reales. La crisis estalló como un corolario de

la derrota militar y política de la visión social norteamericana en la guerra del Vietnam. La derrota sirve para desenmascarar la sumisión del que hacer de las ciencias sociales a la perspectiva y necesidades del poder establecido, so capa de asepsia científica (como si la ciencia pudiera ser ajena a los conflictos históricos y evitarse el optar por unos valores) y de pragmatismo (como si la ciencia fuera más valiosa cuanto más huyera de la teoría y se abocara a los problemas inmediatos).

Al cuestionarse el poder establecido y la sumisión de las ciencias sociales a los dictámenes e intereses de ese poder, se abre una nueva perspectiva sintetizada en la pregunta con la que enmarcamos este período: ¿qué son libera del orden establecido? El cambio es radical en varios aspectos. Ante todo, el marco social se acepta como un dato, pero precisamente un dato criticable en su factibilidad y en su negación de posibilidades sociales distintas (ver Marcuse, 1969). Por consiguiente, aunque el orden social sea un necesario marco de referencia, no es por lo mismo criterio normativo respecto a las personas y grupos. De ahí que si es importante saber qué integra a las personas al orden social establecido, más importante es saber como las personas pueden cambiar ese orden, liberarse de sus exigencias e imposiciones y construir un orden social diferente, más justo y humano.

El nuevo enfoque no desplaza totalmente a los dos anteriores y ni siquiera llega a constituirse en corriente central de la psicología social. Sin embargo, la crítica permea prácticamente todos los ámbitos explorados y las aportaciones más originales provienen precisamente de esas iniciativas críticas. Podemos señalar tres de esas revisiones, que abren importantes perspectivas nuevas a la investigación: la visión de la realidad social como construcción, el enfoque conflictivo del orden social y el papel político de la psicología social.

La concepción de la realidad social como una construcción histórica más que como un marco estructural ya dado ha sido mucho más propia de los enfoques de orientación marxista que de los de orientación funcionalista. No es por tanto de extrañar que la visión histórica de la sociedad haya permanecido notoriamente ausente del ámbito de la psicología social, fundamentalmente desarrollada en Estados Unidos. Incluso estudios como el de Sherif (1936), que apuntaba al carácter dinámico de los grupos sociales respecto al orden social, constituían la excepción a la visión imperante de carácter reactivo y adaptacionista.

El influjo de una serie de autores europeos, muchos de ellos emigrados a Estados Unidos a causa de la guerra mundial, prepara el terreno para la crítica a esa visión imperante. El marxismo y la fenomenología son dos corrientes cuyo influjo se siente con más claridad, aunque los sociólogos tiendan a abrirse más al primero y los psicólogos a la segunda. En concreto, los psicólogos sociales se vieron estimulados por una obra sobre sociología del conocimiento, escrita por un sociólogo norteamericano, Peter Berger, y un sociólogo alemán, Thomas Luckmann. Berger y Luckmann

(1968) consideran la sociedad en su doble vertiente de realidad objetiva y realidad subjetiva, de conjunto de roles y de actitudes interiorizadas, de organización normativa y de contexto para la realidad personal. Los individuos son ciertamente hechura de su sociedad, pero la sociedad, cada sociedad concreta, es hechura del quehacer de los grupos y personas. La sociedad aparece así en su relatividad histórica, como producto de un proceso humano y, por consiguiente, susceptible de transformación y cambio. La dialéctica de la realidad social contiene tres momentos, que Berger y Luckmann sintetizan en la triple afirmación de que la sociedad es un producto humano, la sociedad es una realidad objetiva, y el hombre es un producto social (1968, pág. 84). Lamentablemente, añade Berger y Luckmann, la sociología norteamericana- y, más aún, la psicología social- han tendido a omitir el primer momento dialéctico de la realidad social, incurriendo en lo que Marx llamo reificación, es decir, la visión de la realidad social con categorías cosificadas, apropiadas solo para el mundo de la naturaleza.

Esta visión de la sociología del conocimiento ha sido recogida, aunque sólo parcialmente, en el enfoque conocido con el término de "etnometodología" (Turner, 1974). La etnometodología mantiene como punto central que los individuos aprenden a construir la estructura social de valores y normas a través de la actividad rutinaria, (ver Garfinkel, 1967). En este sentido, la etnometodología supone que la realidad social esta siendo continuamente generada por la actividad de las persona y, por consiguiente, que los valores sociales más importantes son aquellos subyacentes al sentido común, a las prácticas rutinarias, cotidianas. De manera parecida, Goffmann (1971) trata de comprender la realidad social en términos teatrales, donde las personas actúan desempeñando papeles que definen esa realidad.

El acierto de la etnometodología está en el énfasis concedido al individuo como sujeto activo en la producción de la sociedad. Su debilidad se cifra en la pendiente subjetiva que tienden a seguir estos estudios, según la cual la realidad social es, en última instancia, cuestión de perspectivas. Esta subjetivización es perceptible en áreas tan de moda como los estudios de atribución (Jones y Davis, 1965). El mismo interaccionismo simbólico, corriente heredera de la visión de G.H. Mead (1972), ha tendido a adoptar una postura subjetivista. En el fondo late el desencanto ideológico frente a la incapacidad por cambiar la realidad social mediante la acción social (espíritu kennediano propio de la década del sesenta) y de ahí la tendencia a cambiar al individuo y su propia visión de la realidad.

A pesar de su subjetivización, la concepción de la realidad social como construcción sirve para disipar el espejismo de su carácter absoluto, su reificación; así mismo sirve para deshacer el engaño de la unidad social, como si las fuerzas sociales funcionaran uniformemente para todos los sectores, los intereses fueran los mismos para todos los grupos, y las mismas normas y valores rigieran el comportamiento de todas las personas. La realidad social es una y múltiple, y existen

contradicciones y diferencias que no pueden asimilarse sin más a una estructura uniforme y unitaria.

Una segunda perspectiva crítica que aparece en este tercer período de la psicología social cuestiona la concepción de la realidad social como una unidad armoniosa, al interior de la cual los grupos de individuos se adaptan o no. Por el contrario, la realidad social empieza a ser vista como el producto de una confrontación de fuerzas sociales y el orden social imperante como el resultado de la imposición de unas fuerzas sobre otras. La sociedad no alberga una población simplemente distribuida a lo largo de un continuo de características, sino que la sociedad se compone de grupos enfrentados entre sí a partir de intereses contrapuestos.

La visión conflictiva de la sociedad es también una visión preponderantemente marxista, y son una vez más autores europeos los que tratan de abrir campo en el ámbito de la psicología social. Pero en este caso no se trata de autores que emigren a Estados Unidos, cuanto de autores que tienen que enfrentar los problemas de sus propias sociedades europeas. Una larga experiencia histórica y aun la simple evidencia de la realidad conflictiva en que viven les hace sentir con más agudeza las limitaciones, teóricas y prácticas, de una psicología social basada en la concepción de la sociedad como un todo armonioso. Esta misma conciencia les lleva a afirmar la parcialidad del análisis de la vida intragrupal mientras no se analice y conozca mejor la vida intergrupala. El punto central no consiste ya en examinar al individuo al interior del grupo, cuanto en examinar las relaciones entre grupos y las relaciones entre las personas como simple individuos, sino como miembros de grupos (Billig, 1976).

Una de las áreas donde esta visión conflictiva ha tenido más repercusión es en el análisis realizado por la "antipsiquiatría", donde confluyeron influjos teóricos y experiencias prácticas muy diversas. La psiquiatría ha sido uno de los instrumentos tradicionales a través de los cuales la clase social dominante ha impuesto su poder y ha mantenido su orden social (Basaglia, 1972; Berlinguer, 1972). De ahí que las instituciones psiquiátricas hayan cumplido una misión paralela a la de las cárceles y que incluso sean las mismas instituciones las que, a través de su poder ejercido totalitariamente (Goffmann, 1970), hayan generado el mal que supuestamente pretendían eliminar.

Quizá hayan sido los autores del movimiento antipsiquiátrico los que mejor han puesto de manifiesto el carácter de la psiquiatría y en general, de las ciencias psicológicas como instrumento al servicio de poder establecido. Este punto constituye precisamente el tercer área crítica donde se perfila el nuevo enfoque de la psicología social.

La psicología social y, en general, toda la psicología, deseosa de adquirir estatuto científico y reconocimiento académico, tendió a desprenderse demasiado radicalmente de sus raíces filosóficas, a someterse con excesiva estrechez a los limitados márgenes del método experimental, y a pretender una asepsia

científica que la ubica por encima de las preocupaciones y conflictos concretos de la vida social, ahorrándole al psicólogo la dolorosa necesidad de tener que optar por unos u otros valores.

La psicología social se convirtió así en una rama de las ciencias en la que se multiplicaron indefinidamente los modelos de corto alcance, las teorizaciones referidas a casos específicos, pero donde brillaban por su ausencia teorías ambiciosas que ofrezcan visiones globales de la realidad psicosocial. Cuantos más datos empíricos se acumulan, más se nota la carencia de una teoría que los englobe y dé sentido, hasta el extremo que los autores de texto lleguen a asumir como algo normal el que ni siquiera puedan ofrecer una definición precisa de su especialidad, y prefieran afirmar que la psicología social es la ciencia que estudia lo que de hecho estudian los psicólogos sociales. Por otro lado, al someterse a requerimientos estrechos del método experimental, entendido restrictivamente, se cierra fuertemente el campo de estudio y se excluyen automáticamente las preguntas más importantes que se pueden plantear las personas y grupos. Como escribe un agudo crítico inglés, "sentimos que la psicología social debería explicar de algún modo nuestra propia experiencia, pero no lo hace, y esto nos ha decepcionado" (Armistead, 1974, pág. 7).

Todas estas limitaciones, teóricas, axiológicas y prácticas, hicieron que la psicología social se limitara a estudiar lo que el sistema le pedía y como el sistema se lo pedía, reduciéndose a un servilismo social incapaz de cuestionar a ese mismo sistema tanto por ámbito en que se movía como por los instrumentos que había elegido. Se estudiaba la sumisión y el conformismo, no la independencia y la rebeldía. No es de extrañar así que se haya llegado a pensar que la psicología social no es más que una forma de historizar los procesos sociales (Gergen, 1973), y ello desde la perspectiva del poder establecido.

Al cuestionarse todo este enfoque genérico de la psicología social, se va insistir por un lado en la necesidad urgente de volver a teorizar, y no sólo a elaborar modelos de corto alcance (Moscovici, 1972), así como a someter los métodos a la teoría y las técnicas a los problemas, no al contrario. Por otro lado, aparece la necesidad de que el psicólogo social, como otros científicos sociales, tome conciencia de su enraizamiento social y, por consiguiente, de los intereses históricos a los que, por opción o por inconsciencia, está sirviendo. El ideal no consiste en buscar la asepsia a toda costa, cuanto en tratar de adecuar el propio quehacer científico a los valores por los que uno opta en su vida. No se trata simplemente de una tarea de decisión subjetiva, sino primero y fundamentalmente de una tarea objetiva, es decir, de que la ciencia realice mediante sus propias virtualidades aquellos valores por los que se ha optado, independientemente de la intención subjetiva de cada científico.

A pesar de que muchos psicólogos sociales siguen insistiendo en la necesidad de que la ciencia permanezca ajena a la

opción axiológica, la crítica formulada ha roto el espejismo de la asepsia científica. Quien se atrinchera en su negativa a optar conscientemente, sabe que sirve de hecho a aquellos bajo cuyo poder opera, es decir, a la clase dominante en cada sociedad, y ello no sólo en las aplicaciones prácticas de su quehacer, sino, más fundamentalmente, en la estructura misma de su saber y operar científico.

El cuestionamiento introducido en el tercer período de la historia de la psicología social contemporánea cambia no solo los presupuestos, sino el objeto mismo al que concretamente aboca la psicología social. Al no aceptar como un punto inmutable de partida de la realidad social, el problema central ya no se cifra tanto en la relación entre individuo y sociedad, su adaptación o inadaptación, cuanto en la oposición de grupos que genera un orden social concreto en cuyo interior los individuos actualizan intereses, perspectivas y situaciones sociales distintas y conflictivas. Esta perspectiva puede aún incurrir en alguna forma de psicologismo individualista o subjetivista, pero ciertamente tiende a valorar de manera primordial los influjos objetivos y las fuerzas grupales. Finalmente, es posible que algún psicólogo social opte por ponerse al servicio del orden establecido, ya sea por interés de clase, por convicción o simplemente por interés personal. Sin embargo, la opción por la postura opuesta queda abierta, y no sólo a nivel de la intención subjetiva o de las aplicaciones prácticas, sino también de la configuración misma del saber y hacer científico.

Objetivo de la psicología social.

Al definir el objetivo de una actividad o de un quehacer, es necesario distinguir entre la finalidad perseguida por el sujeto y la finalidad objetivamente realizada o posibilitada por la naturaleza específica de la actividad o quehacer en cuestión. La voluntad e intención del sujeto puede dar en muchos casos una orientación definitiva a su quehacer; pero es importante subrayar que la naturaleza objetiva de los procesos no es cambiada a voluntad y que, como se suele decir, "el infierno está lleno de buenas intenciones". El no hacer esta distinción entre la naturaleza objetiva de una actividad y la intención subjetiva del individuo que la realiza ha oscurecido la gran mayoría de las discusiones sobre los problemas éticos en psicología así como el carácter éticamente aceptable o rechazable del conductismo.

De una forma un tanto estereotipada, se afirma que el objetivo de la psicología consiste en "entender, predecir y controlar" la conducta de los individuos. Consecuentemente, el objetivo de la psicología social, ya sea que ésta se entienda como interacción ya sea que se entienda como respuesta ante estímulos sociales. Esta definición del objetivo de la psicología social presupone una concepción de la ciencia y un consiguiente objeto de estudio de la psicología social sumamente problemáticos. Se trata, por consiguiente, de una dificultad objetiva, independientemente de las buenas o malas intenciones del psicólogo social.

"Entender" suele definirse operativamente como el encontrar la causa de alguna conducta. Ahora bien, la causalidad en cuanto determinación de algo a partir de algo no puede entenderse en el mismo sentido cuando se trata de los fenómenos naturales estudiados por las ciencias físico-químicas que cuando se trata de procesos humanos (Peters, 1960; Toulmin, 1969). En la práctica, el esfuerzo por limitar la comprensión psicológica de una conducta a la definición de su causa (eficiente, en sentido aristotélico), obliga a eliminar la interioridad de ese comportamiento, es decir, la eventual intención subjetiva de la persona así como el significado particular que un comportamiento pueda tener en determinada situación cada sujeto. De hecho, esta visión del "entender" suele quedarse en una descripción, más o menos precisa, de la conducta así como de sus antecedentes y de sus consecuencias externamente observables. Esto supone un empobrecimiento inadmisiblemente de la realidad psicológica, que se ve limitada a considerar conductas intrascendentes o a considerar de un modo intrascendente conductas (acciones) importantes en la vida humana.

Al quedar en cuestión la particular comprensión que se puede adquirir sobre la conducta, por lo mismo entra en cuestión el sentido que se le pueda dar a los términos "predecir" y "controlar". La predicción se basaría, precisamente, en el conocimiento de la causa de una conducta, en el supuesto adicional de que, puesta la causa, tendrá lugar la conducta. Pero si esa causa encontrada es sólo un antecedente más, ya que se ignora un elemento esencial en la determinación de la acción humana, como es el sentido y la intencionalidad, la predicción no pasará de ser un ejercicio probabilístico, en muchos casos de valor muy cuestionable. Más aún, la predicción en ciencias naturales suele presuponer condiciones ideales para que un determinado fenómeno se produzca. Ahora bien, la presión de esas condiciones ideales resulta poco menos que imposible en el caso de fenómenos humanos y sociales, donde las variables son indefinidas. De ahí la tendencia de muchos psicólogos sociales a reducir el campo de su quehacer a aspectos mínimos de la conducta humana, aspectos en que se limita al máximo las variables en el juego. Pero al reducirse a aspectos mínimos de la conducta se reduce por lo general también a aspectos socialmente insignificantes o intrascendentes.

El control sobre la conducta depende de que se haya sido capaz de entenderla y predecirla, y requiere además la capacidad de influir en el proceso. Por tanto, las dificultades acumuladas en la comprensión y predicción de la conducta repercuten en la posibilidad misma de lograr su control. Además, el control mismo supone la presencia de nuevas variables, por lo general imprevisibles. Resulta entonces comprensible que de hecho no se haya logrado el real control más que en conductas de laboratorio o en utopías intelectuales (Skinner, 1976). Finalmente el término de control es, en el mejor de los casos, de una deplorable ambigüedad, no ajena a una fuerte carga de ideología tecnócrata.

"Entender, predecir y controlar " representa un objetivo comprensible en el marco de una psicología social cuyo objeto lo constituya una interacción abstraída de los determinismos macro sociales y de las concreciones históricas, o de una psicología social conductista que trate la conducta como una "cosa" más de estudio experimental. Pero ése no puede ser el objetivo si la psicología social, como se ha expuesto aquí, debe estudiar la acción humana en cuanto ideología. Y no puede serlo precisamente como consecuencia del mismo abismo conceptual que separa a la acción de la conducta, y la acción en cuanto ideología de la interacción. La conclusión de intencionalidades, significaciones y procesos de conciencia así como de las grandes variables históricas hace del entender un objetivo necesario, pero conscientemente aproximativo y parcial; la comprensión del ser humano como un sujeto histórico, que produce y se produce, hace de la predicción un juego engañoso; la necesaria referencia sobre la vinculación de los actores sociales a los grandes intereses de clase hace del control un ejercicio de falsa conciencia en el mejor de los casos, cuando no un instrumento de políticas de denominación social. Tal como aquí se ha definido, la psicología social debe buscar como objetivo el posibilitar la libertad social e individual. En la medida en que el objeto de estudio lo constituye la acción en cuanto ideología, es decir. En cuanto determinada por factores sociales vinculados a los intereses de clases de los diversos grupos, se pretende que el sujeto tome conciencia de esos determinismos y pueda asumirlos (aceptándolos o rechazándolos) mediante una praxis consecuente. Ejercer la libertad va a constituir así, en muchos casos, un verdadero proceso de liberación social. Por eso se presenta como objetivo el hacer posible la libertad, ya que actuarla es por principio una praxis social en la que no sólo interviene el conocimiento. Pero ello mismo muestra la distinta comprensión que desde esta perspectiva adquiere el "entender" o el "predecir". No se trata de anticipar mecánicamente el futuro; se trata de poner a disposición de los actores sociales los conocimientos que les permitan proceder más adecuadamente en cada circunstancia, en función de unos valores y principios sociales. Cuanto mejor es el conocimiento, con más claridad se abre al sujeto el ámbito para su decisión y acción consciente, es decir, más campo se presenta a su verdadera libertad social.

Este último punto está ya indicando que un objetivo como el aquí postulado supone una opción axiológica y un rechazo de la pretendida asepsia científica. A la psicología social corresponde desenmascarar los vínculos que ligan a los actores sociales con los intereses de clase, poner de manifiesto las mediaciones a través de las cuales las necesidades de una clase social concreta se vuelven imperativos interiorizados por las personas, desarticular el entramado de fuerzas objetivadas en un orden social que manipula a los sujetos mediante mecanismos de falsa conciencia. La psicología social como ciencia, y no sólo el psicólogo social como científico, debe tomar una postura ante esta realidad, pues presupuestos, principios y conceptos van a estar condicionados por los intereses de clase que el psicólogo, como actor social que es también, va asumir en su quehacer. Si las ciencias naturales son o no ajenas a los valores es una discusión que aquí no nos concierne; ciertamente, las ciencias sociales no son ajenas a los valores ya que el propio científico social y su quehacer son parte de su mismo objeto de estudio. Hay una inevitable imbricación de sujeto y objeto, siendo el sujeto a la vez objeto y el objeto a la vez sujeto. Por ello, la comprensión en ciencias sociales tiene lugar desde el interior del proceso social estudiado y la opción se da en el quehacer científico mismo independientemente de que se tome o no conciencia de que se da esta opción.

La psicología social que aquí se presenta surge en una situación muy concreta. La situación de El Salvador, en los momentos en que todo un pueblo lucha organizadamente por liberarse de una opresión secular. Esta psicología social toma partido por ese pueblo, por sus luchas y aspiraciones, y pretende ser un instrumento para que el pueblo pueda tomar sus decisiones con mayor claridad, sin dejarse engañar por espejismos o resabios de su conciencia tradicionalmente manipulada. No se trata de indicar al pueblo lo que tiene que hacer o no; se trata de incorporar el quehacer científico a una praxis social liberadora, que desenmascare y destruya la manipulación, promoviendo una sociedad basada en la solidaridad y en la justicia.

III. ACTIVIDAD PREVIA
Ninguna

IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN
La sesión consta de dos partes. La primera se corresponde con el contrato psicológico y la presentación del curso. Ahí la metodología será de carácter participativo, mediante plenario.
La segunda parte será de clases expositivas a cargo de docente y discusión plenaria.

V. LECTURA POST -SESIÓN
Syllabus

SESIÓN 2

- I. OBJETIVOS
Comprender la Psicología Social desde una perspectiva histórica

- II. TEMAS

c. Antecedentes Históricos de la Psicología Social

El texto siguiente no sólo hace una historia de la psicología social, sino que muestra cómo su objeto resulta también constitutivamente histórico. Qué ha hecho la psicología, cómo se ha constituido a sí misma y a su objeto, son los temas que aborda este texto.

La Psicología Social como Historia

Kenneth J. Gergen (1998). La Psicología Social como Historia (núm. 177, pág. 39-49). *Anthropos*.

La psicología se define, típicamente, como la ciencia de la conducta humana, y la psicología social como la rama de esa ciencia que trata de la interacción humana. El establecimiento de leyes generales a través de la observación sistemática se considera como un propósito fundamental de la ciencia. En el caso del psicólogo social, tales leyes generales se desarrollan para describir y explicar la interacción social.

Esta visión tradicional de la ley científica se repite de una forma o de otra en casi todos los tratados fundamentales de especialidad. En su discusión sobre la explicación en las ciencias de la conducta. Di Renzo (1966) señalaba que una "explicación completa" en las ciencias de la conducta "es aquella que ha asumido el invariable estatus de ley" (p. 11). Krech, Crutchfield and Ballachey (1962) afirmaron que "tanto si estamos interesados en la psicología social como ciencia básica o como ciencia aplicada, es esencial un conjunto de principios científicos" (p. 3). Jones and Gerard (1967) se hicieron eco de esta visión en su afirmación, "la ciencia busca entender los factores que dan cuenta de las relaciones estables entre acontecimientos" (p. 42). Como Mills (1969) señaló, "los psicólogos sociales quieren descubrir relaciones causales de modo que puedan establecer principios básicos explicativos de los fenómenos psicosociales" (p. 412).

Esta visión de la psicología social es, desde luego, descendiente directa del pensamiento del siglo dieciocho. En ese tiempo las ciencias físicas habían producido considerables incrementos en el conocimiento, y se podía contemplar con gran optimismo la posibilidad de aplicar el método científico a la conducta humana (Carr, 1963). Si se consiguieran establecer los principios generales de la conducta humana, sería posible reducir el conflicto social, acabar con los problemas de la enfermedad mental y crear condiciones sociales de máximo beneficio para los miembros de la sociedad. Tal y como otros posteriormente confiaron, incluso sería posible formular dichos principios en términos matemáticos, para desarrollar "una matemática de la conducta

humana tan precisa como la matemática de las máquinas" (Russell, 1956, p. 142).

El notable éxito de las ciencias naturales en el establecimiento de principios generales se puede atribuir, en gran medida, a la estabilidad general de los acontecimientos en el mundo de la naturaleza. La velocidad de caída de los cuerpos o la composición de los elementos químicos, por ejemplo, presentan unas características altamente estables a través del tiempo. Son fenómenos que pueden ser recreados en cualquier laboratorio, 50 años atrás, hoy o de aquí 100 años. Es porque son tan estables por lo que se puede establecer extensas generalizaciones con un alto grado de seguridad, se pueden comprobar empíricamente las explicaciones y se pueden desarrollar fructíferamente formulaciones matemáticas. Si las características fueran inestables, si la velocidad de caída de los cuerpos o la composición de los elementos químicos estuviera en flujo continuo, el desarrollo de las ciencias naturales hubiera sido hartamente difícil. Las leyes generales no conseguirían emerger y el registro de los acontecimientos naturales se prestaría, principalmente, al análisis histórico. Si los acontecimientos naturales fueran caprichosos la ciencia natural sería en gran parte reemplazada por la historia natural.

Este artículo se propone argumentar que la psicología social es ante todo una indagación histórica. A diferencia de las ciencias naturales, trata con hechos que son en gran medida irrepetibles y que fluctúan ostensiblemente a lo largo del tiempo. Los principios de la interacción humana no pueden generalizarse fácilmente a lo largo del tiempo porque los hechos sobre los cuales se basan generalmente no permanecen estables. El conocimiento no puede acumularse, en el sentido científico usual, porque tal conocimiento normalmente no trasciende sus fronteras históricas. En la discusión siguiente se desarrollarán dos líneas centrales de argumentación en apoyo de esta tesis, la primera está relacionada con el impacto de la ciencia en la conducta social y, la segunda, concierne al cambio histórico. Después de

examinar estos argumentos, podemos centrarnos en las alteraciones que sugiere este análisis en cuanto al alcance y los propósitos de nuestra especialidad.

El impacto de la ciencia en la interacción social

Tal y como Back (1961) ha mostrado, la ciencia social puede ser contemplada fructíferamente como un extenso sistema de comunicaciones. En la ejecución de la investigación, el científico recibe mensajes transmitidos por el sujeto. En su forma bruta, tales mensajes sólo generan "ruido" para el científico. Las teorías científicas sirven de dispositivos decodificadores que convierten el ruido en información utilizable. A pesar de que Back ha usado este modelo de varias formas provocativas, su análisis se termina con la cuestión de la decodificación. Este modelo debe extenderse más allá del proceso de recoger y decodificar mensajes. Comunicar es, también, tarea del científico. Si sus teorías demuestran tener credibilidad en tanto que dispositivos decodificadores, son comunicadas a la población para que así pueda también beneficiarse de su utilidad. La Ciencia y la Sociedad constituyen un bucle que se retroalimenta.

Este tipo de retroalimentación del científico a la sociedad se ha vuelto más y más generalizado durante la década pasada. Los canales de comunicación se han desarrollado a un ritmo rápido. En el nivel de educación superior, más de ocho millones de estudiantes anualmente tienen a su disposición ofertas de cursos en el campo de la psicología y, en estos últimos años, tales ofertas han tenido un éxito insuperable. La educación superior implica, hoy en día, una familiaridad con ideas básicas provenientes de la psicología. Los medios de comunicación de masas se han dado cuenta también del vasto interés público por la psicología. Los periódicos llevan a cabo un cuidadoso seguimiento de congresos y revistas de la profesión. Los editores de revistas han encontrado provechoso presentar los puntos de vista de los psicólogos acerca de los patrones de conducta contemporáneos y las revistas especializadas dedicadas casi exclusivamente a la psicología totalizan más de 600.000 lectores. Cuando añadimos a estas tendencias la amplia expansión del mercado del libro de edición rústica, la creciente demanda gubernamental de conocimientos que justifiquen el respaldo público prestado a la investigación psicológica, la proliferación de técnicas relacionales, el establecimiento de empresas de negocios que mercadean con la psicología a través de juegos y carteles, y la creciente confianza puesta en las grandes instituciones (incluidas las de negocios, gobierno, militares y sociales) en el conocimiento desarrollado por los científicos de la conducta, uno empieza a sentir la intensidad con la que el psicólogo se encuentra ligado a desarrollar una comunicación fluida con la cultura que le envuelve.

La mayoría de psicólogos abrigan la esperanza de que el conocimiento científico tendrá un impacto en la sociedad. La mayoría de nosotros nos sentimos gratificados cuando ese conocimiento científico puede ser utilizado de manera beneficiosa. De hecho, para muchos psicólogos, su

compromiso con la disciplina depende en gran medida de la creencia en la utilidad social del conocimiento psicológico. Sin embargo, generalmente no se asume que tal utilización alterará el carácter de las relaciones causales en la interacción social. Sí que se espera que el conocimiento de los estilos funcionales se utilice para alterar la conducta, pero no que esa utilización afecte, posteriormente, al carácter mismo de esos estilos funcionales. Nuestras expectativas pueden que sean, en este caso, totalmente infundadas.

La aplicación de nuestros principios no sólo puede alterar los datos en los que se basan, sino que su desarrollo mismo puede llegar a invalidarlos. Tres líneas argumentales son aquí pertinentes, la primera hace referencia al sesgo evaluativo de la investigación psicológica, la segunda a los efectos liberadores del conocimiento y la tercera a los valores culturales preponderantes.

Sesgos prescriptivos de la teoría psicológica

Como científicos de la interacción humana estamos implicados en una peculiar dualidad. Por un lado, valoramos el comportamiento desapasionado en cuestiones científicas. Todos somos conscientes de los efectos distorsionantes que producen los intensos compromisos normativos. Por otro lado, como seres humanos socializados, abrigamos numerosos principios acerca de la naturaleza de las relaciones sociales. Raro es el psicólogo social cuyos principios no influyan en la elección de su tema de investigación, sus métodos de observación, o los términos en que elabora una descripción. Al generar conocimiento acerca de la interacción social, comunicamos también nuestros principios personales. El destinatario del conocimiento recibe, así, un doble mensaje: por un lado, se le describe desapasionadamente lo que aparentemente son las cosas y, por otro, sutilmente se le prescribe lo que es deseable.

Este argumento cobra mayor relevancia en la investigación sobre disposiciones personales. La mayoría de nosotros nos sentiríamos insultados si fuéramos caracterizados como pobres en autoestima, colmados de búsqueda de aprobación, cognitivamente indiferenciados, autoritarios, anal compulsivos, campodependientes o de mentalidad cerrada. En parte, nuestras reacciones reflejan nuestra aculturación; no se necesita ser un psicólogo para tomarse a mal tales etiquetas. Pero, en parte, tales reacciones son creadas por los conceptos utilizados al describir y explicar los fenómenos. Por ejemplo, en el prefacio de *La Personalidad Autoritaria* (Adorno, Frenkel-Brunswick, Levinson & Stanford, 1954), se informa al lector que "en contraste con el intolerante a la vieja usanza, (el autoritario) parece combinar las ideas y habilidades de una sociedad altamente industrializada con creencias irracionales o antirracionales" (p. 3). Al tratar de la maquiavélica, Chistie y Geis (1970) apuntaban:

Inicialmente, nuestra imagen de los que puntuaban alto en Maquiavelismo era negativa, asociada a oscuras y desagradables manipulaciones. Sin

embargo (...) nos sorprendimos a nosotros mismos al comprobar que teníamos una perversa admiración por la habilidad de aquéllos para descollar sobre el resto en las situaciones experimentales (p. 339).

Debido a su capacidad prescriptiva, tales formulaciones se convierten en agentes de cambio social. A un nivel elemental, el estudiante de psicología bien podría desear disimular a la observación pública conductas suyas que podrían ser etiquetadas por los respetados eruditos como autoritarias, maquiavélicas, etcétera. La comunicación de conocimientos puede, así, crear homogeneidad con respecto a indicadores conductuales de disposiciones subyacentes. A un nivel más complejo, el conocimiento de correlatos de personalidad puede inducir conductas que debiliten tales correlatos. No tan extrañamente, mucha de la investigación sobre diferencias individuales coloca al psicólogo profesional bajo una luz altamente positiva. Así, cuanto más similar es el sujeto al profesional, en términos de educación, antecedentes socioeconómicos, religión raza, sexo y valores personales, más ventajosa es su posición en los tests psicológicos. Por ejemplo, una educación de alto nivel favorece la diferenciación cognitiva (Witkin, Dyk, Faterson, Goodenough & Karp, 1962), así como una baja puntuación en autoritarismo (Christie & Jaboda, 1954) y una mentalidad abierta (Rokeach, 1960), etc. Provistas de esta información, aquellas personas susceptibles de quedar mal paradas en la investigación, podrían sobrecompensar para disipar el estereotipo injurioso. Por ejemplo, las mujeres que aprenden que son más persuasibles que los hombres (cfr. Janis & Field, 1959) pueden desquitarse y, con el tiempo, invalidar o invertir la correlación.

Aunque los sesgos evaluativos son fácilmente identificables en la investigación sobre personalidad, de ningún modo están limitados a esta área. La mayoría de los modelos generales de interacción social también contienen juicios de valor implícitos. Por ejemplo, los tratados sobre conformidad a menudo tratan al conformista como a un ciudadano de segunda clase, una oveja social que renuncia a la convicción personal para estar de acuerdo con las opiniones erróneas de los otros. Así, los modelos sobre conformidad social nos sensibilizan respecto de los factores que podrían llevarnos a acciones socialmente deplorables. En realidad, el conocimiento previene la futura eficacia de esos mismos factores. La investigación sobre el cambio de actitud a menudo lleva consigo efectos parecidos. Saber acerca del cambio de actitud favorece en uno la creencia de que tiene el poder de cambiar a los demás; de ahí se deduce que los otros quedan relegados al estatus de manipulables. Así, las teorías sobre el cambio de actitud pueden llevarnos a resistir a los factores que podrían, potencialmente, influenciarnos. Del mismo modo, las teorías de la agresión condenan, de manera típica, al agresor, los modelos de negociación interpersonal denigran la explotación, y los modelos del desarrollo moral degradan a aquellos que están por debajo del estadio óptimo (Kohlberg, 1970). La teoría de la disonancia cognitiva (Brehm & Cohen, 1966; Festinger, 1957) podrían aparecer como libre de valores, pero la mayoría de los estudios en esta área han dibujado a las personas que

son dadas a reducir su disonancia en términos nada favorables. "Que estúpido" decimos "que la gente tenga que hacer trampas, sacar puntuaciones más bajas en los tests, cambiar sus opiniones sobre otros o comer alimentos indeseables sólo para mantener la consistencia".

El tono crítico subyacente a estas observaciones no es accidental. Realmente parece lamentable que una profesión dedicada al desarrollo objetivo e imparcial del conocimiento deba de usar esta posición para hacer propaganda a los destinatarios inconscientes de este conocimiento. Los conceptos que manejamos en nuestra disciplina raramente están libres de valores y la mayoría podrían ser reemplazados por otros que llevaran un bagaje valorativo bien diferente. Brown (1965) advierte del hecho que la personalidad autoritaria clásica, tan rotundamente hostigada en nuestra propia literatura, es bastante similar a la "personalidad tipo-J" (Jaensch, 1938), vista por los alemanes desde una luz altamente positiva. Aquello que nuestra literatura denominaba rigidez en visto como estabilidad en la de ellos; igualmente, lo que en nuestra literatura se percibía como flexibilidad e individualismo eran interpretados como flacidez y excentricidad en la suya. Tales sesgos en el etiquetado impregnan nuestra literatura. Por ejemplo, la alta auto-estima podría denominarse egotismo; la necesidad de aprobación social podría traducirse como necesidad de integración social; la diferenciación cognitiva como sutileza; la creatividad como desviación y el control interno como egocentricidad. De igual modo, si nuestros valores fueran de otra manera, la conformidad social podría ser contemplada como conducta prosocial; el cambio de actitud como adaptación cognitiva y la desviación hacia el riesgo como conversión valerosa.

Con todo, aunque hay que lamentar los efectos propagandísticos de la terminología psicológica, es importante también encontrar sus orígenes. En parte, la carga evaluativa de términos teóricos parece bastante intencional. El acto de publicar implica el deseo de ser oído. Sin embargo, los términos libres de valor tienen poco interés para el lector potencial, y la investigación libre de valor rápidamente deviene oscura. Si la obediencia fuera reetiquetada como conducta alfa y dejara de ser presentada como deplorable a través de asociaciones con Adolph Eichman, el interés público sería indudablemente escaso. Además de captar el interés público y de la profesión, los conceptos cargados de valor constituyen para el psicólogo un medio de expresión. He hablado con un sinnúmero de estudiantes de psicología cuya atracción por la disciplina proviene de una profunda inquietud humanística. En el interior de muchos de ellos se haya un poeta frustrado, un filósofo o un altruista que encuentra, en el método científico, a la vez un medio para conseguir expresarse que un estorbo para la libre expresión. Muchos quisieran compartir sus valores directamente, sin las trabas que supone la constante demanda de pruebas metódicas. Para ellos, los conceptos cargados de valor compensan del conservadurismo que normalmente comporta esa demanda. Los psicólogos reputados se pueden permitir ese lujo más fácilmente. No obstante, normalmente no

tendemos a contemplar nuestros propios sesgos como mera propaganda sino más bien como reflejo de "verdades básicas".

Aunque la comunicación de valores a través del conocimiento es hasta cierto punto intencional, tampoco puede decirse que esto sea enteramente así. Los juicios de valor son subproductos casi inevitables de la existencia social, y como participantes en la sociedad difícilmente podemos disociarnos de nuestros valores en la prosecución de nuestros fines profesionales. Además, basándonos en el lenguaje propio de nuestra cultura para la comunicación científica, raramente encontraremos términos que se refieran a la interacción social y que estén libres de valores prescriptivos. Podríamos reducir las prescripciones implícitas injertas en nuestras comunicaciones si adoptáramos un lenguaje: totalmente técnico. Sin embargo, incluso el lenguaje técnico se convierte en evaluativo siempre que se usa la ciencia como palanca para el cambio social. Quizás nuestra mejor opción sea mantener hacia nuestros sesgos toda la atención de la que seamos capaces así como comunicarlos tan abiertamente como podamos. Puede que los compromisos de valor sean inevitables, pero podemos evitar disfrazarlos como reflejos objetivos de la verdad.

Conocimiento y liberación conductual

Es una práctica común de la investigación psicológica evitar comunicar las propias premisas teóricas al sujeto, tanto antes como durante la investigación. El trabajo de Rosenthal (1966) indica que incluso las pistas más sutiles acerca de las expectativas del experimentador pueden alterar la conducta del sujeto. Es por ello que se requiere de sujetos ingenuos para los estándares comunes de rigor. Las implicaciones de esta simple garantía metodológica son de considerable trascendencia. No podemos comprobar adecuadamente nuestras hipótesis si los sujetos poseen un conocimiento preliminar acerca de las premisas teóricas. Del mismo modo, si los miembros de la sociedad tienen una instrucción psicológica acerca de alguna cuestión, las teorías acerca de ello difícilmente pueden ser comprobadas de forma no contaminada. Aquí yace una diferencia fundamental entre las ciencias naturales y las sociales. En las primeras, normalmente, el científico no puede modificar las disposiciones conductuales de sus sujetos de estudio como consecuencia de haberles comunicado sus conocimientos. En las ciencias sociales, puede producirse un impacto vital en su conducta debido a una comunicación de este tipo.

Un solo ejemplo puede ser suficiente aquí. Parece que, a través de una amplia variedad de condiciones, los grupos de toma de decisiones llegan a tomar decisiones más arriesgadas a partir de la discusión grupal (cfr. Dion, Baron & Miller, 1970; Wallack, Kogan & Bern, 1964). Los investigadores en esta área ponen mucho cuidado en que los sujetos experimentales no se enteren de lo que ellos piensan sobre esta materia. Si se tratara de entendidos, los sujetos podrían inmunizarse de los efectos del grupo de discusión o responder de forma apropiada para ganarse el favor del experimentador. Sin embargo, si el

fenómeno de la desviación hacia el riesgo se convirtiera en un conocimiento común, los sujetos ingenuos pasarían a ser inasequibles. Los miembros de una cultura podrían, consecuentemente, compensar las tendencias hacia el riesgo producidas por la discusión grupal hasta que tal conducta se convirtiera en normativa.

Como supuesto general, un conocimiento profundo de los fundamentos psicológicos nos libera de sus implicaciones conductuales. Los principios sobre la conducta establecidos se convierten en inputs en la toma de decisión propia. Como Winch (1958) ha señalado, "dado que entender algo implica entender su contradicción, alguien que, con entendimiento, realiza X debe ser capaz de prever la posibilidad de realizar no X" (p. 89). Los principios psicológicos también nos sensibilizan a propósito de las influencias que actúan sobre nosotros mismos. Como consecuencia, nuestros patrones de conducta pueden estar fuertemente influenciados. Tal y como May (1971) ha manifestado más apasionadamente, "cada uno de nosotros hereda de la sociedad una carga de propensiones que nos conforma quiérase o no; pero nuestra capacidad de ser conscientes de este hecho nos salva de estar estrictamente determinados" (p. 100). De este modo, conocer cuáles son las señales no verbales de la tensión o el alivio (Eckman, 1965) nos capacita para evitar emitir esas señales siempre que ello sea útil: saber que es menos probable que las personas en apuros reciben ayuda cuando hay gran cantidad de espectadores (Latané & Darley, 1970) puede incrementar el deseo de ofrecer nuestros servicios bajo tales circunstancias; saber que la activación (arousal) motivacional puede influenciar la propia interpretación de los acontecimientos (cfr. Jones & Gerard, 1967) puede suscitar precaución cuando la activación (arousal) es alta: En cada ejemplo, el conocimiento aumenta las alternativas para la acción y se modifica o disuelven modelos de conducta previos.

Huída hacia la libertad

La invalidación histórica de la teoría psicológica se puede extrapolar a los sentimientos comúnmente observados en la cultura occidental. La angustia que por lo general parece sentir la gente cuando disminuyen sus alternativas de respuesta es de la mayor importancia. Tal y como Fromm (1941) lo planteó, el desarrollo normal incluye la adquisición de un poderoso afán por la autonomía, Weinstein y Platt (1969) trataron del mismo sentimiento en términos de "el deseo del hombre de ser libre", y conectaron esta disposición con el desarrollo de la estructura social. Brehm (1966) utilizó esta misma disposición como la piedra angular de su teoría sobre la reactancia psicológica. El predominio de este valor aprendido tiene importantes implicaciones para la validez a largo plazo de la teoría psicológica.

Las teorías válidas acerca de la conducta social constituyen significativos instrumentos de control social. En la medida en que la conducta de un individuo es predecible, su posición se vuelve vulnerable. Los demás pueden alterar las condiciones ambientales o su conducta hacia él para obtener las máximas

recompensas con los mínimos costes. Del mismo modo que un estratega militar se expone a ser derrotado si sus acciones se vuelven predecibles, los empleados podrían aprovecharse de su jefe en el trabajo y los maridos parranderos manipular a sus esposas si éstas mostrasen patrones de conducta estables. Es así como el conocimiento se convierte en poder en las manos de otros. De lo que sigue que los fundamentos psicológicos suponen una amenaza potencial para todos aquellos con los que están relacionados. El deseo de libertad puede, así, potenciar una conducta ideada para invalidar la teoría. Los fundamentos acerca del cambio de actitud nos parecen satisfactorios hasta que vemos cómo se usan en campañas de información orientadas a cambiar resentimiento y reaccionar de manera refractaria. Cuanto más potente es la teoría para predecir la conducta, más amplia es su diseminación pública y más extendida y sonora la reacción. Por ello, puede que las teorías potentes sean más susceptibles que las débiles de una rápida invalidación.

La tan común estimación por la libertad personal no es el único sentimiento profundo que incide en la mortalidad de una teoría psicológica. La singularidad o la individualidad gozan de gran apego en la cultura occidental. La extensa popularidad tanto de Erikson (1969) como de Allport (1965) se debe, en parte, al fuerte apoyo que manifiestan hacia ese valor, y reciente investigación de laboratorio (Fromkin, 1970, 1972) demuestra la fuerza de este sentimiento en la alteración de la conducta social. La teoría psicológica, en su estructura nomotética, es insensible a los acontecimientos únicos. Los individuos son tratados como ejemplares de clases grandes. Un efecto común es que la teoría psicológica es deshumanizadora y, como Maslow (1968) ha señalado, los pacientes abrigan un fuerte resentimiento cuando son diagnosticados o etiquetados con términos clínicos convencionales. De igual manera, negros, mujeres, activistas, habitantes del extrarradio, educadores y gente mayor han reaccionado amargamente ante las explicaciones de su conducta. De este modo, se puede luchar por invalidar aquellas teorías que nos atrapan en un estilo impersonal.

La psicología de los efectos ilustrativos

Hasta ahora hemos abordado las tres formas que tiene la psicología social de alterar aquella conducta que intenta estudiar. Antes de pasar a un segundo conjunto de argumentos en favor de la dependencia histórica de la teoría psicológica, debemos tratar acerca de un medio importante de combatir los efectos que hemos descrito hasta el momento. Para preservar la validez transhistórica de los principios psicológicos, se podría substraer la ciencia del dominio público y reservar el entendimiento científico para una elite selecta. Esta elite sería, desde luego, designada por el estado, puesto que ningún gobierno se arriesgaría a que existiera un establecimiento privado que desarrolla instrumentos de control público. Para la mayoría de nosotros, un panorama tal sería repugnante, y nos inclinaríamos, más bien, a buscar una solución científica al problema de la dependencia histórica. Mucho de lo que se ha dicho aquí sugiere una respuesta de este tipo. Si la gente que

tiene conocimiento de psicología reacciona a los principios generales contradiciéndolos, conformándose, ignorándolos, etc., entonces debería ser posible establecer las condiciones bajo las cuales ocurrirán esas diferentes reacciones. Basándonos en las nociones de reactancia psicológica (Brhem, 1966), profecías que se autocumplen (self-fulfilling prophecies) (Merton, 1948) y efectos de las expectativas (Gergen & Taylor, 1969), podríamos construir una teoría general sobre las reacciones a la teoría. Una psicología de los efectos ilustrativos debería capacitarnos para predecir y controlar los efectos del conocimiento.

Aunque una psicología tal parece un prometedor auxiliar para teorías generales, su utilidad está seriamente limitada. Ella misma puede estar cargada de valor o incrementar nuestras alternativas conductuales y puede, asimismo, causar resentimiento debido a la amenaza que supone para los sentimientos de autonomía. Por ello, una teoría que predice las reacciones a la teoría es también susceptible de violación o de vindicación. Un caso frecuente es las relaciones padres-hijos ilustra esta cuestión. Los padres están acostumbrados a usar recompensas directas o para influir en la conducta de sus hijos. Con el tiempo, los hijos llegan a darse cuenta de la premisa de los adultos de que la conseguirá los resultados deseados y se vuelven obstinados. Los adultos pueden entonces reaccionar con una psicología ingenua de los efectos ilustrativos y expresar desinterés en que el hijo lleve a cabo la actividad, una vez más con el ánimo de alcanzar los fines deseados. El hijo puede responder apropiadamente pero bastante a menudo se descolgará con alguna variante de, "dices que no te importa sólo porque en realidad quieres que lo haga". En términos de Loevinger (1959) "un cambio en la forma de hacer de los padres es contrarrestado por un cambio en la forma de hacer de los hijos" (p. 149). En el idioma popular, a esto se le denomina psicología inversa u es a menudo objeto de resentimiento. Desde luego, se podría contrarrestar con una investigación acerca de las reacciones a la psicología de los efectos ilustrativos, pero enseguida se ve que este intercambio de acciones y reacciones podría extenderse indefinidamente. Una psicología, de los efectos ilustrativos está sujeta a las mismas limitaciones históricas que las otras teorías de la psicología social.

Teoría psicológica y cambio cultural

El argumento en contra de las leyes transhistóricas en la psicología social no sólo descansa en una consideración del impacto de la ciencia en la sociedad. Merece también consideración una segunda línea de pensamiento. Si examinamos las líneas de investigación más destacadas durante la última década, pronto nos damos cuenta que las regularidades observadas, así como los principios teóricos fundamentales, están firmemente relacionados con circunstancias históricas. La dependencia histórica de los fundamentos psicológicos es más notable en áreas de interés central para el público. Los psicólogos sociales, por ejemplo, han estado muy interesados, durante la última década, en detectar predictores del activismo político (cfr. Mankoff &

Flacks, 1971; Solomon & Fishman, 1964). Sin embargo, a medida que uno examina esta literatura a lo largo del tiempo, se encuentran numerosas inconsistencias. Variables que predecían con éxito el activismo político durante los primeros estadios de la guerra del Vietnam son diferentes de aquellas que o hacían en períodos posteriores. Parece clara la conclusión de que los factores motivadores del activismo cambiaron a lo largo del tiempo. De este modo, cualquier teoría sobre el activismo político elaborada a partir de descubrimientos tempranos será invalidada por los descubrimientos posteriores. La investigación futura sobre el activismo político indudablemente encontrará aún otros predictores más útiles.

Tales alteraciones en la relación funcional no están limitadas, en principio, a las áreas de interés público inmediato. Por ejemplo, la teoría de Festinger (1957) de la comparación social y la extensa línea de investigación deductiva (cfr. Latané, 1966) están basadas en la doble asunción de que (a) la gente desea evaluarse a sí misma acertadamente, y (b) para hacerlo así, se compara con otra gente. Hay escasas razones para sospechar que tales disposiciones están determinadas genéticamente, y podemos fácilmente imaginarnos personas y, por supuesto, sociedades para las cuales no sirven tales asunciones. Muchos de los que se dedican a la crítica social censuran esa tendencia tan común de descubrir las opiniones de los otros para definirse a uno mismo y, al exponer sus críticas, están tratando de cambiar la sociedad. En efecto, la línea entera de investigación parece depender de un conjunto de propensiones aprendidas, propensiones que podrían alterarse con el tiempo y según circunstancias.

Del mismo modo, la teoría de la disonancia cognitiva se basa en el hecho de asumir que la gente ni puede tolerar cogniciones contradictorias. La base de tal intolerancia no parece genéticamente dada. Ciertamente, hay individuos que opinan de manera completamente distinta acerca de tales contradicciones. Los escritores existencialistas de la primera época, por ejemplo, celebraban el acto inconsistente. Una vez más, hay que concluir que la teoría es predictiva a causa del estado de las disposiciones aprendidas existentes a la sazón. Igualmente, el trabajo de Schachter (1959) sobre la afiliación obedece a los argumentos elaborados para la teoría de la comparación social. El fenómeno de la obediencia de Milgram (1965) depende, ciertamente, de las actitudes contemporáneas hacia la autoridad. En la investigación sobre el cambio de actitud, la credibilidad del comunicador es un potente factor porque, en nuestra cultura, hemos aprendido a confiar en las autoridades y, con el tiempo, el mensaje comunicado pasa a disociarse de su fuente (Kelman & Hovland, 1953) porque, actualmente, no demuestra ser útil para nosotros retener la asociación. En la investigación sobre conformidad, la gente se conforma más a los amigos que a los extraños (Asch, 1951) en parte porque han aprendido que, en la sociedad contemporánea, los amigos castigan la desviación. La investigación sobre atribución causal (cfr. Jones, Davis & Gergen, 1961; Kelley, 1971) depende de la tendencia, culturalmente dependiente, a percibir al hombre como el origen

de sus acciones. Esta tendencia puede modificarse (Hallowell, 1958) y algunos (Skinner, 1971), de hecho, han argumentado que así debe ser.

Quizás la principal garantía de que la psicología social nunca desaparecerá vía reducción a la fisiología es que la fisiología no puede dar cuenta de las variaciones en la conducta humana a lo largo del tiempo. La gente puede preferir tonalidades claras para vestir hoy y tonalidades oscuras mañana, puede valorar la autonomía durante esta era y la dependencia durante la siguiente. Efectivamente, las diversas respuestas al entorno se basan en variaciones en la función fisiológica. Sin embargo, la fisiología nunca podrá especificar la naturaleza de los estímulos de entrada o el contexto de respuesta al que está expuesto el individuo. Nunca podrá explicar los modelos continuamente cambiantes de lo que se considera bueno o deseable en una sociedad, y, por ello, tampoco la gama de importantes fuentes motivacionales para el individuo. Sin embargo, mientras que la psicología social está, así, inmunizada del reduccionismo fisiológico, sus teorías no lo están del cambio histórico.

Es posible inferir de este último conjunto de argumentos un compromiso con al menos una teoría de validez transhistórica. La estabilidad de las pautas de interacción sobre la que descansan la mayoría de nuestras teorías se ha dicho que depende de disposiciones aprendidas de limitada duración. Esto hace pensar, implícitamente, en la posibilidad de una teoría del aprendizaje social que trascienda a las circunstancias históricas. Sin embargo, tal conclusión está injustificada. Considérese, por ejemplo, una teoría elemental del refuerzo. Pocos dudarían que la mayoría de la gente responde a las contingencias del refuerzo y el castigo en su entorno, y es difícil de imaginar un tiempo en el que esto deje de ser cierto. Tales premisas parecen, pues, transhistóricamente válidas, y una importante tarea del psicólogo podría consistir en establecer la manera precisa en que la conducta se relaciona con pautas de recompensa y castigo.

Esta conclusión da pie a dos importantes consideraciones. Muchos de los que han criticado a la teoría del refuerzo le han imputado que la definición de refuerzo (y de castigo) es circular. La recompensa se define normalmente como aquello que incrementa la frecuencia de respuesta; el incremento de respuesta se define como aquello que sigue a la recompensa. Por ello, la teoría parece limitada a la interpretación post hoc. Solo se puede especificar el refuerzo cuando ha ocurrido un cambio en la conducta. La réplica más significativa a esta crítica se basa en el hecho de que una vez que las recompensas y castigos han sido establecidos inductivamente ganan valor predictivo. Así, la determinación de la aprobación social como refuerzo positivo para la conducta humana dependía, inicialmente, de la observación post hoc. Sin embargo, una vez establecida como refuerzo, la aprobación social resultó ser un medio eficaz para modificar la conducta desde una base predictiva (cfr. Barron, Heckenmueller & Schultz, 1971; Gewirtz & Baer, 1958).

Sin embargo, es también evidente que los refuerzos no permanecen estables a lo largo del tiempo. Por ejemplo, Reisman (1952) ha argumentado convincentemente que la aprobación social tiene bastante más valor como recompensa en nuestra sociedad contemporánea que el que tenía un siglo atrás. Y si el orgullo nacional podía haber sido un potente refuerzo de la conducta adolescente tardía en los años cuarenta, para la juventud contemporánea una atracción tal resultaría probablemente aversiva. En efecto, la circularidad esencial en la teoría del refuerzo puede reinstigarse en cualquier momento. Así como cambia el valor del refuerzo, igualmente lo hace la validez predictiva de la asunción básica.

La teoría del refuerzo se enfrenta a limitaciones históricas adicionales cuando consideramos su especificación más precisa. Al igual que la mayoría de las otras teorías de la interacción social, la teoría está sujeta a un uso ideológico. La idea de que la conducta está totalmente gobernada por contingencias externas es vista por muchos como groseramente degradante. El conocimiento de la teoría también nos capacita para evitar caer atrapados en sus predicciones. La gente que está enterada de las premisas teóricas de los terapeutas de la conducta puede, como éstos muy bien saben, subvertir con facilidad los efectos deseados. Finalmente, como la teoría ha resultado tan efectiva en la alteración de la conducta de los organismos inferiores, se vuelve particularmente amenazante para los deseos de autonomía. De hecho, la mayoría de nosotros nos ofenderíamos ante un intento de cualquier otro de modelar nuestra conducta a través de las técnicas de refuerzo y nos empeñaríamos en desbaratar las expectativas del ofensor. En suma, la elaboración de la teoría del refuerzo no es menos vulnerable a los efectos ilustrativos que otras teorías de la interacción humana.

Implicaciones para una ciencia histórica de la conducta social

A la luz de los presentes argumentos, el intento continuado de elaborar leyes generales de la conducta social parece descarriado y, su creencia asociada de que el conocimiento de la interacción social puede acumularse de una manera similar al de las ciencias naturales, parece injustificada. En esencia, el estudio de la psicología social es principalmente una empresa histórica. Estamos ocupados, esencialmente, en una explicación sistemática de asuntos actuales. Utilizamos la metodología científica, pero los resultados no son principios científicos en el sentido tradicional. En el futuro, los historiadores podrán volverse hacia tales explicaciones para alcanzar una mejor comprensión de la vida en la era presente. Sin embargo, los psicólogos del futuro es probable que encuentren poco valioso nuestro conocimiento contemporáneo. Estos argumentos no son puramente académicos y no se limitan a una simple redefinición de la ciencia. Están implicadas aquí alteraciones significativas en la actividad de la especialidad. Merecen nuestra atención cinco de tales alteraciones.

Hacia una integración de lo puro y lo aplicado

Existe un fuerte prejuicio contra la investigación aplicada entre los psicólogos académicos; un prejuicio que se hace evidente en la polarización de las revistas prestigiosas hacia la investigación básica y en cómo depende la promoción y la carrera de los investigadores de sus contribuciones a la investigación básica como opuesta a la aplicada. En parte, este prejuicio está basado en la asunción de que la investigación aplicada es de un valor pasajero. Aun limitándose a resolver problemas inmediatos, la contribución de la investigación básica al conocimiento fundamental y perdurable no se discute. Desde el punto de vista actual, no hay motivos para tal prejuicio. El conocimiento que la investigación básica se esfuerza en establecer es también pasajero; normalmente, las generalizaciones no perduran en esa área de investigación básica que tienen mayor validez transhistórica puede que estén reflejando procesos de importancia o interés periférico para el funcionamiento de la sociedad.

Los psicólogos sociales están formados en el uso de herramientas de análisis conceptual y de la metodología científica para explicar la interacción humana. Sin embargo, dada la esterilidad de tratar de perfeccionar los principios generales a lo largo del tiempo, estas herramientas parece que podrían usarse de forma más productiva en la solución de los problemas de importancia inmediata para la sociedad. Esto no quiere decir que tal investigación deba ser restringida en su alcance. Un defecto fundamental de mucha de la investigación aplicada es que los términos usados para la descripción y la explicación son, a menudo, relativamente concretos y específicos al caso en cuestión. Aunque los actos conductuales concretos estudiados por psicólogos académicos son a menudo más triviales, el lenguaje explicativo es sumamente general y por ello más claramente heurístico. Por ello, la presente argumentación apunta hacia una focalización intensiva en los temas sociales contemporáneos basada en la aplicación de los métodos científicos y de las herramientas conceptuales más generales.

De la predicción a la sensibilización

El propósito central de la psicología es visto, tradicionalmente, como la predicción y el control de la conducta. Desde el punto de vista que aquí se expone, este propósito es engañoso y proporciona poca justificación para la investigación. Los principios de la conducta humana pueden ser de limitado valor predictivo con el paso del tiempo y su mismo reconocimiento puede incapacitarlos como herramientas de control social. Sin embargo, no es preciso que la predicción y el control sean las piedras angulares de la especialidad. La teoría psicológica puede jugar un papel extremadamente importante como aparato sensibilizador. Puede ilustrarnos respecto de la gama de factores que potencialmente influyen en la conducta bajo diversas condiciones. La investigación puede también proporcionar cierta estimación de la importancia de esos factores en un momento dado. Ya sea en el dominio de la política pública o en el de las relaciones personales, la psicología social puede aguzar nuestra sensibilidad respecto

de influencias sutiles y concretar las asunciones acerca de la conducta que han demostrado no ser útiles en el pasado.

Cuando se solicita el consejo del psicólogo social en lo relativo a la conducta probable en cualquier situación concreta, la típica reacción consiste en excusarse. Se dice que la especialidad no está suficientemente bien desarrollada en este momento como para poder hacer predicciones fidedignas. Desde nuestro punto de vista, tales excusas son inapropiadas. La especialidad rara vez puede producir principios a partir de los cuales puedan hacerse predicciones fidedignas. Las pautas de conducta están bajo constante modificación. Sin embargo, lo que nuestra especialidad puede y debería proporcionar es una investigación que dote al investigador de un buen número de posibles acontecimientos, aumentando así su sensibilidad y preparándolo para una acomodación más rápida al cambio ambiental. Puede proporcionar herramientas conceptuales y metodológicas con las cuales se puedan hacer juicios más perspicaces.

Desarrollo de indicadores de disposiciones psico-sociales

Los psicólogos sociales evidencian un interés que viene de lejos por los procesos psicológicos básicos, esto es, procesos que afectan a una amplia y variada gama de conductas sociales. Tomando como modelo el interés del psicólogo experimental por los procesos básicos de la visión del color, la adquisición del lenguaje, la memoria, y similares, los psicólogos sociales se han centrado en procesos tales como la disonancia cognitiva, el nivel de aspiración y la atribución causal. Sin embargo, existe una profunda diferencia entre los procesos normalmente estudiados en el campo general de lo experimental, por un lado, y en el campo de lo social, por otro. En el primer caso, los procesos están a menudo, biológicamente encerrados en el organismo; no están sujetos a los efectos ilustrativos y no dependen de circunstancias culturales. Por el contrario, la mayoría de los procesos que caen dentro del campo de lo social dependen de disposiciones adquiridas sujetas a enormes modificaciones a lo largo del tiempo.

A la luz de lo dicho, es un error considerar los procesos en la psicología social como básicos en el sentido de la ciencia natural. Antes bien, pueden considerarse, en su mayor parte, el equivalente psicológico de las normas culturales. Del mismo modo que un sociólogo se interesa por medir las preferencias por los partidos o las pautas de movilidad a lo largo del tiempo, el psicólogo social podría ocuparse de la variabilidad de las pautas en las disposiciones psicológicas y su relación con la conducta social. Si la reducción de la disonancia es un proceso importante, entonces deberíamos estar en posición de medir la frecuencia y la intensidad de tal disposición dentro de la sociedad a lo largo del tiempo, así como las formas preferidas de reducir la disonancia que existe en cualquier momento dado. Si el aumento de estima parece influenciar la interacción social, entonces, estudios profundos sobre la cultura debieran revelar el alcance de tal disposición, su intensidad en diversas subculturas y las formas de conducta social con las que es más

probable que esté asociada en cualquier momento dado. Si bien los experimentos de laboratorio son aptos para el aislamiento de disposiciones particulares, se trata de pobres indicadores para la gama y trascendencia de los procesos de la vida social contemporánea. Son muy necesarias metodologías que pulsen la frecuencia, fortaleza y forma de las disposiciones psicosociales a lo largo del tiempo. En efecto, es preciso una tecnología de indicadores sociales que sean sensibles a lo psicológico (Bauer, 1969).

Investigación, acerca de la estabilidad conductual

Los fenómenos sociales pueden variar considerablemente acerca del alcance en que están sujetos al cambio histórico. Ciertos fenómenos pueden estar ligados a bases fisiológicas. La investigación de Schachter (1970) acerca de los estados emocionales parece tener una fuerte base fisiológica, como la tiene el trabajo de Hess (1965) acerca del afecto y la constricción pupilar. Si bien disposiciones aprendidas pueden vencer la resistencia de algunas tendencias fisiológicas, tales tendencias deberían tender a reafirmarse a los largo del tiempo. Con todo, otras propensiones fisiológicas pueden ser irreversibles. Puede haber también disposiciones adquiridas que sean suficientemente profundas como para que ni la instrucción ni el cambio histórico sea probable que tengan un impacto importante. La gente normalmente evitará los estímulos dolorosos, al margen de su sofisticación o de las normas vigentes. Tenemos que pensar, pues, en términos de un continuum de durabilidad histórica, con fenómenos altamente susceptibles a la influencia histórica en un extremo y los procesos estables en el otro.

Desde esta perspectiva, son muy necesarios aquellos métodos de investigación que nos permita discernir la durabilidad relativa de los fenómenos. Los métodos interculturales podrían ser empleados en este sentido. Aunque la replicación intercultural es francamente difícil, la semejanza en una forma funcional dada entre culturas que fueran muy divergentes daría buena fe de su durabilidad en el tiempo. Las técnicas de análisis de contenido podrían también emplearse para examinar las explicaciones de períodos históricos anteriores. Hasta ahora, esas explicaciones han proporcionado bien poca cosa, excepto citas que indican que algún gran pensador presagió una hipótesis familiar. Tenemos que explorar todavía la vasta cantidad de información en cuanto a pautas de interacción en períodos anteriores. Aunque una mayor sofisticación en las pautas de conducta a través del espacio y el tiempo proporcionarían unas valiosas comprensiones respecto de la durabilidad, otros difíciles problemas se presentarían. Algunas pautas de conducta pueden permanecer estables hasta que sean examinadas de cerca; otras pueden simplemente volverse disfuncionales con el paso del tiempo. La confianza humana en el concepto de deidad tiene una larga historia y se encuentra en numerosas culturas; sin embargo, muchos son escépticos acerca del futuro de esta confianza. Las evaluaciones de la durabilidad deberían, por lo tanto, explicar tanto el potencial como la actual estabilidad en los fenómenos.

Aunque la investigación sobre disposiciones más duraderas es muy valiosa, no deberíamos por ello concluir que es también más útil o deseable que estudiar modelos de conducta pasajeros. La mayor parte de la varianza en la conducta social es debida, sin duda, a disposiciones históricamente dependientes, y el reto de capturar tales procesos "al vuelo", y durante los períodos propicios de la historia, es impresionante.

Hacia una historia social integrada

Se ha mantenido que la investigación en psicología social consiste, básicamente, en el estudio sistemático de la historia contemporánea. Como tal, parece miope mantener una separación disciplinaria de (a) el estudio tradicional de la historia y (b) otras ciencias históricamente limítrofes (incluyendo la sociología, la ciencia política y la economía). La sensibilidad y las estrategias de investigación propias del historiador podrían fortalecer el entendimiento de la psicología

social, tanto pasada como presente. Especialmente útil sería la sensibilidad del historiador hacia las secuencias causales a través del tiempo. La mayoría de la investigación psicosocial se focaliza en segmentos de un minuto a lo largo de procesos en marcha. Nos hemos centrado muy poco en la función de esos segmentos dentro de un contexto histórico. Disponemos de escasa teoría que trate de la interrelación de acontecimientos a lo largo de períodos dilatados de tiempo. Del mismo modo, los historiadores podrían beneficiarse de las metodologías más rigurosas empleadas por los psicólogos sociales así como de su particular sensibilidad para las variables psicológicas. Sin embargo, el estudio de la historia, tanto pasada como presente, debería ser emprendido dentro del marco más amplio posible. Los factores políticos, económicos e institucionales son todos ellos inputs necesarios para una comprensión de forma integrada. Concentrarse sólo en la psicología proporciona una comprensión distorsionada de nuestra condición actual.

III. ACTIVIDAD PREVIA

Lectura Syllabus correspondiente a la sesión.

IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN

Clases expositivas a cargo de docente, discusión grupal en torno a las consecuencias de tal noción de sujeto y discusión plenaria.

V. LECTURA POST -SESIÓN

Crespo, E. (1995) *Introducción a la Psicología Social*. Madrid: Universitas. 15-106

SESIÓN 3

I. OBJETIVO

Comprender la perspectiva cognitivista en el estudio de los procesos psicosociales
Introducir a los conceptos de Percepción Social y de Actitudes.

II. TEMAS

UNIDAD II: PSICOLOGÍA SOCIAL COGNITIVA: MENTES INDIVIDUALES EN RELACIÓN

a. Fundamentos

La línea cognitiva de la psicología social será la que imperará en el estudio de los procesos psicológicos, siguiendo las concepciones Cartesianas de individualidad.

Descartes (1641) en su búsqueda de una base firme y permanente para el conocimiento quiere llegar a verdades universales y permanentes. O tenemos un fundamento fijo y estable para el conocimiento, un punto donde el conocimiento comienza, está cimentado y puede reposar, o no podremos escapar del caos, la oscuridad y la confusión.

La vía, según el filósofo, estará dada por la mente racional, y las distracciones de las que hay que huir en la tarea son las incertidumbres que emergen de las pasiones del cuerpo, de sus verdades temporales y locales.

Es así que ya en los principios de la búsqueda de una verdad estable y permanente, la primera que es encontrada es la escisión entre la mente racional y las pasiones y distracciones del cuerpo. Es la mente racional, en tanto entidad que piensa, la que permite la duda, por lo anterior, la unidad del sujeto estará dada por su racionalidad, y la oposición sujeto/objeto se impondrá como fundamento fijo que permitirá la certeza en el estudio de las cosas y de la mente. Uno de los resultados más evidentes de esto es la dicotomía mente/cuerpo. Efectivamente puedo dudar de la existencia de mi cuerpo, pero no de la entidad que duda, sólo la mente puede dar la certeza de la realidad, instituyéndose ésta como lugar primordial en que reside la esencia del ser humano (ver análisis convergentes de la influencia de Descartes en Varela, Thompson y Rosch, 1990, y Pujol y Montenegro, 1999).

Este señalamiento de la mente como un mecanismo de pensamiento racional, de constitución y funcionamiento de tipo individual, separado al de su medio, sea cual sea éste, e incluso al de su cuerpo, en tanto aspecto constitutivo del ser humano, será la principal línea filosófica que determinará al pensamiento cognitivo (Gardner, 1987).

La teoría cognitivista señala como su objeto de estudio a la mente definida como cognición. La cognición es el procesamiento de información definida como computación simbólica, es decir, manipulación de símbolos basada en reglas. Los símbolos son unidades de información que se corresponden con estados del mundo real (Varela, 1988), por ello se les llama representaciones.

El sistema funciona a través de cualquier dispositivo que pueda soportar y manipular a los símbolos entendidos como elementos funcionales discretos. El sistema no necesita interactuar con la dimensión semántica de estos símbolos, interactúa más bien con su forma, es decir, sus componentes sintácticos (o atributos).

Se puede establecer que este sistema funciona correctamente cuando logra generar una representación adecuada de algún aspecto del mundo real, y el procesamiento de información conduce a una adecuada solución a los problemas presentados al sistema.

De este modo la psicología social entenderá a su rol como el estudio de la interacción entre mentes individuales; por lo tanto se comprende que sus conceptos fundamentales sean en definitiva elementos cognitivos: percepción, actitudes, atribuciones, etc.

b. Principales Conceptos: La Definición de la Psicología Social

Como veremos la anterior postura se concretará en una concepción de psicología social como estudio de las cogniciones individuales que producen comportamiento social, a la vez que cómo éstas están influidas por el medio. El foco así no es la intersubjetividad, sino las mentes individuales en relación:

- “La psicología social es una rama de las ciencias sociales que intenta explicar cómo la sociedad influyó en la cognición, la motivación, el desarrollo y el comportamiento de individuos y es influida por ellos”.
Cartwright D, Introduction to a History of Social Psychology, en Hewstone M et al, eds., “The Blackwell Reader in Social Psychology”, Great Britain, Blackwell Publishers, 1997.
- “Lo que caracteriza a la Psicología Social es el concepto de relación, interdependencia, interacción, influencia: modificación de la conducta y las creencias de una persona debido a la presencia de otros”.
Seidmann S, Historia de la psicología social, Publicación interna de la Cátedra de Psicología Social de la Carrera de Psicología de la Universidad de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, 2001.
- La psicología social es el estudio de la conducta social, de las “estimulaciones y reacciones que surgen entre los individuos y la parte social de su medio”.
Allport Floyd, “Social Psychology, 1924.
- La psicología social “es el intento de comprender y explicar cómo los pensamientos, sentimientos y comportamientos individuales son influidos por la presencia real o imaginaria de los otros”.
Allport Gordon, “The historical background of modern social psychology, 1968, en Lindzey G, ed, “Handbook of Social Psychology”, Vol I, USA, Addison-Wesley.
- “Tentativa científica de comprender y explicar de qué manera las ideas, sentimientos y conductas de una persona son influidos por la presencia efectiva, implícita o imaginaria de otras”.
Vander Zanden James, Manual de Psicología Social, Barcelona, Paidós, 1986, pág. 624.

A continuación revisaremos sus principales elaboraciones:

c. Percepción Social

La percepción social emerge de la utilización del concepto de percepción (proceso cognitivo individual) para explicar la significación y categorización de información proveniente del mundo social. Así mismo ésta se moldea a partir de la actividad en un contexto social, por eso puede ser estudiada como una entidad compartida; pero decir compartida no implica que no sea constitutivamente individual... son varias mentes individuales las que comparten una misma percepción, y por ello puede ser estudiada como una entidad que representa a un grupo de individuos.

Teniendo lo anterior presente, se puede entender que se diga que la percepción social viene a ser lo que el conjunto de la gente, que forma parte de una sociedad concreta, piensa, interpreta o imagina sobre una “cosa” determinada. En este sentido se supone que la percepción social es el modo habitual mediante el cual un conjunto social (entendido como grupos de personas individuales) visualiza la realidad, siendo, además, la forma grupal de entender esta realidad. Por ello la percepción social no es lo mismo que la opinión pública, porque esta última implica más bien una toma de posición personal o grupal en relación con cualquier cuestión. Tomar posición es distinto a percibir.

Desde esta perspectiva la percepción social, bien sea de las drogas o de cualquier otra cuestión, se refiere a la imagen global que la sociedad mantiene sobre las mis-mas, mientras que la opinión pública se refiere más bien a la

distribución social de las diferentes posiciones que adopta cada ciudadano o cada grupo de ciudadanos en relación con una cuestión en particular. Por ejemplo existe una percepción social en torno a los efectos negativos de las drogas sobre la salud, pero mientras una parte de la opinión pública considera que se trata de consecuencias poco relevantes frente a los problemas de inseguridad ciudadana, otra parte de esta misma opinión pública manifiesta que los problemas más importantes son justamente los de salud. Por este motivo la opinión pública aparece más fragmentada, ya que hay una parte de gente que piensa una cosa y otra parte que puede sostener lo contrario, con todas las posiciones y matices intermedios que uno pueda imaginar. En cambio la percepción social sobre el tema es mucho más unánime. Por este motivo podemos estudiar mediante encuestas la distribución social de la opinión pública, es decir, qué porcentaje de ciudadanos piensa que las drogas son básicamente un problema de seguridad frente a aquellos que creen que es básicamente un problema de salud, mientras que la percepción social es menos aprensible, porque refleja cosas que se supone piensan, en ocasiones sin darse cuenta, todos los ciudadanos.

En la misma línea se supone que la percepción social es más estable, mientras que la opinión pública es más variable y cambia rápidamente según se van modificando las circunstancias. Por este motivo, en los últimos treinta años, se supone que la percepción social de las drogas ha cambiado muy poco, mientras que la opinión pública ha ido adoptando posiciones diferentes en cada uno de los momentos o circunstancias por las que ha atravesado el consumo y los problemas asociados al mismo.

d. Actitudes

El concepto de actitud es uno de los que ha tenido más efecto en Psicología Social y es el mejor ejemplo del énfasis individual de ésta. Se esgrime que su importancia está en que:

- Permite predecir conductas
- Tiene como funciones establecer la realidad en que vivimos y proteger nuestro yo de conocimientos indeseables.
- Es base de importantes acontecimientos sociales, siendo base de amistad y conflicto

“Casi todas las definiciones del concepto de actitud -tal como ha sido elaborado por la psicología social- tienen en común el caracterizarla como una tendencia a la acción adquirida en el ambiente en que se vive y derivada de experiencias personales y de factores especiales a veces muy complejos. En general, el término actitud designa un estado de disposición psicológica, adquirida y organizada a través de la propia experiencia, que incita al individuo a reaccionar de una manera característica frente a determinadas personas, objetos o situaciones”.

Ander-Egg E., *Técnicas de investigación social*, Hvmanitas, Buenos Aires, 1987, 21 edición, pág. 251-252.

“Tendencia o predisposición adquirida y relativamente duradera a evaluar de determinado modo a una persona, suceso o situación”.

Vander Zanden James, *Manual de Psicología Social*, Barcelona, Paidós, 1986, pág. 614.

La actitud es la unidad de análisis de la psicología social (págs. 1-4), puede ser definida como orientación sistemática de la conducta hacia determinados objetos del mundo social, como pueden ser personas, hechos o grupos.

Las actitudes no son conductas sino predisposiciones adquiridas para actuar selectivamente, conducirse de determinada manera en la interacción social. Tienen que ver con una forma de actuar. Operan como parte de un sistema de representación de la realidad, una vez incorporadas regulan la conducta.

Presenta cuatro características (pág. 2).

- a- Direccionalidad: la actitud implica una relación sujeto- objeto que le da direccionalidad y la diferencia del rasgo de carácter o el hábito.
- b- Adquirida: Aprendidas en interacción, no existen actitudes innatas.
- c- Más o menos durables: son relativamente durables pero al mismo tiempo son factibles de ser modificadas por influencias externas.
- d- Polaridad afectiva: De la aceptación, hasta el rechazo.

Toda actitud incluye 4 aspectos: (pág. 4)

1. Toda actitud posee un aspecto cognitivo: Se basa en creencias y opiniones hacia diferentes objetos o situaciones. Información que el sujeto adquiere en el medio social.
2. Un aspecto afectivo: Las creencias y opiniones poseen componentes afectivos que generan atracción o rechazo. Rechazo hacia la vejez por parte de los jóvenes.
3. Un aspecto normativo: como "debe" el sujeto comportarse ante determinada situación u objeto.
4. Un aspecto comportamental: En una situación específica estas creencias, opiniones, sentimientos y normas se traducen en acción. Por ejemplo, la discriminación.

Se considera a la actitud como el producto final del proceso de socialización, son aprendidas en el seno social y condicionarán las respuestas del sujeto hacia determinados grupos, objetos, hechos y situaciones. Se van construyendo y anclando en cada relación interpersonal. Los individuos incorporan valores, hacen atribuciones y actúan en función de ellas.

La Disonancia Cognitiva

La teoría de la disonancia cognitiva fue formulada por León Festinger en 1957. Desde entonces hasta ahora han sido muchos los psicólogos sociales que se han ocupado del tema y a su vez, han sido muchas las derivaciones prácticas que se han obtenido de esta teoría.

Así es como fueron surgiendo consecuencias de estos estudios que han servido para entender mejor las relaciones humanas. De esta manera, conocer esta teoría interesa a todo el mundo, pues vivimos relacionándonos diariamente con otras personas. Siempre que no exista una armonía, congruencia o consonancia interna en el sistema cognoscitivo de la persona, diremos que existe una disonancia cognoscitiva o incongruencia.

Cuando esta disonancia aparece, existe una tendencia, por parte de la persona, a reducirla. Esto es, eliminar la tensión surgida en su interior y restablecer el equilibrio inicial.

La idea central de la disonancia cognoscitiva podría resumirse de la siguiente manera: cuando se dan a la vez cogniciones o conocimientos que no encajan entre sí por alguna causa (disonancia), automáticamente la persona se esfuerza por lograr que éstas encajen de alguna manera (reducción de la disonancia).

Naturalmente, no existe una única forma de reducir la disonancia. Existen múltiples caminos y la elección de unos u otros dependerá de múltiples factores. A continuación veremos diversas situaciones que producen o pueden producir disonancia, así como diferentes medios para reducirla.

TOMA DE DECISIONES

Cada vez que alguien tiene que elegir entre dos o más alternativas, lo normal es que experimente disonancia en mayor o menor grado. Esto es debido a que no existe lo absoluto, y en consecuencia, es muy difícil que se halle la solución ideal. Esto significa que ninguna de las posibles respuestas es totalmente positiva. Y viceversa: ninguna de las alternativas no elegida es completamente negativa.

Como consecuencia de ello, las cogniciones que la persona tiene con respecto a las características negativas de la alternativa finalmente elegida, son disonantes con la cognición

que tiene por haberla elegido. Y al contrario, como las alternativas rechazadas tienen también aspectos positivos, esto hace introducir disonancia, que será mayor cuanto más atractiva sea la alternativa rechazada en relación con la elegida.

Lo que los estudios han demostrado es que la persona después de tomar la decisión, intentará autoconvencerse de que la alternativa elegida es incluso más interesante y positiva (en relación con las descartadas) de lo que anteriormente suponía.

OTRAS DERIVACIONES DE LA DISONANCIA EN LA DECISION

Cuando el grado de atracción entre alternativas es muy similar, una vez tomada la decisión, la disonancia conseguida es lógicamente mayor.

De la misma manera, la cantidad y no sólo la cualidad de las alternativas influye en el grado de la disonancia. Así, cuanto mayor es el número de alternativas para escoger, mayor disonancia después de la elección, ya que hay que renunciar a muchas cosas para quedarse con una sola.

Por último, habrá que añadir que cuanto más diferentes (cualitativamente hablando) son las alternativas o posibilidades para elegir, mayor grado de disonancia se presenta una vez tomada la decisión (suponiendo que no habrá grandes diferencias de atracción entre las diversas posibilidades).

Cada vez que una persona se halla en condiciones de realizar o continuar un esfuerzo, a fin de alcanzar una meta que se ha propuesto y no llega a alcanzarla, experimentará inmediatamente disonancia.

Esto es debido a que su cognición o conocimiento de estar realizando un esfuerzo es disonante con su cognición de no haber alcanzado la meta, es decir, que sus esfuerzos no han culminado con éxito.

Una de las formas que se da con frecuencia para reducir este tipo de disonancia es tomar algo del entorno, algo secundario y sobrevalorarlo, aún cuando éste sustituto no tuviera inicialmente ningún valor o no estuviese en la mente de la persona el hacerlo.

De aquí que mucha gente ante un fracaso afirme que "de las equivocaciones también se aprende, o que, lo sucedido le servirá para evitar errores en el futuro". Todo ello no son sino intentos de justificación, a fin de reducir la disonancia aparecida, ya que a nadie le gusta cometer errores ni tropiezos, aunque de ellos pueda sacar una lección provechosa. Existen otros métodos más gratificantes de aprender y todo el mundo prefiere sacar sus enseñanzas de ellos.

Cuando el esfuerzo a realizar es menor, lógicamente, la disonancia introducida ante un fracaso también es menor y en consecuencia, ese intento de autojustificación también lo es.

LA TENTACIÓN COMO CAUSA DE DISONANCIA

Cuando una persona realiza algo que ella considera inmoral o no ético (independientemente de la consideración que pueda tener para otras personas) a fin de conseguir una "recompensa", el conocimiento o cognición de que el acto es inmoral es disonante con el hecho de haberlo cometido.

Al igual que sucede en otras ocasiones, tenderá a reducir esa ansiedad, esa disonancia que se ha producido y una de las formas más comunes de realizarla es precisamente con un cambio de actitud. Esto es, tratar de autoconvencerse de que en el fondo tampoco ha sido tan grave lo que ha hecho. O dicho de otra manera, que el acto cometido no es tan inmoral o tan poco ético como pensaba al principio, antes de cometerlo.

Así pues, de acuerdo con la teoría de la disonancia cognitiva, después de que alguien ha cometido un acto poco ético, sus actitudes hacia dicho acto serán más indulgentes de lo que fueron anteriormente.

También lo contrario es fuente de disonancia. Esto es, cuando una persona rehusa cometer un acto que ella considera inmoral o no ético (independientemente de la consideración que puede tener para otras personas), con ello pierde una "recompensa", el conocimiento o la cognición de que ha perdido una recompensa es disonante con la cognición de lo que ha hecho.

Nuevamente habrá un intento de reducir ese malestar o disonancia, suele ser muy corriente en esta situación un cambio de actitud. Si bien, en este caso, el cambio incidirá en la misma dirección. Esto es, ahora sus actitudes hacia dicho acto serán más severas de lo que fueron anteriormente. De ésta forma, se puede autojustificar por haber hecho lo que ha hecho.

LOS HECHOS CONSUMADOS COMO CAUSA DE DISONANCIA

Con mucha frecuencia, la gente se encuentra ante el hecho de que tiene que sufrir una experiencia desagradable. El conocimiento que esas personas tienen de lo que sucede es o será desagradable, es disonante con el conocimiento de tener que soportarlo. En esta situación, la forma más típica de reducir la disonancia así introducida es autoconvenciéndose de que en realidad la situación no era tan mala ni tan desagradable como en principio le parecía.

Hasta ahora hemos podido observar que el hombre no necesita a nadie para poder experimentar disonancia, de la misma forma que tampoco ha necesitado el concurso de otras

personas para reducirla. Se ha bastado a sí mismo como fuente de reducción de disonancia.

A lo largo de este tema podremos probar cómo los grupos en los que está inmerso, o con los que se relaciona cualquier persona, pueden ser también origen o reductores de disonancia.

EL GRUPO COMO CAUSA DE DISONANCIA

Son varias las circunstancias en las que el grupo puede ser una fuente de disonancia.

El hombre no es siempre capaz de predecir el comportamiento o las relaciones que van a establecerse en los grupos en los que se integra o con los que se relaciona.

De esta forma puede surgir disonancia si sus cogniciones o conocimientos respecto a su esfuerzo e inversión de tiempo y dinero, no encajan adecuadamente con el conocimiento de los aspectos negativos de estos grupos.

Dos son las formas básicas de reducir su disonancia en estas circunstancias:

- a) Autoconvencerse de que en el fondo no hubo ni tanto esfuerzo ni tanto gasto, por lo que tampoco ha perdido mucho y no merece la pena seguir preocupándose del tema.
- b) Sobrevalorar al grupo, de tal forma que cierre los ojos a los aspectos negativos del mismo, viendo solo aquellos que son positivos.

La selección de uno u otro sistema va a depender también del "coste social" que haya tenido que pagar. Así, quienes hayan tenido una iniciación más desagradable para incorporarse al grupo, aumentarán su nivel de agrado por los miembros. Aquellos que no tuvieron que hacer esfuerzos por incorporarse, podrán sentir menos agrado por el grupo.

Acciones forzadas: En determinadas ocasiones los grupos en los que se muestran inmersas las personas (por ejemplo las organizaciones donde prestan servicios) obligan a éstos a manifestarse abiertamente de una forma que aparece disonancia en el mismo momento de ejecutar esos actos.

La forma más "natural" de reducir esa disonancia sería un cambio de actitudes. Esto es, un cambio en sus creencias, de tal manera que tienda a coincidir en un grado mayor con las acciones ejecutadas.

El grado de disonancia estará en función de la "recompensa" obtenida y de la presión efectuada.

Si una persona se ve forzada a realizar acciones o declaraciones contrarias a sus creencias para recibir a cambio una pequeña recompensa, cambiará su creencia particular en la misma dirección de la conducta expresada en público. Según vaya aumentando su "recompensa", irá disminuyendo el grado en el que se modifica su opinión particular al respecto. Así pues, la disonancia es mucho mayor cuanto menor es lo que se obtiene a cambio. La forma mejor de reducir esa disonancia o discrepancia entre lo que cree y lo que dice o hace, es precisamente cambiar su opinión particular, de tal manera que sus creencias tiendan a coincidir con su conducta.

Con respecto a la presión social efectuada, cabe señalar que si ésta es excesivamente fuerte, en este caso la disonancia que se presenta es menor que la esperada y en consecuencia,

aunque se realicen los actos deseados, no por ello se consigue un cambio de opinión al respecto.

EL GRUPO COMO MOTOR REDUCTOR DE DISONANCIA

Dos son los métodos empleados para reducir la disonancia con el apoyo del grupo o a través de éste. Generalmente, la personas utilizan ambos simultáneamente.

Un primer sistema consiste en buscar el apoyo y el contacto de aquellas personas que ya creen y están de acuerdo con aquello que él desea creer y convencerse. Un segundo sistema para reducir la disonancia consiste en convencer a otros de que también crean en aquello que él quiere creer o convencerse.

Como ya hemos dicho anteriormente, ambos sistemas se pueden emplear simultáneamente, si bien la elección de uno u otro en primer lugar, dependerá de factores varios.

De esta manera, si una persona tiene ideas bastante claras y perfectamente consonantes entre sí todos sus conocimientos y se enfrenta con alguna otra persona cuyas ideas y opiniones no estén de acuerdo con las suyas, aparecerá una disonancia que romperá el equilibrio y la armonía interna. En éste caso, su

primera reacción para restablecerse el equilibrio será la utilización del segundo sistema. Esto es, tratará, en primer lugar de convencer a su interlocutor de que está en un error y que lo correcto y adecuado es lo que él piensa.

Pero también puede suceder que una persona con unas ideas iniciales bastantes concordantes entre sí, haya tenido ya unos enfrentamientos con personas que opinan de diferente manera, lo que hace que sus convicciones empiecen a perder fuerza y que su disonancia vaya aumentando. Si vuelve a tener un enfrentamiento con otra persona que mantenga lo contrario que él, es posible que intente convencerla de que está en un error. No obstante y aún cuando consiga hacerlo, es muy poca la disonancia que reducirá, ya que el verdadero problema no es esa persona. En ese caso lo que hará con más probabilidad es echar mano del primer sistema, esto es, buscará el apoyo de personas que crean como él.

Esto le dará nuevamente fuerza, ya que tendrá la ocasión de conseguir nuevos argumentos y que al mismo tiempo echen por tierra las ideas y las opiniones de sus contrincantes, que son lógicamente disonantes con las suyas.

La Medición de Actitudes

Ignacio Fernández de Pinedo: **Construcción de una escala de actitudes tipo Lickert**. Madrid: Ministerio del Trabajo y Asuntos Sociales.

Para medir un objeto se requiere una escala de medida: El consumo de electricidad se mide en kilowatios x hora, la temperatura en grados centígrados. Cómo medir la insatisfacción, la anomia, la actitud de los trabajadores hacia la prevención o hacia el trabajo en equipo? He aquí el gran problema metodológico de las ciencias sociales. Cómo medir los fenómenos sociales? Qué escala usar para medir una actitud? Cómo construirla?

Definimos una escala como una serie de ítems o frases que han sido cuidadosamente seleccionados, de forma que constituyan un criterio válido, fiable y preciso para medir de alguna forma los fenómenos sociales.

En nuestro caso, este fenómeno será una actitud cuya intensidad queremos medir.

Tres criterios para la confección de los ítems de una escala

Los ítems deben facilitar respuestas relacionadas con el fenómeno medido, aunque dicha relación no tiene porqué ser necesariamente manifiesta.

Cada ítem debe declarar no sólo las dos posturas extremas, sino también graduar las intermedias. A medida que la escala gane en sensibilidad, ganará también en precisión.

Los ítems deben ser fiables y seguros. La fiabilidad con frecuencia se logra a costa de la precisión. Cuanto más refinada es una medición, más probable es que en dos medidas repetidas obtengamos puntuaciones distintas.

Escalas aditivas

Las escalas aditivas están constituidas por una serie de ítems ante los cuales se solicita la reacción del sujeto. El interrogado señala su grado de acuerdo o desacuerdo con cada ítem (muy de acuerdo, de acuerdo, indeciso en desacuerdo, muy en desacuerdo). A cada respuesta se le da una puntuación favorable o desfavorable. La suma algebraica de las puntuaciones de las respuestas del individuo a todos los ítems da su puntuación total que se entiende como representativa de su posición favorable-desfavorable con respecto al fenómeno que se mide.

La justificación razonada de tales puntuaciones totales, como base para la colocación de los individuos en una escala, es la siguiente:

A un ítem que puede ser admitido con diversos grados de aprobación, se le pueden atribuir diversos "pesos", conforme a las frecuencias aprobatorias que reciba de acuerdo con la curva normal.

Asimismo y por consiguiente, 1) cada individuo recibe una puntuación proporcional a su aprobación acumulada, y 2) cada ítem recibe diversos pesos según el grado con que es aprobado.

La probabilidad de acuerdo o desacuerdo con cualquiera de las series de ítems favorables o desfavorables, con respecto a un objeto, varía directamente con el grado de actitud de un individuo. Un individuo con una actitud favorable responderá favorablemente a muchos ítems (es decir, estará de acuerdo con muchos ítems favorables al objeto y disenterá a los desfavorables); de un individuo ambivalente puede esperarse que responda desfavorablemente a unos y favorablemente a

otros; un individuo con una actitud desfavorable responderá desfavorablemente a muchos ítems.

El tipo de escala aditiva más frecuentemente utilizado en el estudio de las actitudes sociales es el de Likert.

Construcción de una escala aditiva tipo Likert

La escala de Likert es una escala ordinal y como tal no mide en cuánto es más favorable o desfavorable una actitud, es decir que si una persona obtiene una puntuación de 60 puntos en una escala, no significa esto que su actitud hacia el fenómeno medido sea doble que la de otro individuo que obtenga 30 puntos, pero sí nos informa que el que obtiene 60 puntos tiene una actitud más favorable que el que tiene 30, de la misma forma que 40°C no son el doble de 20°C pero sí indican una temperatura más alta.

A pesar de esta limitación, la escala Likert tiene la ventaja de que es fácil de construir y de aplicar, y, además, proporciona una buena base para una primera ordenación de los individuos en la característica que se mide.

La construcción de esta escala comporta los siguientes pasos:

1º) Se recoge una larga serie de ítems relacionados con la actitud que queremos medir y se seleccionan, aquellos que expresan una posición claramente favorable o desfavorable. Estos ítems pueden ser elaborados por personas conocedoras del tema que se pretende medir y conocedoras, así mismo, del colectivo de individuos que responderá a la escala definitiva. Es conveniente partir de una colección de 100 a 150 ítems para construir una escala de 15 a 30 ítems.

2º) Se selecciona un grupo de sujetos similar a aquél al que piensa aplicarse la escala. Estos responden, eligiendo en cada ítem la alternativa que mejor describa su posición personal.

3º) Las respuestas a cada ítem reciben puntuaciones más altas cuanto más favorables son a la actitud, dándose a cada sujeto la suma total de las puntuaciones obtenidas.

El ejemplo nº 2, tomado de una escala para medir la actitud de los adultos hacia la formación, nos ilustra sobre la elaboración de los ítems:

Expresa su posición respecto a las siguientes afirmaciones:
Los conocimientos de la escuela tienen poca aplicación en la vida cotidiana.

T.A. ☒ A. ☐ I. ☐ D. ☐ T.D.

Para estar al día en tu puesto de trabajo, la experiencia profesional es insuficiente.

T.A. A. I. D. ☒ T.D.

T.A.= totalmente de acuerdo

A.= de acuerdo en ciertos aspectos.

I.= indeciso.

D.= en desacuerdo en ciertos aspectos.

T. D. = totalmente en desacuerdo.

En los dos ítems reproducidos, la valoración de las respuestas sería 1, 2, 3, 4, 5. en el primero y 5, 4, 3, 2, 1, en el segundo.

Un individuo que contestara a estos ítems en las dos respuestas marcadas con el círculo tendría una puntuación de 2 puntos en el primer ítem y de 1 punto en el segundo, su suma, 3, sería la posición de este individuo. Si la escala estuviera formada por estos dos ítems solamente, la puntuación de los individuos iría desde 2, actitud más negativa hacia la formación, hasta 10, actitud más positiva.

El individuo que obtiene una puntuación de 3, en principio parece que tiene una actitud baja o en contra del fenómeno que se mide, pero para poder decir esto hay que esperar a compararlo con la puntuación obtenida en la misma escala, por otros individuos.

4º) Para asegurar la precisión de la escala, se seleccionaran el 25 % de los sujetos con puntuación más alta y el 25 % con puntuaciones más baja, y se seleccionan los ítems que discriminan a los sujetos de estos dos grupos, es decir, aquellos con mayor diferencia de puntuaciones medias entre ambos grupos.

5º) Para asegurar la fiabilidad por consistencia interna, se halla la correlación entre la puntuación total y la puntuación de cada ítem para todos los individuos, seleccionándose los ítems con coeficiente más alto.

6º) Con los criterios anteriores de precisión y fiabilidad se selecciona el número de ítems deseado para la escala. Para asegurar la validez del contenido, aproximadamente la mitad de los ítems deben expresar posición favorable y desfavorable la otra mitad.

En ciertos casos, para obligar a los individuos a definir su posición de forma más clara, se puede suprimir la respuesta "indeciso".

El número de ítems de una escala Likert suele oscilar entre 15 y 30.

El Cambio de Actitudes

Las actitudes son relativamente poco estables y fáciles de cambiar. Su inconsistencia proporciona una herramienta importante al marketing, pues, en función de los objetivos de la empresa, puede variar las actitudes de los individuos frente a los productos y servicios.

El conocimiento de la forma en que los consumidores perciben los productos es importante para determinar la estrategia que puede emplearse para modificar un posicionamiento desfavorable, o para adaptarse a las nuevas tendencias del mercado. Cuando Camel entró en España, se identificaba con el hombre aventurero, imagen que reforzaba con el patrocinio

deportivo en el mundo del automovilismo. Ahora se ha decantado con otro tipo de aventura más urbana, adaptada al entorno social actual. Es una campaña dirigida a concienciar a los fumadores para que tengan cuidado con lo que hacen, a través de la divertida mascota que utiliza.

Se puede definir la persuasión como un esfuerzo de comunicación dirigido a influenciar las actitudes de la audiencia, ya sea mediante la adaptación del mensaje a una actitud preexistente, o modificando el punto de vista del consumidor.

De forma general, es mucho más fácil adaptarse a una actitud preexistente que modificarla.

Entre muchos de los prejuicios que todavía quedan por superar se encuentra el del uso de trajes de negocios de lycra. La compañía DuPont insiste en que, con un poco de spandex, el material con que se fabrica el tejido, los trajes son más resistentes y se arrugan menos. Sin embargo, a pesar de los argumentos prácticos, este material no ha sido visto hasta ahora como un tejido apto para las prendas de vestir propias de la gente que se dedica a actividades empresariales, pues suele asociarse con ciclistas, prostitutas, o Batman. En 1997, el 15% de los 16,6 millones de trajes que se vendieron en Estados Unidos contenían la fibra. Se trata de cambiar la actitud de los individuos respecto a un nuevo tejido, aunque parece que en este caso no se trata de un reto difícil, pues su principal atributo es la comodidad.

ESTRATEGIAS PARA CAMBIAR ACTITUDES

Se han desarrollado una serie de estrategias para cambiar las actitudes e intenciones de las personas, que pueden clasificarse según su grado de participación o su incidencia en alguno de los elementos de la actitud.

Según su grado de participación:

- *Estrategias de poca participación*

Tratan de mejorar los niveles de participación entre los consumidores de modo que se formen sus actitudes antes de la compra y que éstas influyan en tales decisiones. Esto se hace a través de:

- a.- La vinculación del producto o servicio a una situación personal en las que consumidor esté involucrado, p.e.: el slogan de la cerveza Budweiser es "Saturday BUD fever".
- b.- El diseño de anuncios que estimulen la participación.
- c.- La vinculación del producto o servicio a un tema importante para el consumidor, p.e.: "Cola Cao favorece el crecimiento".
- d.- El cambio en la importancia de los beneficios del producto, p.e.: producto libre de colesterol, "ahora lava más blanco".
- e.- Dando a conocer o introduciendo las características más importantes del producto, p.e.: Coca Cola Light, Renault Space.

- *Estrategias de gran participación*

Tratan de influir en el cambio de actitud frente al comportamiento. Algunas estrategias son:

- a.- Cambio en las creencias sobre las consecuencias del comportamiento.
- b.- Cambio en las evaluaciones de las consecuencias.
- c.- Cambio de las creencias sobre las percepciones de los demás.
- d.- Cambiar las motivaciones para acceder.

El cambio en las creencias sobre las consecuencias del comportamiento (a) y el cambio en las evaluaciones de las consecuencias (b) provocan cambios en la actitud frente al comportamiento. Esto unido al cambio de las normas subjetivas respecto al comportamiento, provocado por el cambio de las creencias sobre las percepciones de los demás (c) y el cambio de las motivaciones para acceder (d), dan lugar a cambios en las intenciones conductuales y, por último, un cambio de comportamiento.

Lego, la marca de juguetes infantiles hizo suyo el lema de que si no puedes destruir a tu enemigo, alinéate con él, a partir de la disminución en sus ventas. Decidió recurrir a su principal enemigo, la televisión, como forma de relanzar su marca, anclada en la imagen del juguete tradicional de construcción, emitiendo dos programas de televisión, así como la campaña televisiva dirigida a los padres, promocionando el aspecto creativo y educativo de su gama de productos, que se ha diversificado hacia el juego tecnológico.

Según el elemento de la actitud al que afecte

- *Elemento cognitivo*

Las actitudes del individuo frente a ciertos productos y servicios se pueden modificar si se le proporciona una nueva información ampliando la que ya se tenía o contradiciéndola.

Un ejemplo puede ser las campañas lanzadas de forma genérica para resaltar las cualidades nutritivas de los helados, o la publicidad de los restaurantes de comida china que informan que no han comprado ninguno de los alimentos en cierto establecimiento de dudosa reputación.

- *Elemento afectivo*

Las actitudes pueden ser modificadas apelando al elemento afectivo mediante el lanzamiento de mensajes con una mayor carga emocional que la actual.

Este es el caso de los anuncios de la Dirección General de Tráfico. Hasta 1992 en sus campañas empleaban símbolos para mostrar las consecuencias de los accidentes de tráfico; para aumentar su efectividad, se empezaron a mostrar las consecuencias de cometer imprudencias al volante del automóvil, de forma directa, realista y dramática, mostrando el momento de producirse el accidente y sus secuelas físicas, sociales y familiares. Sin embargo, para que siguiese siendo efectiva unos años después, había que endurecer más las ya crudas imágenes, así que se optó por un tratamiento creativo basado en símbolos y referentes a la palabra *vive* y al gesto manual de la victoria .

Algunas marcas, como en el caso de Shell, que fue acusada por medios ecologistas de dañar el medio ambiente, tratan de cambiar su imagen anunciando sus inversiones en progreso para el futuro.

Otra estrategia es vincular la marca con un personaje que es aceptado positivamente por el público.

Como conclusión a las técnicas de modificación de las actitudes, se pueden hacer una serie de comentarios:

- 1.- Las actitudes que corresponden a un nivel de implicación elevada resisten mejor que con menor implicación.
- 2.- Las actitudes débiles que se apoyan sobre creencias inciertas evolucionan más fácilmente que las firmemente arraigadas sobre convicciones.
- 3.- Parece más fácil modificar las creencias del público que sus evaluaciones de las consecuencias de ciertos actos.
- 4.- El componente cognitivo es más fácil de cambiar que el afectivo.
- 5.- Las actitudes son más fáciles de modificar cuando son conflictivas.

III. ACTIVIDAD PREVIA

Lectura Syllabus correspondiente a la sesión

IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN

Clases expositivas a cargo de docente, Dinámicas Grupales, Juegos de Percepción y Atención, y discusión plenaria.

V. LECTURA POST -SESIÓN

Myers

SESIÓN 4

- I. OBJETIVOS
Comprender las Teorías de las Atribuciones y su relación con la Noción de Prejuicio.

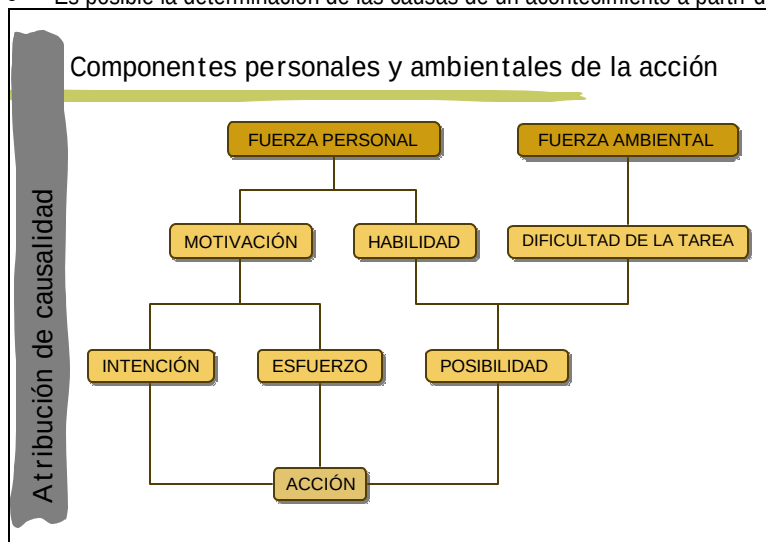
II. TEMAS

a. **Teoría de las Atribuciones**

La Atribución es un proceso a partir del cuál llegamos a unir una serie de acontecimientos a sus causas

Principios básicos:

- Existe en las personas una motivación a buscar explicaciones de la conducta propia y de los demás como una forma de intentar predecir y controlar los acontecimientos futuros.
- Estas explicaciones, normalmente, serán de dos tipos, internas y/o externas.
- Es posible la determinación de las causas de un acontecimiento a partir de la observación de la conducta.



Muñoz, J. (2002): Teoría de las Atribuciones. Material para la cátedra de Psicología Social Barcelona: UAB

Una atribución es un proceso por el cual un individuo atribuye su comportamiento o el de alguna persona a causas internas o a causas externas (Martín & Brings, 1986). Estas atribuciones de causalidad son percepciones frías o cognitivas sobre la forma en que funcionan las cosas (Heiner1958). Weiner desarrolla una teoría al respecto, la cual trata sobre los distintos modos de explicar el comportamiento social, sus atribuciones causales y aquellas explicaciones que se basan en el sentido común.

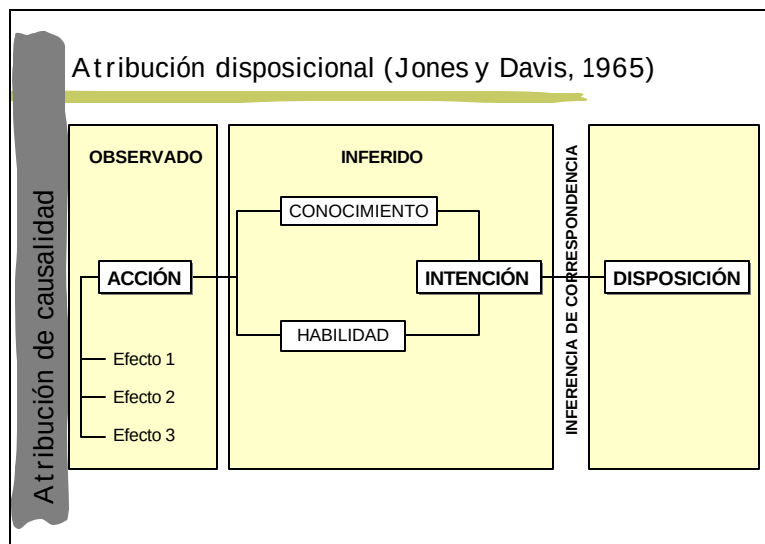
El modelo tiene su origen en el trabajo de Heider 1958, en el que propone que la conducta social de las personas queda afectada por las relaciones de causalidad que éstas realicen. Las personas intentan explicarse el por qué de los sucesos buscando una causa de las conductas propias o ajenas. Esta interpretación juega un papel importante en la relación con ciertas componentes del proceso educativo. Una atribución es interna si depende de la persona en si misma y es externa sino depende de ésta. Este aspecto ha sido introducido por Rotter(1976), el cual se refiere al origen del poder de la acción. Otros autores han añadido otras dos dimensiones, entre las causas internas y externas unas pueden cambiar mientras otras son relativamente estables. Este modelo ha sido enriquecido con la posibilidad de control. En el libro, "el origen del poder de la acción, la estabilidad y la posibilidad de control", Weiner en 1986 expresa que aunque la memoria tiene un número infinito de atribuciones causales, en la situaciones relacionadas con logros, las causas se reducen de forma significativa, destacándose la capacidad y el esfuerzo. Esta observación refleja una reticencia a la simplicidad en el pensamiento causal lo que hizo pensar a Heider en una posible estructura de causalidad percibida.

Tabla de las atribuciones causales de Weiner, citado por Gomez-Chacón ,1997 y Lafortune 1996.

		ORIGEN DEL PODER DE LA ACCION			
		Interna		Externa	
		ESTABILIDAD			
			Estable	Inestable	
POSIBILIDAD DE CONTROL	Incontrolable	Aptitud	Me puse enfermo el día del examen	Dificultad de la tarea	Suerte
	Controlable	Esfuerzo: nunca estudio	Esfuerzo inmediato: no he estudiado para esta prueba.	El profesor me tiene manía	Los amigos no me han ayudado

Las principales Teorías de Atribuciones son

- **Heider: de análisis ingenuo de la acción**
 - o Las personas someten los acontecimientos a un análisis psicológico para comprender sus causas.
 - o Se prefieren las atribuciones disposicionales a las situacionales.
 - o Importancia de la conducta intencional. Las disposiciones se infieren más fácilmente a partir de la conducta intencional.
 - o Relación hidráulica entre atribuciones personales y situacionales.
- **Jones y Davis: de inferencia de correspondencia**



		Inferencia de correspondencia	
		DESEABILIDAD DE LA CONDUCTA	
Atribución de causalidad	Efectos no comunes	ALTA	BAJA
	BAJO	Hay muchas razones para esta elección y es esperada, por lo tanto no podemos hacer una inferencia entre la acción y las disposiciones de la persona.	Hay muchas razones para esta elección, por lo que no podemos hacer una inferencia de correspondencia, sin embargo llama la atención que se haya realizado dado que no es una conducta esperada.
Atribución de causalidad	ALTO	Está claro que es una conducta intencional, puesto que los efectos son pocos, pero no podemos realizar una inferencia disposicional puesto que la conducta no es informativa debido a que es la conducta esperada	Los efectos son pocos, por lo tanto es intencional. Además es inesperada, por lo que podemos asumir que la conducta se corresponde con las disposiciones de la persona: hacemos una inferencia de correspondencia.

Muñoz, J. (2002): *Teoría de las Atribuciones. Material para la cátedra de Psicología Social Barcelona: UAB*

- **Kelley: Covarianza y configuración**

		Covarianza y configuración (Kelley)	
		DIMENSIÓN	INFORMACIÓN
Atribución de causalidad	Personas	Consenso	¿Tienen otras personas la misma reacción, o sólo se da en esta persona concreta?
	Circunstancia	Consistencia	¿Se produce siempre este efecto o se produce en la misma forma?
	Estímulo	Distintividad	¿Se produce el efecto ante diversos estímulos o sólo ante este estímulo determinado?

Atribución de causalidad

Covarianza y configuración

¿Por qué se ha dormido en mi clase ese estudiante?

Consenso

Bajo. Ningún otro estudiante se duerme en mi clase

Alto: En mis clases se duermen muchos estudiantes

Bajo. Ningún otro estudiante se duerme en mi clase

Consistencia

Alta. Se ha dormido en otras clases más

Alta. Se ha dormido en otras clases más

Bajo. No se ha dormido en otras clases más

Distintividad

Baja. Se duerme también en las clases de otros profesores

Alta. No se duerme en las clases de otros profesores

Alta. No se duerme en las clases de otros profesores

Atribución

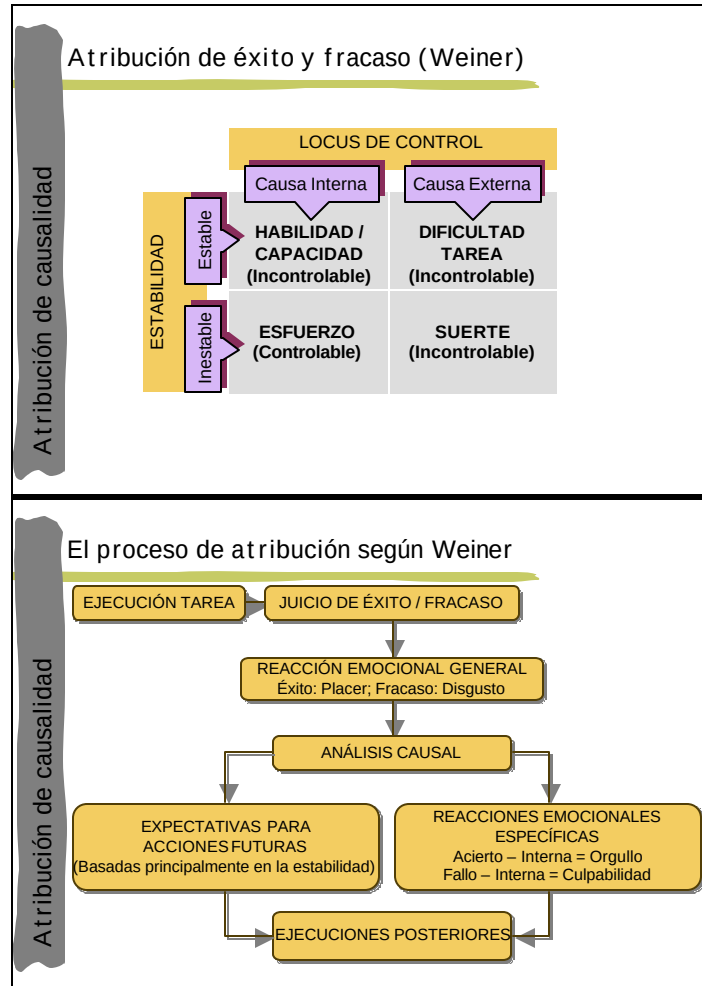
Interna: El estudiante es un perezoso

Estímulo: Soy un profesor aburrido

Situación: Anoche no pudo dormir bien.

Muñoz, J. (2002): *Teoría de las Atribuciones. Material para la cátedra de Psicología Social Barcelona: UAB*

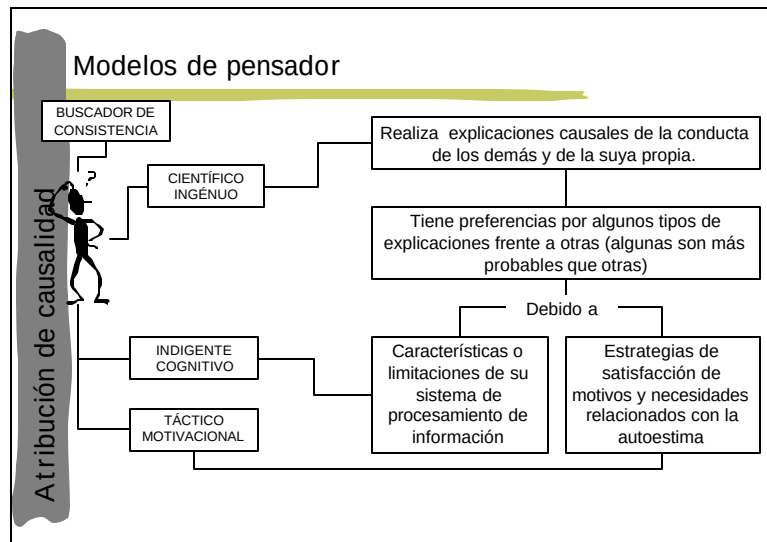
- **Weiner: Atribuciones de éxito y fracaso**



Muñoz, J. (2002): Teoría de las Atribuciones. Material para la cátedra de Psicología Social Barcelona: UAB

Sesgos

- Preferencias por una determinada conclusión o inferencia sobre otras posibles conclusiones alternativas.
- No son errores
- Reciben explicaciones de tipo cognitivo o de tipo motivacional



Muñoz, J. (2002): Teoría de las Atribuciones. Material para la cátedra de Psicología Social Barcelona: UAB

Sesgos Cognitivos

Error Fundamental de Atribución

Tendencia a subestimar la influencia de la situación y a sobreestimar la influencia disposicional como causa de la conducta ajena

Actor-Observador

Tendencia por parte de los actores de la conducta a atribuir sus acciones a factores situacionales mientras que los observadores tienden a atribuir esas mismas acciones a disposiciones personales

Sesgos Motivacionales

Autofavorecimiento

Tendencia a realizar atribuciones internas para las conductas propias positivas y externas para las negativas

Falso Consenso

Tendencia a considerar que nuestras acciones son relativamente comunes

Falsa Originalidad

Tendencia a subestimar el carácter común de nuestras capacidades y sobreestimar el de nuestras conductas exitosas

Creencia en un mundo justo

Tendencia a ver el mundo como un lugar en el que las personas reciben lo que se merecen

Atribución defensiva

Tendencia a realizar atribuciones disposicionales a las personas que sufren algún tipo de daño

Sesgos Sociales

Pauta sistemática de atribuciones incorrectas entre grupos, debidas en gran parte al prejuicio. Según esto, una forma de mantener la visión negativa estereotipada del out-group, será mediante la realización de atribuciones internas para los actos negativos de miembros del out-group, mientras que para los actos positivos se realizarán atribuciones de tipo externo

f. Prejuicios

Muñoz, A. (s/f): "Los Prejuicios: qué son y cómo se forman". www.cepyi.com

Cuál es el proceso que lleva a una persona a despreciar o maltratar a otras por ser diferentes?

1. Categorización. Todos los seres humanos tendemos a categorizar el mundo que nos rodea para poder manejarlo y entenderlo mejor. Por ejemplo, si entramos en un centro comercial y necesitamos información sobre un producto, buscamos una persona que encaje dentro de la categoría de dependiente y la encontramos fácilmente consiguiendo así, de forma rápida, aquello que deseábamos.

El problema es que la clasificación social hace que se exageren las diferencias entre grupos y que los veamos como muy homogéneos, de manera que todos sus miembros nos parecen iguales. Por ejemplo, ¿qué imagen viene a tu mente cuando piensas en un contable, un abogado o un albañil?

2. Estereotipos. Esta tendencia a establecer categorías y a agrupar a las personas dentro de ellas es lo que da lugar a los estereotipos, que van más allá de la mera categorización e incluyen rasgos de personalidad, emociones, aficiones, gustos, etc. que se cree que comparten los miembros de un grupo. Así, alguien puede pensar que un contable es aburrido y que no le gustará ir de escalada.

La información que contienen los estereotipos es la siguiente:

- Información acertada pero exagerada. Por ejemplo, los hombres son, efectivamente, más agresivos que las mujeres, pero estas diferencias son bastante pequeñas, aunque tiendan a verse como mayores y sólo se dan en la agresividad física, no habiendo diferencia en la verbal.

- Información errónea. Los estereotipos sobre homosexuales, por ejemplo, definen a los hombres como afeminados y a las mujeres como masculinas y consideran que los gays se sienten más atraídos por niños. La realidad es que hombres afeminados y mujeres masculinas se dan por igual tanto entre homosexuales como entre heterosexuales y que el acoso de homosexuales a niños es menos frecuente que entre heterosexuales.

¿Cómo se forman los estereotipos?

1. Experiencia personal. ¿Cómo puede la propia experiencia llevar a desarrollar creencias erróneas?

a) Correlación ilusoria.

Este verano caminaba por una calle céntrica cuando me encontré con una mujer de unos sesenta años. Llevaba un vestido estampado, de colores llamativos y con muchos volantes, un sombrero de flores, un paraguas multicolor abierto bajo un sol radiante y un puro humeando en la comisura de sus labios. Si la recuerdo a ella, entre toda la gente que se movía por las calles esa mañana, es debido a que lo inusual, inesperado o sobresaliente llama nuestra atención de forma especial. Supongamos ahora que sabemos que esa mujer procede de un lugar lejano llamado Z (o Zetania) y que es la única persona que conocemos procedente de ese lugar. Entonces nos llamará la atención por dos motivos: su aspecto inusual y su lugar de origen. Cuando dos características

distintivas se dan juntas, tienden a asociarse, de modo que tendremos tendencia a percibir a los habitantes de "Zetania" como algo extravagantes. Del mismo modo, si observamos algunos inmigrantes de raza negra cometer actos delictivos, prestaremos más atención a esta información y podremos concluir que la delincuencia es mayor entre los inmigrantes negros. Mientras que prestaremos menos atención a otra información que contradiga esta idea pero que no sea tan llamativa como un hecho delictivo.

b) Los roles sociales.

La mayoría de la gente se forma una impresión de los demás al observar su comportamiento y su ocupación. A veces esa ocupación está asignada por la sociedad. Por ejemplo, en la Edad Media, los judíos apenas podían dedicarse a otra cosa que no fuese la manipulación del dinero. Esto hizo que fuesen vistos como personas cuyas características de personalidad eran ideales para esta tarea.

Igualmente, durante mucho tiempo, la sociedad ha empujado a las mujeres al cuidado de otras personas o del hogar o a posiciones subordinadas. Esto hizo que fuesen percibidas como maternas, sensibles a las necesidades y sumisas, cualidades requeridas por el rol de ama de casa o subordinada. Así, si muchas mujeres actúan según el rol tradicional de madre sin trabajo remunerado, serán vistas según la imagen tradicional (sensibilidad, calidez, suavidad, sumisión). Esta visión podría perjudicar a una ejecutiva que trata de abrirse camino en una empresa competitiva, creándole ansiedad o conflicto ante la idea de la maternidad, pues incluso ella misma podría empezar a verse de un modo que no encaja con su identidad de ejecutiva.

c) El miedo a lo desconocido.

Cuando las personas salen de su grupo, entran en una zona desconocida formada por grupos que desconocen. Esto puede hacer que sientan incertidumbre, preocupación e incluso desagrado. No saber qué hacer, qué decir o cómo reaccionará la otra persona a menudo genera torpeza y frustración. A su vez, estas emociones pueden influir en la formación de estereotipos. De hecho, muchas veces el estereotipo refleja la emoción que siente el grupo prejuicioso. Por ejemplo, quien siente repulsión puede ver al grupo como desagradable; quien siente miedo puede verlo como hostil. Así, si una persona siente varias veces miedo, disgusto u odio en varios encuentros con miembros de un grupo, verá a todos sus miembros como desagradables, detestables y amenazadores.

Si además dos grupos se amenazan mutuamente, compiten por los mismos recursos o consideran que el otro grupo viola sus valores, las emociones negativas serán mucho más intensas, pudiendo llegar a un odio extremo.

2. Aprendizaje.

Muchas veces, los estereotipos se aprenden sin ningún contacto con miembros del grupo estereotipado. En un estudio realizado en Estados Unidos se vio que a los cinco años la mayoría de los niños ya tienen actitudes racistas que han

aprendido de sus padres, profesores, compañeros, medios de comunicación, etc. No es necesario que los padres enseñen a odiar de forma directa; a menudo basta con comentarios peyorativos o bromas desagradables sobre un determinado colectivo que provocan risas de complicidad y aprobación, como los chistes sobre negros o homosexuales.

¿Cuál es la función de los estereotipos? ¿Por qué se mantienen?

1. Aumentar la autoestima. Una de sus funciones es hacer que las personas se sientan bien al compararse con un grupo al que consideran inferior o menos competente. Tendemos a pensar que nuestro grupo es único y sobreestimamos sus cualidades positivas (somos los más inteligentes, los más limpios, los más honestos, etc.), mientras que las características negativas las compartimos con los demás y las vemos como algo que todo el mundo tiene o hace (si robamos y pensamos que todo el mundo roba, nos parece que somos menos ladrones).
2. La discriminación puede beneficiar al grupo que discrimina. Por ejemplo, impedir a las mujeres el acceso a un trabajo remunerado deja libres para los hombres más puestos de trabajo y les da el poder de ser quienes ganan el dinero.
3. Prestamos más atención a aquello que corrobora nuestros puntos de vista. Cuanto más intensamente mantengamos un estereotipo, más tendremos a fijarnos y a recordar la información que lo apoya, la cual, a su vez, los hace más fuertes. Por ejemplo, la persona que piensa que los gays son afeminados, tenderá a fijarse sólo en aquellos cuyo aspecto avale su teoría mientras que no prestará atención al resto.
4. Desechamos o racionalizamos la información que es contradictoria con nuestros puntos de vista. Las personas que

piensan que los musulmanes son agresivos considerarán que el atentado en EEUU corrobora su punto de vista. Si ven a musulmanes que no se muestran agresivos, los considerarán excepciones o los categorizarán dentro de un subgrupo aparte no agresivo (por ejemplo, empresarios musulmanes), o bien pensarán que están fingiendo y no se están mostrando como realmente son. De este modo pueden mantener sus prejuicios incluso ante la evidencia que los contradiga.

5. La hipótesis del mundo justo: cada uno tiene lo que se merece. Mucha gente piensa que si un país está sumido en la pobreza es porque sus habitantes son unos vagos indolentes. Este tipo de pensamiento permite que persista la discriminación institucionalizada. Por ejemplo, podría tolerarse el maltrato policial a los inmigrantes si se piensa: "si la policía los trata así será porque son unos delincuentes agresivos que se lo merecen". La persona que cree esto puede quedarse tranquila sintiendo que vive en un mundo justo donde las malas personas obtienen cosas malas y las buenas personas obtienen cosas buenas.

6. La profecía autorrealizada. La gente no sólo selecciona la conducta que está de acuerdo con el estereotipo, sino que también puede provocarla. El profesor de autoescuela que piensa que las mujeres son malas conductoras podría comportarse con ellas de un modo que mermara su rendimiento. Por ejemplo, ante un fallo, podría hacer un gesto de desaprobación si se trata de una mujer (o decirle "tú tendrás problemas conduciendo") pero restarle importancia si se trata de un hombre. Cuando regalamos una muñeca a una niña y un coche de bomberos a un niño, estaremos provocando en ellos respuestas que estén de acuerdo con el estereotipo y luego podremos pensar fácilmente que las niñas prefieren las muñecas y los niños los coches.

- III. ACTIVIDAD PREVIA
Lectura de Syllabus correspondiente a la sesión.
- IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN
Clases teóricas y ejercicios grupales.
- V. LECTURA POST -SESIÓN

SESIÓN 5

- I. OBJETIVOS
Introducir al alumno al estudio de los procesos grupales
Realizar una aplicación práctica de los conceptos estudiados

II. TEMAS

h. Teoría de Grupos

- i. Definición y Clasificación de los Grupos**
- ii. Estructura y Funciones de los Grupos.**
- iii. Etapas del Desarrollo de los Grupos.**
- iv. Dinámica e Interacciones de los Grupos.**
- v. Liderazgo**

La vida del hombre se desarrolla continuamente en relación a otros. De hecho gran parte de las tareas que nos toca llevar a cabo las realizamos junto a otras personas. Por ello a la hora de trabajar, querámoslo o no, siempre nos vamos a encontrar de algún modo ligados a otros, a un grupo. Lo mismo, a la hora de desarrollar algún tipo de intervención el grupo es un instrumento relevante: las personas viven en sus vidas cotidianas siempre en interacción, conformando continuamente grupos.

Existen distintos tipos de grupo: familia, trabajo, el grupo-clase (el grupo que pasa tiempo junto en el aula de clases), vecinos de barrio, enfermos de una misma sección hospitalaria, trabajadores de una empresa, etc..

Definición de Grupo y Clasificación de los Grupos

¿Qué es un grupo?

“Dos o más individuos interactuantes e interdependientes que se reúnen para alcanzar objetivos particulares” (Robbins, 1997)

Un grupo está formado por dos o más personas, las cuales

- comparten ciertos contenidos que constituyen la cultura del grupo (valores, normas, prejuicios, sistemas de comunicación, etc.)
- interaccionan entre sí sea de forma directa o a través de intermediarios
- trabajan haciendo avanzar al grupo hacia el logro de un objetivo conocido y aceptado por todos,
- tienen una permanencia temporal medible al menos en función del logro del objetivo (la vida del grupo estaría estrechamente relacionada con el logro de objetivos).

El concepto de unidad “es muy importante para entender al grupo (...) Al integrarse en torno al logro del objetivo y poner en marcha una actividad, con las consiguientes interacciones entre sus miembros, el propio grupo establece un dinamismo de unidad y cohesión, y genera una personalidad grupal propia” (Núñez y Loscertales, 1997; p. 20)

Existen tres condiciones “necesarias y suficientes” para considerar a un colectivo humano como grupo:

1. que los componentes de ese colectivo se definan como miembros del grupo,
2. que compartan las creencias grupales, y
3. que exista algún grado de actividad coordinada.

La más fundamental es la segunda: si los individuos no comparten esa creencia, entonces no se consideran miembros del grupo y, por tanto no podrán desplegar ninguna actividad coordinada.

La actividad vital de grupo, aquella que le da coherencia, permitiendo su homogeneidad, está orientada al logro de un objetivo. Las actividades estructuradas sobre situaciones-modelo denominadas Técnicas de Grupo reproducen esta estructura que da coherencia y unidad.

Clasificaciones de los Grupos

1. Según Grado de Formalidad
 - a) G. Formal: designado y definido por una estructura superior, por ejemplo un grupo de trabajo en una organización.
 - b) G. Informal: no está estructurado formalmente ni determinado, apareciendo como respuesta a la necesidad de contacto social
2. Según Función
 - a) G. de interés: aquellos que trabajan juntos para alcanzar un objetivo específico en el que todos tienen interés.
 - b) de Amistad: se reúnen porque comparten una o más características comunes.

Estructura y Funciones de los Grupos.

Elementos más relevantes de la Estructura

a) Roles

Conjunto de patrones de comportamiento esperados atribuidos a alguien que ocupa una determinada posición en una unidad social

- Identificación con el rol: desarrollo de actitudes y comportamientos consistentes con un papel
- Percepción del rol: visión de un individuo respecto a cómo se supone desarrollo un rol o papel.
- Expectativas: manera como otras personas creen que uno debería actuar en una situación determinada.
- Conflicto de roles: un individuo se ve confrontado por expectativas divergentes de roles.

b) Normas

Estándares aceptados de comportamiento dentro de un grupo que se comparten por los miembros de un grupo

c) Tamaño

d) Composición Demográfica del Grupo

Funciones de los Grupos

1. Seguridad: los individuos reducirían la inseguridad de estar aislados, la gente se siente más fuerte y puede resistir mejor a las amenazas.
2. Estatus: incluirse en un grupo considerado como importante por otras personas proporciona reconocimiento y estatus
3. Autoestima: La membresía puede brindar un sentimiento mayor de valía personal.
4. Afiliación: El grupo satisface necesidades sociales a través de la interacción.
5. Poder: Poder en la acción grupal.
6. Logro de Metas.

Etapas del Desarrollo Grupal.

Modelo de las 5 etapas de Tuckman (1965 y 1977)

0. Preestapa

1. Formación

Gran incertidumbre respecto del propósito, estructura y liderazgo del grupo. Los miembros analizan qué comportamientos son aceptables. Termina cuando los miembros se asumen como parte del grupo.

2. Tormenta

Conflictos intragrupal. Aceptan la existencia del grupo, pero resisten las restricciones que éste impone a las individualidades y hay conflicto respecto a quién controlará el grupo. Concluye cuando hay una jerarquía de liderazgo relativamente claro.

3. Normalización

Se solidifica la estructura del grupo, se ha asimilado un conjunto común de expectativas; hay relaciones y cohesión estrechas.

4. Desempeño

La estructura es plenamente funcional y aceptada.

5. Disolución o Dispersión

Para grupos permanentes el desempeño es la última etapa, sin embargo en grupos temporales existe esta etapa en que el grupo se prepara para su desbandada, la atención se dirige al término de actividades pendientes.

Bases del Modelo de Equilibrio Interrumpido desarrollado por Gersick (1988) y Romanelli y Tushman (1994)

1. La primera reunión establece la dirección del grupo
2. La primera fase de actividad del grupo es de inercia: el grupo tiende a detenerse o se cierra en un curso fijo de acción.
3. Tiene lugar una transición al final de la primera fase (mitad del tiempo que se le ha asignado al grupo)
4. La transición inicia cambios mayores
5. Una segunda fase de inercia sigue a la transición: pone en ejecución los planes creados en la transición.
6. La última reunión del grupo es de actividad acelerada.

Cohesión de Grupo

¿La cohesión de grupo afecta los resultados?

Sí, la cohesión personal entre los miembros de grupo afecta positivamente a sus resultados potenciándolos. Esto es así sólo cuando orientan esa cohesión según los propósitos y metas de desempeño de grupo.

Si un grupo gasta más tiempo inicialmente en las relaciones interpersonales ellos podrán crecer como un grupo muy eficiente. Si hablan sobre cada uno, discuten sus metas personales; ellos serán un grupo cohesionado orientados a la tarea y productivos.

Esto lleva a un desarrollo cooperativo con orientación a la tarea para resolver problemas, reduciendo los conflictos, estrés, y estableciendo una comunicación positiva entre ellos.

Que un grupo tenga cohesión no significa por sí sólo que es o será productivo. Que esté cohesionado significa que los miembros tienen más influencia unos en otros, por lo tanto dependerá si ellos deciden o no usar esta influencia para mejorar la productividad y ser más efectivos.

Liderazgo

Se define liderazgo como la capacidad de influir en un grupo con el objeto de que alcance metas.

Si bien a lo largo de la historia han existido teorías divergentes acerca qué es lo que hace de alguien un buen líder, existe cierto acuerdo en la literatura más actual que rescataremos.

El líder, la situación y su conducta.

Los estudios respecto a la conducta de los líderes han diferenciado entre dos tipos de conductas:

- la orientada a las personas, que concede gran importancia a las relaciones interpersonales, y
- la orientada a las tareas, que enfatiza los aspectos técnicos del trabajo.

Sin embargo ninguno de estos estilos directivos aseguran por sí mismos la eficacia del grupo.

Paul Hersey y Ken Blanchard formularon un modelo denominado Teoría del Liderazgo Situacional, esta indica que el tipo de conducta que debe asumir el líder dependerá de la disposición de los liderados o

seguidores. Cabe señalar que al subrayar la importancia de la disposición de los seguidores, estos autores indican que son los seguidores los que hacen a una persona ser un líder aceptándolo como tal o no. Hersey y Blanchar conceptúan como "Madurez" a la capacidad y voluntad de las personas para asumir la responsabilidad de guiar su conducta para realizar una tarea encomendada por el líder, diferenciando distintos grados.

Los *grados de madurez* son los siguientes:

M1: Las personas no quieren o no pueden asumir la responsabilidad para hacer algo. No son competentes, ni tienen confianza. Requieren instrucción clara.

M2: Las personas no pueden y si quieren realizar las actividades laborales. están motivadas pero carecen de las habilidades apropiadas. Requiere una condición muy orientada a las actividades y a las relaciones.

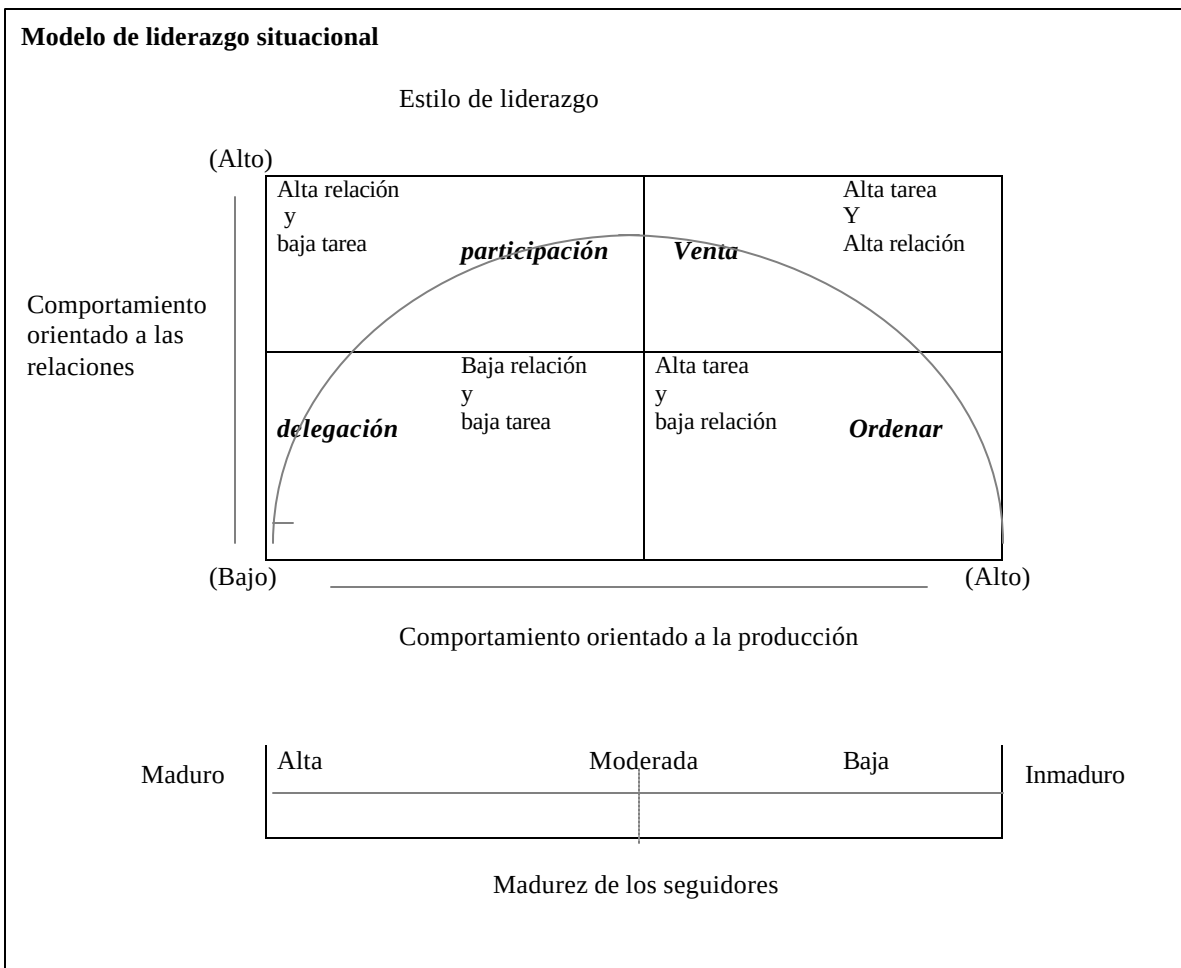
M3: Las personas pueden pero no quieren hacer lo que quiere el líder. Requiere apoyo no directivo y participativo.

M4: Las personas pueden y quieren hacer lo que se les pide. Aquí el líder tiene poco trabajo.

Es el grado de madurez que tiene un grupo para enfrentar una tarea el que determina el estilo de liderazgo que debe ser asumido. Los estilos son los siguientes:

- Ordenar: Alto grado de actividades y bajo grado de relaciones. Líder directivo
- Persuadir: Alto grado de actividades y alto grado de relaciones. Líder directivo y apoyo.
- Participar: Bajo grado de actividades y alto grado de relaciones. Líder toma decisión en conjunto, facilita y comunica.
- Delegar: Bajo grado de actividades y bajo grado de relaciones. Líder con poca dirección y apoyo.

A continuación se presenta un diagrama que indica los niveles de madures y el tipo de conducta que debe asumir el líder.



El líder y la satisfacción de los seguidores.

Otra teoría relevante es la de Robert House, conocida como la Teoría Trayectoria-Meta. Este modelo plantea que el comportamiento del líder es aceptado por sus subordinados o seguidores en la medida en que ellos lo sientan y visualicen como fuente de satisfacción personal inmediata o futura.

Por lo tanto el líder debe ser capaz de ayudar a sus seguidores a alcanzar sus metas y debe además proporcionar la ayuda y apoyo necesarios para que esas metas sean coherentes con las metas grupales.

¿Cómo puede ser motivacional el comportamiento de un líder?

- Relacionando las metas personales con las del grupo, equipo y/o organización.
- Vinculando la satisfacción de las necesidades del subordinado con su desempeño
- Proporcionando capacitación, dirección, apoyo y recompensas para un desempeño eficaz.

A continuación se presenta un diagrama de la teoría:

Factores de contingencia del entorno

- Estructura de la actividad

	• Sistema formal de autoridad • grupo de trabajo	
Conducta del líder • Dirección • Apoyo • Participación • Orientada a la realización de la tarea		Resultados • Rendimiento • Satisfacción
	Factores de contingencia de los subordinados • Punto de control • Experiencia • Capacidad percibida	

La idea es que el líder debe observar los factores de contingencia del entorno y de los subordinados, para compensar lo que falta con su conducta, la que puede ser de cuatro tipos:

- Directiva: hace saber a sus subordinados claramente lo que se espera de ellos, programa el trabajo a realizar y da instrucciones específicas acerca de las tareas que se ha de realizar.
- Apoyadora: Amigable, demuestra preocupación por las necesidades de sus subordinados.
- Participativa: consulta con sus subordinados y utiliza sus sugerencias antes de tomar una decisión.
- Orientada a la realización: fija metas desafiantes y espera que los subordinados se desempeñen a su más alto nivel.

Una conducta atenta a la situación de la tarea y de los liderados es fundamental para una conducción eficaz de un grupo.

El líder y el autodesarrollo de grupo

Tal como vemos un buen liderazgo guía y motiva a sus seguidores hacia la consecución de metas establecidas, aclarando los requerimientos de los papeles que cada uno desempeña y de las tareas a realizar. Sin embargo un líder de un equipo generativo y autotransformador debe ser capaz de otro tipo de conductas que inspiren a los seguidores a trascender sus intereses personales en los intereses de la organización, proyectando un efecto profundo en sus seguidores. Estos líderes son los llamados líderes transformacionales.

Un líder transformacional se caracteriza por difundir sobre sus seguidores:

- Carisma, proporcionando visión y sentido de misión, originando orgullo y obteniendo respeto y confianza.
- Inspiración. Comunica altas expectativas, utiliza símbolos para enfocar los esfuerzos, expresa los propósitos importantes de manera sencilla.
- Estímulo intelectual. Promueve inquietud intelectual, racionalidad y solución cuidadosa de problemas.
- Consideración personal. Da atención personal, trata a cada seguidor de manera individual, capacita y aconseja.

De lo anterior se pueden generar algunas condiciones básicas que debe cumplir un líder de equipo:

1. Poner atención en la estructura de la tarea y en la madurez de los seguidores respecto a ella

2. Motivar a los seguidores vinculando desempeño hacia la tarea con metas y deseos personales, dando apoyo para un buen desempeño.
3. Inspirar a los seguidores hacia un autodesarrollo de equipo.

III. ACTIVIDAD PREVIA
Lectura del Syllabus correspondiente a la sesión.

IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN
Trabajos prácticos y análisis grupal

V. LECTURA POST -SESIÓN

SESIÓN 6

I. OBJETIVOS

- Discutir los fundamentos de la teoría cognitivista en particular de la noción de cognición social
- Profundizar en la noción de Identidad Psicosocial trayendo a la mano no sólo la teoría psicosocial dominante, sino que también las discusiones que en torno a esto se han dado.

II. TEMAS

h. La Cognición Social y el Sujeto de la Psicología Social Cognitivista

El modelo de Cognición Social, a pesar de que es hace relativamente poco tiempo (unos veinte años) que lleva esta etiqueta, ha predominado en psicología social, señalando que el objeto de ésta es la cognición individual como responsable de los procesos sociales.

El texto que se presenta a continuación sintetiza correctamente los principios de este modelo.

Tomado de **Ana María Pérez Rubio: La Psicología Social Cognitiva: La Cognición Social Y La Teoría De Las Representaciones Sociales** Universidad Nacional del Nordeste. Argentina (en http://www.psycologia.com/articulos/ar-perez_rubio01.htm)

El desarrollo de los últimos años, en el interior de la psicología social, ha dado origen a una corriente que aparece como un intento de superación del modelo conductista y el enfoque positivista de la ciencia: la psicología social cognitiva, que plantea, una concepción más clásica de los fenómenos psíquicos, centrada en los géneros cognitivos y lingüísticos. Los fundamentos de este enfoque son el subjetivismo en los años 30 y 40, los efectos de la motivación en la percepción, y los trabajos sobre percepción de personas.

Constituye, en verdad, un redescubrimiento del espíritu social, modificándose el centro de interés que vuelve del estudio del comportamiento al estudio de la conciencia, del estudio de lo externo a las experiencias mentales; el hombre ya no es más, para esta concepción, una "caja negra" vacía que sólo da respuestas, sino que aparece como un ser pensante, procesador de las informaciones que provienen del exterior. Desde este enfoque se da importancia a las imágenes mentales, al razonamiento y a la memoria activa: centrando el interés en el por qué y el cómo del comportamiento, a la vez que se intenta comprender la relación entre el exterior y los comportamientos. (Moscovici, 1981). La psicología cognitiva pretende mostrar que la conducta del individuo no está regulada directamente desde el exterior por el medio físico o el medio social, sino que los estímulos externos están mediatizados por la manera como el individuo organiza e interpreta los elementos de ese mundo externo. La complejidad e inestabilidad de los comportamientos y de las situaciones que caracterizan nuestro entorno social, hacen que el sujeto busque regularidades, aspectos invariantes, previsiones acerca del comportamiento de los otros, en un intento de ordenar, organizar y estabilizar ese entorno.

(...)

La psicología social con enfoque psicológico e individual: la cognición social

El análisis de los contenidos temáticos en los años recientes de la psicología social de EEUU muestra un desarrollo hacia una psicología de los funcionamientos cognitivos generales que explican los comportamientos sociales. Uno de los temas esenciales de las décadas de los 60 y 70 ha sido la atribución y percepción social, es decir, los procesos cognitivos de construcción de impresiones y de las relaciones de causalidad. En tanto que la década de los ochenta es, la de la cognición social - generalización de los dos campos antes mencionados hacia el conocimiento del procesamiento de la información social -.

En los últimos tiempos, se ha centrado el interés en la investigación de las estructuras y procesos mediante los cuales los sujetos conocen el mundo social. Por cognición social se entiende el conocimiento de cualquier "objeto humano", bien sea individuo, sí mismo, grupos, roles o instituciones. A partir del estudio de la percepción social, de la atribución de causalidad y de la inferencia social, desarrolladas en la década de los cincuenta y sesenta, se dio un fuerte impulso al estudio de la cognición social, área que engloba diferentes corrientes teóricas y que analiza cómo los sujetos extraen y procesan información de su medio social, estudiando procesos cognitivos tales como la atención, percepción, codificación, almacenamiento y recuperación, así como las estructuras de la representación y la memoria.

Retomando sobre todo las tradiciones constructivistas, el concepto de esquema y algunos otros constructos similares van a centrarse en el procesamiento activo que el sujeto realiza de la información social. Esta psicología social cognitivista también va a caracterizarse por el rechazo de las explicaciones motivacionales y afectivas, y por poner al "pensamiento en

timón de mando". En un intento de simplificación, se podría decir que el programa científico de este movimiento cognitivista se fundamenta en las siguientes premisas:

1. El hombre es considerado elementalmente como un científico, o metafóricamente, como un procesador de información, falible, y limitado
2. Se basa en los modelos simples de procesamiento de la información, así como en algunos modelos de organización del conocimiento
3. Metodológicamente, la cognición social utiliza masivamente técnicas de laboratorio inspiradas en la psicología cognitiva clásica, donde el enfrentamiento de los sujetos con cintas de video, fotos, historias escritas, constituye la variable independiente, mientras que los protocolos verbales de procesamiento de estímulos, medidas de atención visual, etc. constituyen las variables dependientes típicas.

La teoría de la cognición social se ocupa, esencialmente, del modo como funciona el universo cognitivo del hombre de la calle, atribuyendo las diferencias que se plantean con el pensamiento científico a "errores" en el proceso lógico de pensar. El hombre vulgar pretende explicar el mundo que lo rodea, caracterizar la conducta de los demás, hacer inferencias de su vida psicológica interior y oculta. Para ello elabora "teorías implícitas" que se fundan en el conocimiento del sentido común originado en situaciones de interacción en la vida cotidiana, en la observación del comportamiento del otro,

en los actos y situaciones más diversas. Luego, el sujeto se comporta con respecto a los demás y a su entorno atendiendo a los modelos explicativos que proponen estas "teorías implícitas".

Para la teoría de la cognición social, la realidad como fuente de conocimiento es neutra y la falta de objetividad de ese conocimiento al que se arriba y que opera como factor mediatizador de la conducta, depende de las formas "no lógicas" del pensar.

La investigación encarada por esta corriente es esencialmente de laboratorio y se interesa por analizar la lógica del proceso de pensamiento, privilegiando más los mecanismos de ese proceso que el contenido al que está referido.

El enfoque que se propone - aunque de psicología social - plantea una concepción esencialmente individual. La necesidad de poner "orden" en el entorno social, proviene de un modelo psicológico de adaptación del organismo a su medio, que permite preverlo y dominarlo. Atribuirle "errores" al modo como es procesada la información, proviene de compararlo con un modelo estrictamente cognitivo que describe un proceso intelectual muy general y supuestamente adaptado a la realidad. Lo social se reduce - en este modelo - a la existencia de relaciones interpersonales, que se explican por el funcionamiento psicológico de los individuos implicados en ellas. Tanto las relaciones sociales como toda la dinámica de la estructura social, son explicadas por las leyes de funcionamiento del universo cognitivo descubiertas por la psicología general.

Así, se puede plantear que la Cognición Social es "social" porque enfatiza el carácter interpersonal, intersubjetivo y reflexivo de la cognición, y es "cognitiva" porque pone acento en nivel cognitivo de análisis dentro de la psicología social.

La Identidad

A partir de esta noción de interacción social guiada cognitivamente que se definirá la idea de identidad en psicología social

La identidad social es el mecanismo por medio del cual adquirimos conciencia de nuestra condición social. La participación en la sociedad, y la intervención en los diversos procesos interactivos que configuran la vida social, hace que tengamos que plantearnos nuestra identidad - quiénes somos - en términos sociales.

Al igual que atribuimos significado a los objetos, personas y situaciones de la realidad circundante, hemos de conferir un significado al sí-mismo.

La identidad (Vander Zanden, 1989: 164) es el sentido que cada persona tiene de su lugar en el mundo y el significado que consigna a los demás dentro del contexto más amplio de la vida humana. Nos relacionamos con los demás en virtud no tanto de lo que realmente -objetivamente- somos, cuanto de lo que creemos ser y creemos acerca de los demás. Es decir, nos basamos, para mantener contacto con los demás, en nuestra propia identidad.

El concepto del sí-mismo está muy ligado al de identidad, hasta el punto de que algunos científicos sociales los emplean como sinónimos. De hecho, el concepto del sí-mismo tiene un origen mucho más antiguo que el de identidad. Tiene sus orígenes en la psicología de William James, quien lo definía como la suma de todo aquello que un individuo puede llamar propio. En cambio, el concepto de identidad empezó a cobrar relevancia en la década de 1960 con la divulgación de la obra de Erik Erikson (Vander Zanden, 1989). El sí-mismo es la conciencia que tiene el propio sujeto de él, pero en un marco de referencia socialmente determinado. Aspecto éste realmente importante, pues lo que viene a poner de relieve es que la conciencia de la propia identidad la toma el sujeto, no a título individual, en función de sus características personales, sino en relación al contexto social en el que vive y actúa. La conciencia de sí-mismo es uno de los requisitos que se le plantean al individuo para realizarse como persona.

Siguiendo a Sirlopú (2002) Una forma de abordar el **Sí Mismo** es basándose en 3 rutas:

- 1) experiencia reflexiva de la conciencia;
- 2) lazos interpersonales (La persona aprende quién y qué es de otras personas; además siempre tiene una identidad como miembro de algún grupo. Las relaciones personales cercanas son cruciales para el desarrollo del *self*. De aquí la importancia que se le ha dado); y
- 3) función ejecutiva (el *self* como algo que *hace*, incluso, parte de lo que hace es *autorregularse*)

Estos tres tipos de experiencias y actividades constituyen la entidad conocida como "self". Aún no se conoce cómo estos aspectos están interrelacionados.

Se suele cometer el error de homologar al *self* y al auto-concepto. El auto-concepto es la colección organizada de creencias y sentimientos de uno mismo o del *self*. Un punto en discordia está referido a la unidad del *self* o de muchos sí mismos.

Los elementos del autoconcepto forman los **esquemas del sí mismo o self (ESM)**. Los esquemas de sí mismo son las creencias respecto al yo que organizan y guían el procesamiento de información relevante para uno.

Los ESM nos proveen imágenes de nosotros mismos (talla, contextura, inteligencia, sociabilidad, etc.)

Los ESM influyen en la forma como percibimos, recordamos y evaluamos a los demás y a uno mismo.

Los ESM incluyen también esquemas acerca de lo que podemos llegar a ser: nuestros *posibles yo*.

Estos esquemas pueden incluir aquello que anhelamos ser (e.g. ser exitosos, cultos, etc.) sino también lo que tememos ser (e.g. ser desempleados, fracasados, etc.)

Efecto de auto-referencia (EAR)

Información vinculada con el *self* es procesada con mayor cuidado y recordada mejor que otra clase de información.

III. ACTIVIDAD PREVIA

Syllabus correspondiente a la sesión.

IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN

La sesión será de clases expositivas a cargo de docente y discusión plenaria.

V. LECTURA POST -SESIÓN

SESIÓN 7

- I. OBJETIVOS
Comprender la crisis de la psicología social.
Acceder a las discusiones y tensiones vinculadas

- II. TEMAS

UNIDAD III: DE LA MENTE INDIVIDUAL HACIA LAS RELACIONES SOCIALES E INTERSUBJETIVIDAD: MIRADAS CONTEMPORÁNEAS

a. La Crisis de la Psicología Social

A lo largo de los años 70 y 80 surgirá una creciente conciencia de que los supuestos cognitivistas no están ayudando en nada la labor emancipatoria que muchos psicólogos sociales persiguieron incluyendo a sus fundadores anglosajones, tales como Barlett y Lewin.

A esto se suma el desarrollo de una intensa reflexión en el resto de las ciencias sociales en torno a la lingüisticidad del mundo conocido y el profundo enraizamiento de lo individual en lo social (no al revés como lo sostuvo el cognitivismo).

Estas tensiones son las que describe Tomás Ibáñez en el siguiente texto que resulta emblemático pues se trata de un prólogo para un texto de Psicología Social Cognitivista.

Ibáñez, T. (1995): “La tensión esencial de la psicología social”. Prólogo Páez, D. et al; *Teoría y método en psicología social*. Barcelona: Anthropos/Editorial del hombre.

Los coordinadores de la presente obra, y muy especialmente el profesor Darío Páez, saben perfectamente que la mayoría de las *discrepancias epistemológicas* que me separan de la mayoría de ellos son, cuanto menos, notables. A tal punto que hemos entablado en más de una ocasión duras polémicas cuyo tono podría incluso desconcertar a públicos escasamente acostumbrados a que se discuta sin los eufemismos y sin los rodeos propios de las discusiones de guante blanco.

Invitándome a comentar este libro sus promotores han roto, por lo tanto, la regla implícita que consiste en ofrecer las páginas introductorias de una obra a alguien que sintoniza suficientemente con las posturas de sus autores para asegurarse de esta forma una presentación complaciente, cuando no laudatoria. Postura valiente, sin duda alguna, pero sobre todo encomiable demostración en la práctica de que su sensibilidad ante la importancia de las cuestiones epistemológicas y su compromiso con la necesidad de abordarlas sin cortapisas van mucho más allá de una mera declaración de principios. Este constituye, pues, un primer aspecto en el que no puedo sino coincidir plenamente con los

autores y que me alienta a expresar con *total libertad* mis posturas.

Empezaré usando esa libertad para manifestar mi disconformidad con ese procedimiento para coartar el debate crítico que consiste en acusar a quienes lo practican sin concesión alguna de ser unos “dinamiteros de canteras ajenas” (curiosa metáfora que proyecta el sentido de la propiedad privada en el campo de la producción intelectual), o de proferir “sandedes históricas”, como se declara en algún capítulo del libro. Y seguiré usando esa misma libertad para decir que estamos ante una obra que cumple excelentemente lo que promete, y que constituye un valioso instrumento de trabajo, no sólo para los estudiantes de Psicología social, sino también para todos aquellos que, sin dejar de estudiar la Psicología social, recibimos dineros a cambio de enseñarla, investigar en su campo o aplicarla.

Aunque hay, naturalmente, diferencias entre los capítulos, cada uno de ellos merecería ser elogiado por algún concepto. El de Deconchy, por ejemplo, por la exhaustividad, finura y rigor con los que desarrolla la problemática de la

experimentación sobre sistemas sociales “naturales”; en vano este autor ha realizado algunas de las mejores investigaciones que se han llevado a cabo en este campo. El de Apodaka y Páez, por la precisión con la que desguazan literalmente los problemas metodológicos planteados por la utilización de los modelos estructurales. El de Páez, Valencia, Morales y Ursúa, por la claridad, el nivel de información y el acierto con el que acometen la tarea de presentar y exponer la problemática de la Psicología social en su conjunto. Este capítulo merece comentario aparte, ya que representa una contribución muy sustancial al conjunto del libro, tanto por su extensión como por su contenido. Su título puede parecer ambicioso, puesto que pretende, nada más y nada menos, que tratar de la “teoría, metateoría y problemas metodológicos” de la disciplina. Sin embargo, su contenido se sitúa a la altura de esa ambición, e incluso la sobrepasa, ofreciéndonos un relato atinado y bien documentado sobre la evolución de la Psicología social a través de los distintos períodos que configuran su desarrollo.

Dicho todo esto, debo añadir inmediatamente que, de haber tenido la *envidiable* capacidad de trabajo requerida para elaborar un libro que pretendiera, como este, exponer las tensiones cruciales que atraviesa la Psicología social, no hubiera seguido ni el esquema adoptado por los autores, ni el enfoque que han elegido. El resultado final hubiera sido probablemente menos útil y menos interesante *para los estudiantes de Psicología social*, puesto que se hubiera centrado sobre *los problemas generales del conocimiento científico*, especialmente en el campo de las ciencias sociales, más que sobre los problemas específicos con los que se enfrenta nuestra disciplina. La razón de esta diferencia de énfasis no es otra que mi convicción de que la tensión principal que marca la Psicología social no es fundamentalmente distinta de la que desgarrar actualmente al conocimiento científico como tal, y mi sentimiento de que el futuro de la disciplina depende más de la forma en que se resuelva dicha tensión que de las discusiones acerca de los problemas teóricos y metodológicos propios de la disciplina. Pero bueno, no he elaborado tal libro, *ni tengo intenciones de hacerlo*, y aunque hubiese sido capaz de hacerlo no dejaría por ello de recomendar vivamente la lectura del presente texto en aras del *imprescindible pluralismo de los enfoques*.

Lo que sí me gustaría hacer en esta breve introducción no es tanto apuntar las eventuales limitaciones del conjunto de textos que aquí se recogen, como exponer algunas reflexiones sobre ciertos problemas metateóricos que me parecen básicos. Además, puestos a hablar de “limitaciones”, convendría preguntarse: ¿limitaciones, respecto de qué?, ¿limitaciones desde qué perspectiva, en razón de qué criterios? Si se trata de limitaciones perceptibles a partir de criterios “internos” al propio enfoque desarrollado en este libro, no sólo no soy el más indicado para enunciarlas, por carecer probablemente de las competencias necesarias para ello, sino que estoy convencido de que aparecerían bien pocas. Pero si, por el contrario, se trata de indicar las limitaciones perceptibles desde criterios “externos” a los que

informan la mayoría de los capítulos de este libro, entonces se podría hablar de una *limitación genérica*, y es precisamente esa limitación la que me gustaría que intuyese el lector a través de las reflexiones y de los comentarios que intentaré desarrollar a continuación.

A) El sin sentido de las “guerras metodológicas”

Interrogarse sobre las características, sobre el alcance y sobre la validez de los diversos métodos a los que recurren los psicólogos sociales, intentar dilucidar los supuestos básicos sobre los que se sustentan dichos métodos y reflexionar críticamente sobre los problemas que se derivan de esos supuestos, constituye sin duda alguna una exigencia *irrenunciable* para cualquiera que pretenda investigar con seriedad, o incluso para cualquiera que pretenda conocer la Psicología social. Es obvio que sin esa reflexión no habría forma de saber cuál es la naturaleza de los datos que *construye* una investigación, ni tampoco se podría valorar el corpus de conocimientos que integran una disciplina. Pero la legítima preocupación por el método no debe transformarse en el árbol que esconde el bosque.

Todos sabemos que hubo un tiempo en que se afirmaba con plena seguridad que la validez de los conocimientos científicos resultaba pura y simplemente de la correcta aplicación del método adecuado. Y el método se consideraba adecuado si garantizaba “la objetividad” de los datos absteniéndose de interferir en sus características básicas. Simple *instrumento*, su *neutralidad intrínseca* se daba por supuesta, u bastaba con que se pudiera sospechar de ella para que el método quedase invalidado, invalidando a su vez resultados alcanzados.

Más tarde, se osciló hacia el polo opuesto, y se afirmó, con la misma seguridad, que ningún método podía ser considerado como neutro puesto que todos ellos presuponian una teoría, o un conjunto de teorías que posibilitaban justamente que su construcción. Se decía que un método no constituía sino la concreción instrumental de una teoría, o, más sugestivamente aún, que todo método era una *teoría en actos*. En consecuencia, los datos contruidos mediante el recurso a un determinado método valían lo que valía la teoría *inscrita* en el propio método.

Lo curioso es que ambas posturas, por muy contrapuestas que parezcan, desembocan en el mismo resultado, es decir en la fetichización o la hipostasia del método. En un caso, porque de él dependía la validez de los datos, y en el otro, porque dicha validez dependía de las teorías que sustentaban el método. En ambos casos, la propia lógica de la postura mantenida conducía a *proscribir* determinados métodos, descalificando los conocimientos producidos con su ayuda, y a *prescribir* los métodos que autorizaban la producción de conocimientos válidos. El sectarismo metodológico estaba servido, sólo quedaba afiliarse al correspondiente club metodológico.

Se considera a veces que quienes nos situamos en una postura crítica (o incluso “hipercrítica”, al decir de algunos), frente a la sociología social estándar y frente a los dispositivos que esta utiliza para construir conocimientos científicos, nos dedicamos a lanzar anatemas contra los métodos de producción y análisis de datos que llenan la “caja de herramientas” de los investigadores “ortodoxos”. Esto no es así en absoluto. No hay que confundir el hecho de rechazar la *imposición* de una determinada metodología, sea cual sea, como la única válida, y el hecho de rechazar específicamente esa metodología. ¿La experimentación de laboratorio?, ¿por qué no? ¿Las encuestas estandarizadas?, ¿por qué no? ¿Los métodos estructurales? ¿Por qué no? De hecho, es fundamentalmente el problema que se quiere resolver lo que debe orientar la elección del método.

Es precisamente cuando se deja de hipostasiar el método y se abandona la creencia de que es el método el que *garantiza* la validez del conocimiento, cuando se recupera la “libertad metodológica”, la “tolerancia metodológica”, y se puede afirmar tranquilamente que “todo vale” (¡siempre que el interlocutor entienda lo que se quiere decir con esta expresión y no pretenda caricaturizarla!). El problema del método pasa a constituir una cuestión secundaria, ciertamente interesante pero que no justifica ningún “militantismo metodológico”.

Esta “desmovilización metodológica” no debe preocuparnos, ya que la naturaleza del conocimiento producido por un investigador no depende tanto del método que haya utilizado, ni siquiera de la teoría que haya adoptado, como de la *metateoría* que haya sustentado su actividad investigadora. En efecto, un post-empiricista puede eventualmente recurrir a los métodos más habitualmente asociados con el positivismo, y sin embargo sus formulaciones siempre serán distintas de las que pueda establecer un positivista. Asimismo, aunque un positivista utilice los llamados métodos “emergentes” que rompen con su tradición metodológica, sus conclusiones no dejarán de enmarcarse en los límites de los saberes positivos. Por decirlo con términos quizás desfasados, el conocimiento científico está “infraestructurado” por el método utilizado y por las teorías empleadas, dependiendo esencialmente de los postulados metateóricos que lo informan. Son precisamente esos postulados los que deberían merecer la atención prioritaria de quienes se preocupan por el rumbo de la Psicología social. Porque, si bien es cierto que los datos están “sobredeterminados” por las teorías que se utilizan para producirlos e interpretarlos, también es cierto que los conocimientos científicos (es decir, los conjuntos de datos empíricos y/o los conjuntos de constructos conceptuales producidos y articulados entre sí por proposiciones teóricas y cuya validez es aceptada por la comunidad científica) están a su vez *sobredeterminados por elementos metateóricos*.

La dependencia teórica de los datos, y la dependencia metateórica del conjunto datos/teorías, conducen hacia el siguiente de los aspectos que quisiera exponer.

B) Hermenéutica, reflexividad e historicidad

Ni los datos son nunca “puros”, puesto que son suscitados parcialmente por elementos teóricos y conceptuales que parecen limitarse a hacerlos “visibles”, pero que en realidad los instituyen en cuanto que datos, ni tampoco “hablan” nunca por sí solos, puesto que lo que “dicen” depende siempre de las teorías a las que se recurre para *interpretarlos*.

Hubo un tiempo en que el investigador pensaba estar obrando con plena legitimidad cuando nos remitía, sin más, a la “evidencia” proporcionada directamente por los datos. Pero esto se debía al hecho de que aún no se había detectado la sutil operación de ventriloquia que prestaba voz a los datos. Es obvio, en efecto, que se necesitan *conceptos* para pensar los datos y que los conceptos son producciones teóricas particulares insertadas en amplios sistemas de ideas, saberes y teorías generales que les dan sentido. Lo que también debería ser obvio, pero que no siempre se toma en cuenta, es que los conceptos y las teorías se expresan siempre, en última instancia, recurriendo al lenguaje *natural*. Aunque se esté operando mediante el más estricto formalismo matemático, siempre se tiene que recurrir en un momento u otro a la inescapable “vaguedad” del lenguaje natural para expresar lo que se está haciendo, entenderlo y darlo a entender, así como para comprender las implicaciones de los resultados alcanzados. La *dimensión hermenéutica* atraviesa, de esta forma, no solamente las operaciones de las ciencias sociales, sino las operaciones de *toda ciencia*, tal y como lo apuntaba sabiamente Hans Georg Gadamer.

No hay, por una parte, unas ciencias que deban recurrir a la hermenéutica (las ciencias sociales), y, por otra parte, unas ciencias que puedan escapar de esa exigencia (las ciencias naturales), sino que la *interpretación* atraviesa *todas* las ciencias. Y la interpretación, toda interpretación, opera con conceptos que requieren el lenguaje natural para poder ser pensados, transmitidos y entendidos. No hay, por lo tanto, ningún “afuera” del lenguaje, tal y como lo apuntaba, también de forma sabia, Ludwig Wittgenstein. Esta imposibilidad de “salir” del lenguaje abre de par en par las puertas del conocimiento científico a la masiva irrupción de las características básicas que marcan al lenguaje natural: papel de las convenciones lingüísticas más o menos transitorias y siempre contingentes, tendencia a la reificación de lo nombrado, presencia de presupuestos esencialistas, dependencia de las contingencias culturales dominantes, etc.

En tanto que una de las funciones de las ciencias sociales consiste precisamente en indagar los procesos de producción de significados (procesos que siempre son sociales), y en poner al desnudo los implícitos culturales que se

esconden tras lo que “ las trampas del lenguaje” nos incitan a aceptar como propiedades universales y como “categorías ahistóricas, es fácil comprender que las ciencias sociales se hallan en disposición de ayudar al propio desarrollo de las ciencias naturales, en lugar de autocastrarse tontamente practicando una estéril mimesis de esas ciencias. Pero, claro, para poder asumir esa posición, en cierto sentido privilegiada, de las ciencias sociales, es preciso aceptar dos cosas.

En primer lugar, que el conocimiento científico (y la propia racionalidad científica) constituye un fenómeno plenamente social, marcado, por tanto, por la historicidad y por la contingencia propias de todas las prácticas humanas. Esto implica rebajar la ciencia al rango de una simple práctica social entre otras, sin duda de suma importancia para lo que afecta a nuestra vida cotidiana, pero carente de cualquier privilegio que le autorice a recibir un tratamiento especial por parte del análisis social. La nueva sociología del conocimiento científico ha entendido perfectamente este extremo y ha empezado a obrar en consecuencia lanzando una cruda mirada desmitificadora sobre las prácticas científicas.

En segundo lugar, es necesario aceptar que las propias ciencias sociales, y en especial la Psicología social, deben girar hacia sí mismas las armas de la crítica, considerándose a sí mismas como objetos “ordinarios” del análisis social y como meras prácticas sociales que deben ser investigadas sin miramientos particulares. Esto significa sencillamente que la Psicología social debe proceder a una constante *deconstrucción* de todos los supuestos acríticamente asumidos que infiltran de forma subrepticia sus conceptualizaciones, sus teorías y sus procedimientos.

En cierto sentido, se puede decir que la Psicología social, al igual que todas las ciencias sociales, *forma parte de sí misma* y pertenece al tipo de clases que son miembro de ellas mismas. En efecto, la Psicología social, en cuanto constituye plenamente un fenómeno social anclado en un conjunto de prácticas sociales, pasa a constituir como tal un simple objeto más dentro del conjunto de objetos que pertenecen a su propio campo de investigación. Se difumina, de esta forma, la clásica distinción propia de la disciplina (despectivamente calificados de meros “epistemólogos sociales”) y quienes se centran sobre el análisis de otros objetos sociales (positivamente considerados como “auténticos científicos”). Es más, en la medida en que los conocimientos elaborados por la Psicología social incorporan necesariamente los supuestos inscritos en las convenciones lingüísticas de la época en que se formulan, es preciso practicar sobre ellos al mismo esfuerzo investigador que la Psicología social practica sobre otros productos de su propio tiempo. En otras palabras, el carácter *reflexivo* de las ciencias sociales debe ser asumido con todas sus consecuencias si se quiere investigar con un mínimo de seriedad.

Hermenéutica y reflexividad nos llevan a recalcar otra dimensión que difícilmente se puede obviar cuando nos

interrogamos tanto sobre la problemática del conocimiento psicosocial como sobre la naturaleza de los objetos que investiga: me estoy refiriendo, por supuesto, a la *historicidad*.

No es difícil conseguir el consenso de todos los científicos sociales sobre el carácter necesariamente histórico de cualquier fenómeno social. Pero mucho más difícil es ponerse de acuerdo sobre las implicaciones de dicha característica y, sobre todo, conseguir que el reconocimiento de la historicidad de lo social no se quede en una mera declaración carente de incidencia alguna sobre las prácticas investigadoras. Sin embargo, el hecho de que todo aquello que es histórico sea necesariamente *contingente, concreto particular, e inseparable de sus condiciones de producción*, imprime unas características particulares a las ciencias (puesto que, sociales o no, estas no dejan de ser, todas ellas, producciones sociales, y por lo tanto, históricas), y a los objetos sociales (y sólo a ellos, puesto que los objetos “naturales”, en el caso de que existiera tal cosa, son temporales pero *no* históricos). Estas características revisten una particular importancia en el caso de las ciencias sociales, ya que estas últimas presentan la doble condición de ser fenómenos históricos que versan sobre fenómenos históricos. Para no excederme en la extensión de este texto, me limitaré a subrayar dos de las implicaciones que resultan de la historicidad constitutiva, o intrínseca, de lo social.

En primer lugar, las propiedades presentes de los objetos sociales, en tanto que son objetos históricos, no son desligables del proceso que los ha constituido y no pueden ser explicados sin hacer referencia a ese proceso. En la medida en que son objetos contingentes, sus propiedades y su existencia actual guardan una relación directa con las prácticas que los constituyeron y con el contexto histórico en el que se desarrollaron esas prácticas; contexto que incluye tanto las prácticas contra las cuales se forjaron aquellas que triunfaron, como las prácticas al lado de las cuales estas se desarrollaron pero que no consiguieron afianzarse hasta el presente. La memoria de su genealogía está inscrita en las propiedades actuales de los objetos sociales, y no se puede prescindir de ellas cuando se pretende dilucidar esas propiedades. Esto significa, entre otras cosas, que la Psicología social debe autodefinirse como una ciencia histórica y adecuar en consecuencia sus procedimientos de investigación.

En segundo lugar, la historicidad de los objetos sociales implica que ninguno de ellos puede considerarse como una instanciación particular de un fenómeno más general, sino que cada objeto es siempre particular y concreto, producto de unas prácticas y de unos contextos que siempre son específicos (lo cual no significa, por supuesto, que no pueda haber multiplicidad de reproducciones, réplicas o instanciaciones de un objeto determinado; el criterio de unicidad se refiere al objeto en tanto que tal, no a sus expresiones sociales. Así, por ejemplo, millones de personas reproducen el rito casamiento católico, pero el casamiento católico es *un* objeto particular, comprensible tan sólo en tanto

que producto de unas prácticas sociales y de unos contextos sociales específicos que lo hicieron posible y que lo mantienen. La consecuencia del carácter siempre particular y concreto de los objetos sociales es que no pueden ser investigados desde unos postulados que pretendan trascender sus contenidos específicos y desembocar en formulaciones legaliformes (salvo, claro está, que se esté dispuesto a vaciarlos de toda dimensión propiamente social). Esto significa que la Psicología social debe asumir que los contenidos son propiamente formativos de los procesos sociales, que los fenómenos sociales son *contentladden*, es decir, dependientes de su contenido, y adecuar en consecuencia, aquí también, sus procedimientos de investigación.

C) El carácter “productivo” de las ciencias sociales

Después de que Michel Foucault diera a conocer sus brillantes análisis, quedó claro que para muchos de nosotros en qué sentido se podía afirmar que el poder y el saber están íntimamente relacionados, y por qué se podía declarar que no existe entre ellos ninguna relación de exterioridad. Es en ese mismo sentido en el que también se puede afirmar que los conocimientos de las ciencias sociales son intrínsecamente productivos. No es posible construir conocimientos científicos sobre lo social sin que estos produzcan a su vez efectos sociales (siempre, claro está, que dichos conocimientos alcancen el suficiente grado de aceptación y de divulgación social).

Kenneth Gergen ha argumentado de forma suficientemente convincente esta cuestión para que no sea preciso redundar aquí sobre ella; tan sólo apostillaré que se trata de una consecuencia lógica de la naturaleza parcialmente simbólica de la “realidad” social. En efecto, dicha “realidad” es *sensible* a nuestras producciones simbólicas, y muy particularmente a las representaciones que nos forjamos acerca de ellas, en la medida en que parte de las características de la “realidad” social están mediatizadas por los significados que les atribuimos. La consecuencia de esta sensibilidad es clara: cualquier modificación de nuestra forma de “ver” la “realidad” social es susceptible de modificarla.

Si esto es efectivamente así, entonces debemos admitir que cualquier científico social que sea realmente eficaz en tanto que científico, es decir, que produzca conocimientos ampliamente reconocidos y que aporte efectivamente algo a su campo de especialidad, está actuando ineludiblemente como *agente político* capaz de incidir, poco o mucho, a más corto o largo plazo, sobre la “realidad” social, puesto que modifica nuestra forma de entenderla.

Existe, por lo tanto, una doble razón que impide considerar el conocimiento construido por los psicólogos sociales como “aséptico”, “neutral” y “objetivo”. En primer lugar, tal y como hemos visto anteriormente, está hecho de que los supuestos socioculturales que se hallan inscritos en nuestro

entramado conceptual y en nuestro lenguaje intervienen necesariamente en la construcción de dichos conocimientos (como muy bien ha visto Gadamer, ningún conocimiento sería comprensible si no fuera porque incorpora los pre-juicios de su época). En segundo lugar, está el hecho de que, o bien ese conocimiento es vano e intrascendente, o bien es imposible que no revierta sobre los objetos que pretende dilucidar, modificándolos en una u otra dirección.

El carácter necesariamente politizado del conocimiento social, en el doble sentido de que induce modificaciones y de que incorpora (y por lo tanto, reproduce) creencias socialmente instituidas, implica que no se puede conducir un debate sobre los aspectos “problemáticos” del conocimiento producido por las ciencias sociales haciendo “como si” se tratase de cuestiones puramente epistemológicas, metodológicas, o incluso técnicas. Y no creo que sea bueno incitar a pensar que sólo se trata de eso. Las cuestiones axiológicas, normativas, y en definitiva políticas, forman parte “internamente” (valga la redundancia enfatizadora) de los problemas analizados. ¡Y esto debe aparecer explícitamente como tal!

Constituye plena responsabilidad del investigador elegir sus objetos de estudio, sus procedimientos de investigación, el tipo de conocimiento que quiere construir e incluso los resultados que finalmente divulgará, recurriendo para ello a los *criterios políticos* que considere legítimos. Pero que no se nos acuse de promover un nuevo “Lyssenkismo”. Cada cual puede participar de las opciones políticas que considere las más convincentes, pero nadie puede escudarse detrás de la ingenua afirmación de que se limita a investigar “las cosas tal y como son” y a “presentar” sin más los resultados que ha “encontrado”. Dicha imposibilidad nace sencillamente del propio hecho de que nadie puede interrogar asépticamente la “realidad” y transmitir de manera neutra la respuesta aportada supuestamente por la propia realidad ante su hábil cuestionamiento. Si no hay conocimientos que se encuentren exentos de valores, entonces se torna legítimo elegir los conocimientos recurriendo también a criterios normativos.

Que no se nos acuse tampoco de insinuar que todas las descripciones, o las explicaciones de la “realidad”, son equivalentes, y de dar a entender que podemos elegir, por lo tanto, aquella que más nos apetece en función de nuestras opciones políticas. No podemos hacerlo. O mejor dicho, si “podemos” hacerlo, pero deberemos *convencer a los demás* de que esa descripción es de recibo, y ocurre que “los demás” suelen participar de esas cosas que denominamos “la racionalidad” (científica o no), lo cual limita drásticamente la arbitrariedad de nuestras elecciones.

El carácter productivo de los conocimientos construidos exitosamente por los científicos sociales nos conduce nuevamente a la necesidad (epistemológica y política) de cuestionar sistemáticamente los conceptos y los métodos

que utilizamos para su elaboración, y la exigencia de “deconstruir” permanentemente esos conocimientos para evidenciar los supuestos que los infiltran inadvertidamente, así como los efectos sociales que se desprenden de dichos supuestos. Sin embargo, el propio hecho de discutir las cuestiones epistemológicas separadamente de las cuestiones normativas contribuye precisamente a enmascarar el alcance siempre “productivo” del saber psicosocial.

No sería muy coherente por mi parte desarrollar el punto de vista que estoy exponiendo y pretender que se trata de un punto de vista inspirado en consideraciones metateórica. Hay, efectivamente, un conjunto de motivaciones políticas que acompañan esas consideraciones y que deberían ser explicadas por pura exigencia de coherencia. Digamos, para ser breves, que la postura política que impulsa ese tipo de análisis tiene como eje principal el de combatir los efectos del poder que emanan de la *retórica de la verdad científica* y que han instituido a la “razón científica” como el nuevo principio trascendente al que los seres humanos deben plena sumisión. No se trata, por supuesto, de volver a las “retóricas de la verdad” que precedieron a los tiempos de la ilustración, pero sí se trata de poner de manifiesto que la encomiable lucha emprendida por la ideología de la ilustración contra el oscurantismo, la arbitrariedad y el totalitarismo, ha conducido a la creación de un nuevo dispositivo de poder que no merece más aprecio que los anteriores. En definitiva, se trata de situar en el ámbito de las decisiones simplemente humanas unos criterios legisladores de la verdad que pretenden situarse más allá de la contingencia que les es propia. Con ello se pretende minar los fundamentos de los “principios de autoridad” (especialmente del más potente de estos principios en la actualidad: la autoridad de la razón científica) y contribuir a ensanchar, de esa forma, el uso de la libertad.

D) La “des-disciplinación” de la Psicología social

Todos sabemos que, si bien es cierto que la Psicología social no arranca desde un punto de origen especificable (pero ningún objeto social tiene semejante punto de origen), también lo es que dicha disciplina se fragua a lo largo de un período histórico que se presenta como más o menos dilatado según el concepto que se tenga de la Psicología social. Ahora bien, ni la Psicología social estaba preinscrita en lugar alguno, aguardando el momento de su lento y progresivo descubrimiento, ni su existencia actual resulta de necesidad alguna, ni, por fin, cabe considerar que esta disciplina constituye el desenlace anunciado de un proceso que tendía, teleológicamente, a su realización. De hecho, la Psicología social es el producto contingente de una historia que muy bien hubiera podido ser otra.

La fragmentación de la ciencia social que dio lugar a la autonomización de la Psicología social, entre otras disciplinas, como cuerpo de saberes específicos, se produjo como resultado de unas prácticas científicas fuertemente inspiradas por el credo positivista entonces dominante, y de

unas condiciones sociopolíticas basadas en la maximización de los beneficios económicos. No hay ninguna lógica interna al propio proceso que nos lleve a mejorar nuestra inteligencia de lo social, que exija la existencia de una Psicología social en tanto que disciplina diferenciada.

Por supuesto, muchos de nosotros tenemos intereses corporativos, más o menos consolidados, que nos hacen desear el mantenimiento de la Psicología social, y que nos incitan a obrar para su expansión académica. Además, la propia dinámica de la relación “poder/saber” actúa para conseguir que, una vez instituida, cualquier disciplina tienda a perpetuarse, y a expandirse (a la vez que origina el nacimiento de nuevas disciplinas que brotan de su seno y emprenden una existencia autónoma: véase actualmente la Psicología política, ambiental, jurídica, etc.). Pero, a pesar de todo ello, no deberíamos hacer oído sordo frente a la razonable argumentación que propugna una recomposición de la ciencia social en pos de una mejor comprensión de los fenómenos sociales.

Para ser consecuentes con lo que constituye en definitiva nuestra única legitimación en tanto trabajadores intelectuales, es decir, la voluntad de contribuir al conocimiento de la “realidad” social, quizá debiéramos luchar a contracorriente, desestabilizando las fronteras disciplinares, y obrando para la superación de este producto social circunstancial que es la propia Psicología social. Paradójicamente, esta actitud representa quizás la mejor muestra de fidelidad a lo que constituye en definitiva la “razón de ser” autoproclamada de la disciplina en la que estamos ubicados.

Después de tan breve, e impresionista, introducción, que se ha limitado a esbozar algunas pinceladas con el ánimo de sugerir más que de intentar demostrar, no cabe por supuesto plantear conclusión alguna. Sin embargo, plagiando descaradamente un título afortunado de Thomas Kuhn, me gustaría recalcar que, en última instancia, la *tensión esencial* de la Psicología social contemporánea no es otra que la que se establece entre:

-Permanecer afincados en los esquemas del “ideal de inteligibilidad” que han guiado a la ciencia durante los tres últimos siglos, y que ha imprimido fuertemente su marca en la Psicología social estándar,
-o, por el contrario, proceder, *simultáneamente*, a una incesante deconstrucción crítica de los supuestos básicos que conforman dicho “ideal de inteligibilidad”, y a la construcción de un nuevo concepto de la ciencia, radicalmente *post-empiricista*, o, más generalmente, radicalmente *post-moderno*.

Ese es, a mi entender, el debate crucial que convendría potenciar y desarrollar con rigor para esclarecer la

problemática de fondo con la que se enfrenta actualmente la Psicología social. Las demás cuestiones no pasan, en este contexto, de constituir problemas relativamente accesorios, aunque merecedores, por supuesto, de atención crítica. En este sentido, el libro que el lector tiene entre sus manos en este preciso momento constituye un excelente punto de partida, y una excelente aportación para adentrarse en las dificultades, pero también en los placeres, del pensamiento crítico.

Ya para terminar, me permitiré proponer al lector una pequeña "caja de herramientas" bibliográfica que puede ayudarle, por lo menos así lo espero, a profundizar en el cuestionamiento crítico de muchas de las "evidencias recibidas", incluidas las que se han deslizado en mi discurso.

Bibliografía

BERNSTEIN, J.R.: *Beyond Objectivism and relativism*, oxford, Basil Blackwell
BHAASKR, R: *Reclaiming Reality*, Londres, Verso.
BILLIG, M: *Arguing and thinking: A rethorical Approach to Social Psychology* Cambridge.
FEYERABEND, P: *Farewell to Reason*, Londres Verso.
GADAMER, H.G.: *Verité et méthode. Les grandes lignes d'une herméneutique philosophique*, Paris, Seuil.

GERGEN, K: *Towards transformation in Social knowledge*, Nueva York, Springer.

IBÁÑEZ, T: *El conocimiento de la Realidad Social*, Barcelona, Sendai.

KNORR-CETINA, K.D. *The manufacture of knowledge. An essay on the constructivist and contextual Nature of Science*. Oxford, Pergamon.

LATOUR, B: *Science in action*, Milton Keynes, Open university Press.

LAWSON, H , y APPIGNANESSI, L: *Dismantling Truth. Reality in the Post-modern world*, Londres, Widenfelds

MANICAS, P.T.: *A history and philosophy of the social psychology*.

PARKER, I. *Deconstructing Social Psychology*, Londres Routledge

PRIGOGINE, I : *La nouvelle alliance*, Paris, Gallimard.

PUTNAM, J: *Representation and Reality*, cambridge, The Mit press.

RORTY, R: *Philosophy and the Mirror of nature*, Princeton, Princeton University Press.

SHOTTER, *Knowing of the third kind*, Utrech, Isor.

SIMONS, H. W.. *The Rethorical Turn*, Chicago, The University of Chicago Press.

WITTGENSTEIN, L: *Philosophische Untersuchungen*, Flache, Wien.

WOOLGAR, S: *Science: The very idea* Londres, Ellis Ahrwood.

- III. ACTIVIDAD PREVIA
Syllabus correspondiente a la sesión.
- IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN
La sesión será fundamentalmente de discusión plenaria.
- V. LECTURA POST -SESIÓN

SESIÓN 8

I. OBJETIVOS

Comprender el concepto de Grupo Social y Categorización Social.

Entender los principales efectos de esta conceptualización sobre la comprensión de lo psicosocial.

II. TEMAS

b. Grupos Sociales y Categorías Sociales

La Teoría de la *Categorización Social* desarrollada por Henri Tajfel es una de las teorías más relevantes desplegadas como respuesta a la clásica mirada individualista.

Siguiendo a Tajfel (1981), la psicología social ha perdido de vista problemas tan importantes como el estudio de la conducta colectiva y el estudio de los efectos directos de la posición de los individuos en diversas partes del sistema social dentro del cual viven EN una enorme diversidad de encuentro interpersonales.

Por ello propone una *Teoría de la Conducta Intergrupal* que busca ayudarnos a comprender ciertas uniformidades seleccionadas de la conducta intergrupal. Para lograrlo debemos saber:

1. algo acerca de cómo están contruidos los grupos en un sistema social particular.
2. Los efectos psicológicos de estas construcciones (sus identidades compartidas).
3. Cómo las construcciones y sus efectos dependen y se relacionan con formas de realidad social.

Así, resulta fundamental en la teoría la Interpretación de la realidad social: si el sistema de relaciones entre los grupos sociales es percibido por los individuos situados en diversas posiciones del sistema como susceptible o no de cambios, como basados en principios de organización social legítimos o ilegítimos, determinará sus conductas.

De modo que se centra también en el individuo, sin ser individualista. El individualismo es una suposición no formulada de que los individuos viven y se comportan en un medio social homogéneo, por lo tanto son partículas individuales indiferenciadas que se relacionan interindividualmente siguiendo leyes de procesos psicológicos básicos. Existe enfoque en cambio pretende ser intergrupal al centrarse en una organización cognitiva socialmente compartida del sistema dentro del cual flotan partículas. Es ahí donde se realiza la búsqueda de las cruciales unificaciones de la conducta social que tienen que ver con los aspectos psicológicos del sistema social.

Los Estereotipos Sociales y Grupos Sociales

Los estereotipos son un problema esencialmente cognitivo. Son ciertas generalizaciones que llegan a los individuos. Su origen está en el proceso general de categorización y su principal función es la de simplificar o sistematizar para lograr la adaptación cognitiva o de la conducta ante la abundancia de información recibida por el sistema. Estos estereotipos *son sociales cuando son compartidos por un gran número de personas dentro de grupos o entidades sociales.*

La función de estos estereotipos son:

- A nivel individual: Organización cognitiva y como instrumento para preservar su propio sistema de valores
- A nivel social: como contribución a la creación y mantención de ideologías de grupo que explican y justifican la diversidad de acciones sociales. Además tienen el papel de ayudar a conservar y crear diferenciaciones positivamente valoradas de un grupo respecto a otros grupos sociales.

El siguiente texto pone énfasis en lo antes dicho.

Juan MUÑOZ (2002): “Nosotros” versus “ellos”: La categorización social. Barcelona: UAB.

Tajfel ha dado una definición de categorización centrada sobre los aspectos comportamentales o sociales:

Conjunto de procesos cognitivos que tienden a ordenar el entorno en términos de categorías, es decir, de conjuntos de objetos, personas, acontecimientos (o bien alguno de sus atributos) en tanto en cuanto son semejantes o equivalentes entre sí respecto a la actuación, las intenciones, o las actitudes del individuo.

La categorización tiene un doble aspecto: inductivo y deductivo

- Inductivo: cuando a partir de ciertas características de un objeto se le asigna a una determinada categoría de objetos.
- Deductivo: cuando en base a esa asignación, se atribuyen a los objetos las características y propiedades de su clase de asignación.

Algunas de las características asociadas a estos aspectos son las siguientes: en la fase deductiva son frecuentes las atribuciones erróneas, y en la fase deductiva se dan con frecuencia procesos de sobreinclusión y superexclusión.

De acuerdo con la Teoría de la Acentuación de Tajfel, cuando los estímulos de una serie se diferencian en dos o más dimensiones de forma simultánea y correlacionada, entonces se incrementa la discriminación entre los objetos. Cuando el número de variaciones en una dimensión no es idéntico de los de la otra, entonces los estímulos se encuadran en distintas clases de pertenencia definidas por las variaciones no continuas de una de las dimensiones.

De acuerdo con esto, se puede predecir que se manifiesta una acentuación de las diferencias entre las clases, es decir, que en el caso de dos estímulos pertenecientes a distintas clases se producirá una exageración de las diferencias percibidas entre ellos. Además se producirá también una acentuación de las similitudes intra-clases, es decir, que se producirá una minimización de las diferencias percibidas entre los estímulos que pertenezcan a una misma clase.

Las consecuencias sociales de la categorización provienen del hecho de que categorizar a los demás entre “nosotros”

(semejantes a uno mismo) y “ellos” (distintos a uno mismo) basta para engendrar no sólo percepciones diferentes, sino también comportamientos discriminatorios.

Así, mientras que las personas que forman parte del “nosotros” son vistas favorablemente y resultan favorecidas en el comportamiento, los que pertenecen a “ellos” son vistos negativamente y con frecuencia son objeto de comportamientos discriminatorios.

La categorización cumple una función adaptativa, puesto que contribuye a la estructuración y simplificación del medio social. Pero es además un sistema de orientación que crea y define el sitio particular de un individuo en la sociedad. Esto se debe a que no sólo los objetos y las personas se hallan encuadrados en categorías, sino también que el propio sujeto lo está. Esto ha llevado a considerar el concepto de identidad social, que se define como

El conocimiento por parte del individuo de que pertenece a ciertos grupos sociales, junto con el significado emocional y valorativo de su pertenencia para él.

Como la identidad social deriva de la pertenencia a un grupo, resulta necesario que ese grupo se diferencie positivamente para poder contribuir a una identidad social positiva. El carácter positivo o negativo de un grupo o categoría se establece en el contexto social a través de la comparación con otros grupos y la competición social. Con respecto a la comparación social, hay que decir que ésta se centra en el establecimiento de la distintividad entre el grupo propio y los otros grupos.

La competición social, en el contexto de la teoría de Tajfel, complementada por Turner, tiene un doble aspecto. Se ha introducido la diferencia entre competición instrumental (similar a la vista en el apartado anterior), y competición social. En el primer caso, los grupos compiten por alcanzar una meta material que sólo uno puede conseguir. El segundo caso, se produce cuando para lograr una identidad social positiva cada grupo trata de mantener una diferencia respecto a los otros grupos en una dimensión positivamente valorada por consenso social. No se trata de lograr un valor absoluto, sino una diferencia de signo positivo a favor del propio grupo.

- III. ACTIVIDAD PREVIA
Syllabus correspondiente a la sesión
- IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN
Clases expositivas a cargo de docente y discusión plenaria.
- V. LECTURA POST -SESIÓN

Ibáñez, T.(1979). [Factores sociales de la percepción.](#) *Quaderns de Psicologia*. Nº 1 (2ª época) pp.71-81, 1979.

SESIÓN 9

I. OBJETIVOS

Introducir a los alumnos al concepto de representaciones sociales así como a sus principales implicancias.

II. TEMAS

c. **La Teoría de las Representaciones Sociales**

i. **Fundamentos**

ii. **Condiciones de Emergencia de las Representaciones Sociales**

iii. **Formación de Representaciones Sociales**

iv. **Dimensiones de las Representaciones Sociales** He nombrado la labor de Francisco Varela,

I. El Concepto

Durkheim (1898) las representaciones colectivas son formas de conocimiento o ideación construidas socialmente y que no pueden explicarse como epifenómenos de la vida individual o recurriendo a una psicología individual.

Moscovici (1981, p.181) las define como un "conjunto de conceptos, declaraciones y explicaciones originadas en la vida cotidiana, en el curso de las comunicaciones interindividuales. Equivalen, en nuestra sociedad, a los mitos y sistemas de creencias de las sociedades tradicionales; puede, incluso, afirmarse que son la versión contemporánea del sentido común".

Están constituidas por elementos de carácter simbólico ya que no son sólo formas de adquirir y reproducir el conocimiento, sino que tienen la capacidad de dotar de sentido a la realidad social. Su finalidad es la de transformar lo desconocido en algo familiar. Este principio de carácter motivacional tiene, en opinión de Moscovici, un carácter universal.

Tiene un carácter más dinámico que el de representación colectiva. Se crean y recrean en el curso de las interacciones sociales; no tienen un carácter estático ni determinan inexorablemente las representaciones individuales.

Denise Jodelet (1986): El concepto de r.s. designa una forma de conocimiento específico, el saber del sentido común, cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos y funcionales socialmente caracterizados. En sentido más amplio, designa una forma de pensamiento social.

Las r.s. constituyen modalidades de pensamiento práctico orientados hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material o ideal. En tanto que tales, presentan características específicas a nivel de organización de los contenidos, las operaciones mentales y la lógica.

La caracterización social de los contenidos o de los procesos de representación ha de referirse a las condiciones y a los contextos en los que surgen las representaciones, a las comunicaciones mediante las que circulan y a las funciones a las que sirven dentro de la interacción con el mundo y los demás.

II. Generación de Representaciones Sociales

a) *Objetivación*: selección y descontextualización de los elementos, formación del núcleo figurativo y naturalización.

Consiste en transformar entidades abstractas en algo concreto y material, los productos del pensamiento en realidades físicas, los conceptos en imágenes, operación formadora de imagen y estructurante.

El proceso de objetivación va desde la selección y descontextualización de los elementos hasta formar un núcleo figurativo que se naturaliza enseguida. Es decir, lo abstracto como suma de elementos descontextualizados debe tornarse una imagen más o menos consistente en la que los aspectos metafóricos ayuden a identificarla con mayor nitidez. Se constituye así un edificio teórico esquematizado.

La objetivación lleva a hacer real un esquema conceptual, a duplicar una imagen con una contrapartida material. El resultado, en primer lugar, tiene una instancia cognoscitiva: la provisión de índices y de significantes que una persona recibe, emite y toma en el ciclo de las infracomunicaciones, puede ser superabundante. Para reducir la separación entre la masa de las palabras que circulan y los objetos que las acompañan (...) los `signos lingüísticos' se enganchan a `estructuras materiales' (se trata de acoplar la palabra a la cosa). (Moscovici, 1979 p. 75)

El modelo figurativo o esquema que resulta, cumple muchas funciones:

- a) constituye punto común o mediador entre la teoría científica inicial y su representación social;
- b) aquí se realiza el cambio de lo que en la teoría es exposición general, abstracta e indirecta de una serie de fenómenos, en una traducción inmediata y funcional de la realidad que sirve al hombre común y corriente;
- c) el modelo asocia diversos elementos en un foco explicativo con una dinámica propia y suficiente; y
- d) permite a la representación social convertirse en un marco cognoscitivo estable y orientar tanto las percepciones o los juicios sobre el comportamiento, como las relaciones interindividuales.

En un primer momento, la concepción científica se confronta con el sistema de valores sociales resultando una elección de entre sus elementos. La naturalización otorga a la representación social el carácter de evidencia válida: se convierte en una "teoría profana" autónoma que sirve para categorizar las personas y sus comportamientos.

Moscovici concluye con su análisis de la objetivación apuntando hacia la realización del objeto de representación en sus nexos con los valores, la ideología y los parámetros de la realidad social. La actividad discriminativa y estructurante que se va dando por medio de la objetivación, se explica precisamente por sus tintes normativos: la representación social adquiere una armazón de valores.

En estas combinaciones incipientes de experiencias y estructuras simbólicas puede percibirse un realismo semejante al de los niños que dibujan no sólo lo que ven de un objeto, sino también lo que saben de él. La imagen es objetivada junto con una carga de afectos, valores y condiciones de naturalidad. Los conceptos así naturalizados se transforman en auténticas categorías del lenguaje y del entendimiento.

Como puede apreciarse, Moscovici (1979) presenta un análisis complejo y sistemático del proceso de objetivación que, en muchos casos, parece denso pero que se explica por esa preocupación constante para no desarticular inapropiadamente un fenómeno global que no sigue una secuencia rígida ni causal. De igual manera, tanto Jodelet (1984), como Herzlich (1979) y Banchs (1984), señalan que la importancia de un proceso como el de la objetivación reside en que pone a disposición del público una imagen o esquema concreto, a partir de un ente abstracto o poco tangible como lo es una teoría o concepción científica.

b) *Anclaje*. Con el anclaje la representación social se liga con el marco de referencia de la colectividad y es un instrumento útil para interpretar la realidad y actuar sobre ella.

Supone un proceso de categorización a través del cual clasificamos y damos un nombre a las cosas y a las personas. Este proceso permite transformar lo desconocido en un sistema de categorías que nos es propio

Designa la inserción de una ciencia en la jerarquía de los valores y entre las operaciones realizadas por la sociedad. En otros términos, a través del proceso de anclaje, la sociedad cambia el objeto social por un instrumento del cual puede disponer, y este objeto se coloca en una escala de preferencia en las relaciones sociales existentes. (Moscovici, 1979 p. 121)

Al insertarse el esquema objetivado dentro de una red de significaciones, la representación social adquiere una funcionalidad reguladora de la interacción grupal, una relación global con los demás conocimientos del universo simbólico popular. Las figuras del núcleo de la representación son teñidas de significados que permiten utilizar a la representación como un sistema interpretativo que guía la conducta colectiva. Además, el anclaje implica la integración cognitiva del objeto de representación dentro del sistema preexistente del pensamiento y sus respectivas transformaciones. Se trata, en suma, de su inserción orgánica dentro de un pensamiento constituido. Señala Denise Jodelet (1984), que el anclaje genera conclusiones rápidas sobre la conformidad y la desviación de la nueva información con respecto al modelo existente y proporciona marcos ideológicamente constituidos para integrar la representación y sus funciones.

De manera sintética, Moscovici (1979) aclara ambos procesos argumentando que la objetivación traslada la ciencia al dominio del ser y que el anclaje la delimita en el de el hacer (p. 121); así como la objetivación presenta cómo los elementos de la ciencia se articulan en una realidad social, el anclaje hace visible la manera en que contribuyen a modelar las relaciones sociales y también cómo se expresan.

III Dimensiones de la Representación Social

Las representaciones sociales definidas por Moscovici como "universos de opinión", pueden ser analizadas con fines didácticos y empíricos en tres dimensiones: la información, el campo de representación y la actitud.

a) *La información*. Es la organización o suma de conocimientos con que cuenta un grupo acerca de un acontecimiento, hecho o fenómeno de naturaleza social. Conocimientos que muestran particularidades en cuanto a cantidad y a calidad de los mismos; carácter estereotipado o difundido sin soporte explícito; trivialidad u originalidad en su caso:

Dimensión o concepto, se relaciona con la organización de los conocimientos que posee un grupo respecto a un objeto social. (Moscovici, 1979 p. 45)

Por lo tanto, esta dimensión conduce necesariamente a la riqueza de datos o explicaciones que sobre la realidad se forman los individuos en sus relaciones cotidianas.

b) *El campo de representación*. Expresa la organización del contenido de la representación en forma jerarquizada, variando de grupo a grupo e inclusive al interior del mismo grupo. Permite visualizar el carácter del contenido, las propiedades cualitativa o imaginativas, en un campo que integra informaciones en un nuevo nivel de organización en relación a sus fuentes inmediatas:

Nos remite a la idea de imagen, de modelo social, al contenido concreto y limitado de las proposiciones que se refieren a un aspecto preciso del objeto de representación. (ibid., 1979 p. 46)

Banchs (1984) hace suya la definición de Moscovici aunque agrega que "debe analizarse en función de la totalidad del discurso sobre un objeto y no sólo en un párrafo o en una frase" (p. 9). Enfatiza así el carácter global del campo de representación y la dificultad metodológica para abarcarlo (problema siempre presente en las

investigaciones que hemos analizado y que dicen utilizar este modelo teórico). Además, según Herzlich (1979), deben considerarse los factores ideológicos en la estructuración del campo de representación.

c) *La actitud*. Es la dimensión que significa la orientación favorable o desfavorable en relación con el objeto de la representación social. Se puede considerar, por lo tanto, como el componente más aparente, fáctico y conductual de la representación, y como la dimensión que suele resultar más generosamente estudiada por su implicación comportamental y de motivación.

Si bien esta clasificación no sustenta ninguna jerarquía o prioridad, el propio Moscovici lanza la hipótesis de su cronología que, al verse en conjunto, completa la estructura de la representación en términos de contenido y de sentido. Señala Moscovici:

Se deduce que la actitud es la más frecuente de las tres dimensiones y, quizá, primera desde el punto de vista genético. En consecuencia, es razonable concluir que nos informamos y nos representamos una cosa únicamente después de haber tomado posición y en función de la posición tomada. (Moscovici, 1979 p. 49)

Si la actitud significa una especie de componente motivacional afectivo en la conformación de una representación social, resulta pertinente la observación de Herzlich (1979) respecto a hacer estudios comparativos sobre la fisura o diferencia de los grupos en función de sus representaciones sociales, ya que éstas contribuyen a definir con cierta precisión tanto a los grupos como a sus tendencias.

IV. Análisis de las Representaciones Sociales

Análisis de procedencia de la información (Jodelet)

La autora ideó esta técnica para analizar independientemente del contenido temático, las fuentes de información de las cuales el sujeto obtenía sus datos. Al estudiar la representación social del cuerpo humano (1976), encontró cuatro fuentes globales de procedencia de la información extendidas desde lo más personal hasta lo más impersonal: la vivencia del propio sujeto, lo que piensa el sujeto sobre sí, lo adquirido a través de la comunicación social y la observación (refranes y creencias populares), y los conocimientos adquiridos a través de los medios más bien formales como estudios, lecturas, profesión.

Distinguir entre un contenido y una fuente de procedencia de información requiere de un criterio establecido y presenta un alto grado de dificultad. Sin embargo, es una técnica muy valiosa porque al reflejar la distancia que el sujeto toma frente al objeto de conocimiento permite discriminar el grado de implicación personal y el arraigo social de dicho conocimiento.

Análisis de los actos ilocutorios (Flahault)

Es una técnica que analiza los diálogos recogidos en textos, medios de comunicación o en observaciones. Se buscan detectar los actos explícitos como órdenes o peticiones que definen la relación existente entre los interlocutores, así como los actos implícitos que claramente señalan las posiciones respectivas entre los interlocutores. Se analizan las relaciones de poder, las reglas explícitas e implícitas, la dureza actitudinal de la representación social. De alguna manera se establece una fotografía de los actos de poder, sugestión o intercambio a través del lenguaje y, sobre todo, de sus usos.

Análisis gráfico de los significantes (Friedman)

Los materiales grabados son transcritos y enumeradas las unidades de significación (en general, sujeto y predicado) de acuerdo con su orden de aparición en el discurso y se identifican las palabras que más se repiten. Por último, se reproducen gráficamente como en un sociograma todas las palabras señalando por medio de flechas la relación que tenían en el discurso original. Se trata de conseguir la forma gráfica más ilustrativa de las relaciones entre las palabras: núcleos de pensamiento equivalentes a lo que Moscovici llama el núcleo figurativo.

Debido a su laboriosidad es un método recomendado en investigaciones con un número reducido de sujetos de prueba. Su ventaja está en que no fragmenta el discurso y, como señala Banchs, el uso de categorías lógicas sigue teniendo la ventaja de hacer surgir los núcleos de estructuración de las representaciones del propio discurso de los sujetos, sin la mediación del investigador. Aunque el estilo de este trabajo se basa en la exposición que hacen distintos autores, quisiéramos señalar, sin mayores intenciones polémicas, que vemos dicha afirmación con gran reserva y escepticismo.

De igual manera, Tomás Ibáñez (1988) ha descrito una de las intervenciones metodológicas más frecuentemente usadas en la investigación de las representaciones sociales:

Análisis de correspondencias (Di Giacomo)

Se trata de un análisis multidimensional de tipo factorial que presenta un alcance eminentemente descriptivo. Basándose en el diferencial semántico, se selecciona una serie de palabras-estímulo que aluden al objeto social a indagar. Se pide a una muestra de sujetos que efectúe una asociación libre a partir de cada palabra hasta desembocar en una especie de "diccionario de asociaciones" o algo parecido a los "campos semánticos" (en realidad se trata, según Ibáñez, de "campos lexicales"). Estos datos ayudan a la construcción de la dimensión información de la representación. Lo siguiente consiste en recurrir al análisis de correspondencias para establecer el grado de similitud que existe entre los diversos campos semánticos y así generar unas representaciones gráficas en donde es posible visualizar el grado de solapamiento o de independencia entre los campos, según sea la zona gráfica de aglutinamiento. Lo conveniente, como en cualquiera de las vías metodológicas, es complementarla con otros métodos que permitan una perspectiva dinámica y no sólo una fotografía de la representación o una mera tipología.

Por su parte, Di Giacomo (1987) hace consideraciones sobre el problema de la metodología y lo que a su juicio debe orientar los estudios: los procesos antes que los contenidos en sí. Además, señala tres criterios para identificar a una representación social: que esté estructurada, que comparta elementos emocionales con el nuevo elemento que la reactiva y que el conjunto de opiniones esté unido a comportamientos específicos. En consecuencia, Di Giacomo extrae algunas conclusiones metodológicas:

1) no se puede prejuzgar sobre la extensión posible del campo figurativo del objeto; 2) las representaciones mismas son las que guían para reconocer a grupos ideológicos diferentes o antagónicos; 3) debe disponerse de métodos que hagan visible la estructura de opiniones en un sistema más o menos definido; 4) toda investigación acerca de las representaciones sociales debe contar con criterios establecidos relativos a la existencia y consistencia de la representación, con el fin de poder enmarcarla y analizarla; y 5) deben existir criterios mínimos: la relación de los aspectos emotivos y actitudinales y la capacidad del modelo para integrar nuevos elementos (carácter modélico), y la relación entre los comportamientos (carácter funcional).

Otra clasificación de las principales ópticas desde las que se ha abordado su análisis (Jodelet, 1986)

- la actividad puramente cognitiva a través de la cuál el sujeto construye su representación. La representación presenta dos dimensiones. Una dimensión de contexto: el sujeto se halla en situación de

interacción social o ante un estímulo social y la representación aparece entonces como un caso de la cognición social... Una dimensión de pertenencia: siendo el sujeto un sujeto social, hace intervenir en su elaboración ideas, valores y modelos provenientes de su grupo de pertenencia o ideologías transmitidas dentro de la sociedad...

- pone el acento sobre los aspectos significantes de la actividad representativa. Se considera que el sujeto es productor de sentido, que expresa en su representación el sentido que da a su experiencia en el mundo social. El carácter social de la representación se desprende de la utilización de sistemas de codificación e interpretación proporcionados por la sociedad o de la proyección de valores y aspiraciones sociales. En tal sentido, la representación también es considerada la expresión de una sociedad determinada.

Cuando es propia de sujetos que comparten una misma condición social o una misma experiencia social, la representación frecuentemente se relaciona con una dinámica que hace que intervenga lo imaginario. Situada en el cruce de las coacciones sociales que pesan sobre el individuo y de los deseos o carencias que hacen eco de ellas, la representación expresa y permite trascender sus contradicciones...

- Una tercera corriente trata a la representación como una forma de discurso y desprende sus características de la práctica discursiva de sujetos situados en la sociedad. Sus propiedades sociales provienen de la situación de comunicación, de la pertenencia social de los sujetos que hablan y de la finalidad de su discurso...
- En la cuarta óptica es la práctica social del sujeto la que es tomada en consideración. Actor social inscrito en una posición o lugar social, el sujeto produce una representación que refleja las normas institucionales derivadas de su posición o las ideologías relacionadas con el lugar que ocupa...
- Para el quinto punto de vista, el juego de las relaciones intergrupales determina la dinámica de las representaciones. El desarrollo de las interacciones entre los grupos modifica las representaciones que los miembros tienen de sí mismos, de su grupo, de los otros grupos y de sus miembros. Moviliza una actividad representativa destinada a regular, anticipar y justificar las relaciones sociales así establecidas...
- Finalmente, una última perspectiva más sociologizante y que hace del sujeto el portador de determinaciones sociales, basa la actividad representativa en la reproducción de los esquemas de pensamiento socialmente establecidos, de visiones estructuradas por ideologías dominantes o en el redoblamiento doblemente analógico de las relaciones sociales...

V. Críticas

Pese a lo fructífero de su formulación como herramienta de análisis de la realidad social, diversos autores han realizado diferentes críticas a la "teoría" de las representaciones sociales (véase Alvaro, 1995). De entre las realizadas podemos destacar las referidas a su ambigüedad definicional, a la que el propio Moscovici responde señalando que dicha ambigüedad supone una ventaja al dejar abierta la posibilidad de incorporar elementos nuevos a la teoría, y a la no elaboración sistemática de sus diferencias con respecto al concepto de representación colectiva utilizado por Durkheim y del que el propio Moscovici se declara deudor.

En primer lugar, la ambigüedad conceptual con que está formulada la teoría hace que ésta sea difícilmente distinguible de enfoques teóricos como el propuesto por Berger y Luckman (1968) o de conceptos afines como el de actitud. Con respecto a las diferencias entre las actitudes y las representaciones sociales dos son los aspectos que han sido destacados como rasgos diferenciadores. El primero hace referencia al carácter social y no individual de las representaciones sociales. El segundo se refiere a la consideración de las actitudes como reacciones individuales a los estímulos del medio, mientras que las representaciones sociales determinarían dichos estímulos.

Su papel, por tanto, sería el de servir a la construcción simbólica del medio social. Ambas diferencias, destacadas por diferentes psicólogos sociales partidarios del uso de este enfoque en la investigación, quedan eliminadas si adoptamos una concepción sociológica de las actitudes como la propuesta por Torregrosa (1968). Para este psicólogo social una concepción sociológica de las actitudes supone destacar su determinación social en un triple sentido: tienen su origen en la interacción simbólica, caracterizan a los grupos sociales y el objeto al que se refieren es, también, de naturaleza social.

Asimismo, tampoco los teóricos de este enfoque han contrastado la noción de representación social con la de sistemas ideológicos. Al igual que en el caso de las actitudes, cada autor nos da una definición en parte diferente de cada uno de ambos conceptos; mientras que en algunos casos se destaca la interdependencia entre ideologías y representaciones sociales, en otros, se acentúan sus diferencias al indicar que la ideología sirve para legitimar las creencias o el comportamiento de un grupo social mientras que las representaciones sirven para dar sentido y comprender la realidad social.

En segundo lugar, aunque Moscovici se declara deudor de Durkheim, no elabora más que de forma superficial lo que diferencia su enfoque del construido por el sociólogo francés y que motiva la sustitución de la noción de "representación colectiva" por la de "representación social".

Pese a estas críticas, el estudio de las representaciones sociales se ha convertido en una importante área de reflexión teórica e investigación psicosocial. Sin su formulación por Moscovici, no se hubiesen generado todo un conjunto, cada vez más numeroso, de investigaciones psicosociales. Al mismo tiempo, aunque inintencionadamente, ha dado lugar a un debate teórico sobre sus similitudes y diferencias con enfoques y conceptos afines. Asimismo, su énfasis en la construcción social del conocimiento, dentro de los estudios sobre cognición social, hace de este enfoque teórico las señas de identidad de una psicología social cada vez más alejada del sesgo psicologista que ha caracterizado una parte considerable de sus razonamientos teóricos e investigación empírica.

El texto que se presenta a continuación expone los principales aspectos de las representaciones sociales realizando además una significativa comparación con los conceptos más cognitivistas en psicología social.

Tomado de **Ana María Pérez Rubio: La Psicología Social Cognitiva: La Cognición Social Y La Teoría De Las Representaciones Sociales** Universidad Nacional del Nordeste. Argentina (en http://www.psycologia.com/articulos/ar-perez_rubio01.htm)

La psicología social con enfoque sociológico: las representaciones sociales.

Frente al predominio de una psicología social psicológica de corte experimentalista se producen una serie de discusiones y cuestionamientos que se ha dado en llamar la crisis de la psicología social. Si bien el primer elemento, de esta crisis, fue la oposición entre la orientación psicológica y la orientación sociológica, otros elementos fueron (Paez, op. cit):

1. La toma de conciencia de la determinación social del conocimiento producida por la psicología social.
2. La toma de conciencia de las determinaciones ideológicas de este conocimiento,

3. Toma de conciencia de la valoración exagerada del método experimental.
4. Falta de confianza teórica y crecimiento desmesurado de microteorías y teorías de medio y corto plazo, que no se suman de forma natural brindando un cuerpo teórico articulado del que se carece.
5. Ausencia de relevancia social de los temas tratados por la psicología social
6. Relatividad histórica y cultural de los conocimientos adquiridos por la misma.

En este marco los psicólogos sociales definen el objeto de su disciplina de manera amplia, en particular los de origen

européico (Tajfel, Turner, Doise, Moscovici) quienes postulan las relaciones y las representaciones entre los grupos como objeto de estudio de la disciplina. Esta corriente intenta la articulación entre lo social y lo individual a partir de los procesos de interacción y de representación intra e intergrupos. Estos procesos mediadores están concebidos como determinados por la sociedad en la cual nosotros nos situamos, intentado explicitar las determinaciones sociales subyacentes en los procesos inter-grupales, determinados por la estructura social, concebida como conjunto de prácticas de los macro-grupos.

Turner (1988) define como programa mínimo europeo:

1. El rechazo del individualismo
2. La prioridad de la teoría sobre la metodología y el ritualismo empirista.

Dentro de este enfoque, se encuentra el desarrollo importante de la escuela sobre representaciones sociales.

Esta corriente - que comienza a desarrollarse en Francia una vez finalizada la segunda guerra mundial - se inscribe también en la línea de la psicología social cognitiva; pero se caracteriza, fundamentalmente, por el enfoque esencialmente sociológico con que se presenta, contrastando con el enfoque presentado anteriormente, en el que se enfatiza el aspecto psicológico o individual y en el que la dimensión social o "colectiva" ha desaparecido.

Esta escuela reconoce como antecedentes la psicología social de Wundt - que centra su estudio en los fenómenos mentales colectivos, tales como el lenguaje, los mitos y la religión - y el interaccionismo simbólico de George Mead - discípulo de Wundt - quien sostenía que la mente y el "yo", surgen como consecuencia de la interacción social en una comunidad de "otros" que comparten un lenguaje y una cultura comunes. Por último, aunque no por su importancia, la noción de representaciones colectivas de Durkheim, a partir de la cual dicho autor pretendía establecer la especificidad del pensamiento colectivo como uno de los medios por los cuales se afirma la primacía de lo social sobre lo individual (Herzlich, 1975). Esta teoría se ocupa al igual que la cognición social, del pensamiento vulgar y las epistemologías profanas, de la forma en que los individuos o grupos de individuos llegan a conocer el mundo de la vida cotidiana.

Las representaciones sociales constituyen una forma de conocimiento socialmente elaborada, que se establece, a partir de la información que recibe el individuo, de sus experiencias y modelos de pensamiento compartidos y transmitidos. A través de ellas, se describen, simbolizan y categorizan los objetos del mundo social, atribuyéndoles un sentido en el cual podrá inscribirse la acción (id.). Las representaciones sociales, operan así, condicionando la conducta: "actuamos en el mundo según creemos que es".

La idea de que existe una "realidad social" independiente de la psicología individual, que permite dar cuenta de los fenómenos colectivos, aparece como predominante para los teóricos de la representación social. Los hombres - interactuando - producen "juntos" un ambiente social con la totalidad de sus formaciones socio-culturales y psicológicas (Berger - Luckman, 1976) que se experimenta como existente por encima y más allá de los individuos actuales; como si poseyera una realidad propia que se presenta al sujeto como un hecho externo y coercitivo; con una existencia análoga a la del mundo natural (id.). dado que este mundo existe como una realidad objetiva, el individuo, no puede conocerla por introspección, debe "salir" a conocerlo.

El conocimiento que el hombre tiene del mundo real es un conocimiento pre-teórico, es la suma total de lo que "todos saben" sobre un mundo social que, a la vez, provee las reglas del comportamiento adecuado. A través del lenguaje y del aparato cognoscitivo, basado en ese lenguaje, el hombre objetiviza el mundo, ese mundo que se le enfrenta como una facticidad objetiva (cfr. Durkheim), ese mundo del sentido común que se da por supuesto y que no se cuestiona es el mundo de las representaciones, que opera como factor condicionante de nuestra conducta.

El concepto de representación social:

Se entiende por RS el producto y el proceso de construcción mental de lo real (Moscovici-Hewstone, 1986; Kâes, 1968). Constituyen sistemas cognoscitivos con una lógica y lenguaje propios. No son meramente opiniones, imágenes o actitudes, sino teorías o "ramas del conocimiento" que descubren y organizan la realidad: cumpliendo a la vez una doble función: a) establecer un orden que permita a los individuos orientarse en un mundo material y social y dominarlo; b) posibilitar la comunicación entre los miembros de una comunidad dándoles un código para el intercambio social y uno para nombrar y clasificar los diferentes aspectos de su mundo, de su historia individual y grupal (Farr, 1982)

Del hecho de representar se desprenden cinco características: (Jodelet, 1986)

1. La representación se produce siempre en relación con un objeto: es un acto de pensamiento por medio del cual se vincula con un objeto, es el representante mental del objeto, acontecimiento, persona, idea, emparentándose, por esta razón, con el símbolo.
2. Tiene un carácter de imagen y la propiedad de intercambiar lo sensible y la idea, la percepción y el concepto. A través del proceso de representación lo abstracto se concretiza transformándose en una imagen estructurada, la idea se materializa y cosifica. Aquí se emplea el término de imagen en el sentido de figura o conjunto figurativo, conjunto de rasgos de carácter concreto.
3. Tiene un carácter constructivo : no es una simple reproducción, sino que el acto de representar implica

siempre una parte de construcción y reconstrucción: cada uno de los elementos adquiere existencia real; de elementos del pensamiento se transforman en elementos de la naturaleza, que además, se consideran referentes del concepto. Son, por lo tanto, un factor constitutivo de la realidad social.

4. Tiene un carácter autónomo y creativo, ya que emplea elementos descriptivos y simbólicos proporcionados por la comunidad que se imponen al sujeto. Las representaciones se integran y superponen unas a otras, organizando su mapa cognitivo; en este sentido son parte del universo individual, pero son autónomas a la conciencia del individuo porque operan en situación de intercambio e interacción y no aisladamente (Palmonari-Doise, 1987)
5. Implican, siempre, algo social: las imágenes o representaciones que el sujeto tiene del mundo social no son imágenes individuales, sino compartidas por los integrantes de un grupo. Las categorías que se emplean son categorías del lenguaje, tomadas de un fondo cultural común. Lo social se introduce a través de la comunicación entre los actores sociales, a través del marco de referencia determinado culturalmente, a través de los códigos, valores e ideologías de las posiciones sociales específicas, expresando la pertenencia social del sujeto.

Comparando los dos modelos:

Si bien los dos modelos considerados, el de la cognición social y el de las representaciones sociales, se proponen estudiar las formas del saber profano, es posible establecer entre ellos ciertas diferencias (Moscovici, 1981; Jodelet, 1986)

1. Con la teoría de la representación social se desplaza el centro de interés del plano individual al colectivo. Ya no preocupa analizar al individuo aislado como procesador de información; ahora la preocupación está orientada a comprender lo que constituye un grupo o sociedad "comprometida en el hecho de pensar".
2. Esto implica un pasaje del nivel interpersonal al nivel social y cultural. De hecho, la mayoría de las nociones del "saber popular" forman parte de la esfera cultural. Se afirma así, la idea de la sociedad como una realidad "sui generis" que se impone al individuo, condicionando su relación con los objetos y determinando la naturaleza de los comportamientos y las informaciones.
3. Se anula la separación entre los procesos y el contenido del pensamiento social. Dicha separación estaba sustentada en el presupuesto que los procesos de pensamiento son generales, invariantes e independientes de la cultura; mientras que su contenido, es particular y variable y está ligado a ella. Para los teóricos de la representación social - en cambio - las reglas de la lógica están específicamente vinculadas a una cultura y a una actividad mental dada; a la vez, es posible identificar gran

cantidad de temas, máximas y contenidos de una cierta universalidad. Mantener la separación entre procesos y contenidos implica disociar lo que está unido desde el comienzo; el pensamiento es siempre pensamiento de algo. Concentrarse en los temas y las imágenes elaboradas por el pensamiento permite establecer el vínculo con lo social y comprenderlo. Por lo tanto, proponen, siguiendo el modelo de la antropología y el psicoanálisis, el análisis del contenido para derivar de él los mecanismos del proceso del pensar.

4. A diferencia de la cognición social, que se caracteriza por la investigación de laboratorio, para la teoría de la representación los datos deben ser captados en su propio contexto, y proponen, por lo tanto, como método una vuelta a la observación y al análisis comparativo. El análisis de las representaciones implica siempre una comparación entre grupos, entre culturas, entre mentalidades e ideologías.

Conclusión

El desarrollo de la noción de representación social constituye para la psicología social un intento sólido de integrar los niveles individual y social en el análisis de la conducta. Dicha noción aparece, como un concepto clave en esta disciplina, no sólo por su intento de articulación entre ambos niveles sino porque el mismo presenta una realidad y especificidad propia no tomada de otras ciencias. Las representaciones sociales están en la base de toda situación de interacción: cada vez que entramos en contacto con objetos o personas se movilizan contenidos mentales, imágenes, ideas que codifican y categorizan la situación atribuyéndole cierto significado.

La representación que el sujeto elabora de los objetos del mundo real no es de ninguna manera, una representación individual. En su elaboración se usan términos proporcionados por la comunidad: la información que proviene de lo real es percibida a través de códigos, valores e ideologías que se asocian a posiciones sociales específicas. Por lo tanto, las representaciones son siempre representaciones sociales, compartidas por aquéllos que ocupan posiciones sociales semejantes dentro de la estructura social.

De este modo se reintroduce en el análisis de los fenómenos psicosociales la dimensión social o colectiva. Lo social está necesariamente presente en toda situación: a través de los sujetos que intervienen - no existen individuos puros, ajenos a pertenencias sociales específicas -; a través del contexto en que se sitúan los individuos; a través de la comunicación que se da entre ellos; a través del marco de referencia determinado culturalmente.

El modelo enfatiza además, la relevancia de los factores cognitivos como mediadores de la conducta. Para los teóricos de la representación, ésta constituye una forma de conocimiento, el conocimiento del sentido común; nuestro mundo de todos los días es un mundo de representación, un

mundo construido en situaciones de interacción y con sentido, en el que se enmarcan las conductas.

Este proceso de elaboración cognitiva y simbólica de la realidad - que resulta tributaria de la posición que ocupa el sujeto - permite organizar la realidad, orientarse en el mundo material y social y regular las acciones entre los distintos actores sociales. En este sentido, constituye una innovación respecto a otros modelos ya que pone en relación los elementos simbólicos con las conductas. Por lo tanto, su estudio - dado que está a mitad de camino entre lo psicológico y lo individual - debe ser abordado como el producto y el proceso de una elaboración psicológico y social de lo real.

Ya no son las leyes psicológicas y las reglas lógicas las que determinan la interpretación de los comportamientos, sino las representaciones sociales las que constituyen los datos que han de servir de punto de partida de la investigación.

Todo otro modelo - que haga abstracción de los modos de cultura que crean el lenguaje - que no se interese por las relaciones que se establecen entre las personas tienen un enfoque reduccionista que niega la esencia eminentemente social de los fenómenos humanos.

III. ACTIVIDAD PREVIA

Lectura de Syllabus correspondiente a la sesión.

IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN

Clase expositiva a cargo de docente y discusión plenaria.

V. LECTURA POST -SESIÓN

[Álvaro, J. L. \(s/f\): Las Representaciones Sociales. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.](#)

SESIÓN 10

I. OBJETIVOS

Comprender la emergencia del movimiento socioconstruccionista en Psicología Social
Entender el concepto de *discurso* y comprender su función en una comprensión psicosocial
Discutir acerca de sus efectos para el entendimiento de lo subjetivo e intersubjetivo

II. TEMAS

d. Discurso y Construcción Social

- i. Fundamentos
- ii. Lenguaje y Vida Social
- iii. Discurso
- iv. Análisis de Discurso
- v. Sujeto e Intersubjetividad: la vida social como fundamento de la individualidad

El siguiente texto intenta dar un vistazo a las condiciones que permiten la emergencia de una comprensión constitutivamente social de lo psicológico y de lo psicosocial, accediendo a sus efectos teóricos y prácticos, en tanto mirada introductoria.

Sisto, V. (2002): *Discurso y Construcción Social: Nuevos Caminos para la Psicología*. Conferencia dictada el 31 de Julio de 2002. Programa de Magister en Psicología. Universidad de la Serena, Chile

Ya desde fines de los años ochenta ha comenzado a penetrar fuertemente en psicología el socioconstruccionismo, comprendido como la mejor respuesta teórica al cognitivismo (Álvaro, 1995), perspectiva dominante en psicología. La fuerza con que el socioconstruccionismo ha aparecido en el campo de lo psicológico le ha valido la denominación de "segunda revolución en psicología" (Harré, 1992), luego de la primera: la cognitivista.

Hoy el socioconstruccionismo ofrece una nueva mirada capaz de penetrar en la complejidad de una subjetividad ya no escindida del contexto sino que emergente a partir de las relaciones sociales. Efectivamente esta aproximación pone como punto de mira para la psicología a la acción social "y su carácter dilemático y político" (Cabruja, Iñiguez y Vázquez, 2000; p. 61).

Sin embargo para comprender su efecto en psicología es relevante hacer un repaso desde el cognitivismo evaluando, a partir de su confrontación con este movimiento, el posible impacto del socioconstruccionismo para la Psicología.

Efectivamente, la principal doctrina que ha dominado el quehacer psicológico durante el siglo XX ha sido el llamado Cognitivismo o Teoría del Procesamiento de la Información. A pesar de la existencia contigua de otras perspectivas alternativas, ésta es la que definitivamente se ha logrado situar cómo la manera 'científica' de desarrollar un estudio acerca de la realidad psicológica (Gardner, 1987), relegando a las otras aproximaciones al campo de la terapia y/o de la filosofía, como ha sido el caso de la teoría psicoanalítica o humanista existencial. Así, de emerger como un área de estudios delimitada a problemas específicos como la percepción,

atención, memoria, el razonamiento y la resolución de problemas, se transformó crecientemente en una teoría abarcadora del resto de la vida psicológica y cultural, incluyendo desde las emociones hasta la psicología política pasando por el desarrollo del niño y las relaciones sociales, entre otras áreas.

No es mi interés abordar aquí el desarrollo de la ciencia cognitiva. Sin embargo sí creo relevante señalar algunos aspectos de su evolución en tanto fenómeno social, con el objeto de dar una descripción somera de cómo el cognitivismo a partir de un estudio acotado amparado en una cierta metáfora y en un lenguaje específico constituye a este lenguaje en su determinación, sin por ello dejar de pretender abarcar la totalidad fenómenos psicológicos.

Del Estudio de los Procesos Cognitivos a la noción de Sujeto como Mecanismo de Procesamiento de Información

Tal como lo plantea Gardner (1987), hubo una decisión de carácter deliberado de restar importancia a ciertos factores que podrían ser importantes para el funcionamiento cognitivo, ya que podrían entorpecer el desarrollo de la ciencia cognitiva. Estos incluían las influencias afectivas y emocionales, y las contribuciones de factores históricos y culturales, entre otros. Es así como el cognitivismo se orientó desarrollando un nivel de discurso propio, como una estrategia dirigida a validar esta empresa científica. Riviére (1988) lo plantea así: "es útil situar la explicación del comportamiento, cuando los sujetos recuerdan, razonan, comprenden, etc., en el plano de las estructuras y procesos de conocimiento, el cual se define por su grado de entidad (esto es, de autonomía) funcional" (p. 24).

Con esta idea de autonomía funcional Rivière trata de expresar la noción de que en la conducta se darían ciertas regularidades que no pueden ser descritas, sin pérdidas de información en otros términos que no sean los propiamente cognitivos brindados por la metáfora computacional. Así, la autonomización de la cognición en tanto computaciones simbólicas basadas en reglas implicó efectivamente una creciente autonomización del cognitivismo que expandió rápidamente sus campos de acción.

En efecto, la misma estrategia científica que gracias a este nivel de discurso propio permitió desarrollar un sin número de investigaciones, transformó a la metáfora computacional cognitiva en bastante más que una metáfora, primero, en la descripción misma de la naturaleza de los procesos psicológicos, convirtiéndose la psicología del niño en el estudio de su desarrollo cognitivo, y la psicopatología en el estudio de esquemas cognitivos patológicos; y, luego, en la descripción de los fenómenos sociales como fenómenos sociocognitivos, centrando el estudio de la psicología social en los mecanismos cognitivos que median conductas y juicios de un individuo frente a otros y con otros individuos (Wyer y Srull, 1989; p. 2).

Es en este sentido que Edwards (1997) señala que el cognitivismo es más y menos que el estudio de la cognición. Es más, ya que de haberse dedicado primitivamente al estudio de ciertos procesos individuales de conocimiento ha expandido su ámbito de acción al resto de los procesos no sólo psicológicos sino que también sociales. Sin embargo también es menos, pues ha reducido lo que son los procesos de conocimiento. "Todo interés en el conocimiento como algo culturalmente realizado -en textos escritos y prácticas sociales, en disciplinas académicas, en ciencia, mitos o sentido común- es rápidamente referido a entendimientos individuales y tópicos como las relaciones entre literación y razonamiento lógico, a creatividad individual y resolución de problemas, y a la superioridad de la ciencia cognitiva en sí misma por sobre la inadecuación de las teorías populares y el sentido común. Si la cognición es el tópico, el cognitivismo es la teoría" (1997; p. 27)¹.

La teoría cognitivista señala como su objeto de estudio a la mente definida como cognición. La cognición es el procesamiento de información definida como computación simbólica, es decir, manipulación de símbolos basada en reglas. Los símbolos son unidades de información que se corresponden con estados del mundo real (Varela, 1988), por ello se les llama representaciones. Así se puede plantear que, de acuerdo a esta teoría, el sujeto es un sujeto procesador, describable en términos de procesos de computación simbólica, la metáfora más exacta para explicar al sujeto sería la del ordenador.

He aquí un elemento a destacar: el lenguaje según el cognitivismo ocupa un rol central en el procesamiento de información. Los símbolos son las unidades que se corresponden con estados del mundo. Estos símbolos se organizan conceptualmente, adquiriendo la mente una

organización categorial que le permite modularizar y hacer así más abstracto su conocimiento del mundo. Los procesamientos son realizados siguiendo reglas propias de la lengua. Y ésta, siguiendo a Chomsky, será considerada como un saber intuitivo presente en las mentes de los hablantes individuales y que se compone como un conjunto de reglas o instrucciones cuya aplicación produce sólo enunciados admisibles, es decir, gramaticales, para la lengua.

Tal como podemos ver, la idea de una mente individual organizada bajo la existencia de diversas reglas gramáticas de carácter limitado que permite una serie ilimitada de performances lingüísticas determinará el desarrollo del cognitivismo.

Lenguaje, Giro Lingüístico y Cognición

Uno de los fundadores de las ciencias cognitivas, Jerome Bruner (1990), narra que las ciencias cognitivas habrían intentado establecer al significado como el concepto central en psicología, ni estímulo-respuesta, ni conducta observable, ni impulsos biológicos, sino significado (Bruner, 1990; p. 2). Sin embargo esta intención primitiva que intentaba acercar la psicología, en tanto perspectiva científica, al resto de las disciplinas humanas y ciencias sociales de carácter interpretativo, fallará. Bruner, en su libro *Acts of Meaning* enfatiza este fallo señalando que actualmente esta perspectiva está divertida en temas que son marginales al impulso que las hizo nacer (1990; p. 1). De este modo esta revolución quedó estancada en su tecnificación, lo que es apreciable en el modelo de sujeto emergente de la investigación cognitivista, demostrándose así la pérdida del impulso original (Bruner, 1990).

Tal como ya se señaló el lenguaje era central como mecanismo de categorización y como regla de procesamiento, sin embargo el modelo lingüístico utilizado de carácter estructuralista generativista presentaba una noción de lenguaje individualizado y descontextualizado coherente con el modelo cognitivista.

A pesar de que fue la comprensión generativo estructural de la lengua la que despertó el interés del cognitivismo, paralelamente distintas perspectivas en torno a qué es el lenguaje se desarrollarían en una dirección opuesta al cognitivismo y son estas perspectivas las que servirán de fundamento al socioconstruccionismo.

Si el cognitivismo consideraba como principal función del lenguaje servir como vehículo de representación la pragmática de Austin y Searle dirán que más que describir, su principal función es hacer cosas, poniendo su énfasis en las consecuencias del uso del lenguaje.

Si para el cognitivismo a través de las palabras quedan referidos objetos del mundo externo, Wittgenstein (1958) señalará que el significado de las palabras no precisan de un referente objetivo externo al uso mismo del lenguaje. No son los objetos que supuestamente representa los que dan origen al significado del lenguaje, sino que la posición de los signos en los juegos de lenguaje o secuencias de acción. El significado es puesto en el contexto de la actividad lingüística propiamente tal más allá de estructuras y convenciones

¹ Todas las traducciones realizadas de esta obra son propias.

arbitrarias. Así mismo se explicita que todo lo que pueda ser dicho de la mente en realidad es acerca de la naturaleza del lenguaje. No es posible decir nada que vaya más allá de las convenciones del lenguaje cotidiano.

Gadamer, por su parte lo pondrá así: "El lenguaje no es sólo una de las dotaciones de que está pertrecho el hombre tal como está el mundo, sino que en él se basa y se representa que el que los hombres simplemente tengan mundo. Para el hombre el mundo está ahí como mundo, en una forma bajo la cual no tiene existencia para ningún otro ser vivo puesto en él. Y esta existencia del mundo está constituida lingüísticamente" (Gadamer, 1975 [1995]; p. 531).

Por último, si el cognitivismo, siguiendo con una comprensión estructural del lenguaje pensó a la estructura lingüística como matriz abstracta que organiza símbolos que representan a un mundo externo preexistente, la semiótica de segunda generación rechazará radicalmente esta idea. El lenguaje está determinado por las maneras de hablar de una comunidad, determinándose así histórica y culturalmente (Eco, 1976). De hecho el lenguaje como código, en tanto pertenece y se constituye en los modos de habla de una comunidad, refiere más a contenidos culturales que a una realidad externa a esta. Umberto Eco plantea esto de un modo bastante claro: "En el marco de una teoría de los códigos, no es necesario recurrir al concepto de extensión, ni tampoco al de mundo posible (por lo menos en términos de la ontología tradicional): su existencia es de orden cultural y constituye el modo como piensa y habla una sociedad y, mientras habla determina el sentido de sus pensamientos a través de otros pensamientos y estos a través de otras palabras" (1976 [1981], p. 122).

Siguiéndose de lo anterior, si es el lenguaje el que da posibilidad a la diferenciación de la información que procesa el sistema, y, por tanto, a su reconocimiento, además de permitir su ordenación categórica, no se puede plantear que estos procesos den lugar a representaciones de una realidad externa e independiente. La realidad de la que da cuenta es la cultural. El lenguaje contextualizado ya no puede ser ofrecido como una estructura abstracta, fundamento seguro, ahistórico y estable para el conocimiento. La lengua es descubierta como un artilugio de poder. "El lenguaje es una legislación, la lengua es su código. No vemos el poder que hay en la lengua porque olvidamos que toda lengua es una clasificación, y que toda clasificación es opresiva (...) Un idioma se define menos por lo que permite decir que por lo que obliga a decir" (Barthes, 1978 [1995]; p. 118).

Los signos si bien se definen por estructuras, éstas son comprendidas por el postestructuralismo como ejercicios de poder. Foucault cambia a las estructuras por discursos, en los cuales poder y conocimiento vienen imbricados el uno en el otro. Los discursos son entonces comprendidos como conjuntos de reglas no explícitas que fijan las posibilidades en que puede ser algo dicho, creando así determinados objetos y no otros. De ahí que denomine arqueología a su tarea, "un estudio que se esfuerza por reencontrar aquello a partir de lo cual han sido posibles conocimientos y teorías. según cual espacio de orden se ha constituido el saber, sobre el fondo de qué a priori histórico y en qué elemento de positividad han

podido aparecer las ideas, constituirse las ciencias, reflexionarse las experiencias en las filosofías, formarse las racionalidades para anularse y desvanecerse quizás pronto" (Foucault, 1966 [1996]; p. 7).

Así estos discursos no viven como estructuras en la pureza de la abstracción, gramática, por ejemplo, como lo concibió Saussure, y esto lo que mejor caracteriza a los postestructuralistas franceses. El poder constituye a los discursos y en ellos se sostiene, produciendo objetos y saberes, reproduciéndose así.

Desde Peirce, pasando por Wittgenstein y hasta los estructuralista y postestructuralistas, las perspectivas presentadas ponen de manifiesto, con mayor o menor grado de explicitación, que los signos no refieren a una realidad objetiva externa preexistente a la dinámica social del lenguaje, poniendo énfasis en que la realidad conocida por los sujetos es lingüística y tiene que ver con el desenvolvimiento de la vida social, sea o no determinada estructuralmente, tal como lo propusieron los estructuralistas.

En efecto las perspectivas más críticas han ido ganado terreno en el ámbito académico. El denominado giro lingüístico (Rorty, 1967) sintetiza la crisis surgida a partir de las críticas surgidas en los sesenta a la noción de lenguaje y realidad, proponiendo un giro conceptual a la filosofía y las ciencias sociales hacia la construcción lingüística en sus usos. Es esto lo que permitirá el surgimiento del socioconstruccionismo.

El Socioconstruccionismo

El conocimiento no está en la mente de los individuos, ni las palabras son reflejo ni de la mente ni de una naturaleza preexistente; "la fuente principal de las palabras que utilizamos sobre el mundo radica en la relación social. Desde este ángulo lo que llamamos conocimiento no es el producto de mentes individuales, sino del intercambio social; no es el fruto de la individualidad sino el de la interdependencia" (Gergen, 1989; p. 169).

El construccionismo social, tal como fue planteado por Berger y Luckmann (1967/1983) señala que la realidad es construida en la interacción significativa que realizan los seres humanos. Esta realidad es internalizada por los individuos a través de la socialización.

Los procesos sociales que constituyen a la realidad toman el carácter de procesos históricos, y se concretizan en discursos acerca de la realidad (Gergen, 1989). En efecto, el lenguaje, en tanto sentidos socialmente compartidos construye realidades, y cambia junto con las relaciones sociales.

Su efecto principal sobre la práctica en las ciencias sociales se orienta como crítica a la utilización de los métodos de las ciencias naturales en la investigación social. Los procesos sociales tal cual son descritos por el socioconstruccionismo tienen características ante las cuales las reglas del método científico y los laboratorios sociales son impotentes, incapaces de abarcar. El construccionismo social demanda a las ciencias sociales situar su mirada en los procesos sociales que otorgan sentido y existencia a la realidad, y esto "no radica EN las personas, ni tampoco FUERA de ellas, sino que se ubica precisamente ENTRE las personas, es decir, en el espacio de

significados del que participan o que construyen conjuntamente" (Ibáñez, 1989; p. 119). He aquí la demanda de métodos capaces de dar cuenta de esta complejidad intersubjetiva, métodos liberados de la necesidad de ajustarse al método científico experimental propio de las ciencias naturales que ha dominado a la psicología social, como psicología social experimental.

El socioconstruccionismo, en tanto perspectiva teórica, va a tener su eco en psicología. Primero a través de la perspectiva culturalista con su recuperación de la psicología soviética, especialmente en lo que dice relación con el problema del desarrollo del niño. La psicología soviética, en particular la perspectiva de Vygotsky, Leontiev y Luria, los psicólogos más ampliamente recuperados por la avalancha culturalista, está basada en la noción marxista de lenguaje y esto es lo que transforma radicalmente la noción de sujeto a la que apunta la psicología culturalista. Sujeto emergente desde sus contextos histórico culturales, sujeto individualizado desde lo social. Desde esta posición distintos investigadores de la perspectiva culturalista se aproximarán o formarán parte del movimiento socioconstruccionista (por ejemplo Shotter, 1978). Sin embargo la mayoría de los autodenominados psicólogos culturalistas hasta el día de hoy reducen su ámbito de acción al desarrollo psicológico del niño.

Va a ser la introducción del análisis del discurso a la investigación en psicología social la que traerá consigo el desarrollo de una de las respuestas más consistentes desde una perspectiva socioconstruccionista a la Psicología Cognitiva: la Psicología Discursiva.

La psicología discursiva comprende al lenguaje imbricado y emergente en las interacciones sociales, constituyendo así la subjetividad: "no se trata de que los seres humanos recurran a una herramienta de mediación para representar el mundo, sino que el mundo y los mismo seres humanos existen en virtud de su construcción lingüística y discursiva" (Cabruja, Íñiguez y Vázquez, 2000; p. 63).

Cabruja, Íñiguez y Vázquez plantean ciertas características relevantes de esta perspectiva y que permiten su articulación (2000; p. 64):

- La focalización sobre la dimensión simbólica de lo social: la relevancia que ostentan la creación de significados y la co-construcción de los mismos.
- Una concepción de ser humano como ser propositivo y autodeterminante frente a las concepciones esencialistas y deterministas de las posturas más convencionales y dominantes.
- La importancia de la interpretación como dispositivo relacional fundamental.

Si lo nuestro conocimiento, tal como lo reconocen los cognitivistas, es realizado mediante el lenguaje, este no resulta un dispositivo arbitrario y abstracto descontextualizado que permitiría a la mente representar la realidad, tal como un espejo. El lenguaje remite a las prácticas sociales cotidianas, es en esas prácticas sociales en las cuales se configuran las categorías con las cuales podemos acceder a un mundo. Por ello "el punto de partida es la consideración del mundo social

como una construcción erigida en base a significados" (Cabruja, Íñiguez y Vázquez, 2000; p. 64).

Efectivamente, como lo plantea Potter (1996 [1998]) "La realidad se introduce en las prácticas humanas por medio de las categorías y las descripciones que forman parte de esas prácticas. El mundo no está categorizado de antemano por Dios o por la Naturaleza de una manera que todos nos vemos obligados a aceptar. Se construye de una u otra manera a medida que las personas hablan, escriben y discuten sobre él" (p. 130).

Las relaciones sociales como relaciones en base a significados serán el foco de una mirada discursiva. Las personas se constituyen como sujetos a partir de las relaciones sociales en las que participan cotidianamente, su subjetividad dependa directamente de esas relaciones sociales. Si el sujeto opera en base a significados y queda definido o, como lo dijo Vygotsky, individualizado desde las relaciones sociales, la psique, la mente, no puede ser comprendida como mónada individual que se pone en relación con otras mentes, constitutivamente individuales. Al contrario, lo que creemos separado y claramente delimitado: nuestra propia individualidad, emerge de la intersubjetividad.

Es así que el foco es puesto en el análisis de la construcción y de los significados. Es así que el análisis de discurso es traído a la psicología desde la lingüística y la pragmática a partir del reconocimiento desde el socioconstruccionismo de la importancia del lenguaje en la vida social y, por lo tanto, para la psicología social. La incorporación del análisis del discurso como herramienta metodológica, no fue solamente la agregación de un nuevo instrumento a la caja de técnicas de la psicología, más que eso su introducción ha significado una reconceptualización radical en la comprensión de los fenómenos psicológicos fundada en la noción de que "el lenguaje ordena nuestras percepciones y hace que las cosas sucedan, mostrando cómo el lenguaje puede ser usado para construir y crear la interacción social y diversos mundos sociales" (Potter y Wetherell, 1987; p. 1). Así, con el análisis de discurso se espera "obtener un mejor entendimiento de la vida social y de la interacción social a través del estudio de textos sociales" (Potter y Wetherell, 1987; p. 3).

Discurso y Análisis de Discurso

Influida por la teoría de los actos de habla de Austin y Searle, por la etnometodología y por semiología francesa, la perspectiva psicológica de análisis del discurso asumirá como características constitutivas del discurso las de *función*, *construcción* y *variación* (Potter y Wetherell, 1987).

Tomando la noción de que los discursos son usados para hacer cosas, estos deben ser vistos desde el punto de la función que tienen. Las funciones no siempre son explícitas, por ello será la lectura de contexto que realice el analista la que determinará la función específica de tal o cual discurso.

El discurso construye versiones sobre el mundo. "La función implica la construcción de versiones y esto está demostrado por la variación del lenguaje" (Potter y Wetherell, 1987). La construcción de los eventos de los que se da cuenta a través del lenguaje siempre pasa por el uso de los recursos

lingüísticos preexistentes en el lenguaje mismo y el uso de los recursos incluidos en el dar cuenta de eventos siempre está determinado por un proceso de selección activa que se lleva a cabo al momento de construir la versión a través del lenguaje. A lo anterior es necesario agregar que la interacción social adquiere como una de sus formas primordial el dar cuenta de eventos, basándose en esos eventos concebidos como una realidad más allá de la misma interacción, por lo anterior, el habla cotidiana, en tanto orientada a dar cuenta de eventos puede ser concebida entonces como una potente constructora de realidad, y esta cualidad emerge no de una intención premeditada por la persona hablante, sino de la necesidad de dar sentido a los fenómenos y al hecho de estar sumergida en la actividad social cotidiana de construir versiones coherentes, como justificaciones (Billig, 1987; Potter y Wetherell, 1987).

Por último, la variación como característica del discurso emerge de la observación del habla cotidiana y hace referencia a que el lenguaje cambia constantemente de funciones, cambiando también sus relaciones con los contextos. De modo que con variación se quiere proponer que el lenguaje puede ser usado con una gran variedad de funciones y también su uso implica una amplia variedad de consecuencias; un mismo fenómeno puede ser descrito de una gran variedad de maneras posibilitando así dar cuenta así de distintas versiones de un fenómeno. Así la perspectiva del análisis del discurso asume al lenguaje como una entidad variable y relacionada a sus contextos, a diferencia de la perspectiva más realista, representacionista del lenguaje tal como fue asumido por el cognitismo, que da mayor énfasis a la consistencia como signo de validez.

Las personas siempre construyen a través del lenguaje versiones y eventos, modifican su despliegue discursivo de acuerdo a los contextos en que éste es desarrollado, como consecuencia de la necesidad de desarrollar un amplio rango de actividades en su habla, y por la necesidad de lograr diversos efectos o una coherencia argumentativa en el dar cuenta con el contexto en el que éste es desarrollado.

Así, los analistas del discurso han dejado de comprender al lenguaje desde una perspectiva realista representacionista, enfoque que ha caracterizado la utilización del lenguaje en los modelos psicológicos dominantes (en particular en el cognitismo); el discurso cobra así derecho propio a ser analizado como una entidad autónoma, transformándose en un tópico central para el análisis de los procesos de interacción social, reenfoándose una gran cantidad de problemas propios de la psicología social clásica desde la perspectiva del análisis del discurso.

De modo que la pregunta de investigación que guía al analista de discurso dice relación con la construcción que realiza el discurso y la función que éste tiene: cómo está articulado el discurso y qué es obtenido a través de esta construcción (Potter y Wetherell, 1987).

Psicología Discursiva como La Psicología Socioconstruccionista

La emergencia del análisis del discurso, así, se transformó también en el nacimiento de una nueva perspectiva psicológica

que para algunos será una nueva revolución en la psicología como lo fue en su momento la revolución cognitiva (Harré, 1999; Harré y Gillet, 1994; Edwards, 1997; Shotter, 1999b; Lock, sin fecha).

Si bien existen diversas perspectivas que coinciden en centrar las explicaciones de los fenómenos psicológicos en torno al concepto de significación y a los procesos por los cuales los significados son creados, negociados y usados al interior de una comunidad, con la incorporación del análisis del discurso éstas encontraron su punto de anclaje en el concepto de *discurso*, constituyéndose así una *psicología discursiva* propiamente tal.

La psicología discursiva se orienta a descubrir cómo son contruidos los eventos, poniendo su foco "en la interacción cotidiana, en el habla y discurso, en las actividades que la gente realiza cuando dan sentido al mundo social y a los recursos (sistemas de categorías, vocabularios, nociones de personas, etc.) de los cuales dependen estas actividades (...)" La psicología discursiva cambia el énfasis desde la naturaleza de lo estático individual hacia la práctica dinámica de la interacción" (Potter, 1996b; p. 150)

Los discursos son así concebidos como constitutivos de los fenómenos psicológicos. Con la psicología culturalista, se giró la mirada hacia el papel fundamental que le cabía al lenguaje en lo psicológico, la psicología discursiva concretiza esta importancia del lenguaje en la noción de discurso, el habla y la escritura orientada a la acción (Edwards y Potter, 1992). El lenguaje entonces es visto en el contexto de su ocurrencia, como construcciones ocasionadas y situadas.

La psicología discursiva aparece así presentándose como un reconceptualización teórica radical que abarcará el concepto de sujeto, subjetivación, construcción de objeto y de realidad y demás fenómenos intersubjetivos.

Para la psicología discursiva los discursos, al categorizar al mundo social, convierten a los fenómenos en signos, constituyéndolos como elementos de un mundo social. "Un argumento fuerte podría ser que los discursos nos permiten ver cosas que no están "realmente" ahí, y que una vez que un objeto ha sido elaborado en un discurso, es difícil referirse a él como si fuera real" (Parker, 1992; p. 5).

Una característica central de la psicología discursiva será que ésta trata tanto con la realidad externa como con la psicológica como referidas a acciones discursivas, abiertas así a la capacidad constructiva de las descripciones e implicaciones de estas acciones discursivas (Edwards y Parker, 1992).

Para la Psicología Discursiva los sujetos se construyen en las actividades discursivas "Un sujeto, un sentido del ser, es una constitución localizada al interior de la esfera expresiva, la cual encuentra su voz a través de grupos de atributos y responsabilidades asignadas a él como a una variedad de otros objetos" (Parker, 1992; p. 9); es por ello que se enfatiza que el discurso interpela a los sujetos constituyéndolos de determinadas maneras y que, como sujetos, no podemos evitar las percepciones de nosotros mismos y de los otros a las que el discurso nos invita.

Si el discurso es utilizado variablemente y en consistencia a las circunstancias, entonces el sí mismo y la identidad son

visualizadas como versiones construidas factualmente calzando así con las actividades prácticas e interacciones de la gente (Edwards y Potter, 1992).

De lo anterior se desprende que el sujeto no resulta concebido como una producción individual, sino más bien social, variable y moldeable contextualmente. Enfrentando las principales tradiciones en psicología que han abordado el problema de la identidad y de la subjetividad como una entidad individualizada y estable, como por ejemplo las teorías clásicas de la personalidad. Si son los discursos los que producen sujetos, entonces éste no puede ser concebido como una mónada individualizada estable y permanente, “no existe ‘un’ verdadero self esperando ser descubierto, sí una multitud de seres encontrados en los diferentes tipos de prácticas lingüísticas” (Potter y Wetherell, 1987; p. 102) articuladas ahora, en el pasado, históricamente y transculturalmente.

La psicología discursiva se ha empeñado en el estudio de cómo particulares versiones del ser y del otro son usadas y estabilizadas en coherencia con una particular versión de los eventos, de mundo, como recurso para determinadas acciones (Edwards y Potter, 1992)². En este sentido, los distintos modelos psicológicos de sujeto son vistos así como una construcción teórica localizada históricamente. Al depender de ciertos tipos de prácticas sociales son inevitablemente contingentes al contexto cultural e histórico inmediato al desarrollo del modelo.

El sujeto es entonces producido en el discurso, entendido como una práctica dirigida. Así de la presión para dar cuenta de sí y hacerse inteligible a los otros mediante el discurso emergería el sujeto, implicado en la práctica social discursiva (Potter y Wetherell, 1987). Desde este punto de vista, en que es el discurso el que da cuerpo permitiendo la emergencia de un sujeto, la matriz gramática del lenguaje y su uso cotidiano toman relevancia para un análisis discursivo de la constitución del sujeto.

Así el sujeto de la psicología discursiva resulta visualizado como un flujo determinándose en las prácticas sociales discursivas, el discurso articula al sujeto como parte de la direccionalidad de tipo argumentativa y retórica que caracteriza a las prácticas discursivas cotidianas. El sujeto así viene determinado como una práctica argumentativa que intenta alcanzar consistencia con su circunstancia de emisión.

Hemos tratado hasta aquí las nociones de discurso, de análisis de discurso y de sujeto propias de la perspectiva discursiva sin embargo no vamos a dejar en el tintero una de las características más trascendentes de esta perspectiva y que se desprende de las mencionadas nociones. Me refiero a que los discursos, constituidos y constituyentes de la vida social, la organizan, determinando y produciendo un orden social. La

perspectiva discursiva sigue a Foucault y su comprensión de discurso como una aleación insoluble entre saber y poder.

“La función principal del discurso no consiste en representar el mundo sino en dar forma a nuestras acciones sociales y coordinarlas. Cuando construimos una narración es especialmente relevante el momento histórico en el cual lo hacemos y cómo lo hacemos. Todos los seres humanos nos incorporamos a un medio articulado donde preexisten los conceptos, las maneras de construir narraciones socialmente aceptables, cuyos efectos podemos manejar estratégicamente y mediante las cuales podemos coordinar nuestras acciones con las demás personas” (Cabruja, Íñiguez y Vázquez, 2000; p. 63).

Los discursos construyen objetos y sujetos, en definitiva órdenes de mundo y de relación. Toda lengua es una legislación y cada categoría es un ejercicio de poder. Por lo tanto es tarea del análisis de discurso y de la psicología discursiva dar cuenta cómo construcciones específicas de objeto y de sujeto permiten y reproducen determinados órdenes sociales. La objetividad queda así referida a una retórica que refiere ingenuamente enunciados teóricos a estados de cosas, no bien se entiende que estos enunciados son relativos al sistema de referencia previamente puesto con ello. El objeto de la psicología resulta entonces un objeto político: La constitución mental de y por las formas simbólicas no es ajena a las políticas de producción del significado. Estas políticas que producen los significados no son neutrales, responden a intereses ligados a sostener un orden social. Por lo tanto las estructuras cognitivas utilizadas por los sujetos están construidas y determinadas por el orden social. Desnaturalizar los sistemas de clasificación en los que se basa nuestra cognición y que esconden relaciones de dominación consiste en el objetivo ético y político presente en el proyecto socioconstruccionista. Y quiero llamar la atención respecto a esto último comparándolo con el cognitismo.

La noción de representación, tal como es concebida por el modelo cognitivista, señala que el conocimiento debe orientarse, a partir de las diversas estrategias de razonamiento y resolución de problemas, hacia el logro de una representación lo más exacta respecto a una realidad externa e independiente al sujeto. La realidad está ahí, y es nuestro deber conocerla lo más exactamente, y, en consecuencia, actuar en coherencia a ese mundo pre-existente. Es por lo anterior que se plantea que “la ontología realista es una justificación posthoc del orden institucional existente” (Woolgar, 1998 [1991]; p. 103). He ahí la función social que cumple el planteamiento de la postura representacionista.

Ignacio Martín-Baró, señala claramente como la psicología latinoamericana, en su intento por defender su científicidad, ha adoptado el modelo cognitivista. El que “ha servido para fortalecer, directa o indirectamente, las estructuras opresivas, al desviar la atención de ellas hacia los factores individuales y subjetivos” (Martín-Baró, 1986 [1998]; p. 286). Martín-Baró confirma que es a través de la ciencia que se constituye la mayor parte de las nuevas fuentes de poder; “se desplazan y reforman las sociedades con y por medio de los contenidos de la ciencia” (Latour, 1983).

² Este estudio de las definiciones del proceso constitución de la subjetividad coincide con el desarrollado por Foucault (1961 y 1963) en el sentido de que ciertos modos de definir al sujeto se constituyen como tal en tanto argumentos de justificación de determinados ordenes, en el caso de Edwards y Potter, de determinadas acciones.

Siguiendo a Martín-Baró, "de lo que se trata es de preguntarnos si con el bagaje psicológico de que disponemos hoy podemos decir, y sobre todo hacer algo que contribuya significativamente a dar respuesta a los problemas cruciales de nuestro pueblos" (Martín-Baró, 1986 [1998]; p. 287).

En esto el socioconstruccionismo, desde una perspectiva no realista "introduce la polémica, la controversia y la diversidad de versiones que sólo pueden dirimirse a través de las prácticas sociales, sin ampararse en un metanivel extrasocial que le otorgue legitimidad" (Cabruja, Iñiguez y Vázquez, 2000; p. 81). Son las relaciones sociales el fundamento de la constitución de sujetos y objetos. Los discursos, en tanto constructores de objetos y sujetos, no existen en un nivel distinto al de las prácticas sociales, es en ellas en las cuales se realiza, a la vez que la va realizando, reproduciendo un orden de las cosas. Ese orden de las cosas, sin embargo, no es

ajeno a las propias prácticas. A la vez que son determinadas por él, éste es producido también. La estructura social no es ajena a los susurros de la lengua presentes en cada práctica. Hoy estamos reproduciendo un orden social, esta relación se basa en ciertas categorías que damos por sentadas y no son puestas en discusión (la relación conferencista/público, por ejemplo). Sin embargo a medida que vamos reproduciendo este orden, también podemos abrir oportunidades para su transformación. A medida que los discursos son utilizados son producidos también. El discurso no es una entidad abstracta ajena a su propia vida cotidiana. *La palabra así sólo puede existir en la interacción viva, concebida como una arena en la que tienen lugar las distintas luchas sociales, la palabra no es la palabra pronunciada por una persona individual, es el campo donde tiene la interacción y disputa de las fuerzas sociales vivas.*

II. ACTIVIDAD PREVIA

Lectura Syllabus correspondiente a la sesión

III. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN

Clases expositivas a cargo de docente y discusión plenaria.

IV. LECTURA POST -SESIÓN

[Garay, A. e Iñiguez, L. \(2002\): *La Perspectiva Discursiva*. Barcelona: Unitat de Psicologia Social Universitat Autònoma de Barcelona.](#)

SESIÓN 11

I. OBJETIVOS

Discutir en torno a la concepción de identidad en la psicología social
Develar los efectos de mantener tal o cual concepción de identidad

II. TEMAS

UNIDAD V: DISCUSIONES CONTEMPORÁNEAS: LA IDENTIDAD

Una temática que ha resultado fundamental en el estudio psicosocial es la identidad, ésta se ha transformado además en una de las áreas más relevantes de análisis contemporánea, ya que en torno a ella se tejen las formas de gobierno de las actuales sociedades democráticas. A continuación se presenta un texto desarrollado bajo una perspectiva discursiva que polemiza en torno a la constitución de la identidad señalando su emergencia desde lo social, siguiendo así con la línea que actualmente comienzan a desenvolver las actuales discusiones en Psicología Social.

Lupicinio Íñiguez (2001): IDENTIDAD: DE LO PERSONAL A LO SOCIAL. UN RECORRIDO CONCEPTUAL en: Crespo, E. (Ed.) (2001) La constitución social de la subjetividad. Madrid: Catarata. P.: 209-225

La identidad es, por encima de todo, un dilema. Un dilema entre la singularidad de uno/a mismo/a y la similitud con nuestros congéneres, entre la especificidad de la propia persona y la semejanza con los/as otros, entre las peculiaridades de nuestra forma de ser o sentir y la homogeneidad del comportamiento, entre lo uno y lo múltiple.

Pero la identidad es también un constructo relativo al contexto sociohistórico en el que se produce, un constructo problemático en su conceptualización y de muy difícil aprehensión desde nuestras diferentes formas de teorizar la realidad social.

Mi propósito en este ensayo es precisamente problematizar ambas cuestiones, es decir, tanto la dimensión experiencial que nosotros tenemos como miembros competentes de nuestra sociedad como la dimensión teórico-conceptual que la produjo y la sustenta.

En la dimensión experiencial de la identidad lo relevante es considerarla en el contexto social de nuestras relaciones e intercambios con los demás. En esas relaciones, resulta necesario, como es fácil de admitir, tanto una identificación con quienes nos rodean como una diferenciación estricta respecto de ellos y de ellas. La identificación nos garantiza la seguridad de saber quiénes somos y la diferenciación nos evita confundirnos con los demás. Los reclamos de especificidad tan habituales en nuestra comunidades, tanto en el nivel de lo individual como en el nivel de lo colectivo, son fiel reflejo de esta paradoja.

El alcance de este dilema es impresionante y lo podemos encontrar hasta en los ámbitos más insospechados de las relaciones humanas. Por citar sólo lo que es ya un clásico en la literatura psicosocial, Codol ilustró como nadie la impregnación de este proceso en su conocida serie de estudios sobre la diferenciación (M.Dupont....). Cuando una persona tiene que estimar la distancia que le separa de otra, la percibe más o menos grande, respectivamente, según el punto de referencia en la comparación es él o ella misma o el punto de referencia sea la otra persona (¿a qué distancia me encuentro yo de él o ella?, punto de referencia yo; ¿a qué distancia se encuentra él o ella de mí?, punto de referencia él o ella). Esta simple constatación de la paradoja en el nivel más físico de la interacción vuelve a reproducirse cuando se trata de indagar sobre el grado de similitud o diferencia percibido con respecto a otra persona (¿cuánto me parezco yo a él o a ella? vs. ¿cuánto se parece él o ella a mí? (Codol, 1984a,1984b).

La singularidad, la unicidad, la exclusividad parecen ser características imprescindibles, al menos en nuestra cultura, de eso que llamamos identidad. A estas características hemos de añadirles sin duda una cierta continuidad en el tiempo, aunque la temporalidad identitaria como tal reproduzca de nuevo la tensión entre lo igual y lo diferente: todos/as nos sabemos la misma persona que fuimos en el pasado pero al tiempo nos reconocemos como cambiadas y diferentes.

Similitud / distintividad, igualdad / diferenciación, continuidad / discontinuidad, uno / múltiple, he aquí pues algunos pares antitéticos que hemos de afrontar conceptualmente si queremos ofrecer alguna nueva inteligibilidad a la experiencia identitaria de la persona desde un punto de vista psicosocial.

Pero existe otro aspecto de la identidad que no se refiere únicamente a la singularidad de la persona, sino a la pluralidad del grupo o de la comunidad. Por oposición y complementariedad a la identidad personal se habla comúnmente de identidad social. La idea de identidad social remite a la experiencia de lo grupal, del "nosotros", remite también a los vínculos o como decimos en un lenguaje social más contemporáneo, a las redes. La pregunta surge directa: ¿qué relación guarda, si hay alguna, la identidad personal y la identidad social?, ¿son la misma o distinta cosa?, ¿refieren experiencias iguales o distintas?

Sean cuales fueren las respuestas a estas preguntas, mi punto de partida es que de lo que no cabe duda, como trataré de mostrar, es de que aquello que denominamos identidad³, individual o social, es algo más que una realidad "natural", biológica y/o psicológica, es más bien algo relacionado con la elaboración conjunta de cada sociedad particular a lo largo de su historia, alguna cosa que tiene que ver con las reglas y normas sociales, con el lenguaje, con el control social, con las relaciones de poder en definitiva, es decir, con la producción de subjetividades (Cabruja, 1996, 1998; Pujal, 1996).

A. LA IDENTIDAD EN PERSPECTIVA PSICOLÓGICA Y PSICOSOCIAL: IDENTIDAD PERSONAL E IDENTIDAD SOCIAL

En este primer apartado, presentaré siguiendo en parte a Cabruja (1996), a Pujal (1996) y a Sampson (1991), un itinerario tentativo del tratamiento de la identidad y el 'self' en la Psicología y la Psicología social, básicamente, con algunas incursiones en áreas próximas. Un detalle no siempre coincidente pero sí más exhaustivo puede encontrarse en las obras referidas. Lo he estructurado siguiendo una lógica de menor a mayor esencialización del conceptos identidad/self y de mayor a menor naturalización.

³ Es preciso introducir una advertencia terminológica. Existen dos palabras, identidad y 'self', cuyo uso es a veces indistinto y a veces absolutamente diferencial. 'Identidad' está relacionada con la producción psicológica y social más convencional y 'self' con las orientaciones más novedosas. En este sentido 'identidad' refiere algo sustancial y 'self' algo más relacional y contingente. En lo posible usaré cada una de ellas para marcar su contexto de producción. Imitando un recurso de Bruno Latour, escribiré, no obstante, *identidad para ir añadiendo nuevo sentido tanto a 'identidad' como a 'self'.

1. El tratamiento de la identidad desde las perspectivas psicológicas y psicologico-sociales convencionales: etnocentrismo en la definición y análisis de la *identidad o la pretensión de universalidad

En el tratamiento convencional de la identidad y el self en Psicología, las orientaciones más sobresalientes han sido la biologicista, la internalista, la fenomenológica y la narrativa.

(a) versiones biologicistas

El elemento fundamental en esta perspectiva es la importancia dada al cuerpo, en su naturaleza biológica, en la explicación de la identidad. Toda experiencia psicológica tiene su fundamento, de acuerdo con este punto de vista, en la biología corporal. En este sentido, genes, neuronas, pero también bioquímica corporal, parecen tener un marcado carácter causal en la configuración no sólo de la personalidad y del carácter, sino también en la experiencia individual de ser persona. A través del proceso de aprendizaje, de acuerdo también con este punto de vista, se iría produciendo en mayor o menor medida una modulación de la experiencia de ser una persona y por esa misma vía, una socialización y adecuación a los parámetros particulares de cada grupo social.

En Psicología el máximo exponente de este planteamiento puede ser Eysenk (1960) y, en un territorio más general, Wilson y su conocida "Sociobiología" (1975). El primero admite abiertamente la determinación biológica del comportamiento personal y la personalidad y estilos de comportamiento que definen la "identidad" individual. El segundo señala la determinación de la selección natural en la supervivencia exitosa de aquellos genes o conjuntos de genes más adaptativos, siendo esto verdad incluso para aquellos comportamientos vistos como "sociales", como por ejemplo, el caso del comportamiento altruista que siempre se propone como ejemplo.

Las críticas a estos planteamientos han sido feroces, en muchas ocasiones incluso más allá del contexto académico-científico, como en los casos en que se les atribuye una funcionalidad específica en el control y la selección de los individuos mejor capacitados y más aptos, como sostén de una sistema social de naturaleza estrictamente discriminadora. No me detendré en este tipo de críticas por el momento. Baste decir que la crítica más rotunda proviene de una constatación muy simple: ninguna de las dos perspectivas tiene en cuenta la propiedad más destacada de los seres humanos, a saber, la capacidad simbólica, el lenguaje, que será, como ya he anticipado, la herramienta principal en la interpretación de nosotros mismos y de los demás en tanto que personas y el mecanismo esencial en la construcción de la cultura en tanto que elaboración conjunta. Aún en el supuesto de que se pudiera identificar una influencia importante de lo biológico en la constitución de la persona, parece claro que ésta está básicamente organizada por significados elaborados

colectivamente y que son variables y contingentes en y con las diversas culturas y colectivos humanos.

El hecho de que una versión biologicista de la identidad pueda, como de hecho hace, apoyarse en el enorme prestigio social que la biología tiene como todos los demás discursos científicos no permite ocultar la manera tan descarada con que los regímenes políticos más despiadadamente discriminatorios, como los racistas, la han instrumentalizado para legitimar sus actividades y sus concepciones. De hecho, la naturalización y la reificación del comportamiento que la explicación biologicista comporta, está en la base de la exclusión, cuando no la eliminación física, de aquellos y aquellas que son vistos como inferiores.

(b) versiones internalistas

Bajo esta denominación caben aquellos planteamientos que, aunque no depositan en la estructura biológica la razón de la experiencia identitaria, sí colocan de en un presunto "interior" de la persona las causas de su comportamiento y de su experiencia como sujetos.

Probablemente el mejor representante de este punto de vista sea el Psicoanálisis para quien las personalidad tiene que ver con una determinada estructura interna del individuo y con la fuerza de los impulsos interiores. La identidad, en este caso, es vista como la resultante de un continuo conflicto de los elementos estructurantes del interior y las estrategias de defensa que los individuos despliegan para atajarlo.

Si bien hace posible y mantiene una visión de la identidad conforme a las dualidades de las que hablé con anterioridad y comporta una visión determinista del sujeto, el Psicoanálisis aporta no obstante algunos elementos sugerentes que permiten una deconstrucción de las formas convencionales de identidad (Cabruja, 1996, 1998; Parker, 1997; Pujal, 1996). Señalaré dos. Por una parte, la lectura marxista del psicoanálisis ha enfatizado la importancia de analizar la historia individual en el contexto de la historia social lo que ha abierto la puerta a una conceptualización del individuo como producción histórica. En este sentido, por ejemplo, el inconsciente ha podido ser visto como el poso de lo colectivo en la determinación del comportamiento individual y como algo no individual, sino compartido, que se va inscribiendo en todos y cada uno de los individuos.

Por otra parte, el Psicoanálisis que ha enfatizado la importancia de la historia personal en la configuración de la personalidad ha abierto la posibilidad de introducir la historicidad y la temporalidad en el estudio de la identidad, es decir, ha permitido una conceptualización de la misma no como un producto como es habitual, sino estrictamente como un proceso.

(c) Versiones fenomenológicas

Aunque en la Psicología convencional la fenomenología ha tenido escasa o nula influencia, se puede decir que algunos de los aspectos de la comprensión de la persona tal y como son formulados desde este prisma, impregnan muchas de las visiones hoy día presentes. En particular, la simbiosis de la identidad con la idea de "conciencia", tanto de la conciencia del mundo como de nosotros y nosotras mismas como parte de él. La descripción de aquello que nos pasa, de lo que sentidos realizada para nosotros/as mismos o para los/as demás, constituye, de acuerdo con este punto de vista la esencia misma de la identidad. Tal conciencia es la resultante evidentemente de una experiencia plenamente subjetiva, y es esa subjetividad misma la materia de la que estaría constituida nuestra identidad. Ahora bien, tal experiencia y su comunicabilidad depende estrictamente del lenguaje, es decir, hasta que no decimos con palabras aquello que sentimos a nosotros mismos a los/as demás, no podemos decir que tenemos la experiencia de la identidad. Lastimosamente el dominio de la psicología positivista en su vertiente más cientista ha imposibilitado la visibilidad de esta herencia en gran parte de la Psicología, en la que la Psicología social no es una excepción. No obstante, con el influjo de la Filosofía analítica y su referente en Psicología, la "Psicología de la Acción", poco a poco ha ganado visibilidad alguno de estos supuestos más subjetivistas. Rescato aquí la noción de 'agencia' por ser un elemento constitutivo y sustancia de la concepción de identidad, plenamente coincidente por otra parte, con una concepción de persona libre y autónoma tal y como socialmente va siendo construida en nuestra cultura.

La agencia está asociada a alguna forma de libertad en el sentido de que un/a actor tiene esa propiedad siempre que pueda elegir, establecer planes y desear alguna cosa. Pero ello contrasta y se opone fuertemente al hecho de las limitaciones que el entorno social ejerce. La constitución de la identidad, pues, sería desde esta perspectiva la resultante de la consciencia de uno/a mismo/a, la agencia y el afrontamiento de las limitaciones propias del contexto social.

(d) Versiones narrativas

La perspectiva narrativa es probablemente la que enfatiza con mayor intensidad la importancia del lenguaje en la constitución de la identidad. Es por medio de él como podemos interpretar aquello que somos, generar una cierta imagen de nosotros/as mismos y de los demás, así como comunicarla en nuestro contexto social. La naturaleza simbólica del lenguaje hace, además, que esa representación constituya una subjetividad comunicable, de carácter simbólico estricta y característicamente propia de los seres humanos.

Las operaciones de constitución de la propia identidad, por hacerlo lingüísticamente, comportan connotaciones y valoraciones sociales. En efecto, puesto que son vehiculadas a través del lenguaje las representaciones de la propia identidad contienen, como todas las demás cosas, la marca de los

procesos sociales que las generan. En el caso de la identidad, una basada en rasgos como joven, deportista, dinámico/a, seductor/a por ejemplo contrasta con otra caracterizada con rasgos como viejo/a, sedentario/a, pasivo/a, etc. Ciertos contextos sociales se caracterizan por asumir valores que privilegian ciertas identidades, como por ejemplo, joven o hombre en perjuicio de otras como viejo o mujer, por poner sólo algunos ejemplos característicos.

Así, del mismo modo que actuamos de acuerdo con lo que las personas o las cosas significan para nosotros/as, nuestra identidad se va conformando distintivamente de acuerdo con aquellos valores o creencias que vamos incorporando en nuestra definición. Es en este sentido que se afirma que somos y actuamos de acuerdo con aquello que narramos sobre nosotros mismos y eso más que de acuerdo con una hipotética determinación natural u objetiva.

En efecto, la narración de nosotros/as mismos/as tiene un enorme poder, puesto que modela lo que sentimos y lo que hacemos. Escapar del lenguaje es imposible puesto que constituye la realidad misma de la que formamos parte. Vernos a nosotros mismos en un rol u otro tiene efectos distintos, pensarnos como inteligentes tiene efectos diferentes que vernos como inútiles.

2. La genuina aportación de la Psicología social convencional: identidad y pertenencia grupal.

Sin duda, en el marco de la Psicología social convencional, la aportación más característica al estudio de la identidad ha sido la de Tajfel (1981) con su Teoría de la identidad Social y posteriormente las derivaciones de la misma en términos de la Teoría de la autocategorización (Turner, 1987). Me centraré en la primera de ellas.

Tajfel fue capaz de insertar en el contexto de una Psicología social de marcada tendencia individualista y de escasa, si no nula, relevancia social (Israel y Tajfel, 1972) una teorización de la identidad social que supone además, según mi opinión, un potente heurístico para la comprensión del prejuicio y la discriminación sociales, más allá de los acuerdos o desacuerdos con el planteamiento general del autor.

Fuertemente movido por un interés nacido de su propia experiencia en el estudio del prejuicio y la discriminación, Tajfel fue capaz de mostrar una concatenación de procesos que iban de los estrictamente cognitivos, como la categorización y la diferenciación, a los cognitivo-sociales como la categorización social y a los de un alcance decididamente social, aunque basados en procesos sociocognitivos, como la identidad social.

Como se recordará, Tajfel define la identidad social como la conciencia que tenemos las personas de pertenecer a un grupo o categoría social, unido a la valoración de dicha pertenencia. La valoración positiva o negativa sustenta respectivamente una

identidad social positiva o negativa. Tal polaridad está determinada por el mantenimiento con éxito o no, de una distintividad positiva. La distintividad se fundamenta en dos procesos de naturaleza complementaria, la comparación y la competición sociales. Uno de los más importantes aportes que Tajfel realizó, a mi juicio, tiene que ver precisamente con el segundo de ellos, la competición. En efecto, aunque ya estaba sobradamente descrita en la literatura sociológica la competición social por recursos objetivos escasos, él incorporó la idea de una competición simbólica por recursos no necesariamente objetivos, sino de naturaleza simbólica. De la conjunción de ambos procesos proviene pues una Identidad social positiva o negativa que predice, además, comportamientos tendentes a restaurar la valoración positiva cuando está en entredicho o es directamente negativa, como son las estrategias de cambio social y las de movilidad social.

Otro aporte complementario en esta línea es la descripción del proceso de interacción social como en un entramado de relaciones donde la pertenencia grupal o categorial es la dimensión determinante. Esta conceptualización permite entender como en determinados contextos sociales, la saliencia de ciertas categorías o grupos determina la aparición de comportamientos diferenciales, favorecedores al propio grupo o perjudiciales al grupo opuesto, que son también de indudable valor heurístico.

Si bien Tajfel ofreció estas herramientas conceptuales aplicables únicamente a un contexto social bi-categorial aun sabiendo que tales contexto son escasos, pueden ser abstraídos con facilidad a contextos más "realistas" donde existan simultáneamente gran número de categorías y grupos sociales. Las recientes aportaciones de S.Reicher para el caso del comportamiento colectivo (1987, 1993) permiten ampliar la capacidad interpretativas de estas herramientas conceptuales más allá de una consideración esencialista y continuada de la identidad social. En efecto, la descripción de "identidades sociales puntuales" que se generarían espontáneamente en situaciones de comportamiento colectivo arrojan nueva luz y desensalcizan la noción de identidad social haciéndola contextualmente dependiente.

3. Nuevas perspectivas psicosociales en el estudio de la *identidad

Las nuevas perspectivas en el estudio de la identidad en Psicología social tienen que ver en parte con la recuperación de la tradición del interaccionismo simbólico (Mead, 1934), por una parte, y con el impacto de la microsociología de Goffman (1959) por otra.

(a) la identidad en el Interaccionismo Simbólico

Para Mead, la identidad/self no pre-existe a las relaciones sociales sino que es contingente a ellas, surge en el transcurso de las mismas. Las respuestas que las otras personas ofrecen

a nuestro comportamiento así como nuestro propio comportamiento hacia sí y hacia los demás, son los procesos constitutivos de la identidad/self.

La idea parte seguramente de la noción de espejo de Cooley (1902): los/a otros/as reflejan a modo de espejos las imágenes que nosotros damos y es a partir de esa imagen de dónde generamos la identidad/self.

La inclusión de estos conceptos constituye una importante transformación en la idea de identidad/self, que la desencializa, la descentra, la extrae literalmente del interior de los individuos porque dibuja las relaciones como lo constitutivo de la misma y la convierte en un producto emergente de las mismas. Una identidad/self u otra depende estrictamente del contexto interaccional y del significado que tenga para el individuo.

(b) La presentación del yo y la gestión de impresiones

Goffman (1959) se interesa entre otras cosas por el sí mismo en términos de quiénes son las personas como actores sociales. El self es para Goffman el resultado de una negociación operada en el conjunto de interacciones. No obstante, el self no es simplemente eso, la experiencia de la identidad y el sentido del sí mismo resulta también de la estructura social que le envuelve (1961). En efecto, en el modelo dramático el escenario posible de la actuación del yo está influido por el contexto social, no es simplemente un locus libremente elegido por él o por ella.

Los roles como modelos organizados de comportamientos dependientes de una determinada posición social, estatus, actuación de rol, escenarios, rutinas, etc. son conceptos sobradamente conocidos, por lo que me detendré en una de las implicaciones del planteamiento goffmaniano. En efecto, el interés de este planteamiento es que abre también un campo de posibilidades de desencialización de la concepción de identidad y de self, porque lo ve como múltiple y contingente: el/a actor tiene a su disposición distintas representaciones condicionadas a su vez por los distintos contextos sociales en las cuales deben actuarse, por las necesidades de negociación y definición conjunta de lo que está aconteciendo, por los marcos que se aplica, en definitiva condiciones todas que no describen al actor como tal, sino al escenario que acoge el curso de la acción.

(c) La constitución socio-histórica de los seres humanos

Nuestra concepción, y podemos decir nuestra experiencia, de persona, es relativamente moderna, en todo caso, posterior a la Edad Media. En este proceso histórico la separación entre un yo singular y los otros ha ido cambiando desde su casi inexistencia hasta la separación radical que entendemos hoy en día. Las categorías conceptuales y las condiciones de vida hacían difícil desarrollar un concepto de self independiente. Tales condiciones de vida se refieren tanto a las más físicamente inmediatas, como la vivienda, que era pequeña, de

pieza única habitualmente sin separaciones, como a las socioestructurales, como la adscripción feudal y territorial (Ariès and Duby, 1988). Pero es que también el lenguaje se ha ido transformando, y ello con consecuencias en las concepciones posibles de persona. Como dice Norbert Elias (1987:182) refiriéndose a la evolución del concepto de individuo desde la época clásica hasta el Renacimiento *"en la praxis social de la Antigüedad clásica la identidad grupal del ser humano particular, su identidad como nosotros, vosotros y ellos, todavía desempeñaba, comparada con la identidad como yo, un papel demasiado importante para que pudiera surgir la necesidad de un término universal que representara al ser humano particular como una criatura casi desprovista de grupo social"*.

Pero no sólo la Historia muestra el relativismo de nuestras concepciones de self, también una mirada a otras culturas diferentes de la nuestra lo confirma. La Antropología muestra que aunque en todas las culturas aparece un concepto de self, la forma en que se conceptualiza varía enormemente. Efectivamente, como señala Geertz (1973) aunque nos parezca difícil de imaginar, la nuestra es una idea peculiar dentro del conjunto de culturas vivas del mundo.

Estos dos datos, el histórico y el cultural, sustentan una visión de carácter socio-histórico: la manera en que nosotros experimentamos nuestro propio yo y la importancia que le conferimos, no es, por difícil que parezca, universal ni puede ser aplicado a culturas no occidentales necesariamente, sino contingente a las condiciones históricas y sujeto a la variabilidad intercultural. No hay, a pesar de la pregnancia de nuestra visión, una concepción fija e inmutable, ni pueden identificarse tampoco propiedades que trasciendan los contextos espaciales, temporales ni culturales. Nuestro yo no puede separarse de la sociedad particular que lo produjo ni de las circunstancias históricas que lo van delimitando. Nuestra identidad/self no existe independientemente de la sociedad y la historia que lo construye (Gergen, 1991, 1994).

Ni más ni menos, aceptar este punto de vista socio-histórico implica asumir que la identidad/self es una teoría cultural, un conjunto de creencias sobre lo que es ser una persona. En una feliz expresión de Harré (1985:262): *"ser un self no es ser cierta clase de ser, sino estar en posesión de una cierta clase de teoría"*. Diferentes culturas generan distintas teorías (Heelas y Lock, 1981; Gertz, 1973) y la nuestra tiene una que describe a la persona como continente de algo interior de carácter mental. La teoría encierra también supuestos sobre las conexiones entre ese interior y el comportamiento explícito, a veces de tipo causal y siempre primando la coherencia, por ejemplo. En efecto, en nuestra cultura es esperable una consistencia entre los sentimientos internos y los comportamientos, pero otras han definido una enorme independencia entre ambos. Para nosotros hay una clara y definida frontera entre el yo y el no-yo, coincidente con los límites de nuestro cuerpos, pero otras han generado límites más borrosos o, directamente, no ven tal distinción.

4. Elaboración de algunas conclusiones tentativas

La persona en la cultura occidental es concebida mayoritariamente, y aquí podemos sencillamente explicitar lo que la mayor parte de nosotros y de nosotras mismas podríamos decir que somos de acuerdo con la propia experiencia que tenemos, como singular y con una doble dualidad: la dualidad interno / externo (o si se prefiere, cuerpo / mente) y la dualidad individual / social. Esas dualidades resultan de un entramado de operaciones de subjetivación (religiosas, filosóficas y científicas) que nos han ido constituyendo a lo largo del tiempo tal y como somos y tal y como nos experimentamos. No cabe duda de que en el entramado de operaciones de subjetivación, la Psicología ha jugado un papel preeminente (Rose, 1990, 1998).

La Psicología, no obstante, no es ni monolítica ni homogénea, por lo que a lo largo del tiempo ha ido produciendo a su vez operaciones de re-subjetivación, por así decir, que deconstruyen y transforman las distintas formas de sentirse persona. Así por ejemplo, la Psicología social de orientación crítica (Ibáñez e Íñiguez, 1997) ha puesto énfasis en diluir la dicotomía individual / social de manera preeminente.

Uno de los principales argumentos en esta línea ha sido el que proporciona el lenguaje como principal propiedad de los seres humanos. En efecto, el lenguaje es el proceso por el cual los seres humanos pueden comunicarse los unos con los otros, pueden crear significados que, a la postre, definen los espacios de legitimidad y de posibilidad de la propia experiencia del ser y el existir. El lenguaje es, además, el vehículo con el que se transmiten todos los productos culturales socialmente elaborados.

Aunque solo fuera por eso, el argumento ya vendría a debilitar cualquier sostén a una concepción de la identidad como determinada, sustentada o guiada por un sustrato natural-biológico. Pero es que además, por esas mismas propiedades de los seres humanos, sólo a través del lenguaje podemos entrar en contacto con la experiencia individual y/o social que llamamos identidad con la carga de ser nosotros y nosotras mismas como investigadores/as elementos idénticamente producidos.

Así pues, desde este punto de vista, la *identidad no puede trascender de modo alguno el contexto cultural, histórico y social. Del mismo modo, su análisis queda delimitado y fundamentado por el mismo contexto de producción. El alcance de esta propuesta es claro: no cabe análisis identitario alguno que pueda ignorar o ir más allá de las condiciones de posibilidad y el uso social de toda *identidad. Como dice Pujal (1996) la identidad 'homosexual', por ejemplo, está condicionada por la idea misma de homosexualidad la cual no tiene sentido mas que en una sociedad en la que exista una clara separación entre masculino y femenino y un proyecto basado en la familia nuclear y tiene probablemente como

función el mantenimiento de esas dos instituciones, la familia y el género.

Así pues, este itinerario ha pretendido únicamente repasar un listado de conceptualizaciones de la identidad y el self básicamente en la Psicología, la Psicología social y, puntualmente, algunas áreas afines. El mismo parte de la asunción de la inseparabilidad de lo individual y lo social, pero lo que muestra es un conjunto de características y supuestos, que se podrían sintetizar en la constatación de:

- las diferencias entre una inteligibilidad de la *identidad de naturaleza individualista y otra más social
- la importancia del lenguaje y las narraciones e historias de sí mismo, de la cultura y del contexto social en la constitución de la *identidad

Ello hace cambiar el concepto de identidad/self y, en mi opinión, esta nueva concepción está en condiciones de atender algunas cuestiones y dar respuesta a una basta lista de problemas suscitados en y desde las distintas perspectivas, como por ejemplo:

- permite entender los efectos de exclusión que se desprenden de concepciones como las biologicistas
- abre un campo de posibilidades nuevo a las aportaciones socio-cognitivas como la Teoría de la Identidad Social que, al tomarla como un heurístico, permite analizar las implicaciones del uso de categorías sociales para la construcción de la *identidad y para la formación de los estereotipos y los comportamientos de discriminación, en un sentido más social
- posibilita una nueva teorización sobre las influencias recíprocas de la estructura social y el sistema de roles y estatus en la configuración de la *identidad de las personas
- es coherente con la visión de la *identidad como un producto que surge, estricta y necesariamente, de la interacción simbólica
- entiende la *identidad como emergente, producto de los procesos de interacción local
- ve la *identidad como dependiente del conjunto de relaciones que se ponen en acción en cada contexto social específico, es decir como algo múltiple y cambiante
- considera la *identidad no como algo individual o singular, sino recíproca, es decir, que responde a las informaciones que sobre nosotros mismos nos dan las otras personas
- entiende la *identidad como resultante de un proceso de negociación y de ajuste que va conformando la construcción de la intersubjetividad y el mundo de significados compartidos

- resalta, en definitiva, la dimensión socio-histórica de las *identidades

B. UNA PROPUESTA (CON UN ARGUMENTO METODOLÓGICO Y OTRO PRÁCTICO)

Déjeme ahora el/la lector abordar la cuestión de la *identidad de manera más simple y sintética, abstrayendo la trayectoria dibujada hasta el momento. Y déjeme también mantener, a sabiendas de ser algo inadecuado, la distinción individual /social.

La identidad individual podemos considerarla desde tres puntos de vista:

- a) uno estrictamente lógico, es decir, algo (no tendría por qué referirse necesariamente a la persona) o alguien relacionado consigo mismo
- b) otro en un sentido "biológico" o bio-psicológico como la define, por ejemplo Varela (1983) bajo la concepción de 'autopoiesis' (autoproducción): una organización autopoietica no produce nada que no sea distinto de su propia organización, y ella no es otra cosa que resultado de una individualización. La autopoiesis representa la forma mínima de organización de los sistemas vivos.
- c) en un sentido más clásicamente psicológico: sentimiento subjetivo de identidad personal y de continuidad temporal, acompañado de la percepción del hecho de que los demás reconocen esta unidad personal y esta continuidad temporal.

Estas tres definiciones sintetizan muy bien lo que conceptualmente puede decirse de la identidad y de lo identitario y satisfacen, a mi juicio, los requerimientos establecidos por la subjetividad personal tal y como han sido contruidos en y por la cultura occidental. Son igualmente coherentes con planteamientos que aseguran la continuidad de las distintas "naturalezas" de lo humano, es decir, de los componentes que están presentes en los seres vivos "superiores". El problema radica en que si el itinerario y las conclusiones que he dibujado en el apartado anterior tienen algún poder de convicción, hay aún toda una esfera de "realidades" que caben mal, en concreto aquellas que se relacionan con "lo social" en la identidad.

Y, efectivamente, 'identidad social' necesita en algún punto un abordaje en términos de *significados compartidos*, en términos de *pensamiento social*, en términos de *sentido común*, y otros equivalentes.

Para incorporar esta dimensión aquí, propongo aplicar las nociones de intersubjetividad, discurso, ideología, representaciones sociales incluso y quizás otras, aunque yo optaré ahora por dos: la de discurso y la de memoria social.

Por memoria social entiendo, siguiendo a Halbwachs (1950), Middleton y Edwards (1990) y Vázquez (1997) entre otros, una construcción social producto de las interacciones sociales, es decir, una acción social continuada en el tiempo dependiente siempre de un contexto comunicacional. Su 'lugar' es el diálogo, las historias, las narraciones, los debates, en definitiva, la conversación.

Por discurso entiendo (Íñiguez y Antaki, 1994) un conjunto de prácticas lingüísticas que mantienen y promueven relaciones sociales.

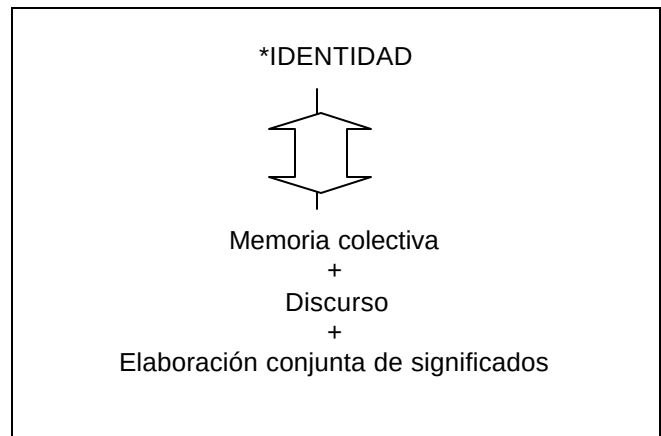
- (a) De la 'identidad individual' a la 'identidad', que no puede ser sino 'social'

El paso de la 'identidad individual' a la '*identidad' vista como proceso social requiere un "tránsito", entendido al tiempo como conector (un paso) y como proceso (la acción de pasar). Para ello nada mejor que tomar en consideración las reflexiones que conectan lo micro con lo macro, lo local con lo global, es decir, la etnometodología y otras versiones microsociológicas. En efecto, la Etnometodología nos ha enseñado que la acción conjunta realiza en cada momento el sistema de normas y de reglas, no las sigue, sino que las construye. La contribución, pues, de cada pequeña interacción en el mantenimiento y estructuración del sistema social es efectivamente inconmensurable, pero esencial. Aunque sabemos que no se podrá determinar el quantum con que cada una de esas acciones conjuntas contribuye al conjunto del sistema, sabemos igualmente que sin su realización tal sistema no existiría. Igualmente reconocemos que tales acciones no sean de hecho posibles al margen del sistema social que las origina.

Pues bien, la *identidad puede ser vista como formando parte del mismo proceso: cada "cierre operacional" en el sentido de la autopoiesis, cada identidad individual lo es en tanto que producto colectivo definido en la multiplicidad de acciones conjuntas que establecen la inteligibilidad de ser una persona. En cada acción, se realiza para un sistema social dado, la concepción de identidad pero, al tiempo, la transforma. No sabemos, como ya se ha dicho, en cuanto pero sí que sin su contribución tal experiencia sería imposible. Esas concepciones son discursos, es decir, prácticas que producen relaciones: la posición y el rol, las normas que lo guían, las condiciones que hacen posible su experiencia subjetiva, individual si se quiere, están estructuradas por la comprensión conjunta que el discurso posibilita. No es por ello estático, sino e sentido estricto dinámico, cambiante.

La memoria colectiva así mismo "encierra" la comprensión que para una sociedad dada existe del "sí mismo". Su continua elaboración y reelaboración en cada interacción asegura simultáneamente el mantenimiento y el cambio de las subjetividades identitarias.

Así pues, la *identidad (social) no puede entenderse al margen de las interacciones entre las personas a lo largo del tiempo en un contexto cultural determinado, pues es fruto directamente de ellas:



En resumen, la *identidad implica una reflexibilidad lógica de un sujeto (individual o colectivo) "que se ve a sí mismo" por así decir, y que se ve a sí mismo a lo largo del tiempo. El obstáculo en su conceptualización ha sido ignorar que es un operador (la identidad) **contingente** en y para una cultura.

En definitiva, **Identidad (social)*, en realidad, se referiría siempre a cultura, en el sentido de que no puede haber nada fuera de la producción de nuestro propio contexto. Por consiguiente, **identidad social* es un concepto contingente con nuestra propia manera de ver las cosas, esto es, una práctica cultural y, por ende, lingüística.

(b) un argumento metodológico

El argumento metodológico se desprende directamente de lo antedicho. La aprehensión tanto de la experiencia singular de ser una persona como de las concepciones socialmente elaboradas que la producen no puede realizarse sino es a partir del análisis de los discursos. La acción conjunta es en sí misma discursiva como acabo de mostrar y, añadir inteligibilidad al proceso pasa inexcusablemente por una operación de igual naturaleza, es decir una operación significativa que resulta de un proceso interactivo de comunicación.

En el arsenal de dispositivos metodológicos que la Psicología y el resto de Ciencias sociales han elaborado a lo largo del tiempo, El Análisis del Discurso en muchas de sus distintas formas (Íñiguez 1987; Íñiguez y Antaki, 1994) parece reunir los requisitos necesarios para una producción de esa naturaleza. El punto de partida pues, no ha de ser otro que el de un proceso comunicacional significativo que iguale la acción del/a analista al del/a actor socialmente competente.

(c) y por último, un argumento práctico

El análisis de la *identidad debe ser por encima de todo una deconstrucción (Cabruja, 1998). En abstracto esto puede parecer descabellado: por una lado por acción misma de cuestionamiento que toda deconstrucción lleva implícita y por otro por la concurrida apelación a la falta de alternativas. Trataré de mostrar, para concluir, que eso no es así.

En el proceso de constitución de la *identidad, además de la contribución de toda acción conjunta está presente la de las Ciencias humanas y sociales, y muy particularmente, la Psicología. Con frecuencia se confunde el discurso como materia básica en la continua estructuración y reestructuración social con la afirmación ingenua de que "todo lo discursivo" es igual pues al final, todo son palabras. Nada más lejos de las comprensiones discursivas. Todas las posiciones sociales son significantes, es decir, todas son productoras de discurso, pero no todas disponen de los mismos recursos ni gozan de los mismos resortes de poder. Decir que toda acción y consiguientemente todos los/as actores contribuyen a la conformación de lo social, no equivale a decir que todos/as contribuyen de igual modo.

En este sentido, como ya se señaló anteriormente, algunos autores como Foucault (1976; 1981), Henriques y otros (1984) o Rose (1989, 1998) han mostrado el papel que ciencias como la Psicología han jugado en la constitución de las subjetividades identitarias contemporáneas. Por ello mismo, una continua problematización de las categorías que se dan por esenciales y estables y un riguroso análisis tanto de sus condiciones de producción como de sus efectos, tienen como consecuencia la apertura de líneas de fuga, de líneas de transformación tendentes a la constitución de nuevas subjetividades menos sometidas, en definitiva, más libres. Así puede afirmarse que una análisis del discurso en la acepción aquí manejada tiene, sin lugar a dudas, un carácter decididamente emancipatorio. En palabras de Cabruja (1998): "Es a partir de analizar el discurso sobre cómo deberían ser las subjetividades y las relaciones sociales, en su contexto histórico específico que se puede percibir por qué intereses son promovidas en un momento dado" (p.58).

REFERENCIAS

- Ariès, P. y Duby, G. (1988) *A history of private life: Vol.2. Revelations of the medieval world*. Cambridge, Mass.: Belknap.
- Cabruja, T. (1996) Postmodernidad y subjetividad: construcciones discursivas y relaciones de poder En A. Gordo y J.L. Linaza (Eds.) *Psicologías, Discursos, Poder*. Madrid: Visor. 373-390.
- Cabruja, T. (1998) Psicología social crítica y posmodernidad. Implicaciones para las identidades construidas bajo la racionalidad moderna *Anthropos*, 177, 49-59
- Codol, J.P. (1984a) *Semblables et différents. Recherches sur la quête de la similitude et de la différenciation*. Lille: Atelier national de reproduction des Theses.
- Codol, J.P. (1984b) La perception de la similitude interpersonnelle: influence de l'appartenance catégorielle et du point de référence de la comparaison *Année Psychologique*, 84, 43-56.
- Cooley, C.H. (1902) *Human nature and the Social Order*. New York: Scribner's.
- Elias, N. (1987) *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península. 2000.
- Eysenk, H. (1960) *The structure of human personality*. London: Methuen.
- Foucault, M. (1976) *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI. 1978.
- Foucault, M. (1981) *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós. 1990.
- Geertz, C. (1973) *The interpretation of cultures*. New York: Basic Books.
- Gergen, K. (1991) *El yo saturado*. Barcelona: Paidós. 1992.
- Gergen, K. (1994) *Realidades y relaciones*. Barcelona: Paidós. 1996.
- Halbwachs, M. (1950) *La mémoire collective*. Paris: PUF.
- Harre, R. (1985) The language game of self-ascription: A Note En K.J. Gergen y K.E. Davis (Eds.) *The social construction of the person*. New York: Springer Verlag.
- Henriques, J. Et al (1984) *Changing the subject: Psychology, social regulation and subjectivity*. London: Methuen.
- Goffman, E. (1959) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu. 1971.
- Goffman, E. (1961) *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu. 1972.
- Heelas, P. y Lock, A. (1981) *Indigenous psychology: the anthropology of the self*. London: Academic Press.
- Ibáñez, T. e Íñiguez, L. (1997) (Eds.) *Critical Social Psychology*. London: Sage.
- Íñiguez, L. (1997) Discourses, structures and analysis: What practices? In which contexts? En T. Ibáñez y L. Íñiguez (Eds.) *Critical Social Psychology*. London: Sage.
- Íñiguez, L. y Antaki, C. (1994) El análisis del discurso en Psicología Social. *Boletín de Psicología*, 44, 57-75.
- Israel, J. y Tajfel, H. (1972) *The context of social psychology: a critical assesment*. London: Academic Press.
- Mead, G.M. (1934) *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Paidós. 1982.
- Middleton, D. y Edwards, D. (1990) *Collective remembering*. London: Sage.
- Parker, I. (1997) *Psychoanalytic Culture. Psychoanalytic Discourse in Western Society*. London: sage.
- Pujal, M. (1996) La identitat (el self) En M. Botella et al *Psicología Social*. Barcelona: EDIUOC. 61-109.
- Reicher, S. (1987) Conducta de masa como acción social En J.C. Turner et al. *Op.cit.* 235-273.
- Reicher, S. (1993) On the construction of social categories: from collective action to rhetoric and back again En B. González (Comp.) *Psicología Cultural*. Sevilla: EUEMA.
- Rose, N. (1990) *Governing the Soul. The shaping of the private self*. London: Routledge.
- Rose, N. (1998) *Inventing our selves. Psychology, Power, and Person*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sampson, E.E. (1991) *Social worlds. Personal lives*. San Diego: Harcourt Brace Jovanovich Pub.

Tajfel, H. (1981) *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder. 1984.
Turner, J.C. et al. (1987) *Redescubrir el grupo social*. Madrid: Morata. 1990.
Varela, F. (1983) *L'auto-organisation: de l'apparence au mécanisme* En P. Dumouchel y J.P. Dupuy *L'auto-organisation. De la physique au politique*. Paris: Seuil.

Vázquez, F. (1997) *La memoria como acción social: relaciones, significados e imaginario*. Tesis Doctoral. Barcelona. Universitat Autònoma de Barcelona.
Wilson, E.O. (1975) *Sociobiology: the new synthesis*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.

III. ACTIVIDAD PREVIA

Lectura Syllabus correspondiente a la sesión

IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN

Clases expositivas a cargo de docente, discusión plenaria y asesoría por grupos por parte de docente y ayudante.

V. LECTURA POST -SESIÓN

Ninguna.

SESIÓN 12

I. OBJETIVOS

Discutir los efectos de una comprensión cognitivista de lo humano.

II. TEMAS

UNIDAD V: INTERVENCIÓN PSICOSOCIAL

- a. ***El experto su el conocimiento objetivo y el sujeto como objeto de su acción.***
- b. ***La Investigación Acción Participativa***

Tipos de intervención

- Intervención "experta" o dirigida, de carácter positivista
- Intervención participativa tradicional (Fals Bordá, 1956)

Intervención social 'experta o 'dirigida' positivista

El cambio que se infringe en la situación problemática, proviene básicamente de la injerencia de quien interviene como agente externo – profesionales, expertos/as, etc. – sobre el problema.

- **El Interventor**
Como "agente de cambio social"

Su posición asociado/a a:

- o Instituciones legitimadas para la intervención social
- o Su capacidad de conocer el problema y proponer acciones de transformación y
- o Su neutralidad en cuanto a intereses en juego en la situación (no está sesgado/a por los intereses en contienda que pueda haber).

Primeras Críticas al Modelo Positivista

1. La relevancia social que debe tener la investigación e intervención en las ciencias sociales, deben tener un impacto social para resolver los problemas sociales; y
2. El conocimiento está mediado por los sujetos que lo producen, por lo tanto, no hay neutralidad ni en la forma de conocer ni en el conocimiento que se produce.

Perspectivas Participativas

Proponen un diálogo productivo entre agentes externos/as y los grupos de trabajo (grupos comunitarios o colectivos) con el objetivo de promover su participación en la transformación social.

- **Los Sujetos de la Intervención**
Ellos/as son vistos/as como viviendo bajo condiciones de opresión y, por lo tanto, deben actuar para revertir las condiciones sociales en las que viven acompañados/as de intelectuales políticamente comprometidos/as con la transformación social de esas condiciones.
- La relación intervenido/interventor
Metáfora de la catálisis social (Fals Borda, 1959)
Los/as agentes externos/as redirigen y reorganizan las inquietudes presentes en la comunidad, abriendo espacios de reflexión y de acción.

La transformación social es llevada a cabo por miembros de la comunidad o grupos oprimidos conscientes de las causas reales de su opresión.

Crítica a los Modelos Participativos

Aunque incorpora la diferencia de puntos de vista por actores y grupos en diferentes posiciones sociales, asume una postura representativa porque hay de todas maneras una realidad que es necesario desvelar en ese diálogo propuesto, como lo ilustra el concepto de concientización (Barreiro, 1976; Montero, 1991).

Características Comunes

1. Definen por lo menos dos agentes sociales diferentes: por un lado, personas de la comunidad o miembros de colectivos que están afectados/as por los problemas sociales y, por otro, agentes externos/as capaces de liderizar, promover, catalizar o llevar a cabo acciones de transformación social y que, en principio, no están afectados/as por los problemas estudiados.
2. La transformación que se busca a partir de la intervención social tiene efectos directos solamente en la vida de las personas definidas como afectadas por los problemas sociales; lógicamente, las transformaciones que se logren a partir de la intervención serán para paliar, solucionar, remediar o solventar estos problemas en sus vidas.
3. Tanto quienes cumplen las funciones de agentes externos/as como quienes son objeto de intervención son definidos como grupos homogéneos entre sí – y diferente al otro grupo - con intereses, necesidades y problemas identificables.
4. Para que la intervención social tenga sentido es preciso definir a los agentes de cambio social como capaces de transformar situaciones que son vistas como problemáticas, es decir, de llevar a cabo acciones sistemáticas para lograr objetivos que son definidos en los procesos de intervención.

Marisela Montenegro: Conocimientos, agentes y articulaciones. Una mirada situada a la intervención social.
Athenea Digital - num. 0 abril 2001

Una investigación sobre la intervención social puede tener muchas formas: puede evaluar un programa concreto de intervención, puede reflexionar acerca de las características de colectivos definidos como 'intervenibles' o puede trabajar sobre problemáticas específicas (como por ejemplo la pobreza, el desempleo, etc.). Todos estos caminos son posibles dado que la intervención social abarca una gran amplitud de prácticas (profesionales) relacionadas con promover acciones sistemáticas sobre "la realidad", a partir de demandas provenientes de diferentes entes sociales. Por tanto, el ámbito de la intervención produce espacios que buscan tomar acciones, desde las capacidades teóricas, técnicas y profesionales, para transformar estados de cosas que son vistas como problemáticas. Esta amplitud permite hacer investigaciones que tengan que ver con las técnicas de intervención, con los/as beneficiarios/as o con los problemas sociales que se atacan, entre otros. Sin embargo, nosotros/as hemos elegido un camino algo distinto, nos hemos propuesto una investigación con dos objetivos: 1) La revisión de desarrollos en las teorías sobre intervención social, para analizar los conceptos y principios que fundamentan la idea de intervención social de algunos sistemas y modelos de intervención; y 2) La

construcción de una mirada para la reflexión sobre la intervención social basada en discusiones en el ámbito de la definición de problemas sociales, agentes de la acción de transformación y posturas sostenidas en torno al conocimiento.

Para esta investigación, nos han preocupado los fundamentos teóricos de la intervención social a partir de las ideas que sostienen la necesidad y posibilidad de transformaciones sociales en las que se involucran diferentes agentes para atacar situaciones definidas como problemáticas. En este sentido analizamos textos que trabajaran con las diferentes nociones asociadas a la intervención social.

En primer lugar, comenzamos a investigar desarrollos teóricos que trabajasen el tema del cambio social. Buscamos en lecturas de las tradiciones funcionalista, marxista y anarquista cuál era la idea de cambio que se sostenía, para así delimitar qué entendíamos como intervención social y cuáles eran los aspectos de estas teorías que se han tomado para pensar y practicar la intervención social.

En el pensamiento de la sociedad vista como sistema social (Parsons, 1951; Merton, 1957) se estudia la función que tienen diversas prácticas sociales e

instituciones en el mantenimiento de la sociedad. En este sentido, el cambio social es posible porque las cosas varían para establecer el equilibrio del sistema. La intervención es posible o bien para la integración de lo desviado a la norma general, o bien, para hacer planes de transformación con el objetivo de que ciertas instituciones puedan equilibrar los desperfectos del sistema. Así, la intervención no está planteada como transformación del sistema sino como transformación de elementos (personas, grupos, instituciones...), disfuncionales a él, que deben ser estudiados y tratados para que se vuelvan funcionales.

La sociedad como conflicto de clases de la tradición marxista (Marx y Engels, 1848; Althusser, 1965) se presenta más bien como una sociedad que está basada sobre las relaciones de dominación y explotación que, además, son mantenidas y reproducidas a través de sistemas político – jurídicos e ideológicos (en el sentido que dichas relaciones de explotación son vistas como naturales para la mayoría de la población). La clase trabajadora, justamente por su condición de grupo explotado, es la que puede emprender la transformación social hacia una sociedad sin relaciones de dominación. Existen discusiones dentro del contexto teórico marxista si ese cambio debe ser violento o pacífico; revolución o reformismo, etc. (Lenin, 1897; Kautsky, 1917) En todo caso, el cambio social es posible a partir de un movimiento político organizado, desde la clase trabajadora y con intelectuales que acompañan su causa. Este movimiento tiene como objetivo principal el cambio en el modo de producción capitalista y las relaciones de dominación propias de éste.

La sociedad planteada como sistema de dominación y autoridad de las tradiciones anarquistas, como los desarrollos marxistas, muestra que la sociedad capitalista está basada en una serie de relaciones de explotación. La propiedad privada, la familia y el Estado son producto de relaciones injustas y perpetúan ese tipo de relaciones. La transformación social debe tener como objetivo fundamental la abolición de la propiedad privada y del Estado como formas de explotación de las mayorías por parte de una minoría dominante. Esta transformación, violenta o no (según las diferentes versiones), proviene del descontento de las masas con ese estado de cosas. La sociedad ideal se caracteriza por formas de auto organización, bien sea en cooperativas de trabajo o en negociaciones entre individuos libres de la autoridad. Con relación al ámbito político, tanto Proudhon (1840) como Bakunin (1871), por ejemplo, abogan por un sistema descentralizado y federativo de organización en el que se pueda dar la auto organización local.

Ahora bien una vez estudiadas diferentes formas de comprender el orden y cambio social, pasamos a analizar cuáles ideas son fundamentales para la posibilidad de pensar en la intervención social. Éstas son:

Cierto descontento con el orden social: Para poder intervenir hacia la transformación social; es necesario pensar en que existe algún desperfecto con el orden social que debe ser transformado. En las tres versiones estudiadas, está presente este elemento o bien como desequilibrio del sistema o bien como una sociedad vista como sistema de explotación de unos grupos sobre otros.

Posibilidad y deseabilidad del cambio social: La intervención social se basa también en la idea de que es posible lograr cambios a partir de acciones humanas sistemáticas y, además, que es deseable que ocurra dicha transformación (como hemos visto, en cuanto a la dirección de este cambio existen grandes diferencias entre los sistemas de pensamiento estudiados).

Acción colectiva: Las transformaciones a las que hacen referencia los sistemas teóricos estudiados aluden a la acción colectiva como motor de la transformación social. Una de las bases de la intervención social es que la acción hacia transformaciones concretas se haga colectivamente.

El conocimiento como guía de la acción: Una idea necesaria para pensar en la intervención como ámbito profesional y no sólo como acciones de grupos humanos hacia el cambio, es que el conocimiento puede servir como guía de la acción. Tanto en las versiones funcionalistas como en las versiones marxistas estudiadas, el conocimiento guía definiciones de problemas y de acciones hacia la transformación (en el primer caso como forma de detectar desperfectos en el sistema social y en el segundo a través del desenmascaramiento de los mecanismos ideológicos de conciencia). En la tradición anarquista, en cambio, el conocimiento no toma especial relevancia para las acciones de transformación.

Intervención como diálogo entre diferentes actores: Las propuestas que sostienen que hay ciertas personas que por su conocimiento, como por ejemplo los equipos interventores o los/as intelectuales en el caso de algunas versiones del marxismo, son diferentes a quienes sufren los problemas o aquellos grupos privilegiados para promover el cambio social, se produce un espacio vacío entre los diferentes niveles de intervención en la realidad. Es necesario el diálogo entre estos dos entes colectivos para poder lograr una acción efectiva de transformación. A partir de estas premisas fundamentales sobre el orden social y las formas de transformación social posibles, estudiamos diferentes formas de entender la intervención social. Para esto, distinguimos dos grandes líneas de

desarrollos en intervención social: 1) 'Intervención social dirigida' porque son intervenciones que mayoritariamente son planificadas y llevadas a cabo por parte de quienes son definidos/as como profesionales o expertos/as; y 2) 'Intervenciones participativas' porque explícitamente incorporan dentro de sus planteamientos la participación de las personas afectadas en la solución de sus propios problemas y enfatizan en la importancia del trabajo conjunto entre personas que intervienen y personas de las comunidades o grupos afectados por los problemas sociales identificados.

Intervenciones dirigidas

Para estudiar la intervención dirigida hemos elegido desarrollos relacionados con sistemas institucionales tales como los servicios sociales (Casas, 1996) y la cooperación internacional (Corsino, 1998) y con posturas que teorizan sobre el apoyo social y los grupos de ayuda mutua (Barrón, 1993). Estos materiales nos han dado un amplio abanico de textos en los que se tratan principios fundamentales, relaciones institucionales y formas de actuación de estos ámbitos. A partir de aquí hicimos un análisis conjunto para estos tres ejemplos guiado por los siguientes ejes de análisis: 1) Cómo se construyen los problemas sociales (diagnóstico de la sociedad), 2) Cómo se construyen las soluciones, 3) Cuáles son los entes relevantes para la solución, y 4) El cambio social posible y deseable.

El **diagnóstico** que se presenta desde los modelos de 'intervención dirigida' es el de la desigualdad social. Hay colectivos que se encuentran excluidos o en riesgo de exclusión de los recursos económicos, sociales y culturales de la sociedad. Es necesario intervenir en los problemas sociales para lograr mayores niveles de calidad de vida para estas personas y colectivos. Esta intervención se hace a partir de demandas sociales (hechas por los/as usuarios/as de los servicios, por organizaciones que funcionan como interlocutoras de los grupos con problemas sociales o a partir de demandas definidas desde los diferentes niveles de administración local o internacional). La **transformación social** se da a través de la injerencia en ciertos contextos definidos como problemáticos, a partir de la lectura hecha por parte de los sistemas de intervención, de dichas demandas. Estos sistemas incluyen agentes financiadores, personas definidas con conocimiento teórico y práctico adecuado para la intervención, instituciones de servicios sociales, políticas sociales, contenidos académicos, etc. La intervención busca adecuar o normalizar los espacios problemáticos haciendo uso de los conocimientos y técnicas desarrollados en los ámbitos científicos y de

experiencia profesional (Rose, 1996; Burman, 1999). Las intervenciones dirigidas no se plantean la transformación de la lógica de la sociedad donde se desenvuelven, sino la de integrar a colectivos con carencias.

Los principales **agentes involucrados** son, por un lado, el proceso, persona, grupo o institución que necesita de una transformación (definidos como problemáticos); y, por otro lado, los sistemas de intervención definidos como capaces de planificar y ejecutar acciones sistemáticas con la finalidad de provocar esta transformación en el primero.

El **cambio social deseable**, desde estas perspectivas de intervención social, es lograr una mayor calidad de vida para las personas beneficiarias de la acción interventiva. Se propone ayudar a integrar a quienes están excluidos/as - o en riesgo de exclusión - a los mecanismos de la sociedad. Por esto, se interviene dentro de los espacios problemáticos conformados por colectivos necesitados, definidos como carentes. No se interviene en aquellos espacios que funcionan con rentabilidad probada y productividad aceptable. Se interviene en lo imperfecto, lo marginal. La **posibilidad de este cambio** es a través de la intervención en diferentes contextos locales. Se hacen intervenciones a través de proyectos de escala micro social en las que se definen las acciones necesarias para paliar algún problema social o para ayudar a algún colectivo o persona en desventaja. Estos proyectos son planificados desde los centros de decisión y conocimiento (ámbitos políticos y técnicos de la intervención – por esto hemos designado a estas formas de intervención como dirigidas) a partir de la lectura de las demandas de diferentes entes sociales y afectan a colectivos específicos definidos como problemáticos desde aquellos centros de decisión. En estos modelos, el cambio social es posible siempre que sea a pequeña escala y funcional para la sociedad. Las intervenciones 'dirigidas' están relacionadas con un marco funcionalista de entendimiento de la sociedad porque no buscan una transformación de la sociedad en su conjunto sino atacar aspectos que son vistos como problemáticos de modo que se puedan equilibrar los desperfectos ocasionados por el sistema a través de mecanismos e instituciones sociales preparadas y legitimadas para realizar esta intervención. Se busca incidir en los espacios y colectivos que tienen problemas (según la definición que quien está en posición de legitimidad para hacer esta definición: políticos/as y técnicos/as). Es como una reforma en la que se ajustan las partes disfuncionales del sistema.

Intervenciones participativas

La principal diferencia entre las perspectivas participativas y las de 'intervención dirigida' es que las participativas conceptualizan al grupo afectado por algún problema social como interlocutor y actor privilegiado para la transformación social. Ellas hacen énfasis en que las personas que están afectadas por los problemas sociales deben ser parte de la solución de aquellos problemas. Por lo tanto, el diseño, ejecución y evaluación de los programas y acciones se hace a partir del diálogo entre aquellas personas que intervienen y las personas afectadas por problemas concretos. Para el análisis de estas perspectivas hemos elegido desarrollos de la educación popular (Freire, 1970), la teología de la liberación (Martín Baró, 1990), la investigación- acción - participativa (Fals Borda, 1959) y la psicología comunitaria (Serrano García, 1989; Montero, 1994; Wiesenfeld, 1998). Estas perspectivas han sido analizadas sobre la base de los ejes mencionados: construcción del diagnóstico de la sociedad, construcción de las soluciones, entes relevantes para estas soluciones y cambio social posible y deseable.

En estas perspectivas los **problemas sociales** están definidos como producto de estructuras sociales donde se dan relaciones de opresión de ciertos grupos sociales por parte de otros grupos (propietarios/as de los medios de producción, entes gubernamentales, países 'desarrollados', etc.). Esta opresión está enmascarada por mecanismos de ocultación que funcionan como contenidos ideológicos que hacen ver las relaciones sociales desiguales como naturales, cosa que permite, a su vez, la reproducción del sistema social opresivo.

Para la **solución** de los problemas derivados de este sistema social, las perspectivas participativas parten de la necesidad de que las personas afectadas con problemas concretos deben tomar parte en la solución de dichos problemas; en este sentido, se busca promover la participación de dichas personas en trabajos en los que, conjuntamente con profesionales comprometidos/as con la transformación social, se busquen vías de acción para trabajar sobre estas problemáticas. Los temas tratados en procesos de intervención social, están definidos en el seno de este trabajo conjunto. Esta característica responde a premisas epistemológicas y políticas que sostienen los diferentes desarrollos en estas perspectivas. En cuanto al aspecto epistemológico, las perspectivas participativas proponen que tanto el conocimiento científico (propio de los/as agentes externos/as) como el conocimiento popular (de grupos comunitarios o colectivos con los que se trabaja) debe ser igualmente relevante en procesos concretos de acción social que se emprendan. El diálogo en el que se comparten los diferentes conocimientos permite elaborar

una comprensión de las formas de vida de las personas con las que se trabaja y, al mismo tiempo, producir procesos de concientización en el que estas personas se den cuenta de las relaciones de opresión que sostienen estas situaciones. Este diálogo, a su vez, funciona como movilizador de las acciones de transformación. El principio de participación que sostienen las perspectivas participativas también es un principio político porque incorpora la voz de aquellas personas que usualmente están al margen de las decisiones políticas y económicas de la sociedad, con el fin de incorporarlas en la solución de los problemas que les aquejan siguiendo así un fundamento de democracia participativa en el que estas personas, a partir de las intervenciones que se realicen, logren cada vez mayores grados de control y poder sobre sus vidas y el medio ambiente que las rodea (empowerment).

Los **agentes sociales relevantes** dentro de las perspectivas participativas son, por un lado, las personas de la comunidad o grupo con el que se trabaja y, por otro, los/as interventores/as o intelectuales comprometidos/as con los procesos de transformación social. Los miembros de la comunidad no son necesariamente personas que son parte de algún colectivo 'problemático' como en las intervenciones 'dirigidas'; se trata de personas que son parte (y se sienten parte) de algún grupo o comunidad y que quieren participar (y muchas veces ya lo está haciendo) en procesos de transformación social. El concepto de participación, en estas perspectivas, incorpora la toma de decisiones por parte de quien participa en el grupo a partir del proceso de diálogo entre profesionales (o agentes externos) y personas del grupo. Los/as profesionales que intervienen a partir de modelos participativos se alejan del encargo de control social del cual acusan a las 'intervenciones dirigidas', más bien hacen una fuerte crítica a los efectos de dominación de aquellas y actúan como 'catalizadores sociales' (Fals Borda, 1959) de procesos de transformación.

Ahora bien, estas perspectivas al proponer una comprensión conflictivista de la sociedad, no buscan que las personas con las que se trabaja se adapten a las situaciones de opresión, sino que buscan pequeñas transformaciones en aspectos relevantes de la vida de estas personas para lograr cada vez mayores grados de control sobre sus vidas. Aunque el **cambio social deseable** sea la transformación de las situaciones de injusticia estructural y asimetrías de poder presentes en la sociedad, se hacen intervenciones en escala micro social para la transformación de situaciones que son vistas como problemáticas por los grupos con los que se trabaja. En este sentido, encontramos que en las perspectivas participativas se plantea la **posibilidad** de

la transformación social a pequeña escala, mientras que se propone que la fuente de los problemas sociales actuales tiene que ver con las formas en la que están estructurados los sistemas sociales y la distribución de recursos dentro de ellos. Sólo la confianza en que diferentes movimientos populares se organicen en torno a los procesos participativos y logren participar en procesos de decisión puede ser la vía de una transformación que incida en las formas de organización social actuales. A partir de la relación entre agentes externos/as (profesionales, voluntarios/as, etc.) y personas de la comunidad, es posible actuar conjuntamente, a partir de los recursos diferenciados, para la transformación social.

Una 'perspectiva situada' para la intervención social

El estudio de las teorías sobre los sistemas sociales y los análisis de las formas de intervención revisadas, nos llevaron a una serie de reflexiones críticas sobre la intervención social y los conceptos trabajados en estos ámbitos. A partir de la revisión de literatura en el ámbito de perspectivas críticas, tales como el socioconstruccionismo (Gergen, 1994; Ibáñez, 1996), desarrollos feministas (Haraway, 1991; Harding, 1993), ideas del 'postmarxismo' (Laclau y Mouffe, 1985), entre otras, desarrollamos reflexiones que podían cuestionar estos conceptos y mostrar formas alternativas de entender los ámbitos de definición de situaciones problemáticas, los agentes sociales para la transformación y las formas de entender el conocimiento. De este modo, nos planteamos la producción del capítulo 5 que, a diferencia de los dos precedentes, no busca analizar desarrollos relacionados con la intervención social sino que tiene como objetivo plantear una mirada situada para la intervención.

En primer lugar, para trabajar sobre la definición de **problemas sociales** acudimos a la literatura que critica las formas en las que es entendido el conocimiento científico como representación fiel de la realidad (a partir de métodos especializados para descubrir las verdaderas relaciones sociales). Apoyándonos en esta literatura desarrollamos una forma alternativa de definir aquello que es necesario transformar; ya que consideramos que una perspectiva situada para la intervención social debía dar cuenta de los aspectos de las vidas de las personas, de las relaciones, discursos y prácticas sociales que es necesario transformar. Esto implicaría acciones colectivas que buscan un objetivo. La principal crítica que formulamos a las propuestas de la intervención social estudiadas (intervenciones dirigidas y participativas) es que los problemas sociales se definen básicamente a

partir del conocimiento experto. En las intervenciones dirigidas, la definición de qué es un problema social se da a través de la lectura/definición de políticos y equipos de intervención de las demandas de diferentes entes sociales. En las perspectivas participativas el concepto de ideología, en tanto contenidos de conciencia que naturalizan/ocultan las relaciones de opresión, legitima ciertas lecturas de las causas de las situaciones problemáticas en las que viven las personas de la comunidad. La necesidad de concientización de estas personas, necesaria en estas propuestas para la movilización a la acción, asume la posibilidad de un 'meta' conocimiento, por parte de quien interviene, de las condiciones 'reales' de opresión de los grupos con los que se trabaja.

En una perspectiva situada para la intervención social aquello digno de transformación se define en fijaciones (temporales y precarias) de significados a partir de las articulaciones de diferentes posiciones de sujeto. Estas articulaciones emergen como antagónicas a otros espacios sociales y adquieren su significado en contextos específicos. En este sentido, la definición de aquello digno de transformación se da en las alianzas, negociaciones, posiciones contrarias, etc. de diferentes agentes sociales tales como equipos de intervención, personas afectadas, asociaciones con intereses en juego, instituciones, etc. imbuidas en relaciones de poder, autoridad y legitimación. Esta propuesta difiere de otras formas de intervención social en que cuestiona la propia definición de condiciones problemáticas proponiendo que es un asunto político en tanto que configura y es configurado por las relaciones sociales en contextos dados. Con esta propuesta, intentamos pensar en la involucración de agentes sociales de diferentes ámbitos en la definición de lo que es digno de transformación y no sólo en quienes forman parte de los sistemas de intervención (tales como equipos interventores e instituciones que les dan soporte).

Con relación a los **agentes sociales de cambio**, a partir de los análisis hechos sobre las perspectivas de intervención social, hemos visto que se definen básicamente dos agentes de la acción: quienes intervienen (que poseen las herramientas adecuadas para dicha acción) y quienes son intervenidos/as (que son las personas que tienen ciertos problemas sociales o viven en situaciones de exclusión o riesgo de exclusión); también, en algunos casos, se le da importancia en los textos a las instituciones que le dan soporte a los/as agentes interventores/as para su acción. En las perspectivas trabajadas cobran relevancia diferentes agentes dependiendo de las bases teóricas que las sostienen. Así, en las perspectivas dirigidas el peso de la

intervención se encuentra sobre todo en los sistemas de intervención definidos por las políticas que se quieren llevar a cabo, los problemas que se definen y la acción de los equipos interventores, mientras que en las perspectivas participativas quienes tienen el peso de llevar a cabo la transformación social son las personas con las que se trabaja.

Para hacer la reflexión sobre agentes de cambio social hemos recurrido especialmente a la literatura sobre los agentes de cambio social definidos por el marxismo tradicional (la clase social trabajadora) y los agentes definidos en las teorías sobre nuevos movimientos sociales (agentes identitarios tales como mujeres, homosexuales, pertenecientes a una raza determinada, etc.). A partir de aquí, revisamos posturas críticas hacia estas dos formas de entender los sujetos que deben promover o llevar a cabo ciertas transformaciones sociales (Fuss, 1989; Haraway, 1992; Mouffe, 1992; Butler, 1993).

En la perspectiva situada para la intervención que hemos desarrollado cobra relevancia la noción de 'posición de sujeto' como concepto que, por un lado, critica la idea de sujeto unitario y coherente y, por otro, trabaja con las posiciones que se construyen a través de articulaciones enmarcadas en contextos sociales. En esta perspectiva, las posiciones de sujeto no sólo se referirían a la posición de interventor/a o intervenido/a, sino que se referirían a múltiples posiciones que diferentes individuos o grupos pueden ocupar en dichas articulaciones. En estas articulaciones se construyen parcialmente dichas posiciones y, a la vez, se define qué es digno de transformación; es decir, se dan procesos en los que se fijan significados con relación a las propias posiciones y también a los contenidos a tratar. Las consecuencias de este movimiento teórico son que:

Aquello que es digno de transformación no sólo afecta a un grupo definido como carente o deficitario sino que es de interés de/transforma a todas las posiciones de sujeto involucradas en momentos determinados.

Una propuesta como esta permite reflexionar sobre las diferentes constituciones de los grupos que se involucran en acciones de transformación social, criticando la visión de que tanto los equipos interventores, como los miembros de la comunidad o colectivos específicos son homogéneos entre sí.

Se propone que hay multiplicidad de voces y posibilidades de relación y que las formas de relación tienen que ver con inclusiones/exclusiones, negociaciones, alianzas y también alejamientos dependiendo de los diferentes contenidos que se traten en procesos de intervención/articulación.

Quienes se conforman como agentes de acción social en las diferentes articulaciones toman acciones y fijan significados temporalmente en las conexiones a las que acceden.

Con respecto a **las concepciones de conocimiento**, dado que en el apartado de problemas sociales trabajamos las críticas relacionadas con las formas de conocimiento que se erigen como representaciones de la realidad, en el apartado de formas de conocimiento que subyacen a las formas de intervención, nos dedicamos a una crítica a la concepción de ideología de la tradición marxista por la fuerza que tiene esta noción en las perspectivas participativas. Las críticas propuestas, inciden en la erosión de un punto de vista privilegiado desde el que se puede conocer la verdadera naturaleza de las relaciones sociales, o bien por medio de tecnologías de investigación científicas o bien por medio de los constructos asociados al concepto de ideología entendido como formas de ocultamiento de las relaciones sociales opresivas. En este sentido, hemos utilizado sobre todo la noción de conocimientos situados (Haraway, 1991) para proponer que en las articulaciones de posiciones de sujeto cada una de estas posiciones entra en relación con las otras a partir de un conocimiento situado que luego es transformado por efecto de dicha articulación. Este conocimiento es contingente a cada una de las posiciones involucradas, lo cual trae como consecuencia que cada agente se debe responsabilizar por este conocimiento parcial; por tanto, lo que se busca en articulaciones concretas es la discusión en torno a acuerdos y fijaciones momentáneas más que procesos de descubrimiento de la realidad o de concientización (propios de los sistemas de intervención estudiados). De esta manera, la creación de los espacios de intervención/articulación se hace a partir de las conexiones parciales y no inocentes posibles, imbuidas en contextos donde se definen relaciones de poder y posibilidades de alianzas.

Para finalizar la perspectiva situada para la intervención propusimos una serie de **puntos de partida** que implican que la propuesta de la perspectiva situada para la intervención social pretende, más que dar una respuesta acabada sobre las formas en las que se debe intervenir, servir de posición desde la cual establecer diálogos, conversaciones, desacuerdos, etc. con otras posiciones de sujeto que quieran, puedan o deban pensar en/involucrarse en procesos de intervención/articulación. En estos puntos se enfatiza en el carácter situado del conocimiento de los agentes sociales involucrados en articulaciones concretas, criticando la posición de saber presente en las perspectivas estudiadas de intervención social y proponiendo una idea de articulación que

permitiría por un lado, cuestionar la idea de grupos homogéneos y, por otro lado, acceder a prácticas de conexión en las que se pueda definir, conjuntamente con otros agentes, aquello que es digno de transformación en ciertos momentos y contextos. Todo esto con la esperanza de tomar acciones menos centradas en torno a ejes de poder en las relaciones a las cuales podamos acceder desde esta posición situada y 'peligrosa' que actualmente ocupamos (como trabajo académico cuyo objetivo es reflexionar sobre la intervención social y como potenciales agentes de intervención).

Referencias

- Althusser, L. (1965) La Revolución Teórica de Marx. México: Siglo XXI. 1969.
- Bakunin, M. (1871) Escritos de filosofía política. Crítica de la sociedad. Madrid: Alianza. 1978.
- Barrón, A. (1993) Modelos teóricos del apoyo social. En M. Martínez (Comp.) Psicología comunitaria. Sevilla: Eudema. (137 – 152).
- Burman, E. (1999) Rhetorics of psychological development: From complicity to resistance. En La Psicología de fin de siglo. XXVII Congreso Interamericano de Psicología, Caracas - Venezuela. Sociedad Interamericana de Psicología (39 – 56).
- Butler, J. (1993) Bodies that matter. On the discursive limits of "sex". New York: Routledge.
- Casas, F. (1996) Bienestar social: Una introducción psicosociológica. Barcelona: PPU.
- Corsino, D. (1998): La part des ONG dans la coopération internationales. En CETRI: Les ONG: instruments du néo-libéralisme ou alternatives populaires?. París: L'Harmattan.
- Fals Borda, O. (1959) Acción comunal en una vereda colombiana. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Monografías sociológicas.
- Freire, P. (1970) Pedagogía del Oprimido. Madrid: Siglo XXI Editores. (1979).
- Fuss, D. (1989) Leer como una feminista. En N. Carbonell y M. Torras (Comp.) Feminismos Literarios. Madrid: Arco/libros. (1999).
- Gergen, K. (1994) Realidades y relaciones: Aproximaciones a la construcción social. Barcelona: Paidós (1996).
- Haraway, D. (1991) Conocimientos situados: La cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En D. Haraway Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza. Ediciones Cátedra, Madrid 1995. (313 – 345).
- Haraway, D. (1992) Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles. Política y sociedad 30 (1999). (121 - 163).
- Harding, S. (1993) Ciencia y feminismo. Madrid: Morata (1996).
- Ibáñez, T. (1996). Fluctuaciones conceptuales en torno a la postmodernidad. Caracas, Venezuela: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación. Comisión de Estudios de Postgrados.
- Kautsky, K. (1917) La Dictadura del proletariado. Madrid: Editorial Ayuso. (1976).
- Laclau, E y Mouffe, C (1985) Hegemonía y estrategia socialista: Hacia una radicalización de la democracia. Madrid: Siglo XXI editores (1987).
- Lenin, V. (1897) ¿A qué herencia renunciamos?. En Obras Escogidas Tomo I. Buenos Aires: Editorial Cártao. 1965.
- Martín-Baró, I. (1990) Religion as an instrument of psychological warfare. Journal of social issues. Vol 46 (3) (93 – 107).
- Marx, K y Engels, F (1848) The Manifesto of the communist party. En The essential left: Four classic texts on the principles of socialism. London: Unwin Books 1962 (2nda edición)
- Merton, R. (1957) Social Theory and Social Structure. New York: Free Press.
- Montero, M. (1994) Investigación - acción participante. La unión entre conocimiento popular y conocimiento científico. Revista de Psicología, Universidad Ricardo Palma, VI (1) (31-45).
- Mouffe, C. (1992) Feminism, citizenship and radical democratic politics. En J. Butler & J. Scott (Eds.) Feminist theorize the political. New York: Routledge (369 – 384).
- Parsons, T. (1951) The Social System. London: Routledge
- Proudhon, J. (1840) ¿Qué es la propiedad? En G. Gurvitch. Proudhon: Su vida, su obra y su filosofía. Madrid: Guadarrama (1974).
- Rose, N. (1996) Inventing our selves: Psychology, power and personhood. Nueva York: Cambridge University Press. (1998).
- Serrano-García, I. (1989) Bases Ideológicas de la Investigación Participativa. Ponencia presentada en el Congreso Interamericano de Psicología, Buenos Aires, Argentina.
- Wiesenfeld, E. (1998) Paradigms of community social psychology in six Latin American nations. Journal of community psychology. Vol. 26 (3) (229 – 242).

- III. ACTIVIDAD PREVIA
Lectura Syllabus correspondiente a la sesión

- IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN
Discusiones Grupales facilitadas por el profesor

- V. LECTURA POST -SESIÓN
Ninguna

SESIÓN 13

- I. OBJETIVOS
Discutir la noción individualista de memoria

- II. TEMAS

c. Las Nuevas Miradas de investigación e intervención situada

En Lugar de Darle Voz a Quienes No Pueden Hablar, lo que es Necesario es Darle Oídos a Quienes no Pueden Escuchar (Spink, 1999).

Hacia una Comprensión Participativa Encarnada/Situada

- El reconocimiento de la comprensión del otro como una comprensión encarnada en un cierto posicionamiento histórico, semiótico e institucional (Gadamer, 1975; Derridá, 1995; Spivak, 1992; Bajtín, 1979; Haraway, 1992 y 1997).
- La comprensión participativa como una actividad situada (Bajtín, 1979; Haraway, 1992).
- La comprensión participativa como una ARTICULACIÓN (Laclau y Mouffe, 1985).
- La Comprensión Participativa Encarnada de Bajtín
- La comprensión no se orienta a la formación de una representación más o menos exacta de la vivencia de la otra persona en la investigación sino que es realizada desde la propia posición de sujeto.
- "La comprensión es activa y tiene un carácter creativo" (Bajtín, 1979; p. 364).

Se opone a la de carácter monológico, ajena a los susurros de la lengua, que "no conoce la sensación de marginación, ni la historicidad, ni la determinación social y de especificidad del propio lenguaje" (Bajtín, 1975; p. 102).

Ante ella, esta comprensión puede parecer estrecha limitada, subjetiva, pero esto es tan solo al oponerse a la noción de cultura en tanto estructuras centradas en sí mismas; "lo objetivo abstracto social es contrapuesto a mi pequeña vida personal" (Bajtín, 1986; p. 57)

Los Conocimientos Situados según Donna Haraway (1989)

"La objetividad dejará de referirse a la falsa visión que promete trascendencia de todos los límites y responsabilidades para dedicarse a una encarnación particular y específica. La moraleja es sencilla: solamente la perspectiva parcial promete una visión objetiva" (Haraway, 1989; p. 329)

"El yo que conoce es parcial en todas sus facetas, nunca terminado, total, no se encuentra simplemente ahí y en estado origina. Está siempre construido y remendado de manera imperfecta y, por lo tanto, es capaz de unirse a otro, de ver junto al otro sin pretender ser el otro (...)

Esta es la promesa de la objetividad: un conocedor científico busca la posición del sujeto, no de la identidad, sino de la objetividad, es decir, de la conexión parcial"
(Haraway, 1989; p. 331 y 332)

La Intervención desde una Posición Encarnada/Situada

- Se hace necesario responsabilizarse por las formas de ver la realidad social. Las posiciones involucradas deben hacerse cargo de las versiones de la realidad que ponen en juego, en tanto que son conceptualizada como parciales.
- Posibilita el expresar "visiones" parciales y encarnadas sobre los fenómenos a tratar en contextos concretos de intervención desde lugares materiales y semióticos contingentes y específicos.
- Sostiene que la realidad y su conocimiento es contingente a cada posición de sujeto, por ello, no hay una realidad última a ser representada o posición privilegiada desde la cual definir actores, problemas y acciones.
- Desde su posición en la red de articulaciones, el/la profesional se involucra en la articulación (producto de la conexión de múltiples posiciones de sujeto y sus conocimientos situados).
- Al asumir que cada agente, incluyendo el equipo profesional, tiene un conocimiento parcial, se enfatiza en la búsqueda de puntos de acuerdo y de compromiso más que la revelación o la concientización
- Lo que es definido como problemático involucra el proceso de articulación y de dar significado (hegemonía) tanto a posiciones de sujeto como a "aquello digno de transformación".

Metodologías Básicas Posibles

- Entrevistas Activas (Active Interview) tanto a nivel individual como grupal.
- Perspectiva Hermenéutica y Etnográfica
- Observaciones Participantes
- Análisis de Discurso desde perspectivas críticas y polifónicas.

III. ACTIVIDAD PREVIA

Lectura Syllabus correspondiente a la sesión

IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN

Exposiciones y discusión facilitada por la estructura de la actividad y por el docente a cargo.

V. LECTURA POST -SESIÓN

Ema López, José Enrique (2004) . *Del sujeto a la agencia (a través de lo político)*. Athenea Digital Nº 5. en <http://antalya.uab.es/athenea/num5/ema.pdf>

SESIÓN 14

I. OBJETIVOS

Discutir la teoría de las inteligencias múltiples.

II. TEMAS

UNIDAD VI: NUEVAS PROBLEMÁTICAS PARA LA PSICOLOGÍA SOCIAL: VIOLENCIA

A continuación se presenta un ensayo de Amalio Blanco (2004) para su discusión

El avasallamiento del sujeto. Amalio Blanco Catedrático de Psicología social en la Universidad Autónoma de Madrid

Cuando las cifras de muertos iban cayendo de las ondas como un zarpazo inmisericorde (cerca de 80 a las 11:50; 175 a las 14:40; 186 a las 16:20), se nos vino encima aquella imagen del humo y las llamas de las Torres Gemelas, y no pudimos evitar la presencia de una metáfora sombría: *Atocha, Zona Cero*. Una herida abierta, una estocada certera en la memoria colectiva por el costado más débil: bachilleres imberbes, obreros con tartera, mujeres inmigrantes empleadas en nuestros hogares, funcionarios del nivel 9. La Zona Cero es una oquedad sombría, un acantilado homicida que se abre brusca e inesperadamente debajo de nuestros pies. Por él se despeña con estrépito el pasado de un barrio, de una ciudad, de todo un país, dejando tras de sí una humareda densa que cubre de incertidumbre su futuro. De pronto la existencia se paraliza, como si todos los mecanismos que la animan hubieran quebrado al unísono; queda en suspenso, rodeada de espantos, taladrada de dolor, y estremecida por las sombras. Estamos solos, perdidos en medio de una vasta explanada carcomida por las ruinas: "De frente, ocupando las aceras, caminando por los bordillos, cruzando sin mirar la calle, avanzaba una muchedumbre perdida. '¿Dónde estamos?', preguntaban al empleado que barría una tienda. '¿Dónde estamos?', le decían al quiosquero de la esquina. '¿Dónde hay una boca de Metro?'" (Arribas, 2004: 2). Todo se queda antiguo de repente, decía al día siguiente Juan José Millás. Hay que volver a empezar. Empezar desde el principio, y no precisamente con la euforia incontenible del primer día de la creación, sino con el ánimo arrasado después de la destrucción. Entre el amasijo de hierro de los trenes, una tras otra han quedado hechas añicos todas las metáforas de nuestra existencia: Sandra Iglesias ya no podrá estampar su firma para comprar un piso en Torrejón, Jorge Rodríguez no volverá a soñar con las filigranas de Zidane, Neil Astocóndor ya no volverá a disfrutar de sus atardeceres andinos, Eduardo Sanz, cocinero de cuartel, no verá nacer a su hijo, la metáfora de las metáforas.

El grupo máximo

Henri Tajfel, un admirable psicólogo social, vivió en propia carne la estampida pavorosa de las metáforas cuando de

vuelta a París en mayo de 1945, tras su estancia en un campo de concentración, se percató de que "apenas había nadie vivo de la gente que yo conocía en 1939"; todos habían sido víctimas de la barbarie nazi. Aquella fue una experiencia central en su vida, como el 11-M lo ha sido en la nuestra. Ni pudo ni quiso echársela a la espalda; la miró cara a cara y la convirtió en una excusa para trazar los perfiles del que ha acabado siendo uno de los modelos teóricos más solventes en la explicación de la conducta social humana. Nosotros también lo vamos a hacer sirviéndonos para ello de su inestimable ayuda.

De entrada, como el de Tajfel, el nuestro es también un "...interés directo por las relaciones entre el funcionamiento psicológico humano y los procesos y acontecimientos sociales a gran escala que moldean este funcionamiento y son moldeados por él". No es un interés caprichoso; con su ayuda queremos cobrarnos una pieza teórica de primer orden: superar ese individualismo miope que nos tiene presos de la obstinada y acomodaticia tendencia a dar explicaciones estrictamente psicológico-individuales de los conflictos políticos, de la injusticia social, de la explotación económica, de la represión política, de la guerra, etc. En el fondo de los problemas sociales, y no cabe duda de que el terrorismo lo es de manera prioritaria, no existen ni sólo, ni primordial, ni siempre, ni necesariamente problemas psicológicos. El hecho irrefutable de que las mochilas asesinas fueran colocadas en los trenes de la muerte por personas de carne y hueso, no nos da, de entrada, ni pauta ni derecho alguno para pensar que necesariamente lo hicieron en *tanto que* individuos *contra* otros individuos descartando la posibilidad de que hubieran actuado *como miembros* de una determinada categoría social *contra miembros* de otra categoría social distinta. "Yo no creo, dice Tajfel, que las *explicaciones* de los conflictos y de la injusticia sociales sean primaria y principalmente psicológicas" (Tajfel, 1984: 24). Nosotros tampoco, por mucho que dichas explicaciones traten de salvaguardar nuestra esmerada figura bajo el manido argumento de que "nosotros" no somos como "ellos".

Dos caras de una misma moneda que confluyen en una obviedad sobre la que hoy más que nunca es necesario volver: recuperemos el contexto. “Ningún hombre es una isla”, dice una pancarta apoyada todavía en una pared de la estación de Atocha. Bien seguros estamos de que Tajfel hubiera ido con mucho detrás de ella en la manifestación del 12 de marzo. Fue él quien dejó escrito: “[la afirmación] ‘ningún grupo es una isla’ no es menos verdad que la afirmación ‘ningún hombre es una isla’” (Tajfel, 1984: 295), porque la realidad de la persona y la del grupo solo existe y adquiere sentido dentro de un marco comparativo que se hace más imprescindible si cabe cuando hablamos de asuntos como la violencia política, el terrorismo o la guerra. Estos acontecimientos piden un marco que se sitúe más allá de las personas tomadas en su acepción más pura. A todos estos hechos se les quedan cortos los márgenes puramente individuales, las explicaciones situadas en los pliegues recónditos de algunas mentes desvariadas, la cantinela mecanicista de que, en los terrenos del comportamiento, no hay nada que se nos pueda escapar si tomamos en consideración los rasgos y las características de las personas. Es posible que la monstruosidad del Holocausto cupiera dentro de la cabeza emponzoñada de algunos individuos,⁴ pero su estudiada ejecución sólo pudo ser llevada a término dentro de un contexto en el que resultó posible, y parece que no excesivamente complicado, contar con la colaboración y ayuda de miles de personas, entre las que no faltaron intelectuales de renombre, obreros que cumplieron con nobleza y lealtad su deber, y sesudos catedráticos de universidad. Y así, poco a poco, empezó a hacerse pensable lo impensable, siguió por hacerse posible lo increíble, y terminó haciéndose normal lo insólito.

A Henri Tajfel le hubiera encantado la estudiada biografía que el historiador británico Ian Kershaw le ha dedicado al personaje más siniestro de aquella historia. En la Viena que acogió a un ocioso y desarrapado “alborotador de cervecería” llamado Adolf Hitler, el antisemitismo y el pangermanismo eran valores claramente en alza; de hecho, apostilla Kershaw, Viena era “una de las ciudades más virulentamente antijudía de Europa”, y “la supremacía de la nación sobre el individuo, la insistencia en el orden y en la autoridad, la oposición al internacionalismo [la idea de un socialismo germánico en contraposición a un socialismo internacional] y a la igualdad, se convirtieron en rasgos cada vez más acusados del sentimiento nacional alemán”. He aquí el contexto en uno de sus componentes más resolutorio: la ideología; y he aquí también un hecho inquietante: el estrecho paralelismo entre las antiguas y las nuevas formas de fanatismo fundamentalista: sumisión de los individuos a entidades de orden superior, rechazo de la democracia como forma de gobierno, tolerancia cero respecto a la diversidad y a la multiculturalidad, persecución del disenso,

⁴ Sin duda cupo en la cabeza de aquellas quince personas que el 20 de enero de 1942 se reunieron en una “espléndida residencia berlinesa a orillas del lago Wannsee” invitados por Reinhard Heydrich, Jefe de la Gestapo. El historiador Mark Roseman lo cuenta, con todo lujo de detalles, en su obra “La villa, el lago, la reunión” (Barcelona: RBA Editores, 2002).

defensa y mantenimiento de una estructura que justifica la violencia, que entiende la desigualdad, y que considera irreprochable arrinconar determinados derechos individuales para conseguir un bien de orden superior, un bien supremo. A veces da la impresión de que damos pasos de gigante hacia el túnel del tiempo.

Una apuesta contundente: hay algo más allá de la piel de las personas, esa piel tan nuestra de nosotros mismos, capaz de ofrecernos alguna clave para seguir manteniendo el aserto de que los problemas sociales no tienen un origen psicológico. No es una apuesta caprichosa, sino la consecuencia de una tradición teórica avalada con datos concluyentes acumulados a lo largo de los últimos cien años, que ha tenido como protagonistas a maestros de primera fila que han dibujado perfiles estremecedores del comportamiento humano. Cualquiera de ellos⁵ nos podría ser de utilidad para ubicarnos en la maraña desolada de nuestra particular Zona Cero, pero hay algunos que lo hacen de manera especial.

En el que se ha dado en llamar “Experimento de la Prisión de Stanford”, un grupo de investigadores dirigidos por Philip Zimbardo traza una metáfora de reminiscencias calderonianas (*venid, mortales, venid a adornaros cada uno para que representéis en el teatro del mundo*) que muestra con inquietud lo que es capaz de hacer con personas “emocionalmente estables, físicamente sanos y respetuosos con la ley” una situación que sea capaz de trazar unas relaciones rígidas, frías y funcionales entre ellas derivadas de los papeles que tienen encomendados. La persona como ejecutor de una tarea, como intérprete de un papel que está escrito desde la noche de los tiempos, como jugador de un rol detrás del cual puede esconder sus acciones más sublimes o sus fechorías más abyectas sin perder el humor ni la compostura.

Imagínate que has dado tu consentimiento para participar en uno de los numerosos experimentos que se llevan a cabo en tu universidad. Los investigadores del Departamento de Psicología han tomado cumplida nota de tu nombre y dirección, y una buena mañana del mes de agosto la policía irrumpe en tu casa; te cachea, te esposa, te introduce bruscamente en un coche patrulla, y te conduce a una comisaría. Sales de allí, con los ojos vendados, para ser conducido a una prisión donde te esperan unos tipos mal encarados, pulcramente uniformados, con sus gafas reflectantes bien caladas, sus porras relucientes, sus llaves y esposas colgando bulliciosamente de la pretina del pantalón. Te cachean, te desnudan, te desinfectan, te dan un uniforme, una toalla, una pastilla de jabón, y te asignan un catre en una habitación compartida con otros dos presos. Se sube el telón, y empieza el espectáculo.

Lo que pretendíamos, dice Zimbardo, era “fomentar el anonimato por medio de una variedad de procedimientos tendentes a minimizar las características personales de los prisioneros y su anterior identidad” (Zimbardo, et. al., 1986: 98); la de los prisioneros y la de los guardianes, todos ellos

⁵ Una amplia descripción de esta tradición investigadora la encontrará el lector en el capítulo “Seis metáforas sobre el grupo” en Blanco, A., Caballero, A., y de la Corte, L. *Psicología de los grupos*. Madrid: Prentice-Hall, 2004.

estudiantes de los primeros años de Psicología. Minimización de las características individuales y anonimato: esos son los dos ingredientes del proceso de desindividuación, de un proceso en el que los sujetos acaban por sumergirse de la cabeza a los pies dentro de un grupo, por esconderse detrás de una máscara, y por alinearse milimétricamente con un rol que, como todos, está definido en relación de interdependencia y complementariedad con otros. Cuando la realidad se define en estos términos, las cosas corren el riesgo de deslizarse por una pendiente mucho más circunscrita a los requerimientos de la situación y al escrupuloso cumplimiento de las tareas derivadas del guión que a los rasgos que nos diferencian y nos distinguen unos de otros, de esos rasgos que alimentan nuestra ansiada singularidad psicológica.

La experiencia de la prisión de Stanford no deja de ser un entretenimiento en el que los acontecimientos corrieron con tal vértigo hacia el abismo que obligaron a suspenderla mucho antes de lo previsto. Zimbardo hace una lectura preocupante y no exenta de convicción: hay determinadas cosas con las que es mejor no jugar porque son capaces de producir una metamorfosis letal en el individuo; procesos que convierten a personas normales en agentes de destrucción: "El valor social de este estudio deriva precisamente del hecho de que jóvenes normales, sanos y con alto grado de educación formal pudieran ser transformados radicalmente bajo las presiones institucionales del entorno de una prisión" (Zimbardo, et. al., 1986: 104). Una conclusión inquietante que nos invita a ampliar la extensión de nuestras preocupaciones. Recientemente, el propio autor ha desvelado un dato que había mantenido cuidadosamente en secreto: de pronto, dice, me vi envuelto de lleno en el rol de Superintendente. Empezaba a andar, a hablar y actuar como una figura de autoridad mucho más preocupada por la seguridad de la prisión que por el bienestar de aquellos estudiantes que habían confiado en mí como investigador. Entonces, dice, fui consciente del colosal poder de la situación (Zimbardo, 2004).

Junto a las inevitables preguntas sobre el material corrosivo de que está compuesta la mente de los terroristas, que tan fácil y consoladora respuesta tienen, conviene arriesgarse un poco más. Por ejemplo: ¿qué condiciones son las que han convertido al fundamentalismo religioso en una fuente de terror?, ¿de dónde le viene su poder fatal de atracción sobre millones de jóvenes?, ¿qué secretos guarda en su interior para encender mechas asesinas, para convertir a personas normales en agentes de destrucción?, ¿qué personas forman este ejército dormido dispuesto a entrar en combate con esa vesania criminal? "¿Cómo llega un joven magrebí o un árabe del Mchrek, cuyo país no está ocupado ni cuya gente está humillada constantemente, a cometer este tipo de acción?" (Lmrabet, 2004: 8), se pregunta mirando estupefacto al 11-M, Ali Lmrabet, un periodista marroquí.

Para responder a estos interrogantes parece necesario sacar la cabeza de los interiores de la mente humana y dirigir la mirada hacia su alrededor, por si acaso fuera verdad, que tiene toda la pinta, aquel recio supuesto que formulara el gran Lev Vygotski

en términos solemnes de ley⁶, y que aplicado a la violencia política vendría a aconsejar analizar sus manifestaciones de afuera hacia dentro, y no al revés. Zimbardo lo formula de manera cruda y categórica: cuando ocurren cosas como las que sucedieron en la simulada prisión hay que prescindir del sujeto y centrarse definitivamente en las características de la situación. Así lo declara sin tapujos con la ayuda de un argumento que gana enteros día a día frente a acontecimientos tan siniestros como los del 11-M:

"Desgraciadamente, la insistencia de los psiquiatras tradicionales, los psicoanalistas y los psicólogos de la personalidad en que la conducta desviada o patológica es un producto de los débiles, de rasgos latentes y de toda una cohorte de disposiciones internas supuestas ha hecho un flaco servicio a la humanidad. Los que ocupan posiciones de poder han recibido de esta forma un arsenal de etiquetas para aplicar a los que carecen de poder, a los pobres, a los disidentes, a los inconformistas, a los revolucionarios, etc., permitiéndoles mantener el estatus quo convirtiendo a las personas en *problema* en lugar de las injusticias en la situación vital económico/socio/política. Además, este análisis disposicional se convierte en un arma en manos de legisladores reaccionarios y de las agencias encargadas de sancionar las leyes, ya que entonces las personas que son consideradas como problema pasan a ser tratadas por una de las instituciones ya existentes mientras que las situaciones problema son ignoradas o despreciadas como irrelevantes o demasiado complejas para cambiar fácilmente" (Zimbardo, et. al., 1986: 104-105).

La postura de este eminente profesor de la Universidad de Stanford tiene la particularidad de no dejar indiferente a nadie. La conclusión que extrae de su famoso experimento es una carga de profundidad contra posiciones teóricas que, al depositar todo el peso de la prueba sobre el individuo, liquidan el contexto a precio de saldo, y dejan al sujeto flotando angelicalmente en medio de sus sueños espumosos, o atrapado en el desvarío de sus sombras, mientras dan por buenas o, en el mejor de los casos, ajenas al devenir psicológico y a sus manifestaciones comportamentales, estructuras sociales jalonadas de injusticias y pobladas de fanatismos irredentos, modelos de relación social aupados en un intolerable juego de poder y sumisión, creencias que sancionan la desigualdad y la discriminación, al tiempo que jalean la intolerancia con el disenso y bendicen esquemas de funcionamiento económico en los que está legalmente

⁶ Es la 'ley genética del desarrollo cultural' que aplicada al desarrollo de las funciones psíquicas superiores reza textualmente: "cualquier función en el desarrollo psicológico del niño aparece en escena dos veces, en dos planos: primero como algo social, después como algo psicológico; primero entre la gente, como una categoría intersíquica, después dentro del sujeto, como una categoría intrapsíquica" (Vygotski, L. *Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores*. La Habana: Editorial Científico-Técnica, 1987: 161).

sancionada la explotación. Más allá de sus implacables consideraciones sociopolíticas, las palabras de Zimbardo estarían muy lejos de ser compatibles con la idea de que los acontecimientos del 11-M puedan quedar resueltos con un contundente diagnóstico de insania psicológica individual.

Jacques Chirac y Gerard Schröder no han necesitado del experimento de la prisión de Stanford ni de las múltiples reflexiones en torno al proceso de desindividuación para percatarse de que algo se cuece más allá de las personas que en un determinado momento materializan el horror. Luchar contra el terrorismo implica ocuparse de la "miseria y la frustración de los pueblos", decían en una cumbre bilateral a los pocos días del atentado, una apreciación que no deja de pertenecer al ámbito del sentido común, pero con la que a buen seguro no estarán de acuerdo ninguno de los tres mandatarios que protagonizaron la foto de las Azores. Ya lo ha dicho alguno de sus acólitos en una enfática declaración rayana en la irresponsabilidad política: "No hay mayor error que intentar explicar el fenómeno terrorista; si no entendemos eso y empezamos a buscar explicaciones políticas a los actos terroristas, me parece que vamos por muy mal camino", dijo el actual líder de la oposición española ("El País", 8/04/, p. 18). Y se quedó tan ancho.

No estaría demás que unos y otros echaran una ojeada pormenorizada a los capítulos 1 y 10 del libro que en 1974 publicara Stanley Milgram. En él cuenta con todo detalle sus 18 experimentos sobre la obediencia a la autoridad, un asunto que, en mayor o menor medida, forma parte de la vida cotidiana de ese hombre de la calle que somos todos. En algunos contextos, la obediencia no solo participa, sino que vertebraba el orden social. Lo hace a veces de manera vertical, jerárquica, rígida, inapelable: arriba, las verdades absolutas con rostro de varón blandidas por exegetas iluminados, unas veces barbudos y otras barbilampiños, que arremeten sin piedad contra toda manifestación o sospecha de heterodoxia. Abajo, en actitud sumisa y mansa, el resto de los mortales, especialmente mujeres y niños. En los capítulos mencionados encontrarán algunas reflexiones interesantes, como aquella que sostiene que "la obediencia es el mecanismo psicológico que hace de eslabón entre la acción del individuo y el fin político" (Milgram, 1980: 15), y podrán darle vueltas una y otra vez a las conclusiones de Milgram: se piensa, dice, que las personas que apestaban los 450 voltios a una víctima inocente cada vez que esta cometía un error en una tarea de repetición de pares asociados de palabras que previamente tenía que haber aprendido, eran tipos extremadamente violentos, auténticos monstruos con una indisimulada vena sádica en su interior. No es así; "es posible que sea esta la lección más fundamental de nuestro estudio: las personas más corrientes, por el mero hecho de realizar las tareas que les son encomendadas, y sin hostilidad particular alguna de su parte, pueden convertirse en agentes de un proceso terriblemente destructivo" (Milgram, 1980: 19)⁷.

⁷ En el Epílogo, el autor hace una confesión que creemos necesario recuperar: "Siempre me ha asombrado el hecho de que, cuando voy a dar conferencias sobre los experimentos de

En una palabra, esa "virtud" que ha arrastrado a la humanidad a una catástrofe tras otra, tiene algunas peculiaridades que casan como anillo al dedo en nuestra particular Zona Cero: a) las personas ejecutan sus tareas como un acto administrativo más que moral; b) los individuos establecen una clara distinción entre destruir a otros como cumplimiento de un deber y hacerlo como fruto de sus sentimientos personales; c) la lealtad, el deber y la disciplina que los actores experimentan como imperativos morales no son otra cosa que exigencias técnicas para el mantenimiento de un sistema; d) hay una edulcoración del lenguaje a fin de que las acciones destructivas no colisionen con preceptos morales que nos han inculcado desde la más tierna infancia; e) las acciones se justifican siempre con intenciones constructivas, y llegan a ser consideradas como algo noble a la luz de algún objetivo ideológico; f) cuando permanece intacta la relación autoridad-obediencia, se hacen necesarios ajustes psicológicos para poder enfrentarse a la tensión provocada por la ejecución de órdenes a todas luces inmorales; g) la obediencia llevada a estos términos forma parte de una atmósfera más amplia en la que lo más frecuente no son psicópatas que "... exploten sin piedad una posición de poder, sino funcionarios a quienes se les encomienda una tarea.. y que se esfuerzan por ofrecer una impresión de competencia en su trabajo" (Milgram, 1980: 173-174).

Desindividuación y obediencia serían dos marcos teóricos para poder entender el 11-M; dos marcos que han transitado a lo largo de la Psicología social con una solidez y una dignidad incuestionables⁸. Tan cierto es que uno y otro se concretan en comportamientos de personas de carne y hueso, como que

la obediencia en diversas Universidades a todo lo largo de nuestra nación, me he encontrado con jóvenes que se mostraban estupefactos ante el comportamiento de los sujetos de mi experimento, y proclamaban que jamás se habían de conducir de semejante manera, y que sin embargo, en cuestión de meses, eran llamados a filas y realizaban sin remordimiento algunas acciones que dejarían pálida la administración de descargas a la víctima. En este sentido no son ni mejores ni peores que los seres humanos de cualquier época, que se prestaban a sí mismos para los propósitos de la autoridad, y se convertían en instrumentos de sus procesos destructores" (Milgram, 1980: 167).

⁸ El "Journal of Social Issues" dedicó en 1995 un número monográfico al paradigma de la obediencia en el que se hace un repaso al legado de Milgram: "Perspectives on Obedience to Authority: The Legacy of the Milgram Experiments" (JSI, 1995, Vol. 52, Nº 3). Sobre la desindividuación invitamos al lector interesado a consultar a Zimbardo, P. The human choice: Individuation, reason and order versus deindividuation, impulse and chaos. En W. Arnold, y D. Levine (Eds.), *Nebraska Symposium on Motivation*. Lincoln, NE.: University of Nebraska Press; Diener, E. Deindividuation: The absence of self awareness and self regulation in group members. EN B.P. Paulus (Ed.), *The psychology of group influence*. Hillsdale, N.J.: Erlbaum; Zimbardo, P. Situaciones sociales: su poder de transformación. *Revista de Psicología Social*, 1997, 12, 99-112.

ambos quedan suspendidos en un vacío inconcluso sin un referente externo que les dé sentido. La obediencia lo encuentra en la autoridad; la desindividuación en el rol. Estatus y rol, dos componentes de cualquier estructura social, por mucho que a veces la autoridad no pueda desligarse de la persona.

Si interesantes parecen los experimentos de Milgram, no menos resulta el estudio que emprenden Herbert Kelman y Lee Hamilton sobre la matanza de Mai Lai en una obra cuyo título, "Crímenes debidos a la obediencia", cada día nos resulta menos estremecedor. Las "masacres autorizadas" contra personas indefensas e inocentes, que han venido jalonando la historia de la humanidad (la del 11-M es ya una de ellas) "no pueden ser adecuadamente explicadas acudiendo a poderosas fuerzas psicológicas que encuentran su expresión en actos violentos libres de restricciones morales... Más que a los motivos de la violencia, puede ser sensato prestar atención a las condiciones bajo las que se da un debilitamiento de las inhibiciones morales que la impiden" (Kelman y Hamilton, 1989: 15), y una ceguera respecto a las consecuencias destructoras que de ella se derivan. Apenas cabe duda de que la autoridad es una de esas condiciones, pero a pesar de la fuerza con que se nos hace presente, es posible que no sea la única, y hasta cabe la posibilidad de que no sea la más importante. Las conclusiones del propio Milgram parecen abrir las puertas a otras consideraciones, que Kelman y Hamilton intentan concretar. Junto a la obediencia caben, al menos, otros dos ingredientes: un marco de acción reglado, mecánico y rutinario, y la deshumanización. No se trata de establecer una relación de causa y efecto entre ambos, pero tampoco hay que descartarla. Ni se afirma ni se desmiente; sencillamente se procede a definir y distribuir cuidadosamente tareas que aparentemente nada tienen que ver entre sí y a encomendarlas a personas obedientes y sumisas capaces de llevarlas a cabo con ilusión, o a profesionales cualificados que lo hagan con eficacia. Lo que verdaderamente importa es que unos y otros cumplan con su deber *sine ira et studio*, dice Weber; de manera metódica y pulcra, con una "impersonalidad formalista" que reserve para el ámbito de la estricta intimidad personal la espontaneidad de las emociones, el mareo de los valores, la indiscreción sobre la utilidad y el uso que tienen nuestras acciones. Puestas así las cosas, cualquier día al despertar nos damos cuenta de que hay una implacable maquinaria de humillación y muerte puesta en marcha y nosotros estamos dentro de ella.

Una nueva clave que puede resultar útil en el contexto globalizador del terrorismo en el que se instala el 11-M: las personas acostumbramos a vincularnos y orientarnos en el seno de los procesos políticos de tres maneras: intentando cumplir las normas y las leyes, ayudándonos de los roles, y dejándonos orientar por los valores. Se trata, dicen Kelman y Hamilton, de tres tipos ideales de relación entre la ciudadanía y la autoridad política; "tres componentes del sistema político a través de los cuales los ciudadanos pueden vincularse e integrarse dentro de él" (Kelman y Hamilton, 1989: 268). Aunque los autores no hacen mención de ello, y aún a riesgo de simplificar en exceso su propuesta, detrás de cada uno

cabe adivinar respectivamente la presencia de la obediencia, la desindividuación, y la ideología. Y es necesario, además, que seamos conscientes, eso sí lo explicitan los autores, de que no se trata de procesos excluyentes. Así lo creemos al ver los ejemplos que mencionan, y así lo pensamos en el caso del 11-M.

Una primera línea de influencia quedaría dibujada con trazos de ley, obediencia y autoridad. Se trataría de un proceso presidido por la sumisión, inducido exclusivamente por las consecuencias derivadas de la ejecución o no de la conducta en cuestión, preocupado por asegurar el imperio de la ley, temeroso del desorden, y protagonizado por sujetos carentes de independencia, faltos de confianza en sí mismos, o situados dentro de una posición de dependencia que, por razones diversas (unas veces por miedo, otras por presión, en otros casos por una imperiosa búsqueda de seguridad), les obliga a aceptar sin rechistar el orden establecido.

La segunda estaría presidida por el rol, la rutina burocrática, y la desindividuación: la concepción de una tarea criminal llevada a cabo por una persona normal como un mero acto administrativo, acaba de decirnos Milgram. Su resultado final es una estructura cosida con los hilos del sentimiento del deber y de la obligación, la lealtad a un grupo o a su líder, el compromiso con una tarea, y la colaboración entusiasmada en una determinada misión. Hemos dado un paso: el que va del miedo al castigo al preciso, rápido, discreto, impecable, planificado y eficaz cumplimiento del deber. Esta retahíla de adjetivos no tiene un prurito literario, sino que responde a los rasgos que Max Weber le atribuye a la racionalidad instrumental; ni mucho menos lo son en vano, porque sobre sus cimientos se ha acabado por edificar una de las hipótesis más sólidas en torno al Holocausto: la Solución Final fue producto de la cultura burocrática. Así de contundente y taxativo se muestra Zygmunt Bauman: buscar la máxima eficiencia en la ejecución de la tarea sin preguntarnos para qué sirve, por el uso que se le va a dar, por el resultado final que de ella se va a derivar; buscar la máxima eficacia técnica relegando el mundo de los valores al ámbito de la subjetividad, al contexto de nuestra intimidad. Enzo Traverso se muestra entusiasmado con esta hipótesis; con el entusiasmo que le proporciona la metáfora del sujeto subsumido, fagocitado y desaparecido bajo las fauces de una ingente maquinaria burocrática que tan magistralmente dibuja Kafka, y las pesimistas reflexiones de Walter Benjamín sobre el carácter destructor de la tecnología.

En el caso del 11-M no faltó preparación, ni planificación, ni división metódica de tareas. Al día siguiente, fuentes de la lucha antiterrorista consideraban que el atentado tenía que haber sido planificado durante al menos un mes por un grupo de entre 12 y 30 personas. Apenas diez días después, el número de detenidos rondaba ya esas cifras. En esa casucha semi abandonada cerca de Chinchón se procedió al cuidadoso diseño del horror: se prepararon las mochilas asesinas, se estudiaron cada uno de los trayectos de los trenes, se analizaron los horarios de mayor afluencia de pasajeros, se cronometraron los tiempos, se ensayaron las subidas y las bajadas de los cuatro trenes, y se decidió el momento preciso

de las explosiones: durante las paradas en las estaciones a fin de causar un mayor impacto.

La tercera línea de influencia está presidida por la internalización, la humanización/deshumanización, y la ideología, y dibuja un panorama en el que las personas asumen un sistema de valores, se dotan de manera convencida de unas creencias, y rigen su conducta por principios morales. El resultado es una estructura muy vinculada al sustrato cognoscitivo y socio-emocional del sujeto, mucho más al segundo que al primero, a la satisfacción de sus necesidades de identidad, autoestima, consideración, respeto, etc., todas esas cosas que acostumbra a satisfacer los grupos primarios. Es aquí donde echa sus raíces el patriotismo ("la menos perspicaz de las pasiones", decía Borges), y erigen su emocionalidad más tortuosa y rancia los nacionalismos de todos los colores. Junto a un acendrado individualismo, vivimos en una época de culturas e identidades colectivas que sitúan el comportamiento de millones de seres humanos decididamente cerca de parámetros de pertenencia grupal de tono étnico, nacional, cultural o religioso. Ya lo había advertido hace algunos años Manuel Castells: en una parte nada despreciable de nuestro mundo globalizado la identidad ha caído presa de diferentes tipos de fundamentalismo; de entre ellos, "el fundamentalismo religioso, cristiano, islámico, judío, hindú e incluso budista (en lo que parece ser un contrasentido), es probablemente la fuerza más formidable de seguridad personal y movilización colectiva... la búsqueda de la identidad, colectiva o individual, atribuida o construida, se convierte en la fuente fundamental de significado social" (Castells, 1997: 29). La inmersión del sujeto dentro del grupo, la identificación sin reservas con sus metas y objetivos, la insondable satisfacción y orgullo que infiltra a una auto-estima a veces dolorida, y el granítico sentimiento de seguridad que nos proporciona, constituyen la base para hacer de él nuestra verdadera, irrenunciable y única razón de ser. El anverso de esta moneda puede adquirir tintes dramáticos: cada persona cuya razón de ser y estar en este mundo queda definida en estos términos, corre el riesgo de convertirse en un misil destructor lleno de ideas fanáticas o de metralla asesina. O de una y otra a la vez, como ocurre con los terroristas del 11-M: meticuloso adoctrinamiento en la mezquita de Al Qods, de Tánger, dirección espiritual a cargo de Imad Eddin Bakarar, y entrenamiento sin concesiones en el uso y manejo de explosivos. Una formación integral puesta al servicio del terror. Sea como fuere, no parece que la acción llevada a cabo por el comando islámico tuviera nada que ver con nosotros "en concreto"; en modo alguno se trató de una "conducta interpersonal", sino de una acción situada en el extremo intergrupar, "aquel en el cual *toda* la conducta mutua de dos o más individuos está determinada por su pertenencia a diferentes grupos o categorías sociales" (Tajfel, 1984: 275). No son muchas las dudas que cabe albergar al respecto. Para Jamal Zougma y sus compinches, nosotros carecemos de rostro, carecemos de perfil, no tenemos cara; no somos, simplemente existimos como objetos, estamos en este mundo para hacer bulto, para engrosar las estadísticas. Para los terroristas nosotros somos "ellos", una masa evanescente e

informe de individuos a los que se define, de manera casi exclusiva, por su inclusión dentro de una categoría a la que se atribuyen rasgos que convierten automáticamente a las personas pertenecientes a ella primero en "extraños", y después en "enemigos". Somos entes "despersonalizados"⁹, seres diluidos en categorías preñadas de estereotipos inflexibles ("españoles" para unos; "cruzados" para otros) que soportan sin inmutarse las más duras pruebas en su contra. Así somos los unos para los otros; así somos "nosotros" para "ellos". "Me da pena, escribe Ray Loriga en un magistral artículo, ver las pancartas en las manifestaciones y los gritos dirigidos a unos asesinos que no escuchan, que no pueden escuchar, de la misma manera que entraron y salieron de esos trenes sin ver a nadie. Sin darse cuenta de nada" (Loriga, 2004: 11). Los terroristas no escuchan, no ven, no oyen. No *nos* escuchan, no *nos* ven, no *nos* oyen. Y no es que tengan la cuenca vacía de los ojos, sino que están cegados por la obediencia, persiguen como sabuesos el cumplimiento del deber, están marcados a sangre y fuego por unos valores y unas normas que dan por buena y por legítima la muerte del enemigo, están acorralados por una estructura piramidal de la que emanan órdenes que son verdades absolutas con vocación de eternidad, sienten su vida marcada por una "misión", tienen una inquebrantable lealtad a un líder. Una mezcla explosiva, un cóctel mortal que cuando se agita convenientemente es capaz de arrastrar una incontenible carga de dolor y sufrimiento con una tranquilidad de ánimo digna de un psicópata retorcido.

Hace tiempo que sabemos que el favoritismo endogrupal, la discriminación ciega y gratuita a favor de los nuestros y en contra de los otros son reacciones prácticamente espontáneas en la dinámica de las relaciones intergrupales. Lo sabemos desde los años setenta, cuando el grupo de Bristol, capitaneado por Tajfel, pusiera sobre el tapete datos que avalaban un hecho hacía tiempo intuido: el desencadenamiento de una conducta discriminatoria respecto a personas que no pertenecen a nuestro grupo se produce bajo condiciones mínimas: basta que sepamos que alguien a quien no conocemos, con quien no hemos interactuado, y con quien no sabemos qué intereses compartimos, muestra, por ejemplo, los mismos gustos estéticos que nosotros (esa era la condición que se manejó en las investigaciones). Bajo estas minúsculas condiciones emerge una "norma de la grupalidad", el grupo se erige como marco primordial de nuestro quehacer. En el 11-M la grupalidad emerge en su máxima expresión, y con su más sombrío esplendor: las coincidencias van más allá de lo meramente estético (si te gusta Klee o Kandinsky), los simples intereses comunes se han convertido en una "misión conjunta"

⁹ "La despersonalización, escribe John Turner, el más cualificado colaborador de Henri Tajfel en Bristol, se refiere al proceso de estereotipación del yo mediante el que las personas se perciben a sí mismas más como ejemplares intercambiables de una categoría social que como personalidades únicas definidas por sus diferencias individuales" (Turner, J. *Redescubrir el grupo social*. Madrid: Morata, 1990: 83).

con ribetes de eternidad, los planes están trazados en los libros sagrados desde la primera noche de la creación, y nosotros hemos sido los elegidos para el honor y la gloria. El grupo dueño de las acciones, de los pensamientos y de los sueños; el grupo que avasalla al individuo, y no precisamente por el peso de su número, como suponía Simmel, sino por la naturaleza de los contenidos que se contienen dentro de su estructura.

En el verano de 1954, a unos 350 de Oklahoma City, 22 muchachos de 11 años, sanos, aplicados, de buenas familias, sin problemas de conducta, y con un C.I. superior a la media se preparan para pasar unas semanas en un campamento. La dirección y la coordinación de sus actividades correrá a cargo de un equipo de investigadores bajo la dirección de Muzafer Sherif, quien pretende completar una serie de trabajos iniciados en 1949 sobre cooperación y conflicto entre grupos. En todos ellos se obtienen datos de cómo se las arreglan un conjunto de muchachos de esta edad para constituirse en grupo, qué decisiones toman cuando se tienen que enfrentar en situaciones de competición a otro grupo, y qué pasos es necesario dar para a fin de que los grupos reduzcan el conflicto en el que se han metido. La riqueza de los acontecimientos que definen cada una de estas fases ha constituido desde entonces un marco de referencia inexcusable para los estudiosos del comportamiento grupal. Pero lo que ahora nos interesa es destacar una de las conclusiones: "Si un observador externo hubiera entrado en el campamento después de haber comenzado el conflicto en cualquiera de los tres experimentos, lo único que habría podido concluir observando el comportamiento de los muchachos era que se trataba de jóvenes trastornados, viciosos o dañinos" (Sherif y Sherif, 1975: 240).

El fondo ideológico

Si a cualquiera de estas criaturas se les hubiera preguntado por las razones de ese inesperado cambio en tan corto espacio, posiblemente no hubieran dudado en la respuesta: es que las "Águilas", hubieran dicho los de las "Serpientes", son unos canallas antipáticos, hacen trampas, se creen los mejores, no soportan las derrotas, y así no se puede. Los primeros se hubieran pronunciado en términos idénticos respecto a los segundos. Sherif no tuvo necesidad de preguntárselo; unos y otros se lanzaban continuamente estos improperios contraponiéndolos a lo valientes, simpáticos, fuertes y leales que eran ellos, una manera de concederse un espacio donde hacer descansar la justificación de sus acciones frente a los otros. Bien mirado, éste no deja de ser un ejercicio preñado de candidez que, no obstante, nos ofrece una pauta nada borrosa de la deriva que pueden ir tomando los acontecimientos a medida que vayamos añadiendo ingredientes al contexto. Supongamos que, además de saber que pertenecemos a un grupo, lo hacemos por iniciativa propia, buscada y meditada. Añadamos a ello nuestra identificación con sus objetivos, nuestra comunión con los valores que defiende, y nuestra coincidencia con el ideario que lo caracteriza. Supongamos, finalmente, que estamos dentro de un contorno definido por la rigidez burocrática, donde rige,

además, una indiscutible verticalidad en la toma de decisiones y en las posiciones de poder, y donde la lealtad es un valor insobornable.

En vez de suponer todas estas cosas, Fernando Reinares ha echado una mirada a ETA desde su interior mediante entrevistas a antiguos militantes de la banda terrorista. Cuatro parecen ser los rasgos que distinguen a los "patriotas de la muerte". En primer lugar, la ideología: la militancia en ETA se produce durante la adolescencia y juventud, "habitualmente tras algún tiempo de inmersión en asociaciones ubicadas dentro del sector ideológico del nacionalismo vasco radical" (Reinares, 2001: 32). Después, el odio, "un intenso odio" que se alimenta de datos reales, rumores inciertos, y leyendas indemostrables, que van dejando la marca de un punzón afilado en los dominios de las categorías sociales: la de la despersonalización, primero; la de la deshumanización, después. Las confesiones de alguno de los entrevistados describiendo su primer atentado son estremecedoras: "Ese era un confidente. En aquel momento, o sea, el odio era el que mandaba. O sea, tenía las cosas bastante claras. Yo, después de hacer lo que hacía, me quedaba como un señor y dormía como un rey. O sea, no tenía ningún problema, ninguno" (Reinares, 2001: 131). Entre los nuevos "guerreros de la fe", dice Ali Lmrabet al mirar al 11-M, hay "una hermandad de odio hacia Estados Unidos y sus aliados que tarde o temprano le llevará al sacrificio supremo". Para completar el panorama, Reinares añade la eficacia de la acción armada para la consecución de los objetivos políticos, y el uso de la violencia como instrumento de afirmación identitaria.

La completa abdicación de las convicciones personales, o su puesta en cuarentena como consecuencia de la autoridad, es un hecho que ha dado y seguirá dando mucho de sí, pero quizá no tanto como para anular otras consideraciones. Es posible incluso que tampoco sea el único que debemos tener en cuenta para hacernos una cabal idea del comportamiento de quien inspiró los experimentos de Milgram, Adolf Eichmann, uno de los más siniestros personajes de aquella siniestra historia que fue el Holocausto. Que Eichmann era un hombre obediente y sumiso hasta la abyección queda claro a las primeras de cambio en el libro de Hannah Arendt (1999). Pero además de ello no hay razón alguna para suponer que Eichmann, el teniente Calley, que comandó la masacre de Mai Lai en Vietnam, o el coronel Jaime Flores, que dirigió la salvaje matanza de El Mozote en el Salvador, y tantos y tantos otros sicarios tengan un cuenco vacío como estructura cognoscitiva; vacío y con una pendiente tan pronunciada que sea incapaz de recordar el sufrimiento de las víctimas, retener un hilo de empatía y de misericordia para con ellas, aguantar la mirada inocente de cualquiera de esos jóvenes que perecieron entre los amasijos de hierro el 11-M cuando iban a clase. No resulta fácil hacerse a la idea de tanta oquedad moral como causa del terror¹⁰; tampoco resulta verosímil, porque cuando éste se

¹⁰ Puede haber casos. García Márquez nos habla del famoso narcotraficante colombiano, Pablo Escobar, en unos términos que, desde el punto de vista psicológico, se acercan a la oquedad moral: "La condición más inquietante y devastadora

produce, se pone en marcha de inmediato la maquinaria de legitimación y justificación a fin de sortear los severos interrogantes que se plantean a sus protagonistas, y para superar el aparatoso choque de ideas y sentimientos en el interior de los autores materiales o intelectuales de la masacre. Los victimarios necesitan argumentos para sortear la pesadumbre, el dolor y el sufrimiento de las víctimas inocentes, y para evitar el estallido de su propia conciencia. Cuando habla de los jóvenes sicarios colombianos sobre los que podría recaer sobradamente esta sospecha, García Márquez escribe: "La condición común era el fatalismo absoluto. Sabían que iban a morir jóvenes, lo aceptaban, y solo les importaba vivir el momento. Las disculpas que se daban a sí mismos por su oficio abominable era ayudar a su familia, comprar buena ropa, tener motocicletas, y velar por la felicidad de la madre, que adoraban por encima de todo y por la cual estaban dispuestos a morir" (García Márquez, 1996: 71). Para responder con alguna verosimilitud a los atentados de los trenes de la muerte tenemos la necesidad de ampliar nuestras miras: a la obediencia y la desindividuación hay que añadir la ideología. En nuestra particular Zona Cero la ideología está lejos de ser una convidada de piedra. Son todavía muchas las incógnitas que rodean a sus protagonistas, pero a las pocas horas balbucieron algo sobre Europa y hablaron de golpear una de las bases de las cruzadas. Poco después, en una grabación de video, nos dieron a conocer sus razones:

"Declaramos nuestra responsabilidad de lo que ha ocurrido en Madrid, justo dos años y medio después de los atentados de Nueva York y Washington. Es una respuesta a vuestra colaboración con los criminales Bush y sus aliados. Esto es como respuesta a los crímenes que habéis causado en el mundo y en concreto en Irak, y en Afganistán, y habrá más si Dios quiere. Vosotros queréis la vida y nosotros queremos la muerte, lo que da un ejemplo de lo que dijo el profeta Mahoma: si no paráis vuestras injusticias la sangre irá más a más y estos atentados son muy poco con lo que podrá ocurrir con lo que llamáis terrorismo"

Con independencia de la credibilidad que se le conceda a este manifiesto, no parece que pueda haber duda de la "carga ideológica" que entraña: justicia-injusticia, muerte-vida, crimen, criminales, venganza, sangre... Todo un arsenal de significados que pretenden cubrir con un manto de legitimidad una acción a todas luces aborrecible. Gilles Kepel, un consumado especialista en Oriente Próximo, se atreve a ir más allá: este atentado forma parte de la *yihad* en Al Andalus, el intento por arrebatar a los descendientes de los cruzados una tierra que sienten como propia. Un informe de la Comisaría General de Información elaborado antes del 11-M atribuye a esa masa de combatientes desparramados en diversos grupos "una misma enseñanza militar en los campos de entrenamiento militar en

de su personalidad era que carecía por completo de la indulgencia para distinguir entre el bien y el mal" (García Márquez, 1996: 206). Raskolnikov, un soberano personaje de ficción, podría ser otro caso.

Afganistán, Pakistán, Bosnia o Chechenia; una ideología común basada en una concepción radical del islam, y un deseo de venganza hacia Occidente" (Irujo, 2004: 26).

Dejemos a quien corresponda una discusión en profundidad en torno al concepto de ideología, y vayamos a lo concreto. El supuesto de que el 11-M nos remite al desvarío de la mente y a la insidia del corazón de unas cuantas personas dibuja la imagen, a todas luces inaceptable, de un sujeto encapsulado en sus experiencias y recuerdos personales que deambula en un vacío inconcluso desafiando nuestra particular ley de la gravedad: la naturaleza socio-histórica del ser humano, una de cuyas primeras concreciones, sin que deba ser entendida como condición primigenia, cabría situar en el aserto weberiano de que las conductas y las acciones de las personas llevan enlazadas un sentido¹¹; un "sentido subjetivo", dice Weber; un sentido subjetivo que es compartido, añadimos nosotros. El sujeto inserto en una realidad socio-histórica no suele ser solo ni principalmente un autómatas que actúa por resortes provocados por algún detalle del ambiente estimular externo, como un mecano compuesto por un sinfín de piezas perfectamente ensartadas. Sin que esto deba ser descartado de antemano en casos muy concretos, las personas somos, por encima de cualquier otra consideración, portadores de significados, animales a quienes la evolución ha dotado de la sublime capacidad de "signación", que diría Vygotski. De ellos nos servimos de manera primorosa como herramientas en nuestro quehacer cotidiano, los desciframos como expertos hermeneutas, los transmitimos y los legamos a nuestra descendencia, los defendemos como si en ello nos fuera la vida, los asumimos como verdades absolutas, los imponemos sin renunciar al uso de la fuerza en caso necesario. Los mochileros asesinos del 11-M son también todas estas cosas, por mucho que a nosotros nos puedan parecer alimañas carentes de corazón. Sus acciones también están enlazadas a un sentido y tienen un significado que nos supera por los cuatro costados, y que además de no compartir, despreciamos con todas nuestras fuerzas. Pero esto no es ninguna novedad; hay muchas acciones, comportamientos y decisiones que no compartimos, aunque probablemente no haya ninguna que despreciemos tanto como ésta. La novedad consiste en ver el 11-M como una acción que va ligada a un sentido que le concede una cualidad que nos parece asombrosa: la de ser una acción racional, por mucho que ésta se encuentre en las antípodas de todos y cada uno de los supuestos sobre los que acostumbramos a instalar la racionalidad de nuestras acciones. No ha sido muy propensa a esta posición la Psicología. Amarrada las más de las veces a un alicorto individualismo

¹¹ Es el punto del que parte la obra cumbre de Max Weber: "Por 'acción' debe entenderse una conducta humana (bien consista en un hacer externo o interno, ya en un omitir o permitir) siempre que el sujeto o los sujetos de la acción *enlacen* a ella un *sentido* subjetivo. La 'acción social', por tanto, es una acción en donde el sentido mentado por su sujeto o sujetos está referido a la conducta de *otros*, orientándose por ésta en su desarrollo" (Weber, M. *Economía y sociedad*. México: F.C.E., 1944: 5).

mecanicista, ha sentido un vértigo estremecido frente a todo aquello que se encuentra en el exterior del individuo. Pero al tiempo, al menos los psicólogos sociales, no hemos dejado de hablar, de estudiar y de investigar las representaciones sociales, las creencias, las actitudes y hasta los valores; es decir, no hemos parado de hablar de ideología y, por si fuera poco, de repetir hasta la extenuación que son las actitudes y las creencias las que nos dan la clave del comportamiento; que éste sigue la senda de aquéllas. Hagámoslo hasta el final llamando a las cosas por su nombre: nos interesa indagar lo que hay de ideológico en el quehacer humano, y definir el comportamiento (la acción) como "la puesta en ejecución de un sentido" (Martín-Baró, 1983: 16), que, como es obvio, nos remite a unos interlocutores, a un contexto, a una determinada realidad, y toda esa cantinela que ya nos sabemos de corrido. Si lo damos por bueno, y no hay razón para lo contrario, este es un principio que valdría tanto para la avanzadilla asesina de Al Qaeda que nos dejó hecha añicos la memoria en la mañana del 11-M, como para quienes firman un manifiesto a favor de los derechos de las parejas homosexuales o se oponen por razones educativas o religiosas a ello: todos actúan defendiendo ideas que responden a creencias profundas que, a su vez, siguen la estela de valores que consideran irrenunciables. Otra cosa bien distinta es la legitimidad de esas ideas y de esos valores, las estrategias de que nos valemos para defenderlos, y la positividad o negatividad que encierra cada uno de ellos¹²; pero eso no es lo que tenemos entre manos en este momento. Buscar las relaciones entre el funcionamiento psicológico y los procesos sociales, hemos dicho al comienzo; ahora decimos que la ideología es uno de esos procesos.

Cabe preguntarse si la máxima de la "acción como puesta en práctica de un sentido" tiene validez para la violencia asesina y criminal del terrorismo, y cabe responderse taxativamente que sí; la violencia terrorista tiene un fondo ideológico que la nutre y que la justifica hacia el interior de los sicarios y de sus instigadores. Fue Martín-Baró quien con más convencimiento habló en estos términos. Lo hizo apoyándose en su dilatada experiencia como docente e investigador en El Salvador, un país azotado durante décadas por la violencia bélica, y como persona que sucumbió a ella, en un acto de terrorismo de Estado protagonizado por el ejército salvadoreño, en la madrugada del 16 de noviembre de 1989¹³. Le asisten, pues, al bueno de Nacho muchas razones para hablar de violencia

política, y a nosotros otras tantas para prestar atención a lo que dice: "La violencia, incluso aquella violencia considerada gratuita, remite a una realidad social configurada por unos intereses de clase de donde surgen valores y racionalizaciones que determinan su justificación" (Martín-Baró, 2003: 87). Obviemos los intereses de clase, comprensibles por lo demás cuando se habla de la violencia en un país como El Salvador a comienzos de los años 80, y quedémonos con los valores que la sustentan, la justificación que la hace posible sin que el actor se quiebre frente a la barbarie que causa, y la racionalidad que la cubre; esos son los ingredientes que construyen el significado de una acción. Ese es el fondo ideológico. A él contribuimos todos, aunque no de la misma manera; contribuimos todos pero no del todo.

Demos por bueno que fue Dios quien dio nombre a los animales, como reza el título de una canción de Bob Dylan, pero ¿quién da el significado a las cosas, especialmente a aquellas que forman la realidad social a la que pertenecemos los unos y los otros? Esa fue una de las preguntas que anduvo rondando George H. Mead y la que le inspiró algunas páginas memorables que no es este el momento de descifrar. Valga por ahora su concisa respuesta: el significado no reside ni en el interior de las cosas ni en el de las personas, sino en el espacio en el que ambas se encuentran, un espacio vivo, interactivo; un espacio compartido y en continuo movimiento cuyo resultado no puede ser otro que el de producir significados comunes. Probablemente sea una respuesta impecable, pero Martín-Baró apunta otra no menos razonable: el poder es la fuente de la que emana el significado, y pone como ejemplo precisamente el terrorismo. Junto al poder, los medios de comunicación; unas veces como soporte y como aval, otras para plantarle cara. En situaciones de violencia encarnizada, la unión de poder y medios de comunicación, dice Martín-Baró, se salda con la mentira institucionalizada, esa que nos azotó de manera inmisericorde durante aquellos cuatro días de marzo. El encubrimiento o la tergiversación de la realidad es un componente del fondo ideológico que a la ocultación, distorsión o manipulación de los hechos para favorecer intereses de parte (abominables en algunos casos), une la tergiversación moral y la difamación de quienes ponen en tela de juicio la verdad oficial. Es precisamente aquí, en el contrato que firman el poder y los medios, donde cobra realidad ese principio aparentemente vago de enlazar sentidos, significados, intenciones y atribuciones a las acciones: a las propias y a las ajenas, a las de los nuestros y a las de los otros, a las del gobierno y a las de la oposición.

Inquieta la racionalidad de la violencia, inquieta la racionalidad del terror, inquieta la racionalidad de la guerra preventiva. Todas sacuden los cimientos de nuestro bien ganado equilibrio cognoscitivo, todas son abominables, y todas tienen sus fundamentos reciamente definidos, entre otras razones, porque comparten un principio que entienden inapelable: su valor instrumental¹⁴; la sospecha de que la violencia se convierte en

¹² Es Enrique Dussell quien utiliza estos términos para referirse a aquello que posibilita la producción, la reproducción y el desarrollo de la vida humana (positividad), frente a todo aquello que lo dificulta (negatividad) (Dussell, E. *Ética de la liberación*. Madrid: Trotta, 1998: 317). Desde el punto de vista psicosocial, positividad y negatividad nos remiten al concepto de bienestar en su triple acepción física, social y psicológica.

¹³ Conviene recordar que en esa acción fueron asesinados por el terrible batallón Atlacatl seis jesuitas (Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín-Baró, Segundo Montes, Juan Ramón Moreno, Armando López, y Joaquín López y López) y dos empleadas de la UCA, Elba y Celina Ramos, madre e hija.

¹⁴ Hablando de los "patriotas de la muerte", dice Fernando Reinares que quienes militaron en ETA "... habían llegado también al convencimiento de que la violencia era un método

la herramienta más cualificada para la consecución de determinados objetivos, y la convicción de que, en determinados momentos, es la única que los puede garantizar. Dejemos al margen de qué objetivos estamos hablando, quién es el encargado de definirlos, y dónde los aplica, y digamos que el valor instrumental de la violencia como argumento¹⁵ hay que someterlo a las pruebas del aprendizaje vicario, de la polarización social, y de la reproducción del orden social, que no deja de ser una extensión hacia lo social del aprendizaje por imitación que llevamos a cabo a título individual. Estos argumentos (y no están todos) coinciden en un extremo: si los actos de violencia se refuerzan, acaban por aprenderse, y es muy probable que entren a formar parte del bagaje conductual que manejamos en nuestra vida cotidiana. Cuando la violencia se ejerce al amparo de la razón instrumental (para solucionar un problema) necesitamos un aparato de legitimación que le conceda un barniz de moralidad y nos distancie emocionalmente de las víctimas, lo que no es sino el primer paso para considerarla como un acto puramente administrativo. Con ello, estamos abriendo de par en par las puertas a su institucionalización, a su "burocratización", a que la violencia, el terror o la guerra pasen a formar parte de una estructura social en la que encuentran una perfecta cobertura bajo la excusa de que el orden social que estamos defendiendo es el "orden natural" de las cosas, bien porque así lo ha dicho algún dios, bien porque así está escrito en algún libro sagrado, bien porque he sido yo quien ha ganado las elecciones, o porque así han sido y son las cosas. De hecho, cuando se enfila alguno de estos tres túneles, se hace, dicen sus ideólogos, por razones quirúrgicas, respondiendo con toda exquisitez a los requerimientos de los principios morales, ya que sólo se actúa contra los "enemigos". En la defensa legítima de valores indomables en los que resulta inconcebible no estar de acuerdo, tiene perfecta cabida enfrentarse férreamente a quienes nos los quieren arrebatarse, luchar a quienes los desprecian, o atacar sin piedad contra quienes los ponen en peligro. Una espiral endiablada que acaba haciendo normal lo insólito.

La construcción de la imagen del enemigo y la subsiguiente carga de odio hacia él, es, posiblemente, el paso psicológico más concluyente para la justificación del terror, el eslabón que cierra la cadena de su racionalidad; muchas veces, en verdad, constituye el único elemento de dicho eslabón. En ella se dan cita la polarización, ("nosotros" y "ellos"), la supresión de matices cromáticos transformando la realidad en un campo de batalla de "buenos" contra "malos", la simplificación en categorías estereotípicas llenas de rigidez, la imposición de los

eficaz y hasta imprescindible para conseguir objetivos políticos, en concreto el de la independencia" (Reinares, 2001: 85).

¹⁵ "La elección tan persistente y a todos los niveles de la violencia como forma preferida de comportamiento se debe a una razón muy sencilla: es eficaz. En otras palabras, con la violencia se consigue en nuestra sociedad lo que al parecer no se puede conseguir por otros medios. Por tanto, puede que la violencia no sea muy racional en muchos casos, pero ciertamente es útil en casi todos" (Martín-Baró, 2003: 170).

significados por parte del poder, la mentira elevada a categoría de institución, la propaganda manipuladora, la humillación y la deshumanización de las víctimas: todo vale contra el enemigo. El sentimiento de sentirse humillado es un tema central en los conflictos armados: ese es el argumento de la tesis doctoral defendida el 31 de octubre de 2000 por Evelin Lindner en la Universidad de Oslo. La primera hipótesis que maneja esta intrépida investigadora es la de que "en la mayoría de las culturas los sentimientos de humillación son un componente central en los conflictos violentos" (Lindner, 2000: 33). Humillar es debilitar violentamente a una persona o a un grupo, usar la fuerza para rebajarlo, para dañar su orgullo y su dignidad, tratarlo de manera degradante. Ponerlo siempre de espaldas, mirando a la pared, sin concederle un respiro. Y es algo más: humillar es crear un estado de opinión aupado en la demonización de los otros, es etiquetar sin conocimiento de causa, es escindir, es separar de los beneficios y del bienestar a los "enemigos", es el agravio permanente y caprichoso. En todo este proceso, dice Lindner, los creadores de opinión juegan un papel decisivo.

A partir de estas consideraciones cabe hablar directamente y sin excusas de una patología grupal, de grupos y colectivos cuyo sistema de valores, cuyas creencias, cuyo estilo de liderazgo, cuyo clima grupal, cuyas normas y cuyos roles abren de par en par las puertas a la barbarie. La enajenación mental no es un estado que solo pueda ser atribuido a las personas; también se puede aplicar, y con la misma contundencia, a determinados núcleos y colectivos sociales. A veces, muchas más de las que nos gustaría, la consoladora enajenación personal es sencillamente el alargamiento de un desvarío que se sitúa fuera de las fronteras que limitan cada uno de nuestros cuerpos. Jamal Amiar, director del semanario *Les Nouvelles du Nord*, de Tánger advierte: "Una situación social desastrosa, escasas perspectivas de mejora, una opinión pública que se considera humillada y una religión a la que se hacen interpretaciones extremistas son los ingredientes que generan esos individuos" (Cembrero, 2004: 28). Una apretada enumeración de las condiciones para la patología grupal.

Con una envidiable experiencia clínica y terapéutica de más de treinta años en el campo de la Psicología, Aron Beck ha hecho un meritorio esfuerzo por acercarse a algunas de las consideraciones que hemos venido manejando. Cuando compara los rasgos de un "grupo extremista" (esa es su denominación) con los de las personas psicológicamente perturbadas, encuentra una parecida "alucinación paranoica" en ambos cuyas características cifra en las siguientes: a) la imagen de un enemigo instalado en un permanente complot contra nosotros, y contra el que, naturalmente, hay que defenderse y al que, si fuera posible, hay que adelantarse, por aquello de que el da primero, da dos veces; b) una confianza sin fisuras en sus creencias, por muy pomposas que estas puedan ser, y en su concepción del mundo; c) un sentimiento invulnerabilidad capaz de soportar cualquier prueba, y d) una imagen de sí mismo y de sí mismos como gente buena, honrada e intrínsecamente ética que persiguen el bien y están llamados a una monumental tarea mesiánica (Beck, 2003: 261). He aquí un apretado diagnóstico de la patología grupal.

Ni mucho menos deja de ser curioso que todos estos, además de otros, son los rasgos que atribuimos al pensamiento grupal, un fenómeno que Irvin Janis aplica con toda solvencia a situaciones en las que está presente el conflicto político. Bahía de Cochinos, escalada en la guerra de Corea, guerra de los seis días en Oriente Próximo, son, entre otros, ejemplos de decisiones tomadas al amparo de un síndrome que tiene en la conformidad su punto de partida, en una disparatada decisión (la acción violenta criminal, por ejemplo) el de llegada y en el liderazgo, la sumisión, y la cohesión sus eslabones intermedios: "El pensamiento grupal se refiere al deterioro de la eficiencia mental, del análisis de la realidad, y del juicio moral resultante de las presiones emanadas del endogrupo" (Janis, 1982: 9). Cuando el grupo se erige en la norma y en la excusa de nuestra vida, en el aliciente de nuestra existencia, y se convierte en el alimento fundamental de nuestra auto-estima; cuando de pronto algún líder carismático o algún Dios se pone, o lo ponemos, de nuestra parte haciéndonos invencibles, y se toma la molestia de guiar nuestra mente en la búsqueda de la verdad absoluta señalándonos cuál es el camino inequívoco para vencer al Maligno, y todos nos ponemos unánimemente y al unísono a sus pies, la barbarie está servida en bandeja de plata.

Este va a ser nuestro argumento final, pero bien podría haber sido el inicial. En todo caso, el 11-M nos ha colocado frente a un reto que desafía las estrategias acomodaticias del conocimiento, y nos sitúa en el epicentro de uno de los grandes interrogantes: el de seguir buscando, con Malraux, esa región crucial del alma donde el mal absoluto se opone a la fraternidad. La apuesta que hemos dejado esbozada huye de los manidos superegos criminales, de los traumas en el destete infantil, de los complejos alcanforados que guardamos en las viejas cómodas de nuestras abuelas, de las desviaciones sexuales que solo tienen satisfacción en el sufrimiento ajeno. El mal radical tiene sus raíces fuera del individuo psicológico. Parece que fue Nietzsche quien dijo aquello de que todo lo que el hombre ha hecho de bueno, lo ha hecho sólo, y que toda la maldad la ha hecho en grupo. Da la impresión de que no le falta razón.

BIBLIOGRAFÍA

ARENDT, H. (1999). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen.
ARRIBAS, C. *El horror es el silencio de un tren*. "El País-Domingo", 14/03/2004.

BAUMAN, Z. *Modernidad y Holocausto*. Madrid: Ediciones Sequitur, 1997.
BECK, A. *Prisioneros del odio*. Barcelona: Paidós, 2003.
CASTELLS, M. *La era de la información. Vol 1. La sociedad red*. Madrid: Alianza, 1997.
CEMBRERO, I. *El auge del integrismo en Tánger*. "El País", 23/03/2004.
GARCÍA MÁRQUEZ, G. *Noticia de un secuestro*. Barcelona: Mondadori, 1996.
IRUJO, J.M^a. *Los autores intelectuales del 11-M*. "El País", 28/03/2004.
JANIS, I. *Groupthink. Psychological Studies of Policy Decisions and Fiascoes*. Boston: Houghton Mifflin, 1982.
KELMAN, H., y HAMILTON, L. *Crimes of Obedience. Toward a Social Psychology of Authority and Responsibility*. New Haven: Yale University Press, 1989.
KEPEL, G. *La 'yihad' de Al Andalus*. "El País", 18/03/2004.
LINDNER, E. *The Psychology of Humiliation. Somalia, Rwanda/Burundi, and Hitler's Germany*. Universidad de Oslo: Departamento de Psicología, 2000.
LMRABET, A. *Los asesinos árabes, vascos, irlandeses, asiáticos... coinciden en campos del Líbano*. "El Mundo", 14/03/2004.
LORIGA, R. *Después del dolor*. "El País" 14/03/2004.
MARTÍN-BARÓ, I. *Acción e ideología*. San Salvador: UCA Editores, 1983.
MARTÍN-BARÓ, I. *Poder, ideología y violencia*. Madrid: Trotta, 2003.
MILGRAM, S. *Obediencia a la autoridad*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1980.
REINARES, F. *Patriotas de la muerte*. Madrid: Tusquets, 200.
SHERIF, M., Y SHERIF, C. *Psicología social*. Buenos Aires: Harla, 1975.
TAJFEL, H. *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder, 1984.
TRAVERSO, E. *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*. Barcelona: Herder, 2001.
ZIMBARDO, P., HANEY, C., BANKS, W., Y JAFFE, D. *La Psicología del encarcelamiento: privación, poder y patología*. *Revista de Psicología Social*, 1986, 1, 95-105.
ZIMBARDO, P. *A Situationist Perspective on the Psychology of Evil: Understanding How Good People Are Transformed into Perpetrators*. En A. Miller (Ed.), *The social psychology of good and evil: Understanding our capacity for kindness and cruelty*. Nueva York: Guilford, 2004.

- III. ACTIVIDAD PREVIA
Lectura de Syllabus correspondiente a la sesión
- IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN
Exposiciones y discusión facilitada por la estructura de la actividad y por el docente a cargo.
- V. LECTURA POST -SESIÓN
Ninguna

SESIÓN 15

- I. OBJETIVOS
Discutir las teorías dominantes sobre emociones.

- II. TEMAS

Discusiones Grupales: CAMBIO SOCIAL

Ibáñez, T. (1987). Poder, conversión y cambio social. En S.Moscovici G.Mugny y J.A. Pérez (Eds.). *La influencia social inconsciente*. Barcelona: Anthropos, 1991. Pp. 263-285) Los números entre corchetes indican el número de página en el texto original.

De la complacencia a la conversión: una cuestión de poder

La diferenciación entre los procesos de influencia y las relaciones de poder es tan antigua como útil. Sin embargo, el hecho mismo de necesitar explicitar esa separación constituye en sí una prueba de su estrecha relación.

Muy a menudo el poder ha sido concebido como una característica o propiedad de la fuente de influencia, de modo que podía modular los efectos ejercidos sobre el receptor de influencia. Una fuente dotada de poder engendra *mecanismos de sumisión*, por miedo a los castigos o por deseo de gratificaciones; puede poner en marcha mecanismos de identificación, basados en el prestigio del poder, o simplemente activar hábitos, profundamente interiorizados, de obediencia sistemática a la autoridad. Estos mecanismos suscitan *conductas de aquiescencia*, de complacencia, de conformismo, de adhesión pública y explícita. En otros términos, el punto de vista que se manifiesta a partir de una posición de poder goza de muchas posibilidades para engendrar un automatismo comportamental por el que el sujeto se alinea con el discurso de la fuente.

[264] Además, como el poder generalmente acentúa la credibilidad y la atracción de la fuente, esto basta para comprender que haya sido concebido como un componente fundamental de los procesos de influencia. En definitiva, sería la *dependencia* que une el receptor a la fuente lo que explicaría que se produzcan los efectos de influencia. Este punto de vista conlleva dos consecuencias esenciales: la primera consiste en una concepción unificadora, monolítica, uniforme, de los procesos de influencia, ya que según este tipo de análisis reposarían todos ellos en un mecanismo único referido en términos de dependencia; la segunda se refiere a la imposibilidad de explicar el cambio social. En efecto, todo proceso «instituyente», entendiéndose por esto todo fenómeno innovador en el plano de las creencias y prácticas sociales, adquiere siempre, en sus inicios, una forma minoritaria y dominada con relación a lo «instituido». Dicho sintéticamente, *una fuente desprovista de poder no puede influir; sólo puede ser influida*.

Frente a esta concepción de los procesos de influencia simplificadora y a todas luces insuficiente, Moscovici (cf. Moscovici y Ricateau, 1972; Moscovici, 1976) ha mostrado tres cosas fundamentales. En primer término, que la influencia no constituye un patrimonio exclusivo de las fuentes que ocupan una posición socialmente dominante o que gozan de atributos de poder. En segundo lugar, que el hecho mismo de ocupar o no una posición de poder va a determinar la naturaleza de los efectos de influencia producidos sobre el sujeto: una fuente dotada de poder engendra una conformidad superficial, o una complacencia, como resultado de la relación de dependencia que logra establecer; por el contrario, una fuente desprovista de poder en ciertas condiciones engendra un cambio profundo, una conversión implícita, fruto del trabajo cognitivo al que se ve abocado el sujeto. Formulado en términos de mayoría-minoría, eso significa que cuando somos minoritarios, desviados, dominados, nos mostramos aquiescentes, pero no nos convertimos. Por el contrario, cuando somos mayoritarios, normales, dominantes, rehusamos mostrarnos aquiescentes, pero nos dejamos convertir. Y, en último término, [265] Moscovici ha mostrado que la influencia no se reduce a *un* proceso único, sino que reposa en *varios* procesos diferentes, polimorfos, complejos, sustentados por mecanismos cualitativamente distintos.

Pero, ¿por qué se es tan sensible a la influencia minoritaria? En balde se puede buscar una explicación en el marco de las teorías psicosociológicas funcionalistas. Estas dan cuenta del asentimiento conformista y de la resistencia al cambio profundo; pero nada nos dicen sobre el debilitamiento de esas resistencias y de la adopción implícita del punto de vista del otro.

La teoría de la disonancia cognitiva (Festinger, 1957) ofrece, por ejemplo, una explicación bastante plausible de cómo se mantiene una opinión privada: si dependo de la fuente, entonces sé perfectamente por qué me muestro públicamente conformista con su punto de vista, por lo que no tengo que cambiar realmente mi creencia personal. Por su parte, la teoría de la reactancia (Brehm, 1966) puede igualmente explicar este fenómeno: frente al poder reestablezco mi libertad no cediendo

a nivel privado. De igual modo, la teoría de la comparación social (Festinger, 1954) también da cuenta de cómo se adopta explícitamente el punto de vista del otro cuando el mío es incierto o porque deseo hacer como «mis semejantes».

Pero, ¿por qué se cambia cuando nada nos induce a conformarnos explícitamente a los criterios del otro y dado que además, al no vernos obligados por una relación de dependencia, hemos expresado públicamente nuestro desacuerdo con una fuente carente de poder? No es por miedo a ser diferentes, o «heterofobia», ya que dado que el otro es minoritario, es justamente al interiorizar su punto de vista como nos diferenciamos. Tampoco es para evitar un conflicto, ya que precisamente se rehúsa ceder al nivel accesible a la minoría, es decir, a nivel manifiesto. Ni siquiera es para obtener más ganancias, ya que la minoría no es gratificante, ni siquiera en término de identidad positiva. Y después de todo, tampoco es porque los argumentos minoritarios sean «mejores» que los otros, ya que los efectos de conversión o de complacencia se observan cuando se [266] mantiene constante el contenido del mensaje (Maass y Clark, 1986), variándose únicamente su asignación a una minoría o a una mayoría.

¿Sería entonces, como sostiene Moscovici (cf. Paicheler y Moscovici, 1984), porque el conflicto, creado por la consistencia con la que la minoría mantiene su punto de vista, nos fuerza a realizar un trabajo de «validación cognitiva» cuyo resultado sería la modificación de nuestro sistema de creencias? Por nuestra parte, no estamos convencidos de ello. Pero antes de sugerir una interpretación alternativa, en términos ésta de mecanismos de resistencia y de relaciones de poder, intentaremos examinar de forma crítica la explicación propuesta desde el marco de la «teoría de la conversión» (Moscovici, 1980).

Notas críticas sobre el estudio de la conversión

La conversión constituye un «sutil proceso de modificación cognitiva o perceptiva por el cual una persona continúa dando su respuesta usual mientras que implícitamente adopta los puntos de vista o las respuestas del otro» (Paicheler y Moscovici, 1984, p. 153). Sin la menor duda, esta definición rompe con la idea habitual que teólogos, sociólogos (cf. Snow y Machalek, 1984) y hasta el sentido común, dan al término «conversión» (véase el capítulo 14). En efecto, no se trata aquí ni de «conversión/retorno», ni de «conversión/mutación», ya sean progresivas o fulgurantes, individuales o colectivas, pasajeras o definitivas. Tampoco se encuentra en esa definición una referencia a la existencia, de hecho bastante habitual, de un cambio que vaya más allá de las creencias de modo que influya en «la forma de ser», el estilo de vida y la identidad del converso, el cual se siente impulsado a proclamar su nuevo credo con mayor intensidad de lo que lo hacen sus correligionarios.

Dejando de lado los problemas de cariz terminológico, no estamos plenamente convencidos de que algunos experimentos, incluso de entre los más espectaculares realizados [267] para estudiar los procesos de conversión, versen realmente sobre la «conversión» tal como la define

Moscovici. Uno se puede preguntar, en efecto, si el famoso experimento de Moscovici y Personnaz (1980) sobre la modificación del «código perceptivo», a menudo presentado como crucial, ilustra realmente un fenómeno de conversión. Recordemos que en este experimento (cf. capítulo 2) los sujetos confrontados a diapositivas azules reciben una información o bien que la mayoría de sus semejantes las ven efectivamente azules y que una minoría las ve verdes, o que sólo una minoría las ve azules, como ellos mismos, y que la mayoría las ve verdes. Los sujetos que se perciben como mayoritarios sufren una influencia latente por parte de la minoría. Esta influencia se manifiesta en el efecto consecutivo (*after-effect*) por un desplazamiento hacia las longitudes de onda complementarias del color verde. Como este fenómeno no se produce en los sujetos que se perciben a sí mismos como minoritarios, parece entonces que la influencia minoritaria se traduce aquí en un cambio latente del código perceptivo, es decir, en un fenómeno de conversión en el sentido de Moscovici. Pero, ¿es este el caso?

Nuevas orientaciones en el campo de la neurofisiología de la visión (Varela, 1985) muestran que lo que afecta directamente a nuestra retina sólo contribuye de forma minúscula a la construcción de lo que «vemos». En efecto, se ha probado que las células del cuerpo genicular lateral, tradicionalmente concebido como una simple etapa intermediaria entre la retina y las áreas visuales del córtex, reciben menos del 20% de sus aferencias de la retina y más del 80% provienen de diversas zonas corticales. Lo que llega a las áreas visuales ha sido previamente «trabajado» con informaciones que no tienen a la retina por fuente principal. La influencia de los factores cognitivos es, pues, considerable, incluso tratándose de la percepción de los colores que, no lo olvidemos, no existen en la naturaleza.

En el experimento de Moscovici y Personnaz, la manipulación a la que son sometidos los sujetos, entre otras cosas, lleva a quebrantar en un caso y a confortar en el otro la *confianza*, que tienen en la «normalidad» de sus [268] capacidades perceptivas. Un sujeto confrontado a una diapositiva efectivamente azul y al que se le quebranta su confianza, tratará efectivamente de reestablecerla. Ahora bien, no olvidemos que las personas en su vida diaria, al igual que los científicos en su profesión, escrutan la información con un objetivo esencialmente confirmatorio de sus hipótesis y de sus creencias (lo sentimos por Sir Karl Popper!). El proceder cognitivo de nuestro sujeto en cuestión, perturbado como está en su certeza, podría ser más o menos de este tipo: «¿Por qué esta diapositiva a mí me parece azul cuando esta gran mayoría de mis semejantes afirma que es verde? ¿Me equivoco al pensar que es azul? ¿Es verdaderamente azul?... No me cabe la menor duda, cuanto más la miro más me parece que tengo razón: ¡es azul!». ¿Qué ocurre cuando una persona se centra mentalmente en el azul o piensa intensamente en el azul? Simplemente que esta focalización cognitiva sobre el azul conlleva un efecto consecutivo en la zona complementaria del azul. En última instancia se puede imaginar que incluso en ausencia del estímulo visual «azul» una representación mental

suficientemente intensa del azul podría producir un efecto consecutivo similar.

Por el contrario, un sujeto confrontado a una diapositiva realmente azul, y al que se le refuerza la confianza que tiene de su capacidad perceptiva, no necesita *probarse* a sí mismo que tiene razón buscando para ello elementos de confirmación. Ningún peligro le acosa; puede satisfacer su curiosidad de saber lo que en el objeto puede inducir a ciertas personas a «equivocarse». El proceder cognitivo de nuestro sujeto, confortado en su certeza, será entonces del tipo siguiente: «Curioso, estos individuos que ven “verde”... ¿qué es lo que puede inducirlos a error de esta manera? ¿Cómo pueden ver esto “verde”? ¿Qué hay en estas diapositivas que pueda inducirles a pensar que son verdes?». Centrándose cognitivamente sobre el verde, buscando los «indicios» del verde, el efecto consecutivo que aparecerá para el sujeto se situará en la zona complementaria del verde. Y esto no porque su código perceptivo se haya modificado de modo que vea el objeto más «verde» de lo que lo veía antes, [269] sino porque ha «construido algo de verde» en su cabeza y esto es lo que reciben las células del cuerpo genicular, es decir, algo que no proviene de la retina sino del córtex.

Sin la menor duda, el experimento de Moscovici y Personnaz provoca efectos consecutivos diferenciados, pero eso *no indica necesariamente* una modificación del «código perceptivo» y no es seguro que ello constituya el resultado de un proceso de influencia. Los efectos observados pueden más bien imputarse a que con la manipulación de los sujetos se consiguen *inducir focalizaciones cognitivas sobre diferentes colores*. En lugar de pensar que la opinión, los juicios o los «códigos» de los sujetos han sido modificados por un punto de vista diferente al suyo, habría que admitir simplemente que informaciones diferentes han encaminado los sujetos sobre pensamientos diferentes y lo que se ha obtenido sólo es el reflejo de caminos cognitivos diferentes. ¿Está esto ligado *específicamente* al hecho de que una fuente sea minoritaria y la otra mayoritaria, y se puede decir que sea precisamente eso lo que producen estos tipos de fuentes? Tenemos muchas razones para dudar de ello, ya que cada vez que se induzcan, *por el procedimiento que sea*, contenidos de pensamientos diferentes en los sujetos, es evidente que uno se puede esperar que se encontrarán indicadores de esa diferencia. Lógicamente, eso no es más que una cuestión de sensibilidad de los instrumentos de medida. Para que esas diferencias puedan ser imputables a la influencia de las fuentes mayoritarias o minoritarias, sería necesario que esos indicadores no sean simplemente el reflejo de lo que ya se ha introducido de entrada, es decir, habría que dar con itinerarios de pensamiento diferenciados que indiquen una modificación diferencial de las opiniones, de las creencias o de los «códigos» de los sujetos *en función de la naturaleza de la fuente*. Ahora bien, estos indicadores no parecen encontrarse en ninguna parte.

Diversos resultados empíricos avalan la viabilidad de las dudas que acabamos de exponer. Así, en un experimento con el paradigma azul-verde en el que no se pudieron replicar los resultados hallados por Moscovici y Personnaz (1980), Doms y Van Avermaet (1980) ya se preguntaron [270] en su día por los

efectos que tendría la *intensidad* con la que los sujetos escrutaban los estímulos. En otro intento de réplica, Sorrentino, King y Leo (1980) han obtenido resultados que ponen de manifiesto la importancia de este factor. En efecto, sus resultados han mostrado que el efecto consecutivo sobre el complementario del verde se producía esencialmente en los sujetos que sospechaban de las finalidades reales del experimento, independientemente de la naturaleza mayoritaria o minoritaria de la condición de influencia en la que se hallaran. Los autores interpretaron estos resultados en términos de *aumento de la atención* de los sujetos sobre los estímulos presentados, interpretación aún más plausible dado que esos mismos efectos pudieron obtenerse meramente variando la intensidad luminosa de las diapositivas. Así, el simple hecho de prestar mayor atención a las diapositivas, por ejemplo, debido a un aumento de la intensidad luminosa de las mismas, basta para producir la modificación del efecto consecutivo que Moscovici y Personnaz observaron en la situación minoritaria. ¿Qué se puede concluir? Simplemente que, como hemos tratado de sugerir con nuestra interpretación, lo que está sucediendo es que en una situación minoritaria del paradigma azul-verde se está propinando una incitación a escrutar la diapositiva, a que se busque el verde. Y los pigmentos verdes que el sujeto no deja de encontrar, ya que están efectivamente presentes a nivel cromático, ayudan al sujeto a «construir el verde» en su cabeza y a percibir en consecuencia un efecto consecutivo complementario del verde. Pero no por ello se ha influido o modificado su «código perceptivo».

Estas reservas que manifestamos respecto a una cierta utilización del paradigma azul-verde no alteran nuestra convicción de que los resultados elaborados en el marco de las investigaciones sobre la influencia minoritaria sean válidos. Demasiados experimentos los corroboran para que podamos ponerlos en duda, y, por ejemplo, los resultados del experimento de Moscovici, Lage y Naffrechoux (1969) son indiscutibles. Pero, ¿qué sucede con la interpretación teórica elaborada para dar cuenta de esos resultados? Recordemos que esta interpretación teórica se articula [271] esencialmente en términos de «conflicto», por una parte, y de «trabajo cognitivo», por otra. La aquiescencia superficial, y casi automática, obtenida por la fuente mayoritaria bloquea todo esfuerzo cognitivo orientado hacia la reconsideración de la cuestión de fondo, dejando, pues, sin cambiar la posición en litigio. Por el contrario, el conflicto introducido por la consistencia de la fuente minoritaria obligaría al sujeto a un esfuerzo de validación cognitiva de las posiciones en litigio que le lleva, o que puede llevarle, a una restructuración de sus creencias.

Por nuestra parte, nos parece que esta explicación depende en gran medida de la ola cognitivista de los años sesenta (cf. Abelson *et al.*, 1968), reflejando sus principales características. Ciertamente, dado que las creencias son elementos de orden cognitivo, sería absurdo pretender excluir toda referencia al campo cognitivo para explicar su cambio. Dicho esto, no menos cierto es el parentesco con la teoría de la disonancia sobre el *tipo de explicación* propuesto. La teoría de la disonancia nos dice que cuando se acepta presentar como

propio un punto de vista que no se comparte en realidad, sólo se cambia si no se ve una razón suficiente que dé cuenta del comportamiento adoptado. Por el contrario, no se cambia cuando se percibe una razón suficiente para explicar la propia conducta. Por ejemplo, si nos obligan a hacerlo o nos recompensan abundantemente. Por otra parte, cuando cambio es esencialmente con el fin de resolver un conflicto cognitivo. De forma similar, la teoría de la conversión predice que no cambiamos cuando disponemos de una buena razón para explicarse a uno mismo la adhesión al punto de vista del otro (dependencia), y que sólo cambiamos cuando no vemos una razón imperativa para hacerlo (ausencia de dependencia).

Tanto en la teoría de la conversión, como en la teoría de la disonancia, la motivación o el proceso que desencadena la actividad cognitiva que produce el cambio, es de orden cognitivo. En la teoría de la disonancia lo que desencadena la actividad de reestructuración cognitiva, reductora de la disonancia y productora del cambio, es el conocimiento por parte del sujeto de que se dan dentro de sí [272] elementos de creencias cognitivamente incompatibles. En la teoría de la conversión es la «duda» creada en el sujeto por la consistencia del otro la que desencadena un conflicto cognitivo que conduce a una *reconsideración cognitiva del objeto en litigio* (proceso de validación). Ahora bien, esta duda es de orden cognitivo ya que deja de producir sus efectos a partir del momento en que se psicologiza o se «sociologiza» al otro (cf. Mugny, Kaiser y Papastamou, 1983). La influencia de la fuente minoritaria se bloquea en cuanto aparece alguna sobredeterminación psicológica o social que permite evaluar la posición o los argumentos de la fuente sobre criterios que no se limitan únicamente al contenido propiamente cognitivo inducido por el mensaje minoritario. Lo que crea el conflicto cognitivo es, pues, la coexistencia de dos creencias que son incompatibles en el marco de una *representación monista de la verdad*: «estoy convencido de que tengo buenas razones para sostener mi punto de vista, y además gozo del apoyo de la mayoría, pero..., sin embargo, debo admitir que el "otro" está en la misma situación que yo y tendrá sus razones, ya que insiste y se muestra dispuesto a aceptar los inconvenientes de la disidencia». Esto constituye un detonador de orden cognitivo, no muy alejado del postulado por la teoría de la disonancia, incluso pese a que el que introduce el elemento contradictorio aquí no es el propio sujeto, sino algún otro.

En cierto sentido la teoría de la conversión da la impresión de ser una copia «simétrica» de la teoría de la disonancia. Esta última nos indica que el sujeto modifica sus creencias cuando accede a expresar un punto de vista diferente al suyo, sin gozar de una buena razón para hacerlo. La teoría de la conversión nos dice que el sujeto modifica sus creencias cuando rehúsa acceder a expresar un punto de vista diferente del suyo porque percibe una buena razón para no hacerlo (por ejemplo, porque el que defiende este punto de vista es minoritario). En la teoría de la disonancia el sujeto cambia cuando dice «sí» sin razón, mientras que en la teoría de la conversión el sujeto lo hace cuando dice «no» con razón, de cualquier modo en ambas teorías el tipo de explicación tiene una naturaleza similar.

[273] Esta similitud se acentúa más si se tiene en cuenta que, a semejanza de la teoría de la disonancia, la teoría de la conversión es probablemente demasiado dependiente, en su interpretación teórica, de un enfoque individualista en psicología social. Y esto no sólo en el sentido de que se desatienda a los fenómenos de conversión colectiva, sino sobre todo porque, después de todo, es «en la cabeza» del sujeto individual en donde acontece todo. Las primeras investigaciones de la influencia minoritaria se habían centrado en el análisis del «conflicto social» y del proceso de negociación que se tropezaba con la ruptura del consenso por parte de la minoría. Pero, poco a poco aquello se ha ido esfumando para poner más interés ahora en *los aspectos menos sociales del proceso de influencia*, es decir, en la naturaleza de la actividad cognitiva desarrollada por el individuo. Nos parece que el punto culminante de esta evolución psicologizante se alcanza con los experimentos de Moscovici y Personnaz (1980) y Personnaz (1981). En efecto, las variables «sociales» se reducen en estos casos a una simple información sobre el porcentaje de sujetos que han emitido respuestas semejantes a las del sujeto o a las del cómplice. Esta línea de experimentación, que en cierto sentido busca un *mere minority effect* nos parece tan discutible como aquella de Zajonc (1965) cuando buscaba los efectos de la «*mere exposure*» para dar cuenta de las situaciones de copresencia, o la de Tajfel (cf. Tajfel *et al.*, 1971), que hablaba como si existiesen los «*mere categorization effects*» que bastaban para explicar la discriminación intergrupal. Se trata de orientaciones que vacían los fenómenos de su contenido social y que necesitan acto seguido reintroducir expresamente este contenido para dar cuenta de resultados empíricos inexplicables en términos de efectos genéricos (por ejemplo, la necesidad de introducir el tipo concreto de relación social que se establece entre los sujetos en una situación de copresencia). Así, la minoría, tal como es operacionalizada por Personnaz (1981), no parece ser una minoría en el sentido social, sino más bien una minoría en el sentido formal de los estadísticos.

Nos parece que los «sesgos» cognitivistas e individualistas [274] que se pueden detectar en la teoría de la conversión pueden provenir de una tendencia a subestimar la importancia de las relaciones de poder y del conflicto «social» que se encuentran presentes en todos los procesos de influencia, incluidos los procesos de influencia minoritaria. En efecto, el poder no es una cosa de la que «dispone» la mayoría. Es siempre una relación que se establece entre dos polos. El hecho de que exista un polo dominante no significa que el otro no desempeñe ningún papel en la constitución de la relación de poder, ni que esté desprovisto de poder. Si esto fuera así, no habría dominación propiamente dicha y no se encontraría mas que el libre curso dado por un agente a la realización de sus deseos o de su voluntad. Hacer caso omiso de la existencia del poder que constantemente se da entre la fuente y el sujeto, nos lleva imperceptiblemente a tratar el conflicto social como si sólo se tratase de un conflicto cognitivo. O, más exactamente, a considerar sólo la vertiente cognitiva e individual de un fenómeno profundamente anclado en lo social.

Poder, resistencia y conversión

El reconocimiento de la eficacia persuasiva de una fuente que no se encuentra en posición de dominación y que no se beneficia de una relación de dependencia estructurada en beneficio suyo puede dar la ilusión de que esta fuente está «desprovista de poder» y que la influencia minoritaria se desarrolla entonces en un «espacio vacío de poder». Dejando de lado que no sabríamos ya muy bien a qué se podría parecer un espacio de ese tipo, desde el punto de vista de la realidad social, resulta claro que los términos en los que se formula la influencia minoritaria están impregnados de referencias implícitas al poder. Y esto tanto para explicar la ausencia de influencia manifiesta como para dar cuenta de la conversión, tal y como se podrá ver a continuación con respecto al miedo a la diferencia y a la dimensión social del conflicto.

[275] Primero, *el miedo a la «diferencia»*: si la fuente minoritaria no conlleva (o conlleva poca) adhesión explícita, eso se debe concretamente a que suscita un cierto «miedo». El miedo de ser categorizado como «diferente» y de tener que adquirir en consecuencia aspectos negativos de la identidad minoritaria. Ahora bien, esta «heterofobia» sería difícilmente explicable si la «diferencia» no estuviera acompañada de un cierto *coste social*. El temor a la «diferencia» sólo existe porque ésta está sancionada socialmente. Prueba de ello es el hecho de que lo que importa al sujeto no es tanto «saberse diferente» cuanto «mostrarse diferente». En efecto, cuando la mayoría «ve» verde allí donde el sujeto ve azul, éste dirá «verde» para no «mostrarse diferente» pero no cambiará su percepción, aunque esta persistencia implique, sin embargo, que «se sepa diferente». Si la heterofobia no tuviera una base social que se pudiera expresar en términos de costes sociales, el hecho de «saberse diferente» debería engendrar los mismos efectos que el miedo de «mostrarse diferente» y debería entonces producirse un cambio profundo, incluso cuando el sujeto se encuentre confrontado a una fuente mayoritaria. Sólo la referencia a los costes sociales permite explicar la diferencia entre «mostrarse diferente» y «saberse diferente», y dar cuenta, por consiguiente, de la ausencia de cambio profundo en la situación de influencia mayoritaria.

Más aún. Al explicitarse e intensificarse los costes sociales generados por la diferencia pueden *bloquearse los procesos de conversión*, como hemos mostrado en un experimento reciente (Mugny, Ibáñez, *et al.*, 1986). Este estudio, de seis condiciones experimentales, estaba destinado a confrontar, por una parte, las predicciones del modelo de influencia minoritaria y, por otra parte, las de un modelo centrado en las relaciones de poder. En todas las condiciones se presentaba a los sujetos un texto minoritario muy favorable al aborto voluntario. La influencia era evaluada sobre una dimensión directa (actitud frente al aborto) y sobre una dimensión indirecta (actitud frente a los anticonceptivos). En tres condiciones se introducía una amenaza baja, mientras que en las tres condiciones [276] restantes se daba una amenaza alta que implicaba un coste social simbólico elevado para los sujetos que expresaran un eventual acuerdo con la minoría. Además de esta variable del

costo social (bajo, alto) se operacionalizó una segunda variable en la que los sujetos eran llevados a percibirse unos como identificados con la Iglesia, otros con la minoría, y al último tercio no se le especificaba ninguna identificación (condición control).

Las predicciones resultantes del modelo de influencia minoritaria eran que cuanto mayor fuera el coste social inducido por la amenaza y por la identificación, más el conflicto inducido por la minoría produciría una influencia, aunque de naturaleza indirecta. El otro modelo predecía, al contrario, que la influencia minoritaria sería tanto menos notable, incluso sobre la dimensión indirecta, cuanto más elevado fuera el coste social. Los principales resultados del experimento, realizado con 270 sujetos, pueden observarse en la tabla 11.1.

Tabla 11.1. *Puntuaciones medias de influencia directa (aborto) e indirecta (anticonceptivos)*

	Aborto		Influencia Coste Social	
	Bajo	Alto	Bajo	Alto
Iglesia	0.11	+0.10	-0.04	+0.10
Control	+0.03	+0.12	-0.09	+0.30
Minoría	+0.10	-0.21	+0.12	-0.34

Un signo positivo indica un cambio hacia la posición minoritaria

En primer lugar, en las condiciones sin identificación explícita, la minoría obtiene claramente el efecto de conversión esperado por el modelo de influencia minoritaria cuando el coste social es elevado. Al contrario, en segundo lugar, en caso de identificación explícita con la minoría, la influencia (tanto la indirecta como la directa) disminuye cuando el coste social aumenta. Finalmente, cuando los [277] sujetos fueron identificados con la Iglesia, cuanto más aumenta el coste social más son influidos los sujetos por la minoría.

Para nuestro propósito inmediato, es la última línea de la tabla 11.1 la que nos interesa más directamente, ya que muestra que el coste social sufrido por el sujeto es capaz de bloquear el proceso de conversión. Más adelante volveremos sobre los efectos paradójicos que se manifiestan en la primera línea, es decir, cuando los sujetos creen que pertenecen a un grupo mayoritario.

Está claro que hablar de costes sociales supone referirse necesariamente a los dispositivos de poder que los propina y que los crea. Por ello, el poder siempre está presente en los procesos de influencia minoritaria, tanto para crearlos como para bloquearlos. Su puesta entre paréntesis sólo conducirá a dificultades teóricas.

Después del miedo a la diferencia, vayamos ahora al tema del conflicto. La minoría sólo es influyente en la medida en que no dé lugar a ninguna duda en cuanto a su resolución de no ceder (consistencia) y en cuanto a la firmeza de su posición. La consistencia de la minoría testimonia, por un lado, el rechazo del consenso siempre que éste no se establezca sobre sus propias bases y, por otro, muestra su anclaje firme sobre una posición tenazmente tomada. De este modo, la minoría lanza

un desafío al consenso mayoritario y desarrolla un poder indiscutible. La mayoría tiene la opción o de eliminar a la fuente de protesta, lo que es costoso y a veces arriesgado, o bien coexistir con ella, lo que le obligará a desarrollar permanentemente un poder de contención de la desviación. En suma, la minoría no expresa sólo una divergencia, sino que también posee el poder de hacerle pagar a la mayoría el coste, bajo o alto, poco importa en este caso, que implica todo ejercicio de poder por parte del dominante. Este es el sentido en el que la minoría instaura un conflicto y es para evitarlo o para resolverlo por lo que se engrana un proceso de toma de consideración del punto de vista minoritario.

La toma en consideración de la dimensión social del conflicto nos conduce a sostener que el sujeto no mantiene [278] su opinión profunda porque su atención esté apartada del objeto, sino porque se movilizan poderosos mecanismos de resistencia, dadas las implicaciones sociales de la situación. Lo que diferencia la situación mayoritaria de la situación minoritaria es esencialmente *la naturaleza de la presión social que se ejerce sobre el sujeto*. Las normas sociales empujan al sujeto a ceder públicamente en el primer caso y a no ceder en el segundo. Que uno se alinee en un caso o que se distancie en el otro, lo que prima, *en ambos casos*, es una exigencia *idéntica* de conformarse a las normas sociales cuya transgresión está sancionada socialmente. Una vez mostrada su conformidad con las normas, aunque uno se haya conformado mecánicamente, se mantiene o se modifica el propio credo personal en función de factores que no son, *tampoco éstos*, ni de orden cognitivo ni individual, sino de orden social. Hay, por lo menos, tres tipos de consideraciones sociales entrelazadas que explican la diferencia en los efectos obtenidos en situación mayoritaria y en situación minoritaria.

En primer lugar: *la diferenciación en la conformidad*. La relación individuo-sociedad (que atormenta a la psicología social desde su fundación) se resuelve, *en el seno mismo del individuo*, por medio de un doble movimiento de asimilación-diferenciación. El individuo se funde con sus semejantes por la identificación conjunta con las normas de su sociedad, pero, para reconocerse en su especificidad personal y para diferenciarse del «otro generalizado», debe manifestar un distanciamiento personal con respecto a la norma. En otros términos, toda norma suscita una conformidad asimiladora y una resistencia diferenciadora (Codol, 1976; Lemaire y Kastersztejn, 1971-1972). ¿Cómo conformarse y diferenciarse simultáneamente de la norma social que rige la relación mayoría-minoría? Si la conformidad con la norma exige un alienamiento explícito con la fuente (mayoritaria, por ejemplo), la resistencia ante la norma pasará por mantener implícitamente la posición personal divergente. Si la conformidad con la norma exige un rechazo explícito de la fuente (minoritaria, por ejemplo), la resistencia ante la norma pasará entonces por un cambio implícito en la posición personal.

[279] En segundo lugar: *los entrelazamientos normativos*. No hay ninguna situación social que sea simple. Toda situación social pone en juego un conjunto de normas que pueden pertenecer a registros diferentes y que pueden estar más o

menos directamente ligadas con los aspectos que resalten en la situación. Lo mismo ocurre en las situaciones de influencia. Cuando se ha cedido por convención, otras normas nos están diciendo que hay que ceder para no romper, o bien que vencer no es convencer, o que uno no debe sentirse obligado cuando ha sido forzado. Cuando se resiste por convención, se es sensible a normas de compensación que incitan a ceder cuando uno se mostró intransigente o a mostrarse flexible frente a los perdedores y frente a los débiles.

Finalmente: *la reabsorción del conflicto social*. El acercamiento latente hacia la posición de la minoría permite iniciar la vía de un proceso de integración social de la minoría, al mismo tiempo que ofrece al sujeto la posibilidad de una socialización anticipada, o de una pre-adaptación a eventuales mutaciones de las creencias que van en el sentido de una difusión mayoritaria de la posición actualmente minoritaria.

Resumiendo, es cierto que las fuentes minoritarias también ejercen una influencia y que la naturaleza de esta influencia es del tipo de la conversión en el sentido de Moscovici. Es cierto que opera en el sujeto una actividad cognitiva que desemboca, en los términos de Mugny y Pérez (1986), en una *reconstrucción* de sus creencias acerca de la realidad puesta en cuestionamiento. Pero es el dispositivo formado por el *conflicto social*, por una parte, y por la *presión de las normas sociales*, por otra, y, a fin de cuentas, por los *juegos de poder*, con sus costes sociales implícitos, lo que explica la naturaleza y los efectos de la influencia minoritaria.

En lugar de recurrir a las virtudes del conflicto cognitivo, parece que una explicación más satisfactoria de los cambios de creencias debería apostar por una inversión copernicana de las creencias científicas en lo que concierne a la influencia. Dicho de forma más precisa, se debería admitir [280] que el principio activo de la influencia no reside en los procesos de incitación al cambio, sino más bien en los *mecanismos de resistencia al cambio*. Tradicionalmente, se han buscado las razones del éxito o del fracaso de la influencia directamente en las modalidades y en las condiciones de expresión de un enunciado que se alejaba de las creencias del sujeto. Ahora bien, todo enunciado que implica un alejamiento en relación con las posiciones del sujeto es, por principio, eficaz, y todo «otro» enunciado produce *por derecho*, y por el hecho mismo de su expresión, una influencia sobre el sujeto.

Que esta influencia tome cuerpo *de hecho* dependerá de la naturaleza y de la intensidad de los mecanismos de resistencia que se encuentren movilizados en el sujeto al intentar influirle. Sólo los mecanismos de resistencia movilizados pueden atenuar o bloquear el efecto de cambio. Es en estos mecanismos donde reside el principio activo de influencia y no en las características de lo que es «recibido» por el sujeto, ni en las propiedades de la fuente emisora. De hecho, los efectos paradójicos de la denegación (Moscovici, Mugny y Pérez, 1984-1985; Pérez, Mugny y Moscovici, 1986) van claramente en el sentido de esta explicación.

Pensamos que la razón puede residir en el hecho de que el estado de equilibrio que caracteriza las creencias de un sujeto no es asimilable al estado de equilibrio de una bola de billar en reposo. Sus modificaciones no son asimilables a los

desplazamientos de esta bola de billar en función de la intensidad y de la naturaleza de los impactos energéticos que recibe. Al contrario, el estado de equilibrio de las creencias se encuentra más cercano al estado de equilibrio de los organismos vivos. Es un equilibrio «metaestable», dinámico, que se mantiene por el gasto constante de energía y por la integración constante de información. Todo elemento que le alcance contribuye a modificarlo y sus efectos sólo se anulan si el sistema moviliza suficiente energía para reabsorberlo.

Así pues, pensamos que se puede sostener, por una parte, que todo mensaje nos influye y contribuye a que funcione nuestro sistema de creencias, el cual sólo se mantiene [281] en equilibrio dinámico si está constantemente nutrido de mensajes que provienen del exterior o engendrados por uno mismo. Por otra parte, todo mensaje moviliza una serie de resistencias. Es la naturaleza de estas resistencias movilizadas lo que da cuenta del hecho de que nuestro sistema de creencias modifique o no sus puntos de equilibrio metaestables.

Y, dicho sea de paso, nos parece que el estudio de la conversión saldría muy enriquecido si recurriera a algunas analogías propias de los estudios de los sistemas auto-organizativos (cf. Dumouchel y Dupuy, 1983). En efecto, la conversión, en la acepción de los sociólogos y del sentido común, presenta claramente alguna analogía con las estructuras disipativas de Prigogine (Prigogine y Stengers, 1979) donde una fluctuación, producida en un punto de bifurcación, invade rápidamente el conjunto del sistema modificándolo de forma radical y global. Una conversión, en el sentido usual, reestructura toda la persona en su conjunto, y parece con frecuencia inexplicable porque responde muy a menudo a causas que parecen ínfimas, y sobre todo que estas causas sólo parecen producir el efecto si se producen en el momento oportuno.

El cambio social

Ha sido necesario un vuelco como el dado por el paradigma de influencia minoritaria para que el cambio social pudiese ser reintegrado en los fenómenos estudiados por la psicología social. Pero la péndola se ha ido demasiado lejos, de modo que ha cargado a las minorías con una responsabilidad demasiado grande. En efecto, todo parece acontecer como si frente a un «instituido social», esencialmente reproductor de las formas sociales existentes, ahora ocurriese que las minorías portadoras de innovación lograsen a veces hacer triunfar su punto de vista, iniciando así una fase «instituyente». Ahora bien, curiosamente, lo social sólo evoluciona en un sentido muy determinado. Sin recurrir a la noción metafísica, en el sentido peyorativo del [282] término, del «sentido de la historia», no obstante, nos vemos forzados a reconocer que *los cambios se inscriben siempre en una orientación claramente definida*: incremento de la complejidad de lo social, acentuación de la interdependencia de las diversas sociedades, sofisticación de los dispositivos de control y de los aparatos de poder, crecimiento de la parte ocupada por los artefactos tecnológicos en la vida de los seres sociales (y por tanto aumento de su dependencia tecnológica), opacidad, o

mediatización de las relaciones entre las personas y las «cosas» al aplicar los saberes técnicos, (concretamente entre sus actos y los efectos producidos por sus actos), aumento del papel desempeñado por el saber científico, etc.

Esta constancia, o esta direccionalidad del cambio social, nos lleva a formular al menos tres suposiciones. En primer término que las minorías portadoras de innovación son sólo eficaces en la medida en que su mensaje se inscriba en las grandes líneas de la evolución social (lo que no hay que confundir con el *Zeitgeist*, que caracteriza una época particular, que por analogía podemos considerar que es a las grandes líneas de la evolución social lo que las modas, de vestir por ejemplo, son al proceso bio-antropológico de la hominización). En segundo lugar que la sociedad es de una naturaleza tal que sus mecanismos reguladores son *al mismo tiempo* reproductores y modificadores de lo que ya está instituido: la naturaleza del sistema es preservada y al mismo tiempo se asegura su evolución constante. Finalmente, que lejos de provenir de los «márgenes», o de la periferia, las innovaciones son a menudo engendradas *en el centro mismo del sistema*, incluso si son las minorías las primeras en sensibilizarse, expresar y recoger los términos del cambio. Las minorías sólo suelen ser los receptores precoces de un cambio iniciado en el interior de lo instituido, cambio que ellas explicitan y contribuyen a difundir.

Estas suposiciones nos llevan a considerar que las minorías eficaces no son *directamente* productoras del cambio social. A menudo no son sino un instrumento que proporciona la difusión. El hecho de que generalmente sean [283] reprimidas, material o simbólicamente, es un simple indicador de la complejidad y de la heterogeneidad de lo «social-instituido», cuyos componentes no evolucionan todos al mismo ritmo; muy al contrario, lo que, dicho sea de paso, evita probablemente los riesgos de desbordamiento o de fractura que producirían cambios demasiado rápidos.

Uno de los resultados obtenidos en la investigación ya citada de Mugny, Ibáñez *et al.* (1986) aporta elementos de confirmación empírica a nuestra tesis sobre el papel que desempeñan las minorías en el cambio social. En efecto (cf. tabla 11.1), los sujetos confortados en su estatus mayoritario (inducción de identificación con las instituciones y la población mayoritaria) adoptan las posiciones minoritarias cuando éstas son objeto de una fuerte amenaza por parte de las instituciones sociales. Esto significa que los sujetos mayoritarios, y confiados de serlo, al hallarse a cubierto de las amenazas que pesan sobre las minorías identificadas como tales, sirven de agentes propagadores de las innovaciones. En esta misma situación de amenaza social, los sujetos que corren el peligro de aparecer con una identidad *minoritaria* (por inducción de la pertenencia) rechazan por su parte las posiciones minoritarias. Son los elementos de la mayoría los que adoptan y difunden las posiciones minoritarias, *mientras eso no les ponga a ellos mismos en peligro*. En última instancia son, pues, los centros reguladores del poder los que «deciden», endureciendo o no sus amenazas, si una innovación, metabolizada por elementos mayoritarios, va a poder continuar expandiéndose lentamente en el tejido social, o bien si hay que abortarla. La minoría no fuerza el cambio. Éste se extiende en el tejido social en la

medida en que es retornado por los elementos mayoritarios y en la medida en que las instituciones aceptan, no queriendo verlo, que estos elementos lo difundan, con el consiguiente efecto amortiguador o desactivador que supone la adopción de un punto de vista minoritario en un contexto social mayoritario.

Esta concepción del cambio social aclara una paradoja que nos inquietaba. En efecto, si fuera la incomodidad del conflicto social lo que motiva el cambio de la mayoría, ¿por [284] qué este cambio se efectúa a un nivel implícito que, dado que es invisible para la minoría, no puede contribuir a resolver el conflicto social? La respuesta es clara. El cambio latente, y sobre todo el cambio sobre las dimensiones indirectas (Mugny, 1982), permite a los partidarios de la mayoría no ser identificados y no identificarse con la minoría, al mismo tiempo que repercute sobre las posiciones de ésta. El cambio sobre las dimensiones indirectas es especialmente apropiado a las exigencias de la situación y es necesario un endurecimiento particular de los aparatos de poder para que incluso este cambio indirecto sea bloqueado.

Conclusiones

El vuelco espectacular que un grupo de psicólogos, esencialmente europeos, han imprimido a las concepciones de la influencia, constituía una necesidad teórica de primer orden. Se puede afirmar en adelante con absoluta seguridad que no toda influencia implica la existencia de una relación de dependencia y que las minorías también ejercen una influencia, aunque los mecanismos que activan y los efectos que producen son distintos y específicos.

Sin embargo, no se pueden olvidar dos consideraciones de orden general. Primero, las innovaciones teóricas son siempre herederas de su tiempo. Segundo, tienden a acentuar los contrastes con las posiciones instituidas de las que se demarcan explícitamente. Por lo que se refiere al primer aspecto, en el caso de la teoría de la conversión, esto se traduce en la adopción de un modelo de explicación que nos parece demasiado dependiente de las orientaciones cognitivistas e individualistas que han arraigado con fuerza en estos últimos lustros en psicología social. El papel del «conflicto cognitivo» y de la «validación cognitiva» es probablemente sobreestimado en relación al papel del conflicto social y de las normas sociales que intervienen en los procesos de conversión y de complacencia. Esto se traduce también, en lo que concierne al segundo aspecto, en una cierta subestimación de la importancia de las relaciones de poder que [285] intervienen en todos los procesos de influencia, incluida la influencia minoritaria, incluso si es cierto que no adoptan en ese caso la forma de relaciones de dependencia.

En consecuencia, podría resultar útil reintegrar plenamente el fenómeno del poder en la teoría de la conversión, concretamente con la dimensión de los costes sociales en los que caen las minorías, y poner más hincapié en la dimensión social del conflicto que en su dimensión cognitiva. Estas operaciones adquieren todo su sentido si se pasa a dar una nueva inversión de las representaciones científicas usuales sobre la influencia, situando en los mecanismos de resistencia

el principio activo de los procesos de influencia. Es la naturaleza y la intensidad de los mecanismos de resistencia movilizados por un enunciado que va contra el defendido por el sujeto lo que determina la producción, o no, de un cambio en su sistema de creencias. Estas resistencias, lejos de constituir particularidades individuales, están fuertemente reguladas por las normas sociales y por el juego de las relaciones de poder.

La importancia del papel que representan las minorías en la realización de los cambios sociales puede hacernos caer en la ilusión de que éstas constituyen el motor principal, o más exactamente, el principio generador. Sin embargo, nos parece que las características generales de los procesos de cambio social deberían conducirnos a relativizar el papel de las minorías, o más exactamente, a reconsiderar la naturaleza de su intervención. Más que situarlas como creadoras del cambio social, convendría considerarlas como el instrumento de un cambio social que es engendrado y regulado por las instancias de poder de la sociedad.

Referencias

- Abelson, R.P.; Aronson, E.; McGuire, W.J.; Newcomb, T.N.; Rosenberg, M.J. y Tannenbaum, P. (Eds.) (1968). *Theories of cognitive consistency. A sourcebook*. Chicago: Rand McNally.
- Brehm, J.W. (1966). *A theory of psychological reactance*. New York: Academic Press.
- Codol, J.P. (1976). Caractéristiques de personnalité et comportement de conformité supérieure de soi. *Psychologie Française*, 21, 17-34.
- Doms, M. y Van Avermaet, E. (1980). Majority influence, minority influence and conversion behavior: A replication. *Journal of Experimental Social Psychology*, 16, 283-292.
- Dumouchel, P. y Dupuy, J.P. (Eds.) (1983). *L'auto-organization. De la physique au politique*. París: Seuil.
- Festinger, L. (1954). A theory of social comparison processes. *Human Relations*, 7, 117-140.
- Festinger, L. (1957). *A theory of cognitive dissonance*. Evanston, Ill.: Row et Peterson.
- Lemaine, G. y Kastersztein, J. (1971-1972). Recherches sur l'originalité sociale, la différenciation et l'incomparabilité. *Bulletin de Psychologie*, 13, 673-693.
- Maass, A. y Clark, R.D. (1986). Conversion theory and simultaneous majority/minority influence: Can reactance offer an alternative explanation? *European Journal of Social Psychology*, 16, 305-309.
- Moscovici, S. (1976). *Social influence and social change*. London: Academic Press.
- Moscovici, S. (1980). Toward a theory of conversion behavior. En L.Berkowitz (ed.) *Advances in experimental social psychology*. Vol. 13. New York: Academic Press.
- Moscovici, S. Lage, E. y Naffrechoux, M. (1969). Influence of a consistent minority on the responses of a majority in a color perception task. *Sociometry*, 32, 365-380.
- Moscovici, S.; Mugny, G. y Pérez, J.A. (1984-1985). Les effets pervers du déni (par la majorité) des opinions d'une minorité. *Bulletin de Psychologie*, 38, 803-812.
- Moscovici, S. y Personnaz, B. (1980). Studies in social influence. V: Minority influence and conversion behavior in a

perceptual task. *Journal of Experimental Social Psychology*, 16, 270-282.

Moscovici, S. y Ricateau, P. (1972). Conformité, minorité et influence sociale. En S.Moscovici (ed.) *Introduction à la psychologie sociale*. Vol. 1. París: Larousse.

Mugny, G. (1982). *El poder de las minorías*. Barcelona: Rol.

Mugny, G.; Ibáñez, T.; Elejabarrieta, F.; Íñiguez, L. y Pérez, J.A. (1986). Conflicto, identificación y poder en la influencia minoritaria. *Revista de Psicología Social*, 1, 39-56.

Mugny, G.; Kaiser, C. y Papastamou, S. (1983). Influence minoritaire, identification et relations entre groupes: étude expérimentale autour d'une votation. *Cahiers de Psychologie Sociale*, 19, 1-30.

Mugny, G. y Pérez, J.A. (1986). *Le déni et la raison. Psychologie de l'impact social des minorités*. Cousset: Delval.

Paicheler, G. y Moscovici, S. (1984). Suivisme et conversion. En S.Moscovici (ed.) *Psychologie Sociale*. París: Presses Universitaires de France.

Pérez, J.A.; Mugny, G. y Moscovici, S. (1986). Les effets paradoxaux du déni dans l'influence sociale. *Cahiers de Psychologie Sociale*, 32, 1-14.

Personnaz, B. (1981). Study on social influence using the spectrometer method: dynamics of the phenomena of conversion and covertness in perceptual responses. *European Journal of Social Psychology*, 11, 431-438.

Prigogine, I. y Stengers, I. (1979). *La nouvelle alliance*. París: Gallimard.

Snow, D.A. y Machalek, R. (1984). The influence of the minority on perception: A note on a possible alternative explanation. *Journal of Experimental Social Psychology*, 10, 167-190.

Sorrentino, R.M.; King, G. y Leo, G. (1980). The influence of the minority on perception: A note on a possible alternative explanation. *Journal of Experimental Social Psychology*, 16, 293-301.

Tajfel, H.; Billig, M.; Bundy, R.P. y Flament, C. (1971). Social categorization and intergroup behavior. *European Journal of Social Psychology*, 1, 149-178.

Varela, F. (1985). Autonomía biológica. Departamento de Psicología Social UAB. *1as Jornadas sobre Sistemas Autoorganizativos*. Barcelona.

Zajonc, R.B. (1965). Social facilitation. *Science*, 149, 269-274.

- III. ACTIVIDAD PREVIA
Lectura de syllabus correspondiente a la sesión
- IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN
Discusión facilitada por el docente a cargo.
- V. LECTURA POST -SESIÓN
Ninguna

SESIÓN 16

I. OBJETIVOS

Evaluar participativamente el proceso educativo

Desarrollar mediante el diálogo participativo conclusiones provisionales en torno a la constitución y características de los procesos cognitivos y afectivos.

Plantear posibles efectos para la práctica técnico profesional de la psicología de tales conclusiones provisionales.

II. TEMAS A DISCUTIR

CIERRE

a. ¿Cómo entiendo hoy por Psicología Social en términos teóricos y prácticos?

b. ¿Qué efectos tiene la comprensión dominante psicológica sobre la práctica cotidiana psicológica?

c. ¿Qué efectos conceptos relevantes podrían ser útiles para una práctica responsable?

III. ACTIVIDAD PREVIA

Lectura Syllabus correspondiente a la sesión

IV. METODOLOGÍA DE LA SESIÓN

Trabajos grupales en torno a las preguntas señaladas. Luego de lo cual habrá una exposición plenaria y cierre por parte del docente.

V. LECTURA POST -SESIÓN

Ninguna